

Rafael Sabatini

El Capitán Blood

Capítulo I

El mensajero

Peter Blood, bachiller en medicina y muchas otras cosas más, fumaba una pipa y cuidaba los geranios en la jardinera del antepecho de su ventana sobre Water Lane en la ciudad de Bridgewater.

Unos ojos severos y con desaprobación lo consideraban desde la ventana opuesta, pero pasaban desapercibidos. La atención del Sr. Blood estaba dividida entre su tarea y la corriente de humanidad en la angosta calle abajo; una corriente que se derramaba por segunda vez en ese día hacia Castle Field, donde más temprano en la tarde Ferguson, el capellán del Duque, había predicado un sermón conteniendo más traición que divinidad.

Estos grupos extraviados y excitados estaban compuestos mayormente por hombres con ramas verdes en sus sombreros y las más ridículas armas en sus manos. Algunos, es cierto, llevaban piezas de caza, y aquí y allá resplandecía una espada; pero muchos estaban armados con garrotes, y la mayoría arrastraban las picas hechas con las guadañas, tan formidables a la vista como torpes en la mano. Había tejedores, cervecedores, carpinteros, herreros, albañiles, canteros, y representantes de todas las ocupaciones de la paz entre estos improvisados hombres de guerra. Bridgewater, como Taunton, había proporcionado tan generosamente a sus hombres para el servicio del Duque bastardo que cualquiera con edad y fuerza suficiente que se abstuviera de llevar armas, era inmediatamente considerado cobarde o papista.

Peter Blood, quien no solamente era apto para empuñar armas, sino entrenado y hábil en su uso, quien ciertamente no era un cobarde, y un papista cuando le convenía, cuidaba sus geranios y fumaba su pipa en ese cálido atardecer de Julio, indiferente como si nada pasara. Una cosa sí hizo. Lanzó a esos enfervorizados con la guerra una línea de Horacio _ un poeta por cuyos trabajos había últimamente concebido una afición inusual:

Quo, quo, scelesti, ruitis?

Y ahora tal vez adivinaréis por qué la caliente, intrépida sangre heredada de los aventureros antepasados de su madre de Somersetshire se mantenía fría en medio de todo este fanático fervor de rebelión, por qué el turbulento espíritu que una vez lo había sacado del tranquilo mundo académico que su padre le había impuesto, se

mantenía ahora quieto en la verdadera mitad de la turbulencia. Os daréis cuenta cómo miraba a estos hombres que se reunían bajo los estandartes de la libertad —los estandartes tejidos por las vírgenes de Taunton, las niñas de los seminarios de Miss Blake y Mrs. Musgrove, quienes— según dice la balada —habían desgarrado sus enaguas de seda para hacer colores para el ejército del Rey Monmouth. El verso latino, desdeñosamente lanzado tras ellos mientras alborotadamente bajaban por la calle empedrada, revela su mente. Para él eran tontos abalanzándose con locura a su ruina.

Verán, sabía demasiado sobre este sujeto Monmouth y la bonita mujerzuela oscura que lo había dado la vida, para ser engañado por la leyenda de legitimidad, sobre cuya fuerza se levantaba esta rebelión. Había leído la absurda proclamación en el cartel colocado en la Cruz de Bridgewater —como había sido colocado también en Taunton y otros lugares— estableciendo que —ante la muerte de nuestro Soberano *lord* Charles Segundo, el derecho de sucesión a la corona de Inglaterra, Escocia, Francia e Irlanda, con los dominios y territorios que les pertenecen, legalmente descendía y recaía en el muy ilustre y altamente nacido Príncipe James, Duque de Monmouth, hijo y heredero del mencionado Rey Charles II.

Lo había movido a la risa, al igual que el posterior anuncio de que James, Duque de York primero causó que el mencionado Rey fuera envenenado, e inmediatamente usurpó e invadió la Corona.

No sabía cuál era mayor mentira. Porque el Sr. Blood había pasado la tercera parte de su vida en los Países Bajos, donde el mismo James Scott —que ahora se proclamaba a sí mismo James II por la gracia de Dios, Rey, etcétera— vio la luz hacía unos treinta y seis años, y conocía la historia que allí se contaba sobre su real paternidad. Lejos de ser legítimo —por virtud de un pretendido casamiento secreto entre Carlos Estuardo y Lucy Walter— era posible que este Monmouth que ahora se proclamaba Rey de Inglaterra no fuera ni siquiera el hijo ilegítimo del difunto soberano. ¿Qué sino ruina y desastre podría ser el fin de esta grotesca pretensión? ¿Cómo se podría esperar que Inglaterra alguna vez se tragara esta mentira? ¡Y era en su nombre, para sostener su fantástico reclamo, que estas muchedumbres del Oeste, dirigidos por unos pocos escuderos Whigs, habían sido seducidos para la rebelión!

Quo, quo, scelesti, ruitis?

Rio y suspiró a la vez; pero la risa dominó el suspiro, porque el Sr. Blood no era dado a la compasión, como la mayoría de los hombres autosuficientes; y era muy autosuficiente; la adversidad le había enseñado a serlo. Un hombre de corazón más tierno, teniendo su visión y su conocimiento, hubiera encontrado causa para las lágrimas en la contemplación de estas ardientes, simples, inconformistas ovejas yendo hacia adelante con paso vacilante, escoltados al campo de batalla de Castle

Field por esposas e hijas, novias y madres, apoyados en la ilusión de que iban a tomar el campo en defensa del Derecho, la Libertad y la Religión. Porque sabía, como todo Bridgewater sabía desde hacía unas horas, que era la intención de Monmouth presentar batalla esa misma noche. El Duque iba a liderar un ataque sorpresa contra el ejército real bajo las órdenes de Feversham quien acampaba en Sedgemoor. El Sr. Blood suponía que *lord* Feversham estaría igualmente bien informado, y si su suposición estaba equivocada, por lo menos estaba justificada. No iba a suponer que el comandante realista fuera tan poco hábil en su trabajo.

El Sr. Blood sacudió las cenizas de su pipa y se tiró para atrás para cerrar su ventana. Al hacerlo, su mirada viajando derecho a través de la calle encontró finalmente la mirada de esos ojos hostiles que lo observaban. Había dos pares, y pertenecían a las señoritas Pitt, dos amigables, sentimentales solteronas que superaban a cualquiera en Bridgewater con su adoración al apuesto Monmouth.

El Sr. Blood sonrió e inclinó su cabeza, porque estaba en términos amigables con estas damas, una de las cuales incluso había sido por un pequeño tiempo su paciente. Pero no hubo respuesta a su saludo. Por el contrario, los ojos le devolvieron una mirada de frío desdén. La sonrisa en sus finos labios se volvió un poco más ancha, un poco menos agradable. Entendió la razón para esta hostilidad, que había crecido diariamente en la pasada semana desde que Monmouth había dado vuelta el cerebro de las mujeres de todas edades. Las Srtas. Pitt, entendió, le reprochaban que él, un hombre joven y vigoroso, con entrenamiento militar que sería muy valioso para la Causa, se mantuviera aparte; que fumara plácidamente su pipa y cuidara sus geranios en este atardecer de todos los atardeceres, cuando hombres de espíritu se dirigían al Campeón Protestante, ofreciendo su sangre para colocarlo en el trono adonde pertenecía.

Si el Sr. Blood hubiera condescendido a debatir esta materia con las damas, les habría explicado que, habiendo tenido su cuota de vagabundeo y aventuras, ahora estaba embarcado en la carrera para la que originalmente se había preparado y para la que había estudiado; que era un hombre de medicina y no de guerra; un curador, no un asesino. Pero ellas le hubieran contestado, lo sabía, que por esta causa era obligación para todo hombre que se llamara tal tomar las armas. Le hubieran indicado que su propio sobrino Jeremy, quien era un marinero, el principal de un barco —el que para la mala suerte de este joven había anclado en este momento en la Bahía de Bridgewater— había dejado el timón para tomar un mosquete en defensa del Derecho. Pero el Sr. Blood no era de los que argumentaba. Como ya dije, era un hombre autosuficiente.

Cerró la ventana, corrió las cortinas, y se dirigió a la agradable habitación iluminada por velas, y a la mesa en la que la Sra. Barlow, su ama de llaves, estaba sirviendo la cena. A ella, sin embargo, le reveló en voz alta sus pensamientos.

—Estoy fuera de favor con las vírgenes avinagradas de enfrente.

Tenía una voz vibrante y agradable, cuyo sonido metálico era suavizado y disminuido por el acento irlandés que en sus andanzas nunca había perdido. Era una voz que podía ser seductora y acariciadora, o comandar en tal forma que obligaba a la obediencia. Ciertamente, toda la naturaleza de este hombre estaba en su voz. Por el resto, era alto y delgado, moreno de piel como un gitano, con ojos asombrosamente azules en esa cara oscura y bajo esas cejas negras. En la mirada, esos ojos, a los costados de una intrépida nariz de alto caballete, eran de una singular penetración y una firme arrogancia que combinaba con los firmes labios. Aunque vestido de negro, como correspondía a su profesión, lo hacía con la elegancia derivada del gusto por la ropa que es más común en los aventureros, de los que había formado parte, que en los médicos, como era ahora. Su chaqueta era de fino tejido, y estaba abrochada con plata; había volantes de encaje en sus muñecas y un lazo de encaje en su cuello. Su gran peluca negra estaba tan sedosamente enrulada como la de cualquiera en Whitehall.

Viéndolo así, y percibiendo su real naturaleza, que era notoria en él, se podría haber especulado por cuánto tiempo un hombre así estaría contento con permanecer en este pequeño lugar del mundo en que la suerte lo había colocado hacía unos seis meses; por cuánto tiempo continuaría ejerciendo el oficio para el que se había preparado antes de empezar a vivir. Difícil de creer cuando se conocía su historia, previa y posterior, pero es posible que si no fuera por el truco que el Destino estaba por jugarle, hubiera continuado su pacífica existencia, completamente adaptado a la vida de un doctor en este paraíso de Somersetshire. Es posible, pero no probable.

Era el hijo de un médico irlandés, junto con una dama de Somersetshire en cuyas venas corría la sangre de pirata de los Frobishers, la que explicaba cierta actitud indómita que se había manifestado temprano en su temperamento. Esto había alarmado profundamente a su padre, quien para ser un irlandés era de una naturaleza profundamente pacífica. Había resuelto pronto que el niño siguiera su honorable profesión, y Peter Blood comenzó rápidamente a aprender y curiosamente ávido de conocimiento, satisfizo a su padre recibiendo la edad de veinte años el grado de —*baccalaureus medicinae*— en el Colegio Trinity en Dublín. Su padre sobrevivió sólo tres meses a esa satisfacción. Su madre había fallecido unos años antes. Entonces, Peter Blood heredó unos cientos de libras, con los que se largó a ver el mundo y dar un poco de rienda suelta a su inquieto espíritu. Una serie de curiosas circunstancias lo llevaron a entrar al servicio con los holandeses, entonces en guerra con Francia; y una predilección por el mar lo hizo elegir su servicio en este elemento. Tuvo la ventaja de una comisión bajo las órdenes del famoso de Ruyter, y peleó en el Mediterráneo en la batalla en la que el gran almirante germano perdió la vida.

Luego de la Paz de Nimeguen sus andanzas se vuelven difusas. Pero sabemos que

pasó dos años en una prisión española, aunque no sabemos por qué llegó allí. Puede ser por esto que cuando fue liberado puso su espada a favor de Francia, y sirvió con los franceses en su lucha contra los españoles de Holanda. Habiendo llegado a la edad de treinta y dos años, su apetito por la aventura estuvo satisfecho, su salud resentida por una herida mal curada, de repente fue invadido por nostalgia de su hogar. Tomó un barco en Nantes con la intención de cruzar a Irlanda. Pero el navío fue desviado por una tormenta a la Bahía de Bridgewater, y como la salud de Blood había empeorado durante el viaje, decidió desembarcar allí, sumado a que era la tierra natal de su madre.

Así que en enero de aquel año de 1685 llegó a Bridgewater, con una fortuna similar a la que tenía cuando salió para Dublín hacía once años.

Porque le gustó el lugar, en el que su salud se recuperó rápidamente, y porque consideraba que había pasado suficientes aventuras para toda la vida de un hombre, decidió establecerse allí, y finalmente ejercer la profesión que había abandonado con tan poco provecho.

Esa es toda su historia, o lo que interesa hasta esa noche, seis meses más tarde, cuando se luchó la batalla de Sedgemoor.

Considerando que la acción que se llevaba a cabo no era su asunto, como realmente no lo era, e indiferente a la actividad de Bridgewater esa noche, el Sr. Blood cerró sus oídos a sus ruidos y se fue temprano a la cama. Estaba pacíficamente dormido mucho antes de las once, hora en la que, como sabréis, Monmouth marchó con su horda rebelde por el camino Bristol, rodeando el pantano que se extendía entre él y el ejército real. También sabréis que su ventaja numérica —posiblemente contrabalanceada por la gran fortaleza de las tropas regulares de otro bando— y las ventajas derivada del ataque sorpresa sobre un ejército más o menos dormido, se perdieron por las equivocaciones y la mala dirección aún antes de estar al alcance de Feversham.

Los ejércitos entraron en colisión cerca de las dos de la mañana. El Sr. Blood dormía tranquilamente a pesar del distante ruido de cañones. No fue hasta las cuatro de la mañana, cuando el sol se levantaba para dispersar los últimos vestigios de la bruma sobre el campo de batalla, que se despertó de su tranquilo descanso.

Se sentó en la cama, restregó el sueño de sus ojos, y se repuso. Golpes tronaban en la puerta de su casa y una voz llamaba incoherentemente. Este era el ruido que lo había despertado. Pensando que tuviera que ver con algún urgente caso obstétrico, cogió su bata y pantuflas para ir abajo. En el descanso casi choca con la Sra. Barlow, recién levantada y en estado de pánico. Calmó sus frases incoherentes con una palabra de tranquilidad, y fue él mismo a abrir la puerta.

Allí en la oblicua luz del recién amanecido sol estaba parado un hombre sin aliento y con los ojos desorbitados, y un caballo que echaba humo. Cubierto de polvo

y suciedad, sus ropas desordenadas, la manga izquierda de su jubón colgando en jirones, este joven abrió sus labios para hablar, pero por un largo momento permaneció sin habla.

En este momento el Sr. Blood reconoció en él al joven capitán de barco, Jeremy Pitt, el sobrino de las damas de enfrente, uno que había sido arrastrado por el entusiasmo general al remolino de esa rebelión. La calle se levantaba, despierta por la ruidosa llegada del marinero; las puertas se abrían, y las cerraduras se corrían dejando ver cabezas ansiosas e inquisitivas.

—Respirad, respirad, —dijo el Sr. Blood—. Nunca se ha llegado más temprano a ninguna parte por apresurarse.

Pero el joven, con ojos enloquecidos no prestó atención a este consejo. Se lanzó al discurso, sin aliento, sin resuello.

—Es *lord* Gildoy, —jadeó—. Está mal herido... en la granja Oglethorpe, por el río. Lo llevé allí... y... y me mandó por vos. ¡Venid! ¡Venid!

Habría cogido al doctor y lo habría llevado por la fuerza en bata y pantuflas. Pero el doctor eludió su mano demasiado ansiosa.

—Por supuesto, iré, —dijo.

Estaba angustiado. Gildoy había sido un patrón muy amigable y generoso para él desde que estaba allí. Y el Sr. Blood estaba suficientemente ansioso para hacer lo que pudiera para pagar esta deuda, con pena de que la ocasión hubiera llegado y de esta manera, porque sabía bien que el noble había sido un agente activo del Duque.

—Por supuesto, iré. Pero primero permitidme coger alguna ropa y otras cosas que puedo necesitar.

—No hay tiempo que perder. —Tranquilo ahora. No perderé tiempo. Nuevamente os digo, iréis más rápido yendo con tranquilidad. Entrad... tomad una silla. Abrió la puerta de una salita. El joven Pitt desechó la invitación.

—Esperaré aquí. Apuraos, en nombre de Dios. El Sr Blood fue a vestirse y a buscar un maletín con instrumentos.

Las preguntas sobre la naturaleza de la herida de *lord* Gildoy podían esperar hasta que estuvieran en camino. Cuando se puso las botas, dio a la Sra. Barlow instrucciones para el día, que incluían una cena que estaba destinado a no comer.

Cuando finalmente salió, con la Sra. Barlow mascullando tras él, encontró al joven Pitt en una muchedumbre de asustados pueblerinos, a medio vestir, en su mayoría mujeres, que habían venido apuradas por noticias de cómo había salido la batalla. Las noticias que les dio podían leerse en las lamentaciones con que turbaron el aire de la mañana.

A la vista del doctor, vestido y con botas, el maletín de instrumentos bajo su brazo, el mensajero se desembarazó de los que lo rodeaban, sacudió su cansancio y a las dos tías llorosas que se le asían con fuerza, y tomando las riendas de su caballo,

subió a la silla.

—Venid, señor, —gritó—. Montad detrás de mí.

El Sr. Blood, sin desperdiciar palabras, hizo lo que se le decía. Pitt tocó al caballo con sus espuelas. La pequeña muchedumbre se apartó, y así, en la grupa de un caballo con dos jinetes, asido del cinturón de su compañero, Peter Blood salió a su odisea. Porque este Pitt, en quien no veía más que el mensajero de un caballero rebelde herido, era en realidad el verdadero mensajero del Destino.

Capítulo II

Los dragones de Kirke

La granja de Oglethorpe quedaba más o menos una milla al sur de Bridgewater en la ribera derecha del río. Era un edificio Tudor disperso de color gris por encima de la hiedra que cubría las partes bajas. Acercándose a ella ahora, a través de los fragrantés huertos entre los que parecía deslizarse con enorme paz las aguas del Parret, resplandeciente en el sol de la mañana, el Sr. Blood podría haber encontrado difícil creerla parte de un mundo atormentado por luchas y derramamientos de sangre.

En el puente, cuando salían de Bridgewater, habían encontrado una vanguardia de fugitivos del campo de batalla, cansados, quebrados, muchos de ellos heridos, todos aterrorizados, tambaleando en una lenta prisa con los remanentes de su fuerza hacia el refugio que su vana ilusión creía que le proporcionaría la ciudad. Con ojos de languidez y miedo miraron compasivamente al Sr. Blood y su compañero mientras cabalgaban hacia delante; voces roncas gritaron advirtiendo que la persecución sin piedad no estaba lejos. Sin desanimarse sin embargo, el joven Pitt cabalgó a lo largo del camino polvoriento por el cual estos pobres fugitivos venían juntándose en número creciente. De repente, giró y, dejando el camino, tomó un atajo que cruzaba la pradera húmeda de rocío. Incluso aquí encontraron algunos grupos de seres humanos abandonados, que se desparramaban en todas direcciones, mirando con temor hacia atrás mientras caminaban entre los altos pastos, temiendo ver a cada momento las chaquetas rojas de los dragones.

Finalmente desmontaron sobre las piedras del patio, y Baynes, el casero, con expresión grave y gestos aturridos, les dio la bienvenida.

En el espacioso salón, de piso empedrado, el doctor encontró a *lord* Gildoy —un joven caballero, oscuro y muy alto, con mentón y nariz prominente— tendido en un canapé baja una de las altas ventanas con columnas, bajo el cuidado de la Sra. Baynes y su bonita hija. Sus mejillas estaban de color de plomo, sus ojos cerrados, y de sus labios azules salía con cada trabajoso aliento un débil quejido.

El Sr. Blood quedó por un momento en silencio considerando a su paciente. Deploraba que un joven con tan brillantes perspectivas en la vida como *lord* Gildoy hubiera puesto en peligro todo, tal vez la propia existencia, para acompañar la ambición de un aventurero sin valor. Porque simpatizaba y honraba a este valiente muchacho le rindió a su caso el tributo de un suspiro. Luego se arrodilló para hacer su

tarea, desgarró el jubón y la ropa interior para dejar al desnudo el lado herido del caballero, y pidió agua y vendas y lo que necesitaba para su tarea.

Todavía la estaba llevando a cabo media hora más tarde cuando los dragones invadieron la casa. El ruido de cascos de caballos y rudos gritos que avisaban su llegada no lo inquietaron en absoluto. Por un lado, no era fácil inquietarlo, y por otro, su tarea lo absorbía. Pero su señoría, que había recobrado el conocimiento, mostró considerable alarma, y Jeremy Pitt, cubierto de manchas de la batalla, corrió a esconderse en un armario. Baynes estaba intranquilo, y su esposa e hija temblaban. El Sr. Blood los tranquilizó.

—¿Qué pasa, qué hay que temer? —dijo—. Este es un país cristiano, y los hombres cristianos no hacen la guerra sobre los heridos ni sobre los que los curan. Todavía tenía, como veis, ilusiones sobre los cristianos. Levantando un vaso con el cordial, preparado bajo sus instrucciones, —añadió—: Dad tranquilidad a vuestra mente, mi señor. Lo peor está hecho.

Y entonces llegaron haciendo ruido sobre las losas del pavimento, una docena de hombres de tropa, con gruesas botas y sacos color langosta, del regimiento de Tánger, dirigidos por un robusto sujeto, de ceño oscuro, con una buena cantidad de galones de oro en el pecho de su saco.

Baynes se mantuvo firme, su actitud a medias desafiante, mientras su esposa e hija se encogieron con renovado temor. El Sr. Blood, en la cabecera del canapé, miró por encima de su hombro para hacer un reconocimiento de los invasores.

El oficial ladró una orden, lo que provocó en sus hombres un alto, luego siguió hacia adelante con arrogancia, su mano enguantada en el pomo emplumado de su espada, sus espuelas sonando musicalmente mientras se movía. Anunció su autoridad a los ocupantes de la casa.

—Soy el Capitán Hobart, de los dragones del Coronel Kirke. ¿A qué rebeldes amparáis?

El casero se alarmó ante esta feroz agresividad. Se expresó en su voz temblorosa.

—Yo... yo no estoy amparando rebeldes, señor. Este caballero herido...

—Puedo verlo yo mismo. El capitán pateó el piso mientras marchaba hacia el canapé y se inclinó al herido de tez grisácea.

—No es necesario preguntar cómo llegó a este estado y el origen de sus heridas. Un maldito rebelde, y con esto me basta —y añadió dirigiéndose a sus dragones—: ¡Fuera con él, muchachos!

El Sr. Blood se colocó entre el canapé y la tropa.

—En nombre de la humanidad, señor —dijo, con una nota de rabia—. Esto es Inglaterra, no Tánger. El caballero es un caso grave. No puede ser movido sin peligro por su vida.

El Capitán Hobart se mostró divertido.

—¡Oh, debo ser cuidadoso con las vidas de estos rebeldes! ¿Creéis que es para beneficiar su salud que nos lo estamos llevando? Hay horcas plantadas a lo largo del camino desde Weston hasta Bridgewater, y él servirá para una de ellas tanto como para otra. El Coronel Kirke les enseñará a estos inconformistas idiotas algo que no olvidarán en generaciones.

—¿Estáis ahorcando hombres sin un juicio? Por cierto, entonces estoy equivocado. Estamos en Tánger, parece, después de todo, a donde pertenece vuestro regimiento.

El capitán lo examinó con ojos inflamados. Lo miró desde las suelas de sus botas de montar hasta la cima de su peluca. Notó la delgada, activa complexión, la arrogante postura de la cabeza, el aire de autoridad revestía al Sr. Blood, y un soldado reconoció a otro soldado. Los ojos del capitán se entrecerraron. El reconocimiento fue más adelante.

—¿Y quién demonios seréis vos?, —explotó.

—Mi nombre es Blood, señor, Peter Blood, a vuestro serviucio.

—¡Sí, sí! ¡Codso! Ese es el nombre. Estuvísteis al servicio de Francia una vez, ¿o no?

Si el Sr. Blood se sorprendió, no lo demostró.

—Estuve.

—Entonces me acuerdo de vos —cinco años atrás, o más, estuvísteis en Tánger—. Eso es. Conocí a vuestro coronel.

—Por mi fe, puede ser que renovéis el trato. El capitán rio desagradablemente. —¿Qué os trae aquí, eñor?

—Este caballero herido. Me fueron a buscar para atenderlo. Soy médico.

—¿Un doctor, vos? —Y se echó a reír ante lo que consideraba una mentira.

—*Medicinae baccalaureus*, —dijo el Sr. Blood.

—¡A mí no me habéis en francés, hombre! —espetó Hobart—. ¡Habladme en inglés!

La sonrisa del Sr. Blood lo incomodó.

—Soy un médico ejerciendo mi profesión en la ciudad de Bridgewater.

El capitán se burló.

—A la que llegasteis por el camino de Lyme Regis siguiendo vuestro Duque bastardo.

Fue el turno del Sr. Blood para burlarse.

—Si fuerais tan grande como vuestra voz, mi querido, serías es mayor hombre que existió.

Por un momento el dragón se quedó sin habla. El color se profundizó en su cara.

—Me encontraréis suficientemente grande como para colgaros.

—Por Dios, sí. Tenéis el aspecto y las maneras de un verdugo. Pero si practicáis

vuestro oficio con mi paciente acá, estarías colocando una soga alrededor de vuestro cuello. No es del tipo que podéis llevaros sin que haya preguntas sobre el hecho. Tiene el derecho a un juicio, y el derecho a un juicio por sus pares.

—¿Por sus pares?

El capitán fue tomado por sorpresa con estas tres palabras, en las que el Sr. Blood había hecho énfasis.

—Seguro que sólo un tonto no hubiera preguntado su nombre antes de ordenar llevarlo a la hora. El caballero es *lord* Gildoy.

Y entonces su señoría habló por sí mismo, con una débil voz.

—No oculto mi asociación con el Duque de Monmouth. Asumiré las consecuencias. Pero, si os place, las tomaré después de un juicio —por mis pares, como ha dicho el doctor.

La tenue voz cesó, y fue seguida por un momento de silencio. Como es habitual en muchos hombres fanfarrones, había una dosis de timidez en lo profundo de Hobart. El anuncio del rango de su señoría había tocado esas profundidades. Y temía a su coronel Percy Kirke que no gustaba de los fanfarrones.

Con un gesto estudió a sus hombres. Debía considerar. El Sr. Blood, observando su pausa, añadió datos para su consideración.

—Debéis recordar, Capitán, que *lord* Gildoy tendrá amigos y parientes en el partido Tory, quienes tendrán algo que decir al Coronel Kirke si su señoría es tratado como un delincuente común. Debéis ir con cuidado, Capitán, o, como dije, es esa cuerda en vuestro cuello la que llevaréis esta mañana.

El Capitán Hobart desdeñó la advertencia con una explosión de desprecio, pero actuó haciéndole caso, sin embargo. —Tomad el canapé—, dijo, —y llevadlo en él hasta Bridgewater. Alojadlo en la cárcel hasta que reciba órdenes sobre él.

—Podría no sobrevivir el viaje, —protestó Blood—. No debe ser movido.

—Peor para él. Mi tarea es recoger rebeldes. Confirmó su orden con un gesto. Dos de sus hombres tomaron el canapé, y se apresuraron a partir con él.

Gildoy hizo un débil esfuerzo para tender una mano hacia el Sr. Blood. —Señor —, dijo, —quedo vuestro deudor. Si vivo, veré como pagaros.

El Sr. Blood se inclinó por respuesta; luego se dirigió a los hombres:

—Llevadle firmemente, —ordenó—. Su vida depende de ello.

Cuando su señoría fue sacado de la sala, el Capitán se animó. Se dirigió al casero.

—¿Qué otro maldito rebelde cobijáis?

—Ningún otros, señor. Su señoría...

—Nos hemos ya encargado de su señoría. Nos ocuparemos de vos en un momento cuando hayamos registrado la casa. Y, por Dios, si me habéis mentido... — Se detuvo, gruñendo, para dar una orden. Cuatro de sus dragones salieron. En un momento se los oyó moviéndose ruidosamente en el cuarto adyacente. Mientras

tanto, el capitán estaba investigando por la sala, haciendo sonar el friso con la culata de una pistola.

El Sr. Blood no encontró motivo para quedarse.

—Con vuestro permiso, os deseo un buen día, —dijo.

—Con mi permiso, os quedaréis, —le ordenó el Capitán.

El Sr. Blood se encogió de hombros y se sentó. —Sois cansador—, dijo. —Me pregunto si vuestro coronel no lo ha descubierto aún.

Pero el Capitán no le prestaba atención. Se agachaba para coger un sombrero sucio y con tierra en el que había prendido un pequeño manojito de hojas de roble. Había quedado cerca del armario en el que el infortunado Pitt había buscado refugio. El Capitán sonrió malévolamente. Sus ojos rastrearon por la habitación, descansando primero sardónicamente en el casero, luego en las dos mujeres en el fondo, y finalmente en el Sr. Blood, quien estaba sentado con las piernas cruzadas en una actitud de indiferencia que estaba lejos de reflejar sus pensamientos.

Entonces el Capitán se dirigió a su presa, y tiró de una de las alas de la maciza puerta de roble. Cogió al acurrucado ocupante por el cuello de su jubón, y de un tirón lo colocó en medio de la sala.

—¿Y quién demonios es éste?, —dijo—. ¿Otro noble?

El Sr. Blood tuvo una visión de las horcas que había mencionado el Capitán Hobart, y de este desafortunado joven marinero yendo a ocupar una de ellas, colgado sin un juicio, en el lugar de la otra víctima que se le había burlado al Capitán. En el momento inventó no sólo un título sino toda una familia para el joven rebelde.

—Por Dios, lo habéis dicho, Capitán. Es el Vizconde Pitt, primo en primer grado de Sir Thomas Vemon, quien está casado con la Sra. Moll Kirke, hermana de vuestro coronel, y en un tiempo señora de compañía de la reina del Rey James.

Tanto el Capitán como su prisionero tragaron saliva. Pero como el joven Pitt reaccionó y se mantuvo firme, el Capitán largó un grueso juramento. Examinó a su prisionero nuevamente.

—Está mintiendo, ¿no es verdad?, —interrogó, tomando al joven por el hombro y mirando de cerca su cara—. ¿Se arrepentirá?, ¡por Dios!

—Si creéis eso, —dijo Blood—, colgadlo, y veréis lo que os sucede.

El dragón miró al doctor y luego a su prisionero. —¡Pah!—. Lanzó al muchacho en las manos de sus hombres. —Levadlo a Bridgewater, y también a ese sujeto—, indicó a Baynes. —Le mostraremos lo que sucede al albergar y confortar a rebeldes.

Hubo un momento de confusión. Baynes luchaba en las garras de la tropa, protestando vehementemente. Las aterrorizadas mujeres gritaban hasta que fueron silenciadas por un terror mayor. El capitán se dirigió hacia ellas. Tomó a la niña por los hombros. Era una linda criatura, con una cabeza dorada y suaves ojos azules que miraban suplicando, lastimeramente a la cara del dragón. Se inclinó hacia ella, sus

ojos refulgentes, la tomó por el mentón en su mano, y la dejó temblando por su brutal beso.

—Es una señal, —dijo con una mueca de sonrisa—. Que esto os mantenga quieta, pequeña rebelde, mientras termino con estos bandidos.

Y giró nuevamente, dejándola casi desmayada y temblando en los brazos de su angustiada madre. Sus hombres esperaban órdenes, los dos prisioneros fuertemente atados.

—Lleváoslos. Que el Comandante Drake se haga cargo de ellos. Su ardiente ojo nuevamente buscó a la encogida niña. —Me quedaré un rato— para registrar el lugar. Puede haber otros rebeldes escondidos aquí. Como un pensamiento postrero, agregó: —Y llevaos este sujeto con vos. Indicó al Sr. Blood—. ¡Moveos!

El Sr. Blood se despertó de sus meditaciones. Había estado considerando que en su maletín de instrumentos había un bisturí con el que podría llevar a cabo una operación benéfica en el Capitán Hobart. Benéfica, es decir, para la humanidad. En todo caso, el dragón estaba obviamente pletórico y muy adecuado para un sangrado. La dificultad residía en la oportunidad. Estaba preguntándose si podría llevar al capitán afuera con alguna historia de un tesoro escondido, cuando esta última interrupción puso fin a esta interesante especulación.

Intentó ganar tiempo.

—Realmente, me vendría bien, —dijo—. Porque Bridgewater es mi destino, y si no me hubierais detenido estaría en mi camino en este momento.

—Vuestro destino será la prisión.

—¡Bah! Seguramente bromeáis.

—Hay una horca para vos, si lo preferís. Es simplemente una cuestión de ahora o más tarde.

Rudas manos apresaron al Sr. Blood, y el precioso bisturí quedó en el maletín sobre la mesa, fuera de su alcance. Se liberó de las garras de los dragones, dado que era fuerte y ágil, pero lo volvieron a apresar inmediatamente, y lo tiraron al piso. Lo colocaron boca abajo y ataron sus muñecas en su espalda, luego bruscamente lo arrastraron hasta que se paró nuevamente.

—Leváoslo, —dijo Hobart secamente, y se volvió para dar sus órdenes a los otros soldados—. Id a buscar en la casa, desde el ático hasta el sótano; luego reportaos a mí acá.

Los soldados salieron en fila por la puerta que llevaba al interior. El Sr. Blood fue arrojado por sus guardias al patio, donde Pitt y Baynes esperaban. Desde el umbral de la sala, miró hacia atrás al Capitán Hobart, y sus ojos color zafiro llameaban. En sus labios temblaba la amenaza de lo que haría a Hobart si sobrevivía a todo esto. Pero recordó que pronunciarla sería probablemente extinguir sus posibilidades de ejecutarla. Porque hoy los hombres del Rey eran los dueños del oeste, y el oeste era

visto como un país enemigo, sujeto a los peores horrores de la guerra ejecutados por el sector victorioso. Aquí un capitán de caballería era, por el momento, señor de vida y muerte.

Bajo los manzanos en el huerto, el Sr. Blood y sus compañeros de desventura fueron atados uno a otro con un cinto de cuero. Y a la orden áspera de su comandante, la pequeña tropa comenzó su camino a Bridgewater. Cuando se alejaban tuvieron la mayor comprobación de la terrible suposición del Sr. Blood de que para los dragones éste era un país enemigo conquistado. Había ruidos de tablonos arrojados, mobiliario aplastado y derribado, los gritos y risas de hombres brutales, anunciado que la caza de rebeldes no era más que un pretexto para el pillaje y destrucción. Finalmente, por sobre todos los sonidos, llegó el aullido de una mujer en la mayor agonía.

Baynes se detuvo en su marcha, y se volteó, su cara color ceniza. Como consecuencia, fue tironeado con la soga que lo ataba al cinto de cuero, y arrastrado por una yarda o dos antes que el comandante lo hiciera pararse, maldiciéndolo y golpeándolo con la parte plana de su espada.

Se le ocurrió al Sr. Blood, mientras marchaba hacia delante entre los manzanos cargados de frutos en esa fragante, deliciosa mañana de julio, que el hombre —tal como largamente había sospechado— era la obra más vil de Dios, y que solamente un tonto podría haberse dedicado a sanar una especie que era mejor que fuera exterminada.

Capítulo III

El presidente del tribunal supremo

No fue sino hasta dos meses más tarde —el 19 de setiembre si queréis tener el día exacto— que Peter Blood fue llevado a juicio, bajo la acusación de alta traición. Sabemos que no era culpable de esto; pero no necesitamos dudar que era muy capaz de ello por la época en que fue enjuiciado. Esos dos meses de inhumana prisión, imposible de relatar, habían llevado su mente a un frío y mortal odio al Rey James y sus representantes. Dice algo sobre su fortaleza que en esas circunstancias todavía tuviera una mente. Pero, terrible como era la posición de este hombre totalmente inocente, debía ser agradecido por dos cosas. La primera de ellas era que hubiera sido llevado a juicio; la segunda, que su juicio se llevara a cabo en el día indicado, y no un día antes. En la misma demora que lo exacerbaba, residía —aunque no lo sabía— su única chance de evitar la horca.

Fácilmente, si no fuera por su buena fortuna, podría haber sido uno de los arrastrados en la mañana de la batalla, elegidos más o menos por azar, de la desbordada prisión de Bridgewater para ser sumariamente colgado en la plaza del mercado por el sediento de sangre Coronel Kirke. En el Coronel del Regimiento de Tánger había una rapidez mortal que lo habría hecho disponer de manera similar de todos los prisioneros, muy numerosos por otra parte, sin no hubiera sido por al vigorosa intervención del Obispo Mews, quien puso fin al consejo de guerra en el campamento de batalla.

Aún así, en la primera semana después de Sedgemoor, Kirke y Feversham se las ingenieron para llevar a la muerte a más de cien hombres después de un juicio tan sumario que no era un juicio en absoluto. Necesitaban carga humana para las horcas que plantaban en la campaña, y poco les importaba cómo se la procuraban o qué vidas inocentes tomaban. Después de todo, ¿qué era la vida de un campesino? Sus ejecutores estaban ocupados con sogas y cuchillas y calderas de alquitrán. Os evito los detalles de tan nauseabunda pintura. Después de todo, estamos ocupados con el destino de Peter Blood y no con la de los rebeldes de Monmouth.

Sobrevivió para ser incluido en uno de esos melancólicos traslados de prisioneros quienes, encadenados por parejas, fueron enviados desde Bridgewater hasta Taunton. Los que estaban tan mal heridos que no podían caminar eran llevados en carros, en los que eran brutaemente amontonados, sus heridas sin cubrir y supurando. Algunos

eran tan afortunados como para morir en el camino. Cuando Blood insistió en su derecho a ejercer su oficio para aliviar algo de este sufrimiento, fue declarado inoportuno y amenazado con ser azotado. Si tenía un arrepentimiento ahora, era no haber estado con Monmouth. Esto, por supuesto, era ilógico; pero difícilmente podéis esperar lógica de un hombre en su posición.

Su compañero de cadena en esa terrible marcha era el mismo Jeremy Pitt que fue el agente de su presente desgracia. El joven marinero había permanecido como su cercano compañero después de su arresto en común. Por eso, casualmente, habían sido encadenados juntos en la desbordada prisión, donde fueron casi sofocados por el calor y el hedor durante esos días de julio, agosto y setiembre.

Retazos de noticias se filtraban en la prisión desde el mundo exterior. Algunos tal vez fueron deliberadamente permitidas entrar. Una de éstas fue la ejecución de Monmouth. Creó profunda desazón entre los que estaban sufriendo por el Duque y por la causa religiosa que había defendido. Muchos rehusaron creerlo. Una historia loca comenzó a circular sobre un hombre parecido a Monmouth que se había ofrecido para morir en su lugar, y que Monmouth había sobrevivido para llegar nuevamente a su gloria y liberar a Zion y llevar la guerra a Babilonia.

El Sr. Blood escuchó la historia con la misma indiferencia con la que recibió las noticias de la muerte de Monmouth. Pero algo vergonzoso que escuchó en conexión con este hecho lo dejó no tan indiferente, y sirvió para reforzar el desprecio que se estaba formando por el Rey James. Si Majestad había consentido en ver a Monmouth. Haber hecho eso si no era para perdonarlo era un hecho execrable y condenable sin la menor duda; porque el único otro motivo para conceder esa entrevista era la malvada satisfacción en ver la súplica humillada de su desafortunado sobrino.

Luego escucharon que *lord* Grey, quién después del duque —en realidad, tal vez, antes que él— era el principal dirigente de la rebelión, había comprado su perdón por cuarenta mil libras. Peter Blood encontró esto coherente con el resto. Su desprecio por el Rey James explotó finalmente.

—Bueno, aquí hay una criatura despreciable y maligna para sentarse en un trono. Si hubiera sabido lo que sé de él, no dudo que hubiera dado causa para estar donde me encuentro hoy. Y, luego con un súbito pensamiento: —¿Y dónde estará *lord* Gildoy?—, preguntó.

El joven Pitt, a quien se dirigía, giró hacia él una cara de la que el bronceado del mar se había borrado casi completamente durante esos meses de cautividad. Sus ojos grises eran redondos e interrogantes. Blood le contestó.

—De verdad, nunca hemos visto a su señoría desde ese día en Oglethorpe. ¿Y dónde están los otros nobles que capturaron? —los verdaderos dirigentes de esta rebelión. El caso de Grey explica su ausencia, creo. Son hombres acaudalados que pueden pagar su rescate. Aquí esperando la horca están los desgraciados que los

siguieron; los que tuvieron el honor de conducirlos se van libres. Es una curiosa e instructiva vuelta de tuerca de la manera en que usualmente son las cosas. ¡Por Dios, es un incierto mundo, totalmente!

Rio, y se instaló en ese espíritu de burla, envuelto en el cual entró más tarde en el gran salón del Castillo Taunton para su juicio. Con él iban Pitt y Baynes. Los tres debían ser juzgados juntos, y su caso abriría los procedimientos en ese aciago día.

El salón, incluso las galerías —rebosantes de espectadores, muchos de los que eran mujeres— tenía colgaduras escarlatas; un agradable capricho, éste, el del Presidente del Tribunal Supremo, quien naturalmente prefería el color que reflejaba su propia mente sanguinaria.

En el rincón más alto, sobre un estrado, se sentaban los cinco jueces con sus ropajes escarlatas y pesadas pelucas oscuras, y en el centro en su trono el Barón Jeffreys de Wem.

Los prisioneros entraron en una fila con sus guardias. El ujier gritó pidiendo silencio bajo pena de presión, y mientras en murmullo de las voces gradualmente se desvanecía, el Sr. Blood examinó con interés a los doce hombres justos y de bien que componían el jurado. No parecían ni justos ni de bien. Estaban asustados, incómodos. Eran doce hombres temblando, colocados entre la espada de la justicia sedienta de sangre del presidente del tribunal y la pared de sus propias conciencias.

Desde ellos, la mirada calma y deliberada del Sr. Blood, pasó a considerar a los jueces comisionados, y particularmente al presidente, ese *lord* Jeffreys, cuya terrible fama lo precedía desde Dorchester.

Vio un alto y delgado hombre en la parte joven de los cuarenta, con una cara ovalada delicadamente hermosa. Había manchas oscuras de sufrimiento o insomnio bajo los ojos entrecerrados, haciendo más notorio su brillo y su gentil melancolía. La cara estaba muy pálida, salvo por el vívido color de los carnosos labios y el agitado rubor en sus mejillas. Había algo en esos labios que estropeaban la perfección de ese rostro; una falla, evasiva pero innegable, estaba allí para estropear la fina sensibilidad de esa nariz, la ternura de esos oscuros ojos y la noble calma de esa pálida frente.

El médico que había en el Sr. Blood miraba al hombre con peculiar interés, descubriendo mientras lo hacía la mortal enfermedad que su señoría sufría, y la vida irregular y dispersa que llevaba a pesar de ella, o tal vez por ella.

—Peter Blood, ¡levantad vuestra mano!

Abruptamente fue llamado a la realidad de su posición por la áspera voz del empleado de la acusación. Su obediencia fue mecánica, y el empleado leyó la acusación que proclamaba a Peter Blood como un falso traidor contra el Muy Ilustre y Muy Excelso Príncipe James Segundo, Rey, por la gracia de Dios, de Inglaterra, Escocia, Francia e Irlanda, su supremo y natural señor. Le informaba que, no teniendo miedo a Dios en su corazón, sino siendo movido por el diablo, había fallado en el

amor y verdadera y debida obediencia hacia el mencionado Rey, y había sido motivado a disturbar la paz y tranquilidad del reino y promover una guerra y rebelión para deponer al mencionado Rey de su título, honores y real nombre de la corona imperial, y mucho más en el mismo tono, al final del cual era invitado a decir si era culpable o no culpable. Respondió más allá de lo que era preguntado.

—Soy completamente inocente.

Un pequeño hombre con un rostro agudo sentado en una mesa delante y a la derecha de él, levantó su cabeza. Era el Sr. Pollexfen, el auditor de guerra.

—¿Sois culpable o no culpable? —espetó este malhumorado caballero—. Debéis respetar las palabras.

—¿Las palabras son el problema? —dijo Peter Blood—. ¡Oh no culpable! —Y siguió, dirigiéndose al tribunal—: En este mismo tema de las palabras, si permiten sus señorías, no soy culpable de nada que justifique estas palabras que he oído usadas para describirme, salvo lo que sea por falta de paciencia para haber estado confinado por dos meses y más en una fétida prisión con gran peligro de mi salud e inclusive mi vida.

Habiendo comenzado, podría haber agregado mucho más, pero el Presidente del Tribunal interpuso una gentil, más bien suplicante, voz.

—Mirad, señor: porque debemos observar los métodos comunes y usuales del juicio, debo interrumpiros ahora. ¿Sois ignorante de las formas de la ley?

—No sólo ignorante, mi señor, sino hasta ahora muy feliz en esa ignorancia. Podría haber estado muy conforme de no haber tenido esta relación con ellas.

Una pálida sonrisa momentáneamente iluminó el pensativo rostro.

—Os creo. Seréis atentamente escuchado cuando llegue vuestra defensa. Pero cualquier cosa que digáis ahora es irregular e impropia.

Ilusionado por al aparente simpatía y consideración, el Sr. Blood respondió, como le fue requerido, que quería ser juzgado por Dios y su país. Frente a esto, habiendo pedido a Dios que le procurara un buen dictamen, el empleado llamó a Andrew Baynes a levantar su mano y prestar juramento.

De Baynes, quien se declaró no culpable, el empleado pasó a Pitt, quien valientemente aceptó su culpabilidad. El Presidente del Tribunal se agitó con esto.

—Vamos: eso es mejor, —dijo, y sus cuatro cofrades escarlata asintieron—. Si todos fueran tan obstinados como sus dos rebeldes compañeros, nunca terminaríamos.

Después de esta acotación ominosa, pronunciada con una frialdad tan inhumana que provocó un escalofrío en la corte, el Sr. Pollexfen se puso de pie. Con gran prolijidad estableció el caso general contra los tres hombres, y en particular el caso contra Peter Blood, cuya acusación se haría primero.

El único testigo llamado por el Rey era el Capitán Hobart. Testificó rápidamente

sobre la manera en que había hallado y hecho prisioneros a los tres acusados, junto con *lord* Gildoy. De acuerdo a las órdenes de su coronel, habría ahorcado a Pitt en el momento, pero fue detenido por las mentiras del prisionero Blood, quien lo llevó a creer que Pitt era un par del reino y una persona de consideración.

Cuando terminó la evidencia del capitán, *lord* Jeffreys miró a Peter Blood.

—¿El prisionero Blood quiere hacer alguna pregunta al testigo?

—Ninguna, mi señor. Ha relatado correctamente lo que ocurrió.

—Me alegra tener vuestra admisión de ello sin los embustes que son usuales en gente como vos. Y debo decir que aquí los embustes os servirían de poco. Porque siempre llegamos a la verdad al final. Estad seguro de ello.

Baynes y Pitt admitieron en forma similar la exactitud de la evidencia del Capitán, frente a lo cual la escarlata figura del Presidente del Tribunal suspiró aliviado.

—Siendo así, sigamos, en nombre de Dios; porque tenemos mucho que hacer. No había ahora signos de gentileza en esa vos. Era rápida y áspera, y los labios a través de los que pasaba estaban curvados con burla. —Entiendo, Sr. Pollexfen, que la perversa traición de estos tres bandidos está establecida— en realidad, admitida por ellos —y no hay más que decir.

La voz de Peter Blood retumbó vigorosa, con una nota que casi parecía contener risa.

—Con la licencia de su señoría, hay mucho más que decir.

Su señoría lo miró, primero en absoluto asombro por su audacia, luego gradualmente con una expresión de duro enojo. Los labios escarlatas cayeron en líneas crueles y desagradables, que transfiguraron totalmente sus facciones.

—¿Y ahora qué, bandido? ¿Nos haréis perder el tiempo con subterfugios inútiles?

—Solicito que vuestra señoría y los caballeros del jurado me oigan en mi defensa, como vuestra señoría prometió que sería oído.

—Y lo seréis, villano, lo seréis. —La voz de su señoría era cortante como un cuchillo. Se retorció mientras hablaba, y por un instante sus facciones se distorsionaron. Una delicada mano, blanca como la de un muerto, en la que las venas se veían azules, sacó un pañuelo con el que secó sus labios y luego su frente. Observándolo con sus ojos de médico, Peter Blood vio que era presa del dolor de la enfermedad que lo estaba destruyendo—. Lo seréis, pero después de vuestra admisión, ¿qué defensa queda?

—Vos juzgaréis, mi señor.

—Para eso estoy sentado acá.

—Y también vosotros, caballeros. Blood miró al juez y luego al jurado. Estos últimos se movieron inconfortablemente bajo el fulgor confiado de sus ojos azules. La arremetida de *lord* Jeffrey les había quitado el espíritu. Si ellos mismos hubieran

sido los prisioneros acusados de traición, no los habría interpelado con más ferocidad.

Peter Blood se adelantó osadamente, erguido, dueño de sí mismo, y melancólico. Estaba recién afeitado, y su peluca, aunque sin rulos, por los menos estaba cuidadosamente peinada y arreglada.

—El Capitán Hobart ha testificado hasta donde él sabe —que me encontró en la granja Oglethorpe en la mañana de lunes después de la batalla en Weston. Pero no os ha contado qué hacía yo allí.

Nuevamente el juez interrumpió. —¿Y qué podríais estar haciendo allí en compañía de rebeldes, dos de los cuales— *lord* Gildoy y vuestro compañero ahí —ya han admitido su culpa?

—Es lo que ruego que se me permita explicar a su señoría.

—Imploro lo hagáis, y en nombre de Dios, sed breve, hombre. Porque si tengo que ser molestado con los dichos de todos vosotros, perros traidores, podría estar sentado hasta la sesión de la primavera.

—Estaba allí, mi señor, en mi calidad de doctor, para curar las heridas de *lord* Gildoy.

—¿Qué es esto? ¿Nos decís que sois un doctor? Graduado del Colegio Trinity de Dublín.

—¡Gran Dios! —gritó *lord* Jeffreys, su voz de repente creciendo, sus ojos en el jurado—. ¡Qué bandido sin vergüenza es éste! Escuchasteis al testigo declarar que lo había conocido en Tánger hace unos años, y que entonces era un oficial al servicio de Francia. ¿Oísteis al prisionero admitir que el testigo había dicho la verdad?

—Pues, realmente lo hizo. Sin embargo, lo que os estoy diciendo es también verdadero, y muy verdadero. Durante unos años fui un soldado, pero antes fui médico y lo he sido nuevamente desde enero pasado, establecido en Bridgewater, y puedo traeros cien testigos para probarlo.

—No hay necesidad de desperdiciar nuestro tiempo con eso. Os juzgaré por vuestra propia lengua bribona. Solamente os preguntaré esto: ¿Cómo es que vos, que os presentáis como un médico atendiendo pacíficamente un llamado en la ciudad de Bridgewater os encontrabais con el ejército del Duque de Monmouth?

—Nunca estuve con el ejército. Ningún testigo juró eso, y me animo a decir que ninguno lo hará. Nunca fui atraído por esta rebelión. Vi la aventura como una locura perversa. Me permito preguntar a su señoría —(su acento se marcó más que nunca) —, ¿qué podría yo, quien nació y fue criado un papista, estar haciendo en el ejército del Campeón Protestante?

—¿Un papista, vos? —El juez lo miró sombríamente un momento—. Sois más bien un llorón, hipócrita presbiteriano. Os digo, hombre, puedo oler un presbiteriano a cuarenta millas.

—Entonces me tomo la libertad de maravillarme que con una nariz tan fina su

señoría no pueda oler a un papista a cuatro pasos.

Hubo una ola de risas en las galerías, instantáneamente silenciada por la fiera mirada del juez y la voz del ujier.

Lord Jeffreys se inclinó hacia delante sobre su escritorio. Levantó esa delicada mano blanca, aún apretando su pañuelo, y emergiendo de una cascada de encaje.

—Dejaremos vuestra religión fuera de esto por el momento, amigo, —dijo—. Pero tomado nota de lo que os digo. Con un índice amenazante llevó el ritmo de sus palabras. Sabed, amigo, que no hay religión que permita a un hombre mentir. Tenéis una preciosa alma inmortal, y nada en el mundo tiene mayor valor. Considerad que el gran Dios del Cielo y la Tierra, ante Cuyo tribunal vos y nosotros y todas las personas se presentarán en el último día, se venganza de vos por cada falsía, y con justicia os enviará a las llamas eternas, os hará caer en el pozo sin fondo de fuego y azufre, si os desviáis un ápice de la verdad y nada más que la verdad. Porque os digo que de Dios no os podéis burlar. Por lo que os ordeno que respondáis con la verdad. ¿Cómo llegasteis a ser capturado con esos rebeldes?

Peter Blood lo observó un momento con consternación. El hombre era increíble, irreal, fantástico, un juez de pesadilla. Luego se repuso para contestar.

—Me fueron a buscar esa mañana para socorrer a *lord* Gildoy, y consideré que era mi deber por mi profesión responder al llamado.

—¿Lo hicisteis? —El juez, terrible ahora en su aspecto su cara blanca, sus labios torcidos rojos como la sangre de la que estaban sedientos lo miró con burla malvada. Luego se controló con un esfuerzo. Suspiró. Retomó su gentil queja de antes—. ¡Dios! Cómo desperdiciáis nuestro tiempo. Pero tendré paciencia con vos. ¿Quién os fue a buscar?

—El Sr. Pitt, aquí presente, como lo atestiguará.

—¡Oh! El Sr. Pitt atestiguará —siendo él mismo un traidor confeso. ¿Es ése vuestro testigo? También está el Sr. Baynes aquí, quien puede responder a eso.

—El bueno del Sr. Baynes tendrá que responder por él mismo; y dudo que pueda salvar su cuello de la soga. Vamos, vamos, señor, ¿son éstos vuestros únicos testigos?

—Podría traer otros de Bridgewater, que me vieron partir esa mañana en la grupa del caballo del Sr. Pitt.

Su señoría sonrió.

—No será necesario. Porque, escuchadme, no pienso perder más tiempo con vos. Solamente contestadme esto: Cuando el Sr. Pitt, como pretendéis, vino a buscaros, ¿sabíais que había estado, como lo habéis oído confesar, siguiendo a Monmouth?

—Lo sabía, mi señor.

—¡Lo sabíais! ¡Ha! —Su señoría miró al asustado jurado y emitió un a risa corta y punzante—. ¿Y a pesar de ello fuisteis con él?

—Para socorrer un hombre herido, como es mi sagrado deber.

—¿Vuestro sagrado deber, decís? —Una llamarada de furia brilló en él nuevamente—. ¡Buen Dios! ¡En qué generación de víboras vivimos! Vuestro sagrado deber, bribón, es con vuestro rey y vuestro Dios. Pero dejémoslo pasar. ¿Os dijo a quién quería que socorrierais?

—*Lord* Gildoy —sí.

—¿Y sabíais que *lord* Gildoy había sido herido en la batalla y en qué bando había luchado?

—Lo sabía.

—¿Y aún así, siendo, como queréis que creamos, un verdadero y leal súbdito de nuestro Señor Rey, fuisteis a socorrerlo?

Peter Blood perdió su paciencia por un momento.

—Mi tarea, mi señor, era con sus heridas, no con su política.

Un murmullo de las galerías e incluso del jurado aprobó lo dicho. Sirvió sólo para llevar a su terrible juez a una furia más profunda.

—¡Jesús! ¿Es que hubo en el mundo un villano más sin vergüenza que vos? —Giró, la cara blanca, hacia el jurado—. Espero, caballeros del jurado, que noten la terrible conducción de este traidor, en la que podéis observar el espíritu de este tipo de gente, villano y diabólico. Ha dicho él mismo lo suficiente para colgarlo una docena de veces. E incluso hay más. Contestadme esto, señor: ¿Cuando embaucasteis al Capitán Hobart con vuestras mentiras sobre la situación de este otro traidor Pitt? ¿Cuál era vuestra tarea entonces?

—Salvarlo de ser ahorcado sin juicio, como estaba siendo amenazado.

—¿Qué interés teníais si el infeliz era colgado o no?

—La justicia concierne a cada súbdito leal, porque una injusticia cometida por alguien que tiene una comisión del Rey es en algún sentido una deshonra a la majestad del Rey.

Era una astuta, aguda acometida dirigida al jurado, y revela, creo, lo alerta de la mente del hombre, lo dueño de si mismo que era en los momentos de mayor peligro. Con otro jurado hubiera causado la impresión que deseaba causar. Tal vez incluso podría haber causado su impresión en estas pobres ovejas pusilánimes. Pero el temible juez estaba allí para borrarla.

Jadeó ruidosamente, luego se lanzó violentamente hacia delante.

—¡Dios del Cielo!, —tronó—. ¿Ha habido alguna vez otro bribón engañoso y desvergonzado? Pero he terminado con vos. Os veo, villano, os veo con una soga alrededor de vuestro cuello.

Habiendo dicho esto, regocijándose, malignamente, se tiró hacia atrás nuevamente, y se compuso. Fue como si cayera un telón. Toda emoción desapareció de su pálida cara. Nuevamente volvió esa gentil melancolía. Hablando después de una pausa momentánea, su voz era suave, casi tierna, pero cada palabra corrió

agudamente a través de la silenciada corte.

—Si conozco mi corazón no está en mi naturaleza desear el mal a nadie, mucho menos deleitarme en su perdición eterna. Es por compasión a vos que he usado todas estas palabras —porque debéis cuidar vuestra alma inmortal y no ponerla en riesgo con falsedades y prevaricación. Pero veo que todas las penas del mundo, y toda la compasión y caridad se pierden en vos, y por tanto no os voy a decir nada más. Giró nuevamente hacia el jurado un rostro de apenada belleza—. Caballeros, debo indicaros que la ley, de la que somos sus jueces, dice que si cualquier persona se encuentra en actual rebelión contra el Rey, y otra persona —que real o actualmente no está en rebelión— con conocimiento lo recibe, alberga, conforta o ayuda, dicha persona es tan traidor como si portara armas. Nos debemos a nuestros juramentos y conciencias y os indicamos la ley, y vos estáis obligados por vuestros juramentos y vuestras conciencias a declararnos por vuestro veredicto la verdad de los hechos.

Luego de esto, procedió a su resumen, mostrando cómo Baynes y Blood eran ambos culpables de traición, el primero por haber albergado un traidor, el segundo por haberlo ayudado, curando sus heridas. Insertó en su discurso alusiones aduladoras a su señor natural y soberano por derecho, el Rey, a quien Dios había colocado por encima de ellos, y con vituperaciones hacia Monmouth, de quien —en sus propias palabras— se animaba valientemente a afirmar que tenía menos derecho a la corona que el más humilde de los súbditos de legítimo nacimiento. Explotó en frenética retórica.

Y luego se hundió hacia atrás como exhausto por la violencia que había usado. Por un momento estuvo quieto, mojando sus labios nuevamente; luego se movió incómodo, una vez más sus facciones mostraron dolor, y con unos pocos gruñidos, unas casi incoherentes palabras, despidió al jurado para que considerara su veredicto.

Peter Blood había escuchado la desmedida, blasfema y casi obscena injuria de semejante andanada con una distancia que después, en retrospectiva, lo admiró. Estaba tan asombrado por el hombre, por las reacciones ocurriendo en él entre su mente y su cuerpo, y por sus métodos de intimidar y obligar al jurado a la matanza, que casi olvidó que su propia vida estaba en juego.

La ausencia del aturdido jurado fue breve. El veredicto encontró a los tres prisioneros culpables. Peter Blood miró alrededor a la corte con colgantes escarlatas. Por un instante la espuma de caras blancas pareció hundirlo. Luego fue él mismo nuevamente, y una voz estaba preguntándole si tenía algo que decir en su favor, porque no se escaparía de la pena de muerte, siendo culpable de alta traición.

Río, y su risa vibró sobre la muerta quietud de la corte. Era todo tan grotesco, semejante parodia de justicia administrada por ese personaje escarlata de ojos tristes quien era también una parodia, el venal instrumento de un brutal rey vengativo y sin piedad. Su risa sacudió la austeridad del mismo personaje escarlata.

—¿Os reís, señor, con la soga alrededor de vuestro cuello, en el mismo umbral de la eternidad en la que tan de repente vais a entrar?

Y entonces Blood tomó su revancha.

—Por mi fe, estoy en mejor posición para la alegría que vuestra señoría. Porque tengo esto que decir antes de que dictéis sentencia. Su señoría me ve —un hombre inocente cuya única ofensa es haber practicado la caridad— con una soga alrededor de mi cuello. Su señoría, siendo el juez, habla con conocimiento de lo que me sucederá. Yo, siendo médico, puedo hablar con conocimiento de lo que le sucederá a su señoría. Y os digo que no cambiaría lugares con vos —que no cambiaría esta soga que colocáis alrededor de mi cuello por la roca que lleváis en vuestro cuello. La muerte a la que me podéis condenar es liviana y placentera en contraste con la muerte a la que su señoría ha sido condenado por el Gran Juez cuyo nombre su señoría usa tan libremente.

El Presidente del Tribunal de Justicia estaba sentado tieso, su cara color ceniza, sus labios crispados, y mientras se pudo contar hasta diez no hubo ningún sonido en la paralizada corte después que Peter Blood terminó de hablar. Todos los que conocían a *lord* Jeffreys lo miraban como la calma antes de la tempestad, y se prepararon para la explosión. Pero no llegó.

Lenta, débilmente, el color volvió a la tez cenicienta. La figura escarlata perdió su rigidez y se inclinó hacia delante. Su señoría comenzó a hablar. En una voz baja y rápidamente —mucho más rápidamente que en otras ocasiones y de una manera totalmente mecánica, la manera de un hombre cuyos pensamientos están en otro lado mientras sus labios hablan— declaró la sentencia de muerte en la forma prescrita, y sin la menor alusión a lo que Peter Blood había dicho. Habiendo terminado, se recostó exhausto, sus ojos a medio cerrar, su frente brillante con sudor.

Los prisioneros se retiraron.

El Sr. Pollexfen —un Whig de corazón a pesar de la posición de juez defensor que ocupaba— fue escuchado por uno de los jurados mientras murmuraba al oído de un compañero del consejo:

—Por mi alma, ese valiente bribón le ha dado un susto a su señoría. Es una lástima que lo cuelguen. Porque un hombre que puede asustar al Jeffreys podría llegar muy lejos.

Capítulo IV

Merced humana

El Sr. Pollexfen estaba la mismo tiempo en lo cierto y equivocado, una condición mucho más común de lo que generalmente se supone.

Estaba en su cierto en su pensamiento, expresado con indiferencia, de que un hombre cuya postura y palabras podían acobardar semejante señor de terror como Jeffreys, podría por mérito de su naturaleza ser capaz de construirse un buen destino. Estaba equivocado —aunque su error era justificado— en asumir que Peter Blood sería ahorcado.

He dicho que los problemas que tuvo como resultado de su diligencia de caridad a la granja Oglethorpe contenían —aunque no lo había percibido aún, tal vez— dos fuentes de agradecimiento: una, que fue por lo menos juzgado; la otra que su juicio tuvo lugar el 19 de setiembre. Hasta el 18, las sentencias de la corte de los comisionados habían sido llevadas a cabo literal y rápidamente. Pero en la mañana del 19 llegó a Taunton un correo de *lord* Sunderland, el Secretario de Estado, con una carta para *lord* Jeffreys en la que era informado que Su Majestad graciosamente ordenaba que mil cien rebeldes fueran suministrados para ser transportados a algunas de las plantaciones de Su Majestad en Jmaica, Barbados o alguna de las islas Leeward.

No vais a suponer que esta orden fue dictada por algún sentimiento de clemencia, *lord* Churcill fue nada más que justo cuando dijo que el corazón del rey era insensible como el mármol. Se había dado cuenta que en estos ahorcamientos en masa había un descuidado desperdicio de material valioso. Las plantaciones requerían esclavos urgentemente, y un sano y vigoroso hombre podría valer por lo menos entre diez y quince libras. Y había en la corte algunos caballeros con reclamos sobre el botín de Su Majestad. Aquí había un medio barato y rápido para cumplir con estos reclamos. Porque entre los rebeldes condenados un cierto número podía ser entregados a estos caballeros para que dispusieran de ellos en su propio beneficio.

La carta de mi señor Sunderland da precisos detalles de la generosidad del Rey con el material humano. Mil prisioneros debían ser distribuidos entre ocho cortesanos y otros más, mientras una post data a la carta de *lord* Sunderland pedía cien más para quedar a disposición de la Reina. Estos prisioneros debían ser trasladados inmediatamente a las plantaciones del sur pertenecientes a Su Majestad, y estarían allí

por diez años antes de recuperar su libertad. Se deban precisas instrucciones a los encargados para que el traslado fuera inmediatamente llevado a cabo.

Sabemos por el secretario de *lord Jeffrey* cómo el Presidente del Tribunal prorrumpió en insultos esa noche, en ebria furia contra esta clemencia mal ubicada a la que Su Majestad había sido persuadido. Sabemos cómo intentó por carta inducir a Su Majestad a reconsiderar su decisión. Pero James se mantuvo en ella. Era —aparte del beneficio indirecto que lograba de ella— una clemencia totalmente a su estilo. Sabía que perdonar vidas de esta forma era convertirlos en muertos vivientes. Muchos sucumbirían en el tormento de los horrores de la esclavitud en las Indias Occidentales, y así serían envidiados por sus compañeros sobrevivientes.

Y así sucedió que Peter Blood, y junto con él Jeremy Pitt y Andrew Baynes, en lugar de ser colgados, arrastrados y descuartizados como sus sentencias establecían, fueron enviados a Bristol, y allí embarcados con unos cincuenta más en el *Jamaica Mercante*. Debido al confinamiento bajo las escotillas, mala alimentación y agua contaminada, se declaró una enfermedad entre ellos por la cual once murieron. Entre ellos estuvo el desafortunado casero de la granja Oglethorpe, brutalmente arrancado de su pacífico hogar entre los fragantes huertos de manzanas por el pecado de haber practicado clemencia.

La mortandad hubiera sido mayor a no ser por Peter Blood. Al principio, el patrón del *Jamaica Mercante* había respondido con juramentos y amenazas a las protestas del doctor contra permitir que los hombres fallecieran de esta manera, y la insistencia de que le entregaran el botiquín médico y le permitieran cuidar a los enfermos. Pero luego, el Capitán Gardner vio que podría ser llamado al orden por las importantes pérdidas de la mercancía humana y por ello estuvo de acuerdo en apoyarse en las habilidades de Peter Blood. El doctor trabajó a conciencia y con ardor, y lo hizo tan adecuadamente que, por sus cuidados y al mejorar las condiciones del cautiverio, evitó la propagación de la enfermedad.

Hacia mediados de diciembre, el *Jamaica Mercante* ancló en la bahía Carlisle, y desembarcó a los cuarenta y dos rebeldes convictos sobrevivientes.

Si estos desgraciados habían imaginado —como muchos parecían haberlo hecho— que llegaban a algún país agreste y salvaje, la perspectiva, de la que tuvieron un vistazo antes de ser empujados a los botes a los lados del barco, fue suficiente para corregir la impresión. Contemplaron una ciudad de proporciones suficientemente imponentes, con casas construidas bajo nociones europeas de arquitectura, pero sin los amontonamientos habituales en las ciudades europeas. El campanario de una iglesia se elevaba dominando los techos rojos, un fuerte guardaba la entrada de un ancho puerto, con cañones mostrando sus bocas entre las almenas, y la amplia fachada de la casa del gobernador se revelaba colocada dominante en una suave colina por encima de la ciudad. Esta colina era vivamente verde como una colina

inglesa en abril, y el día era como los que abril da a Inglaterra, habiendo terminado recién la estación de fuertes lluvias.

En un espacio ancho y empedrado frente al mar encontraron un guardia de uniforme rojo, designado a recibirlos, y una muchedumbre —atraída por su llegada— que en vestimenta y maneras se diferenciaban poco de una muchedumbre en un puerto del hogar salvo en que contenía menos mujeres y un gran número de negros.

Para inspeccionarlos, allí en el muelle, llegó el Gobernador Steed, un caballero de baja estatura, macizo, de cara roja, vestido con tafeta azul cargada de una prodigiosa cantidad de encaje, quien cojeaba un poco y se inclinaba pesadamente sobre un fuerte bastón de ébano. Detrás de él, y con el uniforme de coronel de la milicia de Barbados, se balanceaba un hombre alto y corpulento, quien sobresalía con la cabeza y los hombros por encima del Gobernador, con la malevolencia claramente escrita en su enorme semblante amarillento. A su lado, y fuertemente contrastando con su brutalidad, moviéndose con juvenil gracia, venía una delgada joven con un traje de montar a la última moda. El ancha ala de un sombrero gris con una pluma de avestruz escarlata daba sombra a un rostro ovalado en el que el clima del Trópico de Cáncer no había dejado huella, tan delicado y claro era. Rizos de cabello marrón rojizo caían por sus hombros. Había franqueza en sus ojos de almendra y la compasión sustitúa es este momento la picardía que normalmente habitaba su joven y fresca boca.

Peter Blood se encontró mirando con sorpresa este rostro picante, que parecía aquí tan fuera de lugar, y viendo su mirada devuelta, se movió inconfortable. Fue conciente de la triste figura que tenía. Sin lavarse, con el pelo enmarañado y una barba negra que desfiguraba su cara, y el una vez espléndido traje de casimir negro con el que había sido tomado prisionero ahora reducido a jirones que no hubieran servido ni para un espantapájaros, no estaba apto para la inspección de esos delicados ojos. Sin embargo, continuaron inspeccionándolo, con asombro y compasión casi infantil. Su dueña sacó una mano para tocar la manga escarlata de su compañero, y el hombre giró su gran cuerpo con un gruñido de mal humor y se enfrentó a ella.

Mirando hacia arriba a su rostro, ella le hablaba ansiosamente, pero el Coronel claramente le prestaba menos de la mitad de su atención. Sus pequeños ojos, muy juntos a una nariz carnosa, habían pasado por encima de ella y estaban fijos en el rubio y robusto joven Pitt, quien estaba parado al lado de Blood.

El Gobernador también se había detenido, y por un momento el grupo de los tres se paró a conversar. Lo que la dama decía, Peter no lo pudo oír porque ella bajó su voz; la del Coronel le llegó en un tronar confuso, pero la del Gobernador no era ni considerada ni indistinta; tenía una voz aguda que se escuchaba de lejos, y creyéndose ingenioso, deseaba que fuera oída por todos.

—Pero mi querido Coronel Bishop, tenéis la primera elección de este primoroso ramillete de flores, a vuestro precio. Después de ello mandaremos al resto a subasta.

El Coronel Bishop asintió en reconocimiento. Elevó su voz al contestar.

—Vuestra excelencia es muy amable. Pero, por mi fe, que son un lote flacucho, probablemente de poco valor en la plantación. Sus ojillos los inspeccionaron nuevamente, y su menosprecio por ellos profundizó la malevolencia de su rostro. Era como si estuviera molesto con ellos por no estar en mejor condición. Luego llamó aparte al Capitán Gardner, el patrón del *Jamaica Mercante*, y por unos minutos estuvo hablando con él repasando una lista que el último sacó a su pedido.

De repente, dejó de lado la lista y avanzó solo hacia los rebeldes convictos, sus ojos estudiándolos, sus labios fruncidos. Delante del joven marinero de Somersetshire se detuvo, y estuvo un instante considerándolo. Luego apretó los músculos del brazo del joven con sus dedos y le hizo abrir la boca para ver sus dientes. Frunció sus toscos labios nuevamente y asintió.

Habló con Gardner por encima de su hombro.

—Quince libras por éste.

El Capitán hizo un gesto de desilusión.

—¡Quince libras! No es ni la mitad de lo que pensaba pedir por él.

—Es el doble de lo que estaba dispuesto a dar, —gruñó el Coronel—. Pero sería barato en treinta libras, su excelencia.

—Puedo conseguir un negro por eso. Estos puercos blancos no sobreviven. No están hechos para el trabajo.

Gardener explotó en protestas sobre la salud, juventud y vigor de Pitt. No era de un hombre que hablaba sino de una bestia de carga. Pitt, un muchacho sensible, se mantenía mudo y sin expresión. Sólo la ida y venida de color y palidez de sus mejillas denotaba la lucha interna por medio de la que mantenía su control.

Peter Blood estaba repugnado por el despreciable regateo.

Atrás, alejándose lentamente de la línea de prisioneros, caminaba la dama conversando con el Gobernador, quien sonreía afectadamente mientras rengueaba a su lado. No estaba consciente del repugnante negocio que el Coronel estaba llevando a cabo. Blood se preguntaba si era indiferente a él.

El Coronel Bishop giró sobre sus talones para seguir adelante.

—Llegaré a veinte libras. Ni un penique más, y es el doble de lo que podríais obtener de Crabston.

El Capitán Gardener, reconociendo lo terminante del tono, suspiró y abandonó la lucha. Bishop estaba llegando al final de la fila. Para el Sr. Blood y un joven delgado a su izquierda, el Coronel no tuvo más que una mirada de desprecio. Pero el siguiente, un coloso de mediana edad de nombre Wolverston, quien había perdido un ojo en Sedgemoor, le llamó la atención y el regateo recommenzó.

Peter Blood se mantenía allí en el brillante sol e inhaló el fragante aire, diferente a cualquier aire que jamás había respirado. Estaba cargado de un extraño perfume,

aroma de flores, pimienta y especias aromáticas. Se perdió en especulaciones inútiles nacidas de esa singular fragancia. No tenía ganas de conversar, y tampoco Pitt, quien se mantenía a su lado, y que estaba afligido de momento por el pensamiento de que finalmente estaba por separarse de este hombre con quien había estado hombro con hombro a través de estos tempestuosos meses, y a quien había llegado a querer y buscar para consejos y ayuda. Una sensación de soledad y miseria lo afligía en contraste con la que lo pasado en este tiempo carecía de importancia. Para Pitt, esta separación era el doloroso final de todos sus sufrimientos.

Otros compradores vinieron y los miraron, y siguieron de largo. Blood no los miraba. Y entonces al final de la línea hubo un movimiento. Gardner hablaba en voz alta, haciendo un anuncio al público general de compradores que había esperado a que el Coronel Bishop hiciera su elección de esa mercancía humana. Cuando terminó, Blood, mirando en su dirección, notó que la niña hablaba con Bishop, apuntando a la línea con un látigo de montar de puño de plata que llevaba. Bishop hizo sombra a sus ojos con la mano para mirar en la dirección que ella apuntaba. Luego lentamente, con su pesado paso, se aproximó nuevamente acompañado de Gardner, seguido por la dama y por el Gobernador.

Siguieron marchando hasta que el Coronel estuvo donde Blood. Habría pasado de largo, pero la dama tocó su brazo con el látigo.

—Pero éste es el hombre al que me refiero, —dijo.

—¿Éste? —El desprecio sonó en su voz. Peter Blood se encontró mirando en un par de ojillos marrones hundidos en una cara amarilla y carnosa como pasas en un pastel. Sintió el color subir a su cara bajo el insulto de esta inspección desdeñosa—. ¡Bah! Un saco de huesos. ¿Qué haría yo con él?

Se marchaba cuando Gardner lo detuvo.

—Puede ser delgado, pero es fuerte; fuerte y sano. Cuando la mitad de ellos estaba enferma, y la otra mitad enfermándose, este bribón se mantuvo sobre sus piernas y curó a sus compañeros. Si no fuera por él hubiéramos tenido muchas más muertes. Digamos quince libras por él, Coronel. Es bastante barato. Es fuerte, os digo —fuerte y duro, aunque sea delgado. Y es el tipo de hombre que puede soportar el calor cuando llega. El clima nunca lo matará.

Se escuchó una risita del Gobernador Stee.

—Ya oís, Coronel. Confiad en vuestra sobrina. Su sexo conoce un hombre cuando lo ve. Y rio, complacido con su ingenio.

Pero rio solo. Una nube de molestia corrió por el rostro de la sobrina del Coronel, mientras el mismo Coronel estaba demasiado absorto en la consideración de esta oferta como para seguir el humor del Gobernador. Torció sus labios un poco, acariciando su mentón con su mano, mientras Jeremy Pitt casi había dejado de respirar.

—Os doy diez libras por él, —dijo el Coronel finalmente.

Peter Blood rezó que la oferta fuera rechazada. Por alguna razón que no os podría dar, había tomado con repugnancia la idea de convertirse en propiedad de este grosero animal, y de alguna forma en la propiedad de la joven con ojos de almendra. Pero era necesario algo más que repugnancia para escapar de su destino. Un esclavo es un esclavo, y no tiene poder para cambiar su suerte. Peter Blood fue vendido al Coronel Bisop —un comprador desdeñoso— en la ignominiosa suma de diez libras.

Capítulo V

Arabella Bishop

Una soleada mañana de enero, alrededor de un mes después de la llegada el *Jamaica Mercante*, la Srta. *Arabella* Bishop cabalgó desde la fina casa de su tío en las alturas hacia el noroeste de la ciudad. Iba cuidada por dos negros que trotaban tras ella a una distancia respetuosa, y su destino era la casa del Gobernador, donde iba a visitar a la señora del Gobernador quien últimamente había estado enferma. Llegando a la cima de una pendiente suave y con césped, se encontró con un hombre alto y delgado, vestido sobriamente pero como un caballero, que venía caminando en dirección opuesta. Era un extraño para ella, y los extraños eran raros en la isla. Y sin embargo en una forma vaga, no parecía del todo un extraño.

La Srta. *Arabella* frenó a su caballo, aparentando parar para admirar el panorama, que era lo bastante hermoso como para justificarlo. Pero, por el rabillo de sus ojos de almendra observó al sujeto muy atentamente mientras se acercaba. Corrigió la primera impresión de su vestimenta. Era realmente sobria, pero difícilmente para un caballero. El saco y los pantalones eran de tela rústica, y si le quedaban bien era más por virtud de su natural prestancia que por la hechura. Sus medias era de algodón, simples y ásperas, y el ancho sombrero, que respetuosamente se quitó al acercarse a ella, era viejo y no tenía ningún adorno de pluma o cinta. Lo que había parecido una peluca a distancia se revelaba ahora como el propio cabello oscuro y lustroso del hombre.

De un rostro marrón, afeitado y melancólico, dos ojos sorprendentemente azules la miraban con gravedad. El hombre habría pasado de largo, pero ella lo detuvo.

—Creo que os conozco, señor, —dijo.

Su voz era frágil y aniñada, y había algo de varoncito en sus maneras, si se puede aplicar ese término a una dama tan delicada. Tal vez surgía de una soltura, una franqueza, que desdeñaba los artilugios de su sexo, y la ponía en buenos términos con el mundo. A esto tal vez se debía que la Srta. *Arabella* había llegado a la edad de veinticinco años no sólo soltera, sino sin pretendientes. Utilizaba con los hombres una franqueza de hermana que contenía una cualidad de distancia, haciendo difícil para un hombre convertirse en su enamorado.

Sus negros habían frenado a una distancia y se habían sentado en el corto césped hasta que ella quisiera seguir adelante.

El extraño se detuvo al ser abordado.

—Una dama debería conocer su propiedad, —dijo.

—¿Mis propiedad?

—La de su tío, al menos. Dejad que me presente. Me llamo Peter Bloor, y valgo exactamente diez libras. Lo sé porque es la suma que vuestro tío pagó por mí. No todos los hombres tienen la oportunidad de conocer su propio valor.

Lo reconoció entonces. No lo había visto desde aquel día en el muelle hacía un mes, y que no lo hubiera conocido inmediatamente a pesar del interés que entonces había despertado en ella, no es sorprendente, considerando el cambio que había ocurrido en su apariencia, que no era la de un esclavo.

—¡Dios mío!, —dijo ella—. ¡Y os podéis reír!

—Es un logro, —admitió—. Pero no lo he tomado tan mal como podría.

—Eso he escuchado, —dijo ella.

Lo que había escuchado era se había descubierto que este convicto era médico. El tema había llegado a los oídos del Gobernador Steed, quien sufría endemoniadamente de gota, y el Gobernador Steed había pedido prestado a este sujeto a su comprador. Sea por pericia o por buena fortuna, Peter Blood le había llevado al Gobernador un alivio que su excelencia no había obtenido de ninguno de los dos médicos que ejercían en Bridgetown. Entonces la señora del Gobernador había querido que la tratara por sus migrañas. El Sr. Blood había encontrado que no sufría más que de mal humor, el resultado de natural petulancia agravada por la insípida vida de Barbados para una dama con sus aspiraciones sociales. Pero le había recetado medicinas, igualmente, y ella se había creído mejor bajo sus prescripciones. Luego de ello, su fama se había expandido por Bridgetown, y el Coronel Bishop había encontrado que lograba mayor beneficio de su nuevo esclavo dejándolo ejercer su profesión que poniéndolo a trabajar en la plantación, para lo que había sido originalmente adquirido.

—Es a vos, señora, que tengo que agradecer por mi comparativamente buena y limpia situación, —dijo el Sr. Blood—, y me alegra tener esta oportunidad para hacerlo.

La gratitud estaba más en sus palabras que en su tono. Ella se preguntó si se burlaba, y lo miró en una franca búsqueda que otro habría encontrado desconcertante. Él tomó la mirada por una pregunta, y la contestó.

—Si otro dueño de una plantación me hubiera comprado, —explicó—, es difícil que mis brillantes habilidades hubieran salido a luz, y yo estaría con la hoz y la azada en este momento tal como los desgraciados que desembarcaron conmigo. —¿Y por qué me agradecéis por ello? Fue mi tío quien os compró.

—Pero no lo habría hecho si vos no se lo hubierais pedido. Percibí vuestro interés. Y al mismo tiempo lo lamenté.

—¿Lo lamentasteis? —Había un desafío en su voz de niño.

—No me han faltado experiencias en esta vida pero ser comprado y vendido fue una nueva para mí, y difícilmente estaba en el ánimo de amar a mi comprador.

—Si os señalé a mi tío, señor, es porque os tuve piedad. Había una cierta severidad en su tono, como reprobando la mezcla de burla y arrogancia con la que él parecía hablar.

Continuó explicándose.

—Mi tío puede parecerlos un hombre duro. Sin duda lo es. Todos son hombres duros, estos hacendados. Es la vida, supongo. Pero hay otros peores. Está el Sr. Crabston, por ejemplo, en Speightstown. Estaba en el muelle, esperando para comprar lo que dejara mi tío, y si hubierais caído en sus manos... Un hombre de temer. Ése es el por qué.

Él estaba un poco asombrado.

—Este interés en un extraño... —comenzó. Luego cambió la dirección de su indagación—. Pero había otros tan merecedores de conmiseración.

—No parecíais como los demás.

—No lo soy —dijo.

—¡Oh! —Lo miró, levantando la cabeza—. Tenéis una buena opinión de vos mismo.

—Por el contrario. Los demás son valerosos rebeldes. Yo no lo soy. Esta es la diferencia. Fui uno de los que no tuvo la capacidad de ver que Inglaterra necesita una purificación. Yo estaba conforme de seguir con el oficio de médico en Bridgewater, mientras que los que son mejores que yo daban su sangre para sacar un sucio tirano y su corte de bribones.

—¡Señor! —le observó—. Creo que estáis hablando de traición.

—Espero no ser oscuro, dijo.

—Hay algunos aquí que os habrían azotado si os oyeran.

—El Gobernador no lo permitiría. Tiene gota, y su señora migraña.

—¿Dependéis de ello? —Su voz era francamente desdeñosa.

—Seguramente nunca habéis tenido gota; probablemente ni siquiera migraña, —dijo.

Ella hizo un pequeño gesto impaciente con su mano, y miró lejos un momento, hacia el mar. De repente lo miró nuevamente, su ceño ahora fruncido.

—Pero si no sois un rebelde, ¿por qué estáis aquí?

Él vio lo que sospechaba, y rio.

—Por mi fe, es una larga historia —dijo.

—¿Y tal vez una que no queréis contar? —Escuetamente se la explicó.

—¡Mi Dios! ¡Qué infamia! —gritó, cuando hubo terminado.

—¡Oh, es un dulce país Inglaterra bajo el Rey James! No hay necesidad de

tenerme más compasión. Considerando todo, prefiero Barbados. Por lo menos aquí se puede creer en Dios.

Miró primero a la derecha, luego a la izquierda mientras hablaba, desde la distante mole del monte Hillbay hasta el océano sin límites rizado por los vientos del cielo. Entonces, como si el hermoso paisaje lo volviera conciente de su pequeñez y de la insignificancia de sus males, calló pensativo.

—¿Es esto tan difícil en otro lado? —le preguntó, y estaba muy grave—. Los hombres lo hacen difícil.

—Ya veo. Rio un poco, con una nota de tristeza, le pareció a él.

—Nunca soñé a Barbados como el espejo del cielo en la tierra, —confesó—. Pero sin duda conocéis el mundo mejor que yo. Tocó el caballo con su pequeño látigo con mango de plata. —Os felicito por el alivio a vuestras desgracias.

Él inclinó la cabeza y ella siguió adelante. Sus negros se pusieron de pie, y fueron trotando tras ella.

Por un rato Peter Blood siguió de pie allí, donde ella lo dejó, mirando las aguas de la Bahía Carlisle brillando al sol, y los barcos en el espacioso puerto donde las gaviotas volaban ruidosamente.

Era un hermoso panorama, reflexionó, pero era una prisión, y al anunciar que lo prefería a Inglaterra había llevado a cabo esta casi comprensible forma de alardear que consiste en disfrazar nuestras desgracias.

Giró y retomó su rumbo, con largos pasos hacia el pequeño amontonamiento de cabañas construidas de terrones y zarzas, una villa en miniatura enclavada en una empalizada que habitaban los esclavos de la plantación, y donde él mismo estaba alojado con ellos.

Por su mente sonaba el verso de Lovelace:

*Los muros de piedra no son la prisión.
Ni son jaula las rejas de hierro.*

Pero le dio un nuevo significado, totalmente opuesto de lo que su autor pretendió. Una prisión, reflexionó, es una prisión, aunque no tenga muros ni barrotes, no importa qué tan espaciosa sea. Y como lo vio esa mañana cada vez lo vio más claro mientras pasaba el tiempo. Diariamente pensaba cada vez más en sus alas cortadas, en su exclusión del mundo, y menos en la libertad fortuita que disfrutaba. Ni siquiera el contraste de su comparativamente liviana tarea con la de sus infortunados compañeros le traía la satisfacción que una mente diferentemente constituida hubiera sacado de ello. Más bien la contemplación de su miseria aumentaba la amargura que iba llenando su alma.

De los cuarenta y dos que habían desembarcado con él del *Jamaica Mercante*, el

Coronel Bishop había comprado no menos de veinticinco. Los restantes habían ido a plantaciones menores, algunos de ellos a Speighstown, otros aún más al norte. Qué había pasado con los últimos, no podía decir, pero entre los esclavos de Bishop, Peter Blood iba y venía libremente, durmiendo en sus alojamientos, y sabía que soportaban una miseria embrutecedora. Trabajaban en las plantaciones de azúcar desde el alba hasta el anochecer, y si su trabajo decaía, estaban los látigos de los vigilantes y sus hombres para apurarlos. Estaban en harapos, algunos casi desnudos; vivían en la mugre, estaban mal alimentados con carne salada y tortas de maíz, comida que para muchos de ellos fue demasiado nauseabunda y dos de ellos se enfermaron y murieron antes que Bishop se percatara que sus vidas tenían un cierto valor en el trabajo para él, y aceptó la intervención de Blood para un mejor tratamiento a los que estaban enfermos. Para evitar la insubordinación, uno de ellos quien se había rebelado contra Kent, el brutal supervisor, fue azotado hasta la muerte por negros bajo la mirada de sus compañeros, y otro que había intentado huir a los bosques fue perseguido, traído nuevamente, azotado y marcado en la frente con las letras F. T. (*Fugitive Traitor*) para que todos lo conocieran como un traidor fugitivo por el resto de su vida. Afortunadamente para él el pobre sujeto murió como consecuencia de los latigazos.

Después de ello, una apática resignación sin espíritu se instaló entre los restantes. Los más rebeldes fueron aplacados, y aceptaron su indescriptible destino con la trágica actitud de desesperanza.

Sólo Peter Blood, escapando de estos sufrimientos excesivos, permaneció incambiado externamente, mientras en su interior el único cambio en él era un odio a sus semejantes cada día más profundo, un deseo de escapar de este lugar cada día más profundo, de este lugar donde el hombre desafiaba tan tontamente el hermoso trabajo de su Creador. Era un deseo demasiado vago para ser una esperanza. Una esperanza aquí era inadmisibile. Pero no se hundió en desesperanza. Colocó una máscara de risa en su melancólico rostro y siguió su camino, cuidando a los enfermos para provecho del Coronel Bishop y usurpando cada vez más los resguardos de los otros dos hombres de medicina de Bridgetown.

Inmune a los castigos degradantes y las privaciones de sus compañeros, pudo conservar el respeto a sí mismo, y era tratado sin mayor dureza incluso por el desalmado hacendado a quien había sido vendido. Debía todo a la gota y la migraña. Había ganado la estima del Gobernador Steed, y —lo que era más importante— de la señora del Gobernador Steed, a quien sin vergüenza y cínicamente adulaba y hacía reír.

Ocasionalmente veía a la Srta. Bishop, y rara vez se encontraban aunque a veces ella se detenía para conversar con él, mostrando su interés. Él mismo nunca estaba dispuesto a demorarse. No iba a ser engañado por su delicado exterior, se decía, su gracia, sus cómodas y aniñadas maneras, y su agradable aniñada voz. En toda su vida

—y había sido variada— no había encontrado un hombre más bestial que su tío, y no podía dejar de asociarla con él. Era su sobrina, de su misma sangre, y algunos de sus vicios, algo de la crueldad sin remordimiento del rico hacendado debía, argumentaba, habitar el agradable cuerpo de ella. Argumentaba esto muy a menudo con sigilo mismo, como contestando y convenciendo un instinto que decía lo contrario, y argumentándolo la evitaba cuando era posible y era heladamente educado cuando no lo era.

Justificable como era su razonamiento, lógico como podía parecer, sin embargo hubiera hecho mejor en haber confiado en su instinto que haber entrado en conflicto con él. Aunque la misma sangre que la del Coronel Bishop corría por sus venas, la de ella estaba libre de los vicios de su tío, porque esos vicios no eran naturales a su sangre; eran, en el caso del Coronel, adquiridos. Su padre, Tom Bishop —el hermano del Coronel— había sido un alma gentil, caballerosa y amable, quien, con el corazón roto por la temprana muerte de su joven esposa, había abandonado el viejo mundo y había buscado aliviar su pena en el nuevo. Había llegado a las Antillas, trayendo consigo a su pequeña hija, entonces de cinco años, y se había dedicado a la vida de la plantación. Había prosperado desde el comienzo, como sucede cuando no interesa prosperar. Entonces había pensado en su hermano menor, un soldado con una reputación un tanto indómita. Le había aconsejado venir a Barbados y el consejo, que en otro momento William Bishop hubiera recibido con desprecio, le llegó en un momento en que su indómito carácter le estaba trayendo ciertas consecuencias que aconsejaban un cambio de clima. William llegó, y fue admitido por su generoso hermano como socio en la próspera plantación. Unos seis años más tarde, cuando *Arabella* tenía quince, su padre murió, dejándola al cuidado de su tío. Tal vez fue su único error. Pero la bondad de su naturaleza le impedía ver la realidad de otros hombres, sin embargo le había dado una educación a su hija que le había desarrollado independencia de carácter, con la que sin duda contó incondicionalmente. Siendo las cosas así, había poco cariño entre tío y sobrina. Pero ella leal con él, y él era circunspecto en su comportamiento hacia ella. Toda su vida, y a pesar de su temperamento, había tenido respeto por su hermano, cuyo valor tuvo la inteligencia de reconocer; y ahora era como si algo de ese respeto hubiera sido transferido a la hija de su hermano, quien era también, en algún sentido, su socia, aunque no tomaba parte activa en el negocio de la plantación.

Peter Blood la juzgaba —como casi todos juzgamos— con insuficiente conocimiento.

Pronto tuvo motivos para corregir este juicio. Un día, cerca de fines de mayo, cuando el calor comenzaba a ser opresivo, se arrastró a la Bahía de Crlisle un navío inglés, herido y destrozado, el *Orgullo de Devon*, su quilla quebrada, su borda una ruina, su palo de mesana tan abatido que sólo unas astillas quedaban para indicar el

lugar donde había estado. Había tenido un encuentro cerca de la Martinica con dos barcos de tesoro españoles, y aunque el capitán juraba que los españoles lo habían atacado sin provocación, es difícil evitar la sospecha de que el encuentro se había generado de otra manera. Uno de los buques españoles había huido del combate, y si el *Orgullo de Devon* no lo persiguió fue probablemente porque no estaba en estado de hacerlo. El otro había sido hundido, pero no antes que el barco inglés traspasara a sus bodegas el tesoro que llevaba. Era, de hecho, uno de los actos de piratería que eran una perpetua fuente de problemas entre las cortes de St. James y el Escorial, con quejas emanando ahora de un lado y ahora del otro.

Steed, sin embargo, según la moda de la mayoría de los gobernadores coloniales, estaba deseoso de silenciar su razonamiento y aceptar la historia del marino inglés, sin prestar atención a la evidencia que podría negarla. Compartía el odio tan merecido por los arrogantes, vencedores españoles que era común en los hombres de todas las demás naciones desde las Bahamas al continente. Por lo tanto, dio al *Orgullo de Devon* el refugio que buscaba en su puerto y todas las facilidades para su reparación y abastecimiento.

Pero antes de esto, bajaron de su borda una serie de marineros ingleses tan heridos y quebrados como el barco mismo, y junto con ellos cerca de media docena de españoles en el mismo estado, los únicos sobrevivientes de una partida de abordaje del galeón español que había invadido el barco inglés y no pudieron lograr la retirada. Estos heridos fueron colocados en una larga fila en el muelle, y los médicos de Bridgetown fueron llamados en su ayuda. Peter Blood fue enviado para dar una mano en ese trabajo, y en parte por hablar castellano —el que hablaba tan fluidamente como su propia lengua nativa— parte por su condición inferior de esclavo, le dieron como pacientes a los españoles.

Ahora Blood no tenía motivos para querer a los españoles. Sus dos años en una cárcel española y la subsiguiente campaña en la Holanda española le habían mostrado un aspecto del carácter español que no era en absoluto admirable. Sin embargo llevó a cabo sus deberes de doctor a conciencia, aunque sin emoción, e incluso con una cierta cordialidad superficial hacia cada uno de sus pacientes. Estaban tan sorprendidos de ser curados en vez de ser sumariamente ahorcados que manifestaban una docilidad rara en su especie. A pesar de eso, eran evitados por los caritativos habitantes de Bridgetown quienes fluían al improvisado hospital con regalos de frutas y flores para los marineros ingleses heridos. Ciertamente, si los deseos de algunos de esos habitantes se hubieran cumplido, los españoles habrían sido dejados morir como gusanos, y de esto Peter Blood tuvo un ejemplo casi en el comienzo.

Con la asistencia de uno de los negros enviado para ese propósito, estaba arreglando una pierna quebrada, cuando una profunda y ronca voz, que había aprendido a conocer y le desagradaba como ninguna voz de otro ser humano,

abruptamente lo increpó.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Blood no levantó la cabeza de su tarea. No lo necesitaba. Conocía la voz, como ya he dicho.

—Estoy colocando una pierna quebrada, —contestó, sin dejar su labor.

—Puedo ver eso, tonto. Un cuerpo de buey se interpuso entre Blood y la ventana. El hombre medio desnudo sobre la paja giró sus ojos negros para mirar hacia arriba con miedo. No precisaba conocer el idioma inglés para saber que aquí venía un enemigo. La áspera nota de la voz expresaba suficientemente el hecho. —Puedo ver eso, tonto; tanto como puedo ver lo que es el bandido. ¿Quién os dio permiso para colocar piernas españolas?

—Soy un doctor, Coronel Bishop. El hombre está herido. Yo no discrimino, cumplo mi tarea. —¡Lo hacéis, por Dios! Si lo hubierais hecho, no estarías ahora acá—. Por el contrario, es porque lo hice que estoy acá.

—Sí, conozco ésa vuestra mentira. El Coronel ironizó; y luego, observando que Blood continuaba su tarea imperturbable, se puso realmente enojado. —¿Dejaréis eso y me atenderéis cuando hablo?

Peter Blood pausó, pero solo por un instante.

—El hombre está sufriendo, —dijo brevemente, y retomó su tarea.

—¿Sufriendo, verdad? Espero que lo esté, el maldito perro pirata. ¿Pero me haréis caso, vos bribón insubordinado?

El Coronel se expresó en un rugido, furioso por lo que entendía como un desafío, un desafío que se expresaba en el más sereno desconocimiento de su persona. Su larga caña de bambú se levantó para golpear. Los ojos azules de Peter Blood captaron su destello, y habló rápidamente para detener el golpe.

—No insubordinado, señor, estoy actuando bajo las expresas órdenes del Gobernador Steed. El Coronel retrocedió, su gran rostro color púrpura. Su boca cayó abierta.

—¡El Gobernador Steed! —repitió como un eco. Luego bajó su caña, giró, y sin otra palabra a Blood se fue hasta el final de la tienda donde el Gobernador se encontraba en ese momento.

Peter Blood rio entre dientes. Pero su triunfo se basaba menos en consideraciones humanitarias que en la reflexión de que había frustrado a su brutal dueño.

El español, entendiendo que en este altercado, cualquiera fuera su naturaleza, el doctor había estado de su lado, se aventuró en voz baja a preguntar qué había pasado. Pero el doctor sacudió su cabeza en silencio y continuó con su trabajo. Sus oídos intentaban captar las palabras entre Steed y Bishop. El Coronel estaba tumultuoso, su gran osamenta doblándose encima de la pequeña y recargada figura del Gobernador. Pero el pequeño petimetre no iba a ser amedrantado. Su excelencia era conciente de que tenía la fuerza de la opinión pública para darle apoyo. Algunos había, pero no

eran la mayoría, que tenían la cruel visión del Coronel Bishop. Su excelencia hizo valer su autoridad. Era por sus órdenes que Blood se había dedicado a los heridos españoles, y sus órdenes debían ser acatadas. Nada más había para decir.

El Coronel Bishop tenía otra opinión. En su punto de vista, había mucho más para decir. Lo dijo, con gran circunstancia, alto, vehemente, obsceno, porque podía ser fluidamente obsceno cuando estaba enojado.

—Habláis como un español, Coronel, —dijo el Gobernador y así provocó una herida al orgullo del Coronel que resentiría por más de una semana. De momento lo dejó en silencio, y lo mandó golpeando los pies fuera de la tienda con una furia para la que no encontraba palabras.

Dos días más tarde las señoras del Bridgetown, las esposas e hijas de los hacendados y comerciantes, hicieron su primera visita de caridad al muelle, trayendo con ellas regalos para los marineros heridos.

Nuevamente Peter Blood estaba allí, vigilando a los sufrientes bajo su cuidado, moviéndose entre esos desafortunados españoles a quien nadie aliviaba. Toda la caridad, todos los regalos eran para los miembros de la tripulación del *Orgullo de Devon*. Y esto Peter Blood lo encontró totalmente natural. Pero levantando de repente su mirada de una herida que estaba vendado nuevamente, una tarea en la que había estado absorto por unos momentos, vio con sorpresa que una dama, separada de la multitud, colocaba unos plátanos y un paquete de suculentas cañas de azúcar sobre la capa que servía de manta a uno de sus pacientes. Estaba elegantemente vestida con seda color lavanda y la seguía un negro semidesnudo con un canasto.

Peter Blood, sin su saco, las mangas de su rústica camisa arrolladas hasta el codo, y con un jirón sucio de sangre en su mano, quedó inmóvil mirando un momento. La dama, girando ahora para mirarlo de frente, sus labios entreabiertos en una sonrisa de reconocimiento, era *Arabella Bishop*.

—El hombre es español, —dijo, en el tono de alguien que corrige un error, y también teñida no muy débilmente por algo de la burla que había en su alma.

La sonrisa con la que ella lo estaba saludando desapareció de sus labios. Frunció el ceño y lo miró un instante, con creciente arrogancia.

—Así lo percibo. Pero sigue siendo un ser humano, —dijo.

Esa respuesta, y su implícito reproche, lo tomó por sorpresa.

—Vuestro tío, el Coronel, tiene una opinión diferente, —dijo cuando se recuperó—. Los considera gusanos que deben ser dejados a morir por sus heridas infestadas.

Ella captó la ironía ahora más clara en su voz. Continuó mirándolo.

—¿Y por qué me decís esto?

—Para advertiros que podéis estar incurriendo en el disgusto del Coronel. Si fuera por él, nunca se me habría permitido vendar sus heridas.

—¿Y pensasteis, por supuesto, que yo debo ser de la misma idea que mi tío? —

Había fuerza en su voz, un brillo de desafío amenazante en sus ojos color almendra.

—No quisiera ser rudo con una dama, ni siquiera en mis pensamientos, —dijo—. Pero que les dejéis regalos a ellos, considerando que si vuestro tío lo llega a saber... —Pausó, dejando la frase sin terminar—. Bueno, ¡está pronto! —concluyó.

Pero la dama no estaba satisfecha.

—Primero me imputáis inhumanidad y luego cobardía. ¡Por mi fe! Para un hombre que no quiere ser rudo con una dama ni siquiera en sus pensamientos, no está mal. Su risa aniñada vibró, pero la nota en ella chocó en sus oídos esta vez.

La vio, le pareció, por primera vez, y vio lo mal que la había juzgado.

—Realmente, ¿cómo iba a adivinar que... que el Coronel Bishop pudiera tener un ángel por sobrina? —dijo imprudentemente, porque era imprudente como los hombres los son cuando están arrepentidos.

—No podíais, por supuesto. No debéis pensar a menudo que os podéis equivocar. Habiéndolo puesto en su lugar con esto y su mirada, se volvió a su negro y la canasta que llevaba. De ella sacó ahora las frutas y golosinas con las que estaba cargada, y las apiló en las camas de los seis españoles, de modo que cuando terminó la canasta estaba vacía y no había nada para sus compatriotas. Éstos, realmente, no lo necesitaban —como sin duda ella observó— porque habían sido suficientemente abastecidos por las demás.

Habiendo vaciado su canasta, llamó a su negro, y sin otra palabra o mirada para Peter Blood, se fue del lugar con su cabeza en alto y el mentón hacia delante.

Peter la miró partir. Luego suspiró.

Lo sorprendió descubrir que el creer que había provocado su furia le preocupaba. No habría sido así ayer. Era porque había tenido la revelación de su verdadera naturaleza.

—Mala suerte, ahora, me lo merezco. Parece que no sé nada de la naturaleza humana. ¿Pero cómo demonios iba a adivinar que una familia que puede engendrar un ser maligno como el Coronel Bishop también pueda engendrar una santa como ésta?

Capítulo VI

Planes de fuga

Luego de esto, *Arabella* Bishop fue diariamente a la tienda del muelle con regalos y frutas, y luego con dinero y ropas para los prisioneros españoles. Pero arregló sus horas de visita para no encontrar a Peter Blood allí. También las propias visitas del doctor estaban siendo más breves a medida que sus pacientes mejoraban. Que todos se curaran bajo sus cuidados, mientras que casi un tercio de los heridos bajo los cuidados de Whacker y Bronson —los otros dos cirujanos— murieran por sus heridas, sirvió para aumentar su reputación en Bridgetown. Pudo no ser más que fortuna de guerra. Pero la gente del pueblo no lo vio así. Llevó a un creciente abandono de las prácticas de sus colegas libres, y un mayor incremento de sus propias tareas y beneficio para su amo. Wacker y Bronson juntaron sus cabezas para diseñar un método para terminar con este intolerable estado de cosas. Pero no nos anticipemos.

Un día, fuera por accidente o por destino, Peter Blood vino caminando por el muelle una hora más temprano de lo usual, y entonces se encontró con la Srta. Bishop que se retiraba. Se quitó el sombrero y se quedó a un lado para darle paso. Ella lo tomó, con el mentón en alto, y los ojos desdeñando mirar a cualquier lugar en donde pudiera verlo.

—Srta. *Arabella*, —dijo en un tono de ruego.

Ella se volvió conciente de su presencia, y lo miró con un aire que intentaba descubrir si había burla en él.

—¡La!, —dijo—. ¡Es el hombre de mente gentil!

Peter gimió. —¿Estoy fuera de perdón sin ninguna esperanza? Lo solicito muy humildemente—. ¡Qué condescendiente!

—Es cruel burlarse de mí, —dijo, y adoptó un aire de humildad burlona—. Después de todo, no soy más que un esclavo. Y podéis estar enferma un día de éstos.

—¿Y qué, entonces?

—Sería humillante para vos mandarme a buscar si me tratáis como un enemigo. —No sois el único doctor en Bridgetown—. Pero soy el menos peligroso.

De repente comenzó a sospechar de él, reconociendo que se estaba permitiendo chancearse con ella, y de alguna manera ella lo había permitido. Se puso tiesa, y miró por encima de él nuevamente.

—Opináis con mucha libertad, creo, —le reprochó—. Privilegio de doctor.

—No soy vuestra paciente. Recordadlo por favor en el futuro. Y con esto, indudablemente enojada, se fue.

—Ahora, o es una arpía o yo son un tonto, ¿o son las dos cosas? —preguntó al azul del cielo, y luego entró a la tienda.

Fue una mañana de eventos estimulantes. Cuando se iba, más o menos una hora más tarde, Whacker, el más joven de los dos médicos, se reunió con él —una condescendencia sin precedentes, porque hasta ahora ninguno de ellos había hablado con él saldo el ocasional y agrio— ¡buenos días!

—Si vais a lo del Coronel Bishop, caminaré con vos una parte del camino, Doctor Blood, —dijo. Era un hombre bajo, robusto, de cuarenta y cinco años, con fofas mejillas y ojos duros color azul.

Peter Blood estaba sorprendido. Pero lo disimuló.

—Voy a la casa del Gobernador, —dijo.

—¡Ah! ¡Por supuesto! La señora del Gobernador. Y rio, o tal vez se burlo. Peter Blood no estaba muy seguro. —Ella ocupa una gran parte de vuestro tiempo, he oído. ¡Juventud y buena figura, Doctor Blood! Son inestimables ventajas en nuestra profesión como en otras— particularmente cuando concierne a damas.

Peter lo miró.

—Si queréis decir lo que parece que queréis decir, mejor se lo decís al Gobernador Steed. Puede divertirlo.

—Seguramente me malinterpretáis.

—Eso espero.

—Os enojáis fácilmente. El doctor pasó su brazo enlazando el de Peter. —Os aseguro que quiero ser vuestro amigo— para ayudaros. Ahora, escuchad. Instintivamente su voz bajó de tono. —Esta esclavitud en la que os encontráis debe ser singularmente fastidioso para un hombre con vuestras dotes.

—¡Qué intuición! —exclamó sardónico el Sr. Blood. Pero el doctor lo tomó literalmente.

—No soy tonto, mi querido doctor. Reconozco a un hombre cuando lo veo, y a menudo puedo leer sus pensamientos.

—Si me decís cuáles son los míos, me podréis convencer de eso, —dijo el Sr. Blood.

El Dr. Whacker se acercó más aún mientras caminaban a lo largo del muelle. Bajó su voz a un tono aún más confidencial. Sus duros ojos azules examinaban la sardónica cara morena de su compañero, que le llevaba una cabeza de altura.

—¡Cuán a menudo os he visto mirando al mar, vuestra alma en los ojos! ¿Acaso no sé lo que pensáis? Si pudierais escapar de este infierno de esclavitud, podríais ejercer la profesión de la cual sois un ejemplo como un hombre libre con placer y

para vuestro propio beneficio. El mundo es grande. Hay muchas naciones aparte de Inglaterra donde un hombre con vuestros dones sería cálidamente bienvenido. Hay muchas colonias además de estas inglesas. Bajó la voz aún más hasta que no era más que un susurro. Sin embargo, no había nadie que pudiera oírlos. —No está muy lejos la colonia holandesa de Curacao. En esta época del año el viaje puede ser llevado a caba sin peligro en una nave liviana. Y Curacao puede ser sólo un escalón para el gran mundo, que estará abierto para vos una vez libre de esta servidumbre.

El Dr. Whacker cesó. Estaba pálido y un poco fuera de aliento. Pero sus ojos continuaron estudiando a su impávido compañero.

—¿Y entonces?, —dijo después de una pausa—. ¿Qué decís a esto?

Pero Blood no respondió inmediatamente. Su mente estaba en tumulto, y estaba luchando por calmarla para tener un buen examen de esto que le habían lanzado creando tan enorme disturbio. Comenzó donde otro hubiera terminado.

—No tengo dinero. Y para eso es necesario una bonita suma.

—¿No os dije que quiero ser vuestro amigo?

—¿Por qué? —preguntó Peter Blood, sin poder entender.

Pero no escuchó la respuesta. Mientras el Dr. Whacker confesaba que su corazón sangraba al ver a otro doctor languideciendo en la esclavitud, estándole negada la oportunidad que sus méritos de podían brindar, Peter Blood se lanzó como un águila sobre la obvia verdad. Whacker y su colega querían deshacerse de alguien que amenazaba con arruinarlos. La lentitud de decisión nunca fue un defecto de Blood. Saltaba donde otros se arrastraban. Y entonces este pensamiento de evasión nunca acariciado hasta el planteamiento del Dr. Whacker, germinó instantáneamente.

—Ya veo, ya veo, —dijo, mientras su compañero todavía estaba hablando, explicando, y para seguirle la mentira al Dr. Whacker, también él fue hipócrita—. Es muy noble de vuestra parte, como hermanos, como debe ser entre hombres de medicina. Desearía hacer lo mismo en un caso similar.

Los duros ojos brillaron, la voz pasó a ser tumultuosa mientras el otro preguntó demasiado ansiosamente.

—¿Aceptáis, entonces? ¿Aceptáis?

—¿Aceptar? —Blood rio—. Si me apresan y me traen de vuelta, cortarán mis alas y me marcarán de por vida.

—Seguramente lo cosa vale un poco de riesgo. Más trémula que nunca era la voz del instigador.

—Seguramente, —aceptó Blood—. Pero se necesita algo más que coraje. Se necesita dinero. Una chalupa podría ser comprada por veinte libras, quizás.

—Lo tendréis. Serán un préstamo, que nos devolveréis —me devolveréis, cuando podáis.

El delator —nos— tan rápidamente corregido completó el entendimiento de

Blood. El otro doctor también estaba en el negocio.

Estaban alcanzando la parte habitada del muelle. Rápida, pero elocuentemente, Blood expresó su agradecimiento, donde sabía que ningún agradecimiento se debía.

—Hablaremos nuevamente de esto, señor —mañana, concluyó—. Me habéis abierto las puertas de la esperanza.

En esto por lo menos expresó la pura verdad. Era, realmente, como si una puerta se hubiera abierto de repente hacia el sol de escapar de una oscura prisión en la que el hombre había pensado pasar su vida.

Estaba ansioso de estar solo, para enderezar su mente agitada y planear coherentemente lo que debía hacerse. También debía consultarlo con alguien más. Y ya sabía con quién. Para semejante viaje necesitaba un navegante y un navegante estaba a la mano en Jeremy Pitt. Lo primero era el consejo del joven marino, quien debía asociarse con él en esta tarea si se llevaba a cabo. Durante todo el día su mente estuvo agitada con esta nueva esperanza, y estaba enfermo de impaciencia para que llegara la noche y discutir el tema con el compañero elegido. Como resultado, Blood llegó temprano esa tardecita a la espaciosa valla que encerraba las cabañas de los esclavos junto con la gran casa blanca del capataz, y encontró la oportunidad de unas pocas palabras con Pitt, sin ser visto por los demás.

—Esta noche, cuando todos duerman, ven a mi cabina. Tengo algo que decirte.

El joven lo miró, sacudido de su letargo mental en el que últimamente lo sumergía la vida deshumanizada en la que vivía, por el tono de Blood. Luego asintió entendiendo, y se separaron.

Los seis meses de vida en la plantación de Barbados habían hecho una marca casi trágica en el joven marino. Su antiguamente brillante actividad lo había abandonado. Su rostro se volvía vacío, sus ojos estaban embotados y sin brillo, y se movía de una forma furtiva, como un perro demasiado golpeado. Había sobrevivido a la mala alimentación, el excesivo trabajo en una plantación de azúcar bajo un sol sin piedad, los latigazos del capataz cuando su trabajo decaía, y la mortal vida animal, sin alivio, a la que estaba condenado. Pero el precio que pagaba por sobrevivir era el precio usual. Estaba en peligro de convertirse en algo no mejor que un animal, de hundirse al nivel de los negros que a veces trabajaban a su lado. El hombre, sin embargo, todavía estaba allí, todavía no estaba inactivo, simplemente torpe por desesperanza; y el hombre en él rápidamente sacudió la torpeza y despertó a las primeras palabras que Blood le dijo aquella noche. Despertó y lloró.

—¿Escapar? —jadeó—. ¡Oh Dios! —Tomó su cabeza con sus manos, y comenzó a sollozar como un niño.

—¡Sh! ¡Calma ahora! ¡Calma! —Blood le recriminó en un suspiro, alarmado por el llanto del muchacho. Cruzó hasta estar a su lado, y puso una mano sobre su hombro para contenerlo—. Por amor de Dios, contrólate. Si nos oyen nos azotarán a

los dos por esto.

Entre los privilegios gozados por Blood estaba el de una cabaña para él, y estaban solos en ella. Pero, después de todo, estaba construida con ramas unidas por lodo, y su puerta estaba compuesta por cañas de bambú, a través de la cual el sonido pasaba muy fácilmente. Aunque el predio estaba cerrado en la noche, y todo alrededor dormía —era pasada la medianoche— una ronda no era imposible, y un sonido de voces llevaría a que los descubrieran. Pitt se dio cuenta de ello y controló su estallido de emoción.

Sentados muy cerca hablaron en susurros por una hora o más, y durante todo ese tiempo los sentidos de Pitt se fueron despertando, frente a la preciosa perspectiva de la esperanza. Precisarían reclutar a otros para la empresa, una media docena por lo menos, diez de ser posible, pero no más.

Debían elegir lo mejor de los sobrevivientes de los hombres de Monmouth que Bishop había adquirido. Era deseable que conocieran el mar. Pero de éstos había sólo dos en el infortunado grupo, y su conocimiento no era muy completo. Eran Hagthorpe, un caballero que había servido en la Marina Real, y Nicholas Dyke, que había sido un oficial menor en los tiempos del anterior rey, y había otro que había sido artillero, un hombre llamado Ogle.

Acordaron antes de separarse que Pitt comenzaría con estos tres y luego procedería a reclutar seis u ocho más. Debía moverse con el mayor cuidado, sondeando a sus hombres muy a fondo antes de informarles nada, y aún así evitar darles todos los datos de modo que una traición pudiera desbaratar los planes que todavía debían ser afinados al detalle. Trabajando con ellos en la plantación, a Pitt no le faltarían oportunidades para aproximarse a sus compañeros esclavos.

Pitt le aseguró que todo se haría así, y volvió a su propia cabaña y a la paja que le servía de cama.

Llegando la próxima mañana al muelle, Blood encontró al Dr. Whacker en un humor generoso. Habiendo consultado con su almohada, estaba preparado para adelantarle al convicto cualquier suma hasta treinta libras que le permitirían adquirir un bote capaz de sacarlo de la colonia. Blood expresó su agradecimiento efusivamente, sin delatar que veía claramente la verdadera razón de la generosidad del otro.

—No es dinero lo que precisaré, —dijo—, sino el barco mismo. ¿Quién me vendería un barco e incurrir en las penas de la proclama del Gobernador Steed? ¿La habéis leído, sin duda?

El rostro del Dr. Whacker se ensombreció. Pensativamente se restregó el mentón. —La he leído— sí. Y no me animo a procuraros el barco. Puedo ser descubierto. Lo seré. Y la pena es una multa de doscientas libras además de prisión. Me arruinaría. ¿Lo veis?

Las altas esperanzas en el alma de Blood comenzaron a hundirse. Y la sombra de la desesperanza oscureció su cara.

—Pero entonces... —vaciló—. Nada se puede hacer.

—No, no: las cosas no están tan desesperadas. El Dr. Whacker sonrió un poco con los labios apretados. —He pensado en eso. Debéis ver que el hombre que compre el bote vaya con vos— así no está acá para contestar preguntas después.

—¿Pero quién irá conmigo salvo hombres en mi misma posición? Lo que yo no puedo hacer, ellos tampoco.

—Hay otros detenidos en la isla que no son esclavos. Hay muchos acá por deudas, y estarían muy felices de abrir sus alas. Hay un sujeto, Nutall, de profesión constructor de navíos, a quien conozco y estaría dispuesto a tomar una oportunidad como la que le podéis brindar.

—¿Pero cómo un deudor podría tener dinero para comprar un bote? La pregunta se hará.

—Seguramente. Pero si lo organizáis bien, os habréis ido todos antes de que suceda.

Blood asintió comprendiendo, y el doctor, colocando una mano sobre su manga, desenvolvió la estratagema que había concebido.

—Os daré el dinero enseguida. Habiéndolo recibido, os olvidaréis que fui yo quien os lo dio. Tenéis amigos en Inglaterra —parientes tal vez— que os mandaron el dinero a través de uno de vuestros pacientes en Bridgetown, cuyo nombre como hombre de honor no divulgaréis bajo ningún concepto porque lo pondríais en un problema. Esa es vuestra historia si hay preguntas.

Se detuvo, mirando fijamente a Blood. Blood asintió. Aliviado, el doctor continuó:

—Pero no habrá preguntas y trabajáis con cuidado. Vos arregláis el tema con Nutall. Lo enroláis como uno de vuestros compañeros y un constructor de barcos puede ser un miembro muy útil para vuestra tripulación. Lo contratáis para encontrar una chalana cuyo dueño esté dispuesto a vender. Y preparad todo antes de que la compra se haga efectiva, así podréis escapar antes de que las inevitables preguntas se formulen. ¿Me seguís?

Tan bien lo siguió Blood que antes de una hora consiguió ver a Nutall, y encontró al sujeto tan dispuesto al negocio como había indicado el Dr. Whacker. Cuando dejó la constructora de navíos, estaba acordado que Nutall buscaría el bote requerido, para lo que Blood enseguida tendría el dinero.

La búsqueda llevó más de lo que esperaba Blood, quien esperaba impacientemente con el oro del doctor oculto encima de su persona. Pero al fin de tres semanas, Nutall —con quien se encontraba diariamente— le informó que había encontrado una chalana adecuada, y que su dueño estaba dispuesto a venderla por

veintidós libras. Esa nohecita, en la playa, lejos de la vista de todos, Peter Blood le dio esa suma a su nuevo socio, y Nutall partió con instrucciones para completar la compra al fin del día siguiente. Debía traer el bote al muelle, donde cubiertos por la noche Blood y sus compañeros convictos se reunirían con él y partirían.

Todo estaba pronto. En la tienda, de la que los heridos ya habían sido retirados y que desde entonces había quedado vacía, Nutall había escondido las necesarias provisiones: pan, queso, agua y algunas botellas de vino de Canarias, una brújula, cuadrante, mapas, reloj de arena, bitácora, cuerdas, un lienzo encerado, algunas herramientas de carpintero, una linterna y velas. En las cabalas, todo estaba igualmente pronto. Hagthorpe, Dyke y Ogle habían aceptado unirse a la aventura y otros ocho habían sido cuidadosamente reclutados. En la cabaña de Pitt, que compartía con otros cinco convictos, todos de la partida en busca de la libertad, se había construido una escala de cuerdas en secreto durante esas noches de espera. Con ella remontarían el vallado y llegarían al espacio abierto. El riesgo de ser detectados, haciendo poco ruido, era casi nulo. Aparte de encerrarlos a todos en el vallado de noche, no había otras precauciones. Después de todo, ¿quién sería tan tonto de suponer que se podía esconder en la isla? El mayor peligro era ser descubiertos por los propios compañeros que dejaban atrás. Era por ellos que debían ser cautos y silenciosos.

El día previsto para ser el último en Barbados fue un día de esperanza y ansiedad para los doce asociados a la empresa, no más que para Nutall en la ciudad.

Hacia el atardecer, habiendo visto a Nutall partir para comprar y traer la chalana al lugar predeterminado del muelle, Peter Blood llegó despacio hacia el vallado, justo cuando los esclavos volvían de los campos. Se quedó al lado de la entrada para dejarlos pasar, y aparte del mensaje de esperanza que brillaba en sus ojos, no tuvo ninguna comunicación con ellos.

Entró al vallado y mientras los demás rompían la formación y se dirigían a sus respectivas cabañas, vio al Coronel Bishop hablando con Kent, el capataz. Los dos estaban de pie en la mitad del espacio verde para el castigo de los esclavos indisciplinados.

Mientras avanzaba, Bishop giró para mirarlo, rezongando. —¿Dónde habéis estado todo este tiempo?— ladró, y aunque una nota amenazante era normal en la voz del Coronel, Blood sintió su corazón apretándose con aprensión.

—Estuve con mi trabajo en la ciudad, —contestó—. La Sra. Patch tiene fiebre y El Sr. Dekker se torció un tobillo.

—Envié por vos a lo de Dekker, y no estabais. Os ha dado por haraganear, mi buen compañero. Tendremos que apuraros uno de estos días si no dejáis de abusar de la libertad que disfrutáis. ¿Os olvidáis que sois un rebelde convicto?

—No se me da la oportunidad, —dijo Blood, que nunca podía aprender a

contener su lengua—. ¡Por Dios! ¿Seréis atrevido conmigo?

Recordando todo lo que estaba en juego, volviéndose de repente conciente de que de las cabañas ansiosos oídos escuchaban, instantáneamente practicó una sumisión inusual.

—No atrevido, señor. Yo... lo lamento que me hayáis estado buscando...

—Sí, y lo lamentaréis más. El Gobernador tiene un ataque de gota, grita como un caballo herido, y a vos no se os podía encontrar. Vamos, hombre —rápido a la casa del Gobernador. Se os espera, os digo. Mejor prestadle un caballo, Kent, o tardará toda la noche en llegar.

Lo empujaron, chocando con una renuencia que no se animaba a mostrar. El hecho era desafortunado, pero no sin remedio. La fuga estaba prevista para la medianoche, y fácilmente estaría de vuelta para entonces. Montó el caballo que Kent le procuró, con la intención de apurarse lo más posible.

—¿Cómo entraré al vallado, señor? —preguntó al partir.

—No entraréis, —dijo Bishop—. Cuando hayan terminado con vos en la casa del Gobernador, os darán un catre hasta la mañana.

El corazón de Peter Blood se hundió como una roca en el agua. —Pero...—, comenzó.

—En marcha, dije. ¿Estaréis allí hablando hasta que oscurezca? Su excelencia os espera. Y con su caña el Coronel golpeó los ijares del caballo tan brutalmente que la bestia saltó casi tirando al suelo a su jinete.

Peter Blood partió con un ánimo cercano a la desesperanza. Y había motivos para ello. Posponer la huida hasta mañana era ahora necesario, y un atraso podía suponer el descubrimiento de la transacción de Nutal y la formulación de preguntas de difícil respuesta.

Tenía la intención de volver en la noche, una vez que su trabajo en la casa del Gobernador estuviera terminado, y desde fuera del vallado hacer saber a Pitt y los otros su presencia, y así reunirse con él para que su proyecto pudiera ser llevado a cabo. Pero en esto no contó con él.

Gobernador, a quien encontró realmente con un severo ataque de gota y un ataque casi igual de severo de mal humor por la demora de Blood.

El doctor tuvo que quedarse atendiéndolo constantemente hasta bien pasada la medianoche, cuando finalmente pudo aliviarlo un poco mediante una sangría. Después de esto se podría haber retirado. Pero Steed no quería oír hablar de ello. Blood debía dormir en su propia habitación para estar al alcance de la mano en caso de necesidad. Era el Destino jugándole una mala pasada. Por esa noche la huida debía ser definitivamente abandonada.

Recién a tempranas horas de la mañana Peter Blood logró hacer una escapada temporaria de la casa del Gobernador sobre la base de que precisaba ciertos

medicamentos que debía ir a buscar él mismo.

Con este pretexto, hizo una excursión a la ciudad que se despertaba, y fue derecho a buscar a Nuttall, a quien encontró en un estado de pánico lívido. El desafortunado deudor, quien había estado sentado esperando toda la noche, creyó que todo se había descubierto y que su propia ruina estaba involucrada. Peter Blood lo tranquilizó.

—Será esta noche, —dijo, con más seguridad de la que sentía—, aunque tenga que sangrar al Gobernador hasta la muerte. Estad pronto como la noche pasada.

—¿Pero si hay preguntas mientras tanto? —preguntó Nuttall. Era un hombre delgado, pálido, de facciones pequeñas, con ojos débiles que ahora parpadeaban desesperadamente.

—Contestad lo mejor que podáis. Usad vuestro ingenio, hombre. No me puedo quedar más. Y Peter fue al boticario por sus pretextadas drogas.

Cerca de una hora después de que se había ido vino un oficial de la Secretaría a la mísera casucha de Nuttall. El vendedor del bote había —como lo requería la ley desde la llegada de los rebeldes convictos— debidamente informado la venta en la oficina de la Secretaría, para obtener el reembolso del depósito de diez libras que cada tenedor de un barco pequeño debía depositar. La oficina de la Secretaría pospuso el reembolso hasta obtener confirmación de la transacción.

—Nos han informado que habéis comprado una chalana al Sr. Robert Farrell, —dijo el oficial.

—Es así., dijo Nuttall, quien consideró que para él esto era el fin del mundo.

—No estáis apurado, parece, para declararlo a la oficina de la Secretaría. El emisario tenía la adecuada arrogancia burocrática.

Los ojos de Nuttall pestañearon a una velocidad redoblada.

—¿De... declararlo? Conocéis la ley.

—Yo... Yo no sabía, con vuestra licencia.

—Pero está en la proclama publicada el último enero.

—Yo... yo no sé leer, señor. No... no sabía. —¡Bah!— El mensajero lo cubrió con su desprecio.

—Bueno, ahora estáis informado. Ved de estar en la oficina de la Secretaría antes del mediodía con diez libras para el depósito que estáis obligado a efectuar.

El pomposo oficial partió, dejando a Nuttall con un sudor frío a pesar del calor de la mañana. Agradecía que el sujeto no había hecho la pregunta que más temía, que era cómo él, un deudor, tenía dinero para pagar una chalana. Pero sabía que era solamente una tregua. La pregunta sería formulada con toda seguridad, y el infierno se abriría para él. Maldijo la hora en que había sido tan tonto como para escuchar la charla sobre la huida de Peter Blood. Pensaba que era muy posible que todo la conspiración fuera descubierta, y el probablemente sería ahorcado, o por lo menos marcado y vendido como esclavo, tal como esos otros malditos rebeldes convictos,

con quienes había sido tan loco como para asociarse. Si sólo tuviera las diez libras para la infernal fianza, que hasta el momento no había entrado en sus cálculos, era posible que todo fuera hecho rápidamente y las preguntas pospuestas hasta más tarde. Tanto como el mensajero de la Secretaría había pasado por alto el hecho de que era un deudor, también podían los otros de la oficina de la Secretaría, por lo menos por un día o dos; y en ese tiempo él podría, esperaba, estar fuera del alcance de sus preguntas. ¿Pero mientras tanto qué podía hacer sobre este dinero? ¡Y lo tenía que encontrar antes del medio día!

Nuttall pescó su sombrero, y salió a buscar a Peter Blood. ¿Pero a dónde? Vagando sin rumbo por la irregular callejuela sin pavimento, se animó a preguntar a uno o dos si habían visto a Blood esa mañana. Pretendió no estar sintiéndose muy bien, y realmente su apariencia lo sostenía. Nadie le pudo dar información; y como Blood nunca le había contado la parte de Whacker en el negocio, pasó con su triste ignorancia por delante de la puerta del único hombre en Barbados que gustosamente lo habría salvado de su problema.

Finalmente se determinó a ir a la plantación del Coronel Bishop. Probablemente Blood estaría allí. Si no, Nuttall encontraría a Pitt, y le dejaría un mensaje con él. Conocía a Pitt y sabía de su participación en el negocio. Su pretexto para ver a Blood sería que necesitaba asistencia médica.

Al mismo tiempo que salía, insensible en su ansiedad al hirviente calor, para subir a las alturas del norte de la ciudad, Blood dejaba la casa del Gobernador finalmente, habiendo aliviado tanto la condición del Gobernador que le permitieron irse. Teniendo un caballo, hubiera podido, si no fuera por un inesperado retraso, llegar al vallado antes de Nuttall, en cuyo caso muchos eventos infelices se podrían haber evitado. El inesperado retraso fue ocasionado por la Srta. *Arabella* Bishop.

Se encontraron en el portón del exhuberante jardín de la casa del Gobernador, y la Srta. Bishop, que iba a caballo, se sorprendió de ver a Peter Blood también montando. Sucedió que él estaba de buen humor. El hecho de que la condición del Gobernador había mejorado tanto como para devolverle su libertad de movimiento había bastado para eliminar la depresión bajo la que había estado trabajando hacía más de doce horas. En su rebote, el mercurio de su ánimo se había elevado más de lo que las circunstancias merecían. Estaba dispuesto a ser optimista. Lo que había fallado la noche anterior ciertamente no fallaría esta noche. ¿Qué era un día, después de todo? La oficina de la Secretaría podía dar inconvenientes, pero no reales inconvenientes por otras veinticuatro horas por lo menos, y por entonces estarían muy lejos.

Esta alegre confianza fue su primer desgracia. La segunda fue que su buen humor era compartido por la Srta. Bishop, y que ella no tenía rencor. Las dos cosas se unieron para provocar el retraso con sus deplorables consecuencias.

—Buenos días, señor, —lo saludó ella agradablemente—. Hace cerca de un mes que no os veo.

—Veintiún días exactamente, —dijo él—. Los he contado.

—Os aseguro que estaba empezando a creer que habíais muerto.

—Os agradezco la corona.

—¿La corona?

—Para adornar mi tumba, —explicó.

—¿Siempre debéis bromear? —preguntó con curiosidad, y lo miró gravemente, recordando que sus bromas en la última ocasión la había llevado al enojo.

—Un hombre debe a veces reírse de sí mismo o se vuelve loco, —dijo—. Pocos se dan cuenta. Por esto hay tantos hombres locos en el mundo.

—Podéis reiros de vos a vuestro gusto, señor. Pero a veces creo que os reís de mí, lo que no es amable.

—Entonces, por mi fe, estáis equivocada. Sólo me río de lo cómico, y vos no sois para nada cómica.

—¿Qué soy, entonces?, —preguntó, riendo.

Por un momento la observó, tan fresca y bella, tan completamente femenina y sin embargo tan completamente franca y sin dobleces.

—Vos sois, —dijo—, la sobrina del hombre que me posee como su esclavo. Pero hablaba con tono ligero. Tan ligero que ella se sintió animada a insistir.

—No, señor, eso es una evasión. Debéis contestarme con la verdad esta mañana.

—¿Con la verdad? Contestaros ya es un esfuerzo. ¡Pero con la verdad! Bueno, debo decir de vos que será afortunado quien se cuente como vuestro amigo. En su mente había algo más para agregar. Pero lo dejó allí.

—Eso es muy amable, —dijo ella—. Tenéis un buen gusto para los cumplidos, Sr. Blood. Otro en vuestro lugar...

—Por mi fe, vamos, ¿acaso no sé lo que otro hubiera dicho? ¿Acaso no conozco a los hombres?

—A veces creo que sí, y a veces creo que no. De todos modos, no conocéis a las mujeres. Estuvo ese caso de los españoles.

—¿Nunca os olvidaréis?

—¡Nunca!

—Mala elección de vuestra memoria. ¿No hay nada bueno en mí que rescatar en su lugar?

—¡Oh, muchas cosas!

—¿Por ejemplo? —Estaba casi ansioso.

—Habláis excelente Español.

—¿Eso es todo? —dijo con desilusión.

—¿Dónde lo aprendisteis? ¿Habéis estado en España?

—Eso sí. Estuve dos años en una prisión española.

—¿En prisión? —Su tono demostraba reservas con las que no quería dejarla.

—Un prisionero de guerra, —explicó—. Fui apresado peleando con los franceses, al servicio de Francia, quiero decir.

—¡Pero sois un doctor! —exclamó ella.

—Eso es meramente una diversión, creo. De profesión son un soldado —por lo menos es una profesión que seguí por diez años. No me dio gran cosa, pero me sirvió mejor que la medicina, la que, como podéis observar, me llevó a la esclavitud. Creo que a los Cielos les resulta más agradable que se mate gente que se la cure. Seguro debe ser así.

—¿Pero cómo llegasteis a ser un soldado, y servir a los franceses?

—Soy irlandés, como veis, y estudié medicina. Por lo tanto —como estamos en una nación perversa... Oh, pero es una larga historia, y el Coronel espera mi regreso.

Pero ella no iba a aceptar ser defraudada en su entretenimiento. Si esperaba un momento cabalgarían juntos de regreso. Había venido solamente para preguntar por la salud del Gobernador, a pedido de su tío.

Así que la esperó, y volvieron juntos a la casa del Coronel Bishop. Marchaban muy lentamente, al paso, y alguno que pasó se maravilló de ver al doctor-esclavo aparentemente en términos tan íntimos con la sobrina de su dueño. Uno o dos tal vez se prometió dejarle caer algún comentario al Coronel. Pero los dos marchaban olvidados de todos los demás esa mañana. Él le contaba la historia de sus turbulentos días de joven, y al final explicó más completamente de lo que había hecho hasta ahora cómo había sido arrestado y juzgado.

La historia estaba apenas terminada cuando llegaron a la puerta del Coronel y desmontaron, Peter Blood devolviendo su jaca a uno de los mozos de cuadra negros, quien informó que el Coronel no estaba en la casa de momento.

Incluso entonces se demoraron un momento, al detenerlo ella.

—Lamento, Sr. Blood, que no supe antes, —dijo, y había una sospechosa humedad en sus claros ojos almendra. Con una directa amigabilidad le tendió su mano.

—¿Por qué, qué diferencia hubiera hecho? —preguntó él.

—Alguna, creo. Habéis sido duramente tratado por el Destino.

—Och, pero... —Se detuvo. Sus agudos ojos de zafiro la observaron fijamente un momento bajo sus frente oscura—. Podría haber sido peor, —dijo, con un significado que trajo un tinte de color a las mejillas de ella y un temblor a sus párpados.

Se inclinó a besar su mano antes de liberarla, y ella no se lo prohibió. Luego se dio vuelta y caminó hacia el vallado una media milla de distancia, y la visión de su rostro fue con él, teñida con un rubor creciente y una timidez inusual. Olvidó en ese pequeño instante que era un rebelde convicto con diez años de esclavitud por delante;

olvidó que había planeado escapar, lo que debía ser llevado a cabo esa noche, olvidó incluso el peligro de ser descubierto que debido a la gota del Gobernador ahora lo rondaba.

Capítulo VII

Piratas

El Sr. James Nuttall marchó a toda velocidad, sin hacer caso al calor, desde Bridgetown hasta la plantación del Coronel Bishop, y si algún hombre fue creado para caminar rápido en un clima cálido, ése fue el Sr. James Nuttall, con su corto y delgado cuerpo y su largas y huesudas piernas. Tan enjuto era que era difícil creer que había algún fluido en él, pero fluidos debía haber porque llegó sudando violentamente cuando alcanzó el vallado.

A la entrada casi choca con el capataz Kent, un rechoncho animal con las piernas combas, los brazos de Hércules y la quijada de un bulldog.

—Busco al Capitán Blood, —anunció sin aliento.

—Estáis muy apurado, —gruñó Kent—. ¿Qué demonios ocurre? ¿Mellizos?

—¿Eh? ¡Oh! No, no. No estoy casado, señor. Es un primo mío, señor.

—¿Qué le pasa?

—Está muy mal, señor, —Nuttall mintió rápidamente sobre la clave que el mismo Kent le había permitido—. ¿Está aquí el doctor?

—Aquélla es su cabaña. Kent indicó sin cuidado. —Si no está allí, estará en otro lado. Y se fue. Era una ápera bestia sin gracia en todo momento, más rápido con su látigo que con su lengua.

Nuttall lo vio irse con satisfacción, e incluso tomó nota de qué camino había tomado. Luego se dirigió a la cabaña, para verificar con mortificación que el Dr. Blood no estaba. Un hombre con buen sentido se hubiera sentado a esperar, juzgando que era la manera más rápida y segura de lograr su propósito. Pero Nuttall no tenía buen sentido. Corrió afuera del vallado nuevamente, duró por un momento sobre qué dirección tomar, y finalmente decidió ir a cualquier lado menos por donde había salido Kent. Corrió a través de la reseca pradera hacia la plantación de azúcar que se veía sólida como una muralla y brillando dorada en el encandilante sol de junio. Había caminos que se cruzaban dentro de los bloques de la caña madura color ámbar. En la distancia por uno de ellos, vio algunos esclavos trabajando. Nuttall entró por la avenida y se dirigió a ellos. Lo miraron sin expresión cuando pasó a su lado. Pitt no estaba entre ellos, y no se animó a preguntar por él. Continuó su búsqueda por casi una hora, yendo y viniendo por esos caminos. Una vez lo vio uno de los custodias y le ordenó que le dijera qué hacía. Buscaba, dijo, al Dr. Blood. Su primo estaba

enfermo. El custodia le dijo que se fuera al diablo y saliera de la plantación. Blood no estaba allí. Si estaba en algún lado, sería en su cabaña.

Nuttall pasó de largo, aceptando que se iría. Pero fue en la dirección equivocada; fue hacia el lado de la plantación más lejano del vallado, hacia los densos bosques que bordeaban la plantación. El custodia fue muy desdeñoso y tal vez muy cansado por el calor del mediodía que se acercaba para corregir su curso.

Nuttall llegó al fin del camino, y dobló por la esquina, para encontrarse con Pitt, solo, trabajando con una pala de madera en un canal de irrigación. Un par de calzoncillos de algodón, sueltos y andrajosos lo vestían de la cintura a la rodilla; por encima y por debajo estaba desnudo, salvo por un ancho sombrero de paja que protegía su dorada cabeza de los rayos del sol tropical. Al verlo, Nuttall dio gracias en voz alta a su Creador. Pitt lo miró, y el constructor de barcos desparramó sus tristes noticias con triste tono. La conclusión era que debía recibir diez libras de Blood esa misma mañana o estaban todos condenados. Y todo lo que logró por sus fatigas y su sudor fue la condenación de Jeremy Pitt.

—¡Maldito seáis por tonto! —dijo el esclavo—. ¿Si es a Blood a quien buscáis, por qué perdéis el tiempo acá?

—No puedo encontrarlo, —se quejó Nuttall. Estaba indignado por el recibimiento. Olvidó el estado de los nervios del otro después de una noche de vigilia ansiosa terminando en un alba de desilusión—. Pensé que vos...

—¿Pensasteis que puedo largar mi pala e ir a buscarlo para vos? ¿Eso es lo que pensasteis? ¡Mi Dios!, que nuestras vidas puedan depender de un cabeza dura. Mientras perdéis el tiempo aquí, las horas pasan. Y si un custodia os coge hablando conmigo, ¿cómo lo explicaréis?

Por un instante Nuttall quedó sin habla por tanta ingratitud. Luego explotó.

—Le pediría al Cielo no haber tenido nada que ver en este tema. ¡Lo desearía! Deseo que...

Qué otra cosa deseaba nunca se supo, porque en ese momento del bloque de cañas surgió un hombre grande vestido de tafeta color caramelo seguido por dos negros con calzoncillos de algodón armados con machetes. No estaba ni a diez yardas, pero su aproximación sobre el suave pasto no había sido escuchada.

El Sr. Nuttall miró desorbitado hacia ese lado e inmediatamente corrió como un conejo hacia el bosque, haciendo lo más estúpido y delatador que en esas circunstancias era posible para él hacer. Pitt gimió y se quedó quieto, apoyándose en su pala.

—¡Alto ahí! —rugió el Coronel Bishop al fugitivo, y añadió horribles amenazas junto con otras retóricas indecencias.

Pero el fugitivo siguió su carrera, sin siquiera girar su cabeza. Su última esperanza era que el Coronel Bishop no hubiera visto su cara; porque el poder y la

influencia del Coronel Bishop era más que suficiente para colgar a cualquier hombre que él pensara que estaba mejor muerto.

Recién cuando el fugitivo desapareció en el chaparral el hacendado se recuperó lo suficiente de su asombro indignado como para recordar a los dos negros que seguían sus talones como sabuesos. Era una custodia sin la que nunca se movía en sus plantaciones desde que un esclavo lo había atacado y casi estrangulado un par de años atrás.

—¡Tras él, negros marranos! —les rugió. Pero en cuanto arrancaron, los detuvo—. ¡Esperad! ¡Maldito sea!

Se le había ocurrido que para capturar al sujeto no era necesario ir tras él, y tal vez perder un día cazándolo en ese bosque endemoniado. Estaba Pitt al alcance de la mano, y Pitt le debía dar la identidad de su vergonzoso amigo, y también el motivo de la conversación íntima y secreta que él había perturbado. Pitt, por supuesto, no estaría dispuesto. Peor para Pitt. El ingenioso Coronel Bishop conocía una docena de maneras —algunas muy entretenidas— de vencer la terquedad de esos perros convictos.

Dirigió al esclavo un rostro inflamado por calor interno y externo, y un para de ojos alumbrados por cruel inteligencia. Caminó hacia delante balanceando su ligero bastón de bambú.

—¿Quién era ese fugitivo? —preguntó con terrible suavidad. Jeremy Pitt dejó caer su cabeza un poco y movió con incomodidad sus pies descalzos. Vanamente buscó una respuesta en una mente que no podía hacer otra cosa que maldecir la idiotez del Sr. James Nuttall.

La caña de bambú cayó en los desnudos hombros del muchacho con fuerza lacerante.

—¡Contéstame, perro! ¿Cuál es su nombre?

Jeremy miró al corpulento hacendado con ojos huraños, casi desafiantes.

—No sé, —dijo, y en su voz había un indicio de la rebeldía nacida en él por el golpe que no se animaba, por salvar su vida, a devolver. Su cuerpo había permanecido sin doblarse bajo él, pero su espíritu se sacudía en tormento.

—¿No sabes? Bueno, esto es para apurar tu memoria. Nuevamente descendió la caña. —¿Has pensado en su nombre ya?

—No lo he hecho.

—Testarudo, ¿eh? —Por un momento el Coronel lo miró de reojo. Luego su pasión lo dominó—. ¡Tú perro desvergonzado! ¿Juegas conmigo? ¿Crees que te puedes burlar de mí?

Pitt se encogió de hombros, movió sus pies nuevamente, y se encerró en un silencio tenaz. Pocas cosas son más provocativas; y el temperamento del Coronel Bishop no requería nunca mucha provocación. Furia bestial se despertó en él.

Fieramente ahora azotó esos hombros sin defensa, acompañando cada golpe con una blasfemia, hasta que, golpeado más allá de lo tolerable, los rescoldos de su hombría se despertaron en una llama momentánea y Pitt saltó sobre su torturador.

Pero cuando saltó, también saltaron los negros guardianes. Brazos de músculos de bronce se enroscaron haciendo crujir el frágil cuerpo blanco, y en un momento el infeliz esclavo estuvo impotente, sus muñecas atadas a su espalda con una correa de cuero.

Respirando con dificultad, su cara veteada, Bishop lo estudió un momento. Luego:

—¡Llévenlo! —dijo.

Por la larga avenida, entre los dorados paredones de caña de unos ocho pies de altura, el desgraciado Pitt fue empujado por sus negros captores, observado con ojos llenos de miedo por sus compañeros esclavos trabajando allí. La desesperación iba con él. Qué tormentos lo esperaban inmediatamente le importaba poco, aunque sabía que serían horribles. La fuente real de su angustia mental residía en la convicción de que el elaborado plan de fuga de este insoportable infierno se había frustrado ahora en el mismo momento de su ejecución.

Llegaron a la verde pradera y se dirigieron al vallado y a la blanca casa del capataz. Los ojos de Pitt miraron a la bahía Carlisle, de la que había una vista clara desde esta pradera. Amarradas al muelle había una serie de pequeños botes y Pitt se encontró a sí mismo preguntándose cuál de esas sería la chalana en la que con un poco de suerte estarían ahora en el mar. Con enorme tristeza miró ese mar.

En la entrada al puerto, empujada por una brisa suave que escasamente rizaba la superficie color zafiro del Caribe, llegaba una fragata de rojo maderamen, con la bandera Inglesa en alto.

El Coronel Bishop se detuvo a mirarla, haciéndose sombra con su carnosa mano. Aunque la brisa era muy leve, el navío no desplegaba velas más allá de la principal, Las demás estaban arriadas, dejando una clara vista de sus líneas majestuosas, desde su torre de mando hasta su espolón que brillaba en el enceguecedor sol.

Un avance tan tranquilo suponía un patrón poco conocedor de estas aguas, quien prefería arrastrarse con cautela, sondeando su camino. A este ritmo demoraría una hora, tal vez, antes de anclar en el puerto. Y mientras el Coronel la observaba, tal vez admirando su graciosa belleza, Pitt fue llevado al vallado y atado al palo que esperaba a los esclavos que necesitaban corrección.

El Coronel Bishop lo siguió prontamente, con paso tranquilo.

—Un perro amotinado que muestra sus colmillos a su amo debe aprender buenas maneras con un látigo, —fue todo lo que dijo antes de ubicarse en el lugar del verdugo.

Que con sus propias manos llevara a cabo lo que la mayoría de los hombres de su

posición dejarían, por respeto a sí mismos, en manos de los negros, da la medida de su bestialidad. Fue casi saboreando, como gratificando algún salvaje instinto de crueldad, que ahora azotó a su víctima en la cabeza y hombros. Pronto su caña se fue rompiendo por la violencia. Conocéis, tal vez, el golpe de un bambú flexible cuando está entero. ¿Pero os dais cuenta su cualidad asesina cuando se ha quebrado en varios filos, cada uno como afilado como un cuchillo?

Cuando, finalmente, por puro cansancio, el Coronel Bishop tiró los pedazos en los que la caña se había transformado, la espalda del infeliz esclavo sangraba en carne viva desde el cuello a la cintura.

Mientras tuvo la total conciencia, Jeremy Pitt no hizo ningún sonido. Pero a medida que sus sentidos se fueron piadosamente durmiendo, se inclinó hacia delante, y ahora colgaba en un acurrucado montón, gimiendo débilmente.

El Coronel Bishop, se acercó y se inclinó sobre su víctima, una sonrisa cruel en su grosero rostro.

—Que eso te enseñe la adecuada sumisión, —dijo—. Y ahora, en relación a ese tímido amigo tuyo, te quedarás aquí sin comida ni agua —sin comida ni agua, ¿me oyes?— hasta que dispongas decirme su nombre y ocupación. Sacó su pie de la baranda. —Cuando tengas suficiente de esto, avísame, que tenemos los hierros candentes para ti.

Con eso giró sobre sus talones, y salió caminando del vallado, seguido de sus negros.

Pitt lo había escuchado, como escuchamos en un sueño. Por el momento estaba tan quebrado por su cruel castigo, y tan honda era la desesperación en la que había caído, que no le importaba si vivía o moría.

Pronto, sin embargo, del sopor en que el dolor piadosamente inducía, una nueva variedad de dolor lo despertó. El poste se encontraba en un predio abierto bajo los rayos inclementes del sol tropical que se hundían en su carne lacerada hasta que sintió como si la cruzaran con fuego. Y pronto, se sumó otro tormento aún más indecible. Moscas, las crueles moscas de las Antillas, atraídas por el olor de la sangre, bajaron como una nube sobre él.

No sorprende que el Coronel Bishop, quien conocía tan bien el arte de soltar lenguas testarudas, no consideró necesario otro tipo de tortura. Toda su cruel naturaleza no podía configurar un tormento más cruel que el que la naturaleza le procuraba a un hombre en la condición de Pitt.

El esclavo se dobló en el poste hasta que estuvo en peligro de quebrarse las piernas, y gritando en agonía.

Así lo encontró Peter Blood, como si se materializara ante sus ojos. El Sr. Blood llevaba una gran hoja de palma. Habiendo sacudido con ellas las moscas que devoraban la espalda de Jeremy, la colgó del cuello de Pitt con una tira de fibra, y así

lo protegió de futuros ataques como de los rayos del sol. Luego, sentándose a su lado, colocó la cabeza del sufriente en su propio hombro y bañó su cara con agua fresca de una vasija. Pitt se estremeció y se quejó con un gran respiro.

—¡Bebe! —murmuró—. ¡Bebe, por amor de Cristo! —La vasija fue llevada a sus labios temblorosos. Bebió ávida, ruidosamente, y no paró hasta haber vaciado el recipiente. Más fresco y revivido por el agua, intentó sentarse.

—¡Mi espalda! —gritó.

Había una luz inusual en los ojos del Sr. Blood; sus labios estaban apretados. Pero cuando los separó para hablar, su voz llegó fría y calma.

—Tranquilo, ahora. Una cosa por vez. Tu espalda no se está lastimando más al presente, porque la cubrí. Quiero saber qué te pasó. ¿Crees que podemos estar sin un navegante que vas y provocas a la bestia de Bishop hasta que casi te mata?

Pitt se sentó y se quejó nuevamente. Pero esta vez su angustia era mental más que física. —No creo que se necesite un navegante ahora, Peter—. ¿Qué es eso? —exclamó el Sr. Blood.

Pitt explicó la situación tan brevemente como pudo, con un habla entrecortada y sin aliento.

—Debo pudrirme aquí hasta que le diga la identidad de mi visitante y el motivo.

El Sr. Blood se puso de pie, gruñendo en su garganta.

—¡Maldito sea el sucio negrero! —dijo—. Pero esto hay que arreglarlo de todos modos. ¡Al diablo con Nuttall! Dé o no la fianza, explique o no explique el negocio, la barca está en el muelle, y nosotros nos vamos y tú vienes con nosotros.

—Sueñas, Peter, —dijo el prisionero—. No nos vamos esta vez. Los magistrados confiscarán el bote porque la fianza no está paga, aun cuando Nuttall no confiese el plan por la presión, y terminemos todos con una marca en nuestra frente.

El Sr. Blood se dio vuelta, y con agonía en sus ojos miró al mar sobre cuyas aguas azules había esperado con tanta ansiedad estar pronto viajando a la libertad.

El gran navío rojo se había acercado considerablemente por ahora. Lenta, majestuosamente, estaba entrando a la bahía. Ya una o dos chalanas estaban zarpando del muelle para abordarla. Desde donde se encontraba, el Sr. Blood pudo ver el brillo de sus cañones de bronce montados en la proa sobre el curvado mascarón, y pudo vislumbrar la figura de un marino inclinándose para dirigir la maniobra.

Una voz enojada lo sacó de sus desdichados pensamientos.

—¿Qué diablos estás haciendo?

El Coronel Bishop volvía al vallado, sus negros lo seguían siempre.

El Sr. Blood volvió su cara a él, y sobre las oscuras facciones —que, realmente, estaban ahora bronceadas al marrón dorado de un Indio— cayó una máscara.

—¿Haciendo? —dijo suavemente—. Pues, las obligaciones de mi oficio.

El Coronel, avanzando furiosamente, observó dos cosas. La vasija vacía en el

asiento al lado de su prisionero, y la hoja de palma protegiendo su espalda. —¿Te has animado a hacer esto?— Las venas en el frente del hacendado sobresalían como cuerdas.

—Por supuesto que lo he hecho. El tono del Sr. Blood era de una débil sorpresa.

—Dije que no tendría comida ni agua hasta que yo lo ordenara.

—Pero yo no os escuché decirlo.

—¿No me escuchaste? ¿Cómo me habrías escuchado cuando no estabas acá?

—¿Y entonces cómo esperáis que conozca vuestras órdenes? —El tono del Sr Blood estaba realmente agraviado—. Todo lo que vi es que uno de vuestros esclavos estaba siendo asesinado por el sol y las moscas. Y entonces me dije, éste es uno de los esclavos del Coronel y yo soy el doctor del Coronel, y seguramente es mi deber cuidar la propiedad del Coronel. Entonces le di al joven un poco de agua y cubrí su espalda del sol. ¿No estuve acertado, entonces?

—¿Acertado? —El Coronel estaba casi sin habla.

—¡Calma, ahora, calma! —El Sr. Blood le imploró—. Tendréis una apoplejía si os dejáis llevar con un calor como éste.

El hacendado lo sacó de su camino con una imprecación, y sacó la hoja de palma de la espalda de su prisionero.

—En nombre de la humanidad, ahora... —Blood comenzaba.

El Coronel giró hacia él con furia. —¡Fuera de esto!— ordenó. —Y no te acerques a él si no te lo ordeno, si no quieres ser tratado de la misma manera.

Estaba terrorífico en su amenaza, en su arrogancia conociendo su poder. Pero Blood nunca se amilanaba. Se le ocurrió al Coronel, cuando se vio mirado fijamente por esos ojos azules que parecían tan raros en esa cara tostada —como pálidos zafiros colocados en cobre— que este bribón se estaba volviendo presuntuoso de un tiempo a esta parte. Era algo que debía corregir. Mientras tanto, Blood estaba hablando nuevamente, su tono calmado e insistente.

—En nombre de la humanidad, —repitió—, me permitiréis hacer lo que puedo para aliviar su sufrimiento, u os juro que olvidaré al instante mis deberes de médico, y no atenderé ningún otro paciente en esta isla infecta.

Por un instante, el Coronel estaba demasiado sorprendido para hablar. Luego:

—¡Por Dios!, —rugió—. ¿Osas tomar ese tono conmigo, perro? ¿Osas imponerme condiciones?

—Lo hago. —Los firmes ojos azules miraban de frente a los del Coronel, y había un demonio asomándose en ellos, el demonio de la temeridad que nace de la desesperanza.

El Coronel Bishop lo consideró por un largo momento en silencio.

—He sido muy blando contigo, —dijo finalmente—. Pero se corregirá. —Apretó sus labios—. Os golpearán con una varilla, hasta que no haya una pulgada de piel en

su sucia espalda.

—¿Haréis eso? ¿Y que hará el Gobernador Steed, entonces?

—No eres el único doctor en la isla.

Blood rio.

—¿Y le diréis eso a su excelencia, con la gota tan mal en sus pies que no puede estarse en pie? Sabéis perfectamente que no tolerará otro doctor, siendo un hombre inteligente sabe lo que es bueno para él.

Pero la pasión bestial del Coronel tan removida no era fácilmente aplacada.

—Si estás vivo cuando mis negros terminen contigo, tal vez recuperarás la razón.

Se volvió a sus negros para dar una orden. Pero nunca fue dada. En ese momento un terrible trueno ahogó su voz y sacudió el aire. El Coronel Bishop saltó, sus negros saltaron con él, y o mismo hizo el aparentemente imperturbable Sr. Blood. Luego los cuatro miraron juntos hacia el mar.

Allá abajo en la bahía todo lo que se podía ver del gran barco, ahora a distancia de un cable del fuerte, eran sus mástiles envueltos en una nube de humo. De los riscos una bandada de asustadas gaviotas se habían levantado y volaban gritando su alarma.

Mientras estos hombres miraban desde la altura en la que se encontraban, sin entender lo que había sucedido, vieron la bandera de Inglaterra bajar del mástil principal y desaparecer en la nube que crecía. Un instante más tarde, y a través de la nube se vio en reemplazo de ella la bandera roja y dorada de Castilla. Y entonces entendieron.

—¡Piratas! —rugió el Coronel, y nuevamente—. ¡Piratas!

Miedo e incredulidad sonaban en su voz. Había palidecido bajo su bronceado sol hasta que su cara estuvo del color de arcilla, y había una furia salvaje en sus ojos. Sus negros lo miraban, sonriendo estúpidamente, todo dientes y pupilas.

Capítulo VIII

Españoles

El majestuoso barco al que le había sido permitido entrar tan cómodamente bajo colores falsos a la bahía de Carlisle, era un corsario español, que venía a pagar algo de la pesada deuda acumulada por la depredadora Hermandad de la Costa, y la reciente derrota por el *Orgullo de Devon* de dos galeones de tesoro que se dirigían a Cádiz. Sucedió que el galeón que escapó en una condición más o menos estropeada era comandado por Don Diego de Espinosa y Valdes, quien era el hermano del admirante español Don Miguel de Espinosa, y además un orgulloso y activo caballero de temperamento muy vehemente.

Rencoroso por esta derrota, y eligiendo que su propia conducta había invitado a ella, había jurado enseñar a los ingleses una dura lección que recordarían. Tomaría una hoja del libro de Morgan y otros ladrones del mar, y haría una invasión de castigo en el poblado inglés. Desafortunadamente para él y para muchos otros, su hermano el Admirante no estaba cerca para refrenarlo cuando se embarcó en el *Cinco Llagas* en San Juan de Puerto Rico. Eligió como su objetivo la isla de Barbados, en la que la confianza por su fortaleza hacía que hubiera menores cuidados. También la eligió porque allí había atracado el *Orgullo de Devon* y consideraba que era justicia poética dirigir allí su venganza. Y eligió un momento en que no había barcos de guerra anclados en la Bahía de Carlisle.

Había tenido tanto éxito en sus intenciones que no había levantado sospechas hasta que saludó al fuerte con una descarga de sus veinte cañones.

Y ahora los cuatro observadores del vallado en lo alto vieron al gran barco deslizarse hacia delante bajo la creciente nube de humo, su vela mayor desplegada para aumentar su capacidad de maniobra y llevar sus cañones de popa a colocarse frente al desprevenido fuerte.

Con el brutal rugido de la segunda descarga, el Coronel Bishop despertó de su estupefacción y recordó sus deberes. En la ciudad, abajo, los tambores redoblaban frenéticamente, y una trompeta aullaba, como si el peligro necesitara mayores advertencias. Como comandante de la Milicia de Barbados, el lugar del Coronel Bishop era a la cabeza de sus escasas tropas, en ese fuerte que los cañones españoles estaban reduciendo a escombros.

Recordándolo, salió apuradamente, a pesar de su peso y el calor, sus negros

trotando tras él.

Blood giró hacia Jeremy Pitt. Rio desagradablemente.

—Bueno, —dijo— eso es lo que llamo una interrupción a tiempo. Sólo que lo que salga de ella, —añadió como un comentario adicional—, solamente el diablo lo sabe.

Mientras una tercera descarga tronaba, recogió la hoja de palma y cuidadosamente la volvió a colocar en la espalda de su compañero esclavo.

Y entonces llegó al vallado Kent, sudando y sin aliento, seguido de la mayor parte de los trabajadores de la plantación, algunos negros, y todos en estado de pánico. Los llevó a la pequeña casa blanca, para traerlos afuera nuevamente después de un instante, armados ahora con mosquetes y algunos equipados con bandoleras.

Por este tiempo, los rebeldes convictos también llegaban, de a dos y de a tres, habiendo abandonado su trabajo al verse sin custodias y sintiendo el espanto general.

Kent se detuvo un momento, mientras su guardia velozmente armada se lanzaba hacia delante, para dar una orden a los esclavos.

—¡A los bosques!, —les ordenó—. Tomen hacia los bosques, y quédense allí hasta que esto termine, y hayamos apresado esta basura española.

Después de eso salió apurado tras sus hombres, quienes se sumaron a los que se agrupaban en la ciudad, para enfrentarse y superar a las partidas españolas que desembarcaran.

Los esclavos lo habrían obedecido al instante si no hubiera sido por Blood.

—¿Para qué apurarse, y con este calor?, —dijo. Estaba sorprendentemente calmo, pensaron—. Tal vez no haya necesidad de esconderse en los bosques y, de todos modos, habrá tiempo suficiente para hacerlos cuando los españoles sean los dueños del pueblo.

Y entonces, unido ahora con los otros rezagados, y sumando entre todos una veintena —rebeldes convictos todos— se quedaron a observar desde su ventajoso lugar la fortuna de la furiosa batalla que se libraba allá abajo.

El desembarco fue recibido por la milicia y por cada isleño capaz de empuñar un arma, con la fiera resolución de hombres que saben que no habría clemencia en caso de derrota. La crueldad del soldado español era proverbial, y ni siquiera en sus peores momentos habían Morgan o *L'Ollonais* jamás perpetrado horrores como los que eran capaces de realizar estos caballeros de Castilla.

Pero este comandante español conocía su oficio, que era más de los que honestamente se podía decir de la Milicia de Barbados. Con la ventaja de la sorpresa, que puso de un golpe al fuerte fuera de acción, pronto les mostró quién era el dueño de la situación. Sus cañones se dirigieron ahora al espacio abierto detrás de muelle, donde el incompetente Bishop había reunido a sus hombres, y redujeron a la milicia a sangrientos jirones, cubriendo a las partidas de desembarco que llegaban a la costa en sus propios botes y en los de los que se habían acercado al barco antes de que su

identidad fuera revelada.

A lo largo de la quemante tarde siguió la batalla, el ruido de los mosquetes penetrando cada vez más en la ciudad para mostrar que los defensores estaban siendo obligados continuamente a replegarse. Al atardecer, doscientos cincuenta españoles eran dueños de Bridgetown, los isleños estaban desarmados, y en la casa del Gobernador, el Gobernador Steed —olvidada su gota por el pánico— junto con el Coronel Bishop y otros oficiales menores, estaba siendo informado por Don Diego, con una urbanidad que era en sí misma una burla, la suma que requería por rescate.

Por cien mil monedas de oro y cincuenta cabezas de ganado, Don Diego se abstendría de reducir el lugar a cenizas. Y mientras el educado comandante arreglaba estos detalles con el apopléjico Gobernador inglés, los españoles arrasaban, festejaban, bebían y saqueaban a su terrible manera.

Blood, con gran osadía, se aventuró al atardecer a la ciudad. Lo que vio allí está registrado por Jeremy Pitt a quien se lo contó en ese voluminoso libro del que la mayor parte de mi narración se deriva. No tengo intenciones de repetirlo aquí. Es demasiado detestable y nauseabundo, increíble, verdaderamente, que los hombres puedan por algún motivo descender a semejante abismo de crueldad y lujuria.

Lo que vio lo hizo huir rápidamente, pálido, de ese infierno, cuando en una estrecha callejuela una joven lo atropelló, sus ojos desorbitados, su cabello suelto tras ella mientras corría. Atrás de ella, riendo y jurando en el mismo aliento, venía un español de gruesas botas. Estaba casi sobre ella cuando de repente Blood se puso en su camino. El doctor había tomado una espada de un hombre muerto un rato antes y se había armado con ella por una emergencia.

Cuando el español frenó con furia y sorpresa, vio en la luz del atardecer el brillo de la espada que Blood había rápidamente desenvainado.

—¡Ah, *perro inglés!* —gritó, y se abalanzó a su muerte.

—Espero estéis en un estado adecuado para encontraros con vuestro Hacedor, —dijo Blood y lo atravesó con la espada. Lo hizo con oficio: con la combinada habilidad del espadachín y el cirujano. El hombre se hundió en una pila casi sin un quejido.

Blood giró a la joven, que se recostaba jadeando y sollozando contra una pared. La tomó por la muñeca.

—¡Venid!, —dijo.

Pero ella se resistió con todo su peso. —¿Quién sois vos?— preguntó asustada.

—¿Esperaréis a ver mis credenciales? —le dijo fuertemente. Había pasos que se acercaban tras la esquina por la que había pasado la joven escapando del rufián español—. Venid —la urgió nuevamente. Y esta vez, tal vez tranquilizada por su claro acento inglés, fue sin otras preguntas.

Corrieron por el callejón y luego por otro, sin encontrar a nadie por gran fortuna,

porque ya estaban en las afueras de la ciudad. Salieron finalmente de ella, y el pálido, físicamente enfermo, Blood casi la arrastró por la colina hacia la casa del Coronel Bishop. Le contó rápidamente quién y qué era, y luego no hubo más conversación entre ellos hasta que llegaron a la gran casa blanca. Todo estaba en oscuridad, lo que por lo menos era tranquilizador. Si los españoles hubieran llegado, habría luz. Golpeó la puerta, pero tuvo que golpear nuevamente y luego otra vez antes de que le contestaran. Y entonces fue por una voz desde una ventana en el piso de arriba.

—¿Quién está allí? La voz era la de la Srta. Bishop, un poco trémula, pero sin duda su voz.

Blood casi se desmayó de alivio. Había estado imaginando lo inimaginable. Se la había imaginado en ese infierno del que había salido recién. Pensaba que podía haber seguido a su tío a Bridgetown, o cometido alguna otra imprudencia, y había quedado helado de pies a cabeza por el solo pensamiento de lo que le podía haber sucedido.

—Soy yo, Peter Blood, jadeó.

—¿Qué queréis?

Es dudoso que hubiera bajado a abrir. Porque en un momento como éste era más que probable que los desgraciados esclavos de la plantación se hubieran rebelado y eso era un peligro casi tan grande como el de los españoles. Pero al sonido de su voz, la joven que Blood había rescatado, miró entre las tinieblas.

—¡*Arabella!* —llamó—. Soy yo, Mary Traill.

—¡Mary! —La voz cesó arriba luego de esa exclamación, la cabeza fue retirada. Después de una breve pausa, la puerta se abrió. En la amplia sala estaba *Arabella* de pie, una tenue, virginal figura de blanco, misteriosamente revelada en la luz de la única vela que llevaba.

Blood pasó adentro, seguido por su perturbada compañera, quien, cayendo sobre el suave pecho de *Arabella*, se rindió a las lágrimas. Pero él no perdió tiempo.

—¿Quién está aquí con vos? ¿Qué sirvientes? —preguntó rápidamente.

El único hombre era James, un viejo negro.

—El único hombre, —dijo Blood—. Decidle que vaya a buscar los caballos. Luego os vais a Speightstown, o incluso más al norte, donde estaréis a salvo. Aquí estáis en peligro —en terrible peligro.

—Pero creí que la lucha había terminado... —comenzó, pálida y sorprendida.

—Y así es. Pero el pillaje está sólo comenzando. La Srta. Traill os contará en el camino. En nombre de Dios, señora, creed en mi palabra y haced lo que os digo.

—Él... él me salvó, —sollozó la Srta. Traill.

—¿Te salvó? —La Srta. Bishop estaba horrorizada—. ¿Te salvó de qué, Mary?

—Eso puede esperar, —las urgió Blood casi enojado—. Tenéis toda la noche para charlar cuando estéis fuera de esto, y lejos de su alcance. ¡Por favor llamad a James y haced lo que os digo —en el acto!

—Estáis muy perentorio...

—¡Oh, Dios! ¡Estoy perentorio! ¡Hablad, Srta. Traill! Contadle que tengo motivos para estar perentorio.

—Sí, sí —gritó la joven, temblando—. Haz lo que te dice —oh, por piedad, *Arabella*.

La Srta. Bishop salió, dejando a Blood y a la Srta. Traill solos nuevamente.

—Yo... nunca olvidaré lo que hicisteis, señor —dijo ella a través de sus lágrimas. Era casi una niña, no más.

—He hecho cosas mejores en mi época. Por eso estoy acá, —dijo Blood, cuyo ánimo parecía estar áspero.

Ella no pareció entenderlo, y tampoco intentó hacerlo. —¿Lo... matasteis?—, preguntó con miedo.

La miró en la vacilante luz de la vela.

—Eso espero. Es muy probable, y no importa en absoluto —dijo—. Lo que importa es que este sujeto James traiga los caballos. Y ya salía a acelerar los preparativos para la partida, cuando su voz lo detuvo.

—¡No me dejéis! ¡No me dejéis aquí sola! —gritó con terror.

Se detuvo. Giró y volvió lentamente sobre sus pasos. Mirándola desde su altura, le sonrió.

—¡Vamos, vamos! No hay motivo de alarma. Todo ha terminado. Estaréis lejos pronto —lejos hacia Speightstown, donde estaréis a salvo.

Los caballos llegaron al fin, cuatro, porque además de James quien sería su guía, la Srta. Bishop tenía a su dama de compañía, que no iba a ser dejada atrás.

Blood levantó el ligero peso de Mary Traill sobre su caballo, y luego se despidió de la Srta. Bishop, que ya había montado. Dijo adiós y parecía que tenía algo que agregar. Pero lo que fuera, quedó sin ser dicho. Los caballos arrancaron, y desaparecieron en la luz de las estrellas de esa noche, dejándolo de pie allí frente a la puerta del Coronel Bishop. Lo último que escuchó de ellos fue la vocecita de niña de Mary Traill con una nota de temblor:

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho, Sr. Blood. Nunca olvidaré.

Pero como no era la voz que quería oír, la manifestación le dio poca satisfacción. Quedó allí en la oscuridad, observando las luciérnagas entre los rododendros, hasta que las pisadas de los caballos se alejaron. Luego suspiró y se levantó. Tenía mucho que hacer. Su visita a la ciudad no había sido por simple curiosidad de saber cómo se conducían los españoles con la victoria. Había sido inspirada por un propósito muy diferente, y había obtenido toda la información que necesitaba. Tenía una noche muy ocupada por delante, y debía moverse.

Se fue rápidamente en dirección al vallado, donde sus compañeros esclavos lo esperaban con profunda ansiedad y alguna esperanza.

Capítulo IX

Los rebeldes convictos

Quando la noche tropical descendió con una bruma púrpura sobre el Caribe, no había más de diez hombres en guardia a bordo del *Cinco Llagas*, tan confiados —y con razón— estaban los españoles de la completa sumisión de los isleños. Y cuando digo diez hombres de guardia, establezco el propósito por el que estaban más que la misión que llevaban a cabo. De hecho, mientras la mayor parte de los españoles estaban de fiesta en la costa, el artillero español y su gente —quien tan noblemente habían realizado su tarea y asegurado la fácil victoria del día— estaban de fiesta en la cubierta con el vino y la comida fresca que les habían llevado sus compañeros. Encima, solamente dos sentinelas vigilaban, de proa a popa. Tampoco estaban tan vigilantes como debían o habrían observado las dos chalanas que, a cubierto de la oscuridad llegaron navegando del muelle, con remos bien engrasados para llegar en silencio bajo el gran barco.

De la cubierta aún pendía la escala de cuerda por la que Don Diego había descendido al bote que lo había llevado a la costa. El guardia de popa, pasando por allí, fue enfrentado de repente por la sombra oscura de un hombre de pie al final de la escala.

—¿Quién está allí?, —preguntó, pero sin alarma, suponiendo que era uno de sus compañeros.

—Soy yo, —contestó suavemente Peter Blood en el fluido castellano que dominaba.

—¿Eres tú, Pedro? —El español se acercó un paso.

—Peter es mi nombre; pero dudo que sea el Peter que esperáis.

—¿Cómo? —dijo el guardia, deteniéndose.

—Por aquí, —dijo Blood.

El español fue tomado completamente por sorpresa. Salvo por el chapoteo que hizo cuando golpeó el agua, por poco golpeando uno de los botes llenos de gente que esperaban bajo la bóveda del barco, ningún ruido anunció su desgracia. Armado como estaba con peto y yelmo, se hundió y no les dio más problemas.

—¡Silencio! —siseó Blood a sus compañeros que esperaban—. Vamos ahora, y sin ruido.

En cinco minutos estaban todos a bordo, los veinte que eran se desparrramaron de

la estrecha galería y se escondieron en el mismo alcázar. Se veían luces a lo lejos. Bajo la gran linterna en la proa vieron la negra figura del otro guardian, caminando. De abajo llegaban sonidos de la orgía: una voz profunda de hombre cantaba una balada obscena a la que los demás respondían a coro:

¡Y estos son los usos de Castilla y de León!

—Por lo que vi hoy puedo creerlo, —dijo Blood, y susurró—. Adelante detrás de mí.

Agazapados avanzaron, silenciosos como sombras, y se deslizaron sin hacer ruido al centro de la nave. Dos terceras partes de ellos estaban armados con mosquetes, algunos encontrados en la casa del capataz, y otros del acopio secreto que Blood había tan laboriosamente juntado para la huida. Los restantes estaban equipados con cuchillos y machetes.

Esperaron un instante, hasta que Blood estuvo satisfecho de que no había otro sentinela en el barco salvo el incómodo sujeto de proa. Su primera anteción debía ser para él. Blood mismo se deslizó hacia delante con dos compañeros, dejando a los otros a cargo de Nathaniel Hagthorpe cuyo antiguo cargo de comisionado de la Marina Real le daba el mejor título para esta función.

La ausencia de Blood fue breve. Cuando se juntó con sus camaradas, no había ningún vigilante sobre la borda española.

Mientras tanto los parrandistas abajo continuaban festejando cómodos en la convicción de su completa seguridad. La guarnición de Barbados estaba desarmada y derrotada, y sus compañeros estaban en tierra, en completa posesión de la ciudad, aprovechándose de los frutos de la victoria. ¿Qué había que temer? Incluso cuando sus cuarteles fueron invadidos y se encontraron rodeados por una veintena de feroces, peludos hombres medio desnudos, quienes —salvo porque parecían una vez haber sido blancos— asemejaban una horda de salvajes, los españoles no podían creer a sus ojos.

¿Quién habría soñado que un puñado de olvidados esclavos de una plantación se animarían a hacer semejante cosa?

Los borrachos españoles, su risa súbitamente ahogada, las canciones muriendo en sus labios, miraron, asombrados a los mosquetes que les apuntaban y con los que los habían reducido.

Y entonces, del grupo de salvajes que los dominaban, salió un delgado y alto sujeto con ojos azul claro en un rostro bronceado, ojos que brillaban con una luz de maligno humor. Se dirigió a ellos en el más puro castizo.

—Os ahorraréis dolor y problemas si os consideráis mis prisioneros, y aceptáis manteneros fuera de nuestro camino.

—¡Vive Dios! —exclamó el artillero, con un asombro más allá de las palabras.

—Si gustáis, —dijo Blood, y los caballeros de España fueron conducidos sin mayor problema después de uno o dos empujones de mosquete, a dejarse caer a través de una escotilla a la cubierta de abajo.

Después de eso, los rebeldes convictos se refrescaron con los buenos víveres que habían dejado los interrumpidos españoles. Paladear comida cristiana después de meses de pescado salado y tortas de maíz era en sí misma una fiesta para estos infelices. Pero no hubo excesos. Blood lo exigió, aunque requirió de toda la firmeza de la que era capaz.

Había que hacer arreglos sin demora antes de poder abandonarse totalmente al festejo de su victoria. Esto, después de todo, no era más que una escaramuza preliminar, aunque era una que les permitía la llave para la situación. Faltaba disponer las cosas para obtener el mayor beneficio de ella. Estas disposiciones ocuparon la mayor porción de la noche. Pero, finalmente, estuvieron completas antes de que el sol se asomara sobre el hombro del Monte Hilibay para desparramar su luz sobre algunas sorpresas.

Fue pronto después del amanecer que el rebelde convicto que se caminaba sobre la borda con peto y yelmo español, un mosquete español sobre su hombro, anunció la llegada de un bote. Era Don Diego de Espinosa y Valdez llegando a bordo con cuatro grandes arcones de tesoro, conteniendo cada uno veinticinco mil monedas de oro, el rescate entregado a él al amanecer por el Gobernador Steed. Iba acompañado por su hijo, Don Esteban, y por seis hombres que llevaban los remos.

A bordo de la fragata todo estaba tan calmo y en orden como debía estarlo. Estaba anclada, su babor hacia la costa, y la escala principal sobre su estribor. Hacia ésta vino el bote con Don Diego y su tesoro. Blood había dispuesto las cosas con efectividad. No en balde había servido bajo de Ruyter. Abajo, una tripulación de cañoneros esperaban prontos bajo las órdenes de Ogle, quien —como he dicho— había sido artillero de la Marina Real antes de entrar en política y seguir la fortuna del Duque de Monmouth. Era un sólido, resuelto sujeto que inspiraba confianza por la propia confianza que tenía en sí mismo.

Don Diego montó la escala y pisó la borda, solo, y totalmente sin sospechar. ¿Qué podía el pobre hombre sospechar?

Antes de que pudiera mirar a su alrededor, y pasar revista a esta guardia que lo recibía, un golpe en su cabeza con la barra de un cabrestante eficientemente manejada por Hagthorpe lo puso a dormir sin el menor alboroto.

Fue llevado a su cabina, mientras los arcones del tesoro entregados por los hombres que habían quedado en el bote, eran izados a la borda. Terminado esto satisfactoriamente, Don Esteban y los sujetos que habían traído el bote subieron por la escala, uno por uno, para ser recibidos con la misma silenciosa eficiencia. Peter Blood tenía ingenio para estas cosas, y casi, sospecho, un ojo para lo dramático.

Dramático, ciertamente, era el espectáculo que ahora ofrecían los sobrevivientes de la invasión.

Con el Coronel Bishop a la cabeza, y el Gobernador Steed con su ataque de gota sentado en las ruinas de un muro a su lado, tristemente miraban la partida de los ocho botes conteniendo a los cansados rufianes españoles que se habían hartado de rapiña, muerte y violencias inenarrables.

Miraban, entre aliviados por la partida de sus crueles enemigos, y desesperanza por los salvajes saqueos que, temporalmente por lo menos, habían hecho naufragar la prosperidad y felicidad de la pequeña colonia.

Los botes se alejaban de la costa, con su carga de españoles riendo y burlándose, aún lanzando desafíos a través del agua a sus víctimas sobrevivientes. Habían llegado a medio camino entre el muelle y el barco, cuando de repente el aire fue sacudido por el estallido de un cañón.

Un tiro redondo golpeó el agua a una braza del primer bote, lanzando una lluvia sobre sus ocupantes. Se detuvieron con sus remos, sorprendidos y en silencio por un momento. Luego, las palabras surgieron como una explosión. Muy enojados culparon esta falta de cuidado del artillero, que debía saber que no debía saludar con un cañón cargado con pólvora. Todavía estaban maldiciéndolo cuando un segundo disparo, mejor dirigido que el primero, convirtió a uno de los botes en astillas, lanzando su tripulación, viva y muerta, al agua.

Pero si silenció a éste, hizo gritar, todavía con mayor rabia, vehemencia y sorpresa a las tripulaciones de los otros siete botes. En cada uno levantaron los remos y de pie gritaban juramentos al barco, pidiendo al cielo y al infierno que les informaran qué loco había suelto entre los cañones.

Justo en la mitad llegó el tercer disparo, deshaciendo un segundo bote, con amenazante precisión. Siguió nuevamente un momento de asombrado silencio, luego entre esos piratas españoles todo fue desorden y desesperación, y remar furiosamente intentando salir para todas direcciones a la vez. Algunos iban a la costa, otros directo al navío para descubrir qué pasaba. Que algo muy grave estaba sucediendo no había más duda, particularmente porque mientras discutían, y maldecían dos nuevos disparos llegaron sobre el agua y dieron cuenta de un tercero de sus botes.

El resuelto Ogle estaba haciendo excelente práctica, y totalmente justificando su pretensión de saber algo de artillería. En su consternación los españoles habían simplificado su tarea juntando sus botes.

Luego del cuarto disparo, las opiniones ya no estuvieron divididas. Siguieron adelante, o lo intentaron, porque antes de cumplirlo dos botes más habían sido hundidos.

Los tres botes restantes, sin preocuparse de los desafortunados que luchaban en el agua por mantenerse a flote, se dirigieron nuevamente al muelle a toda velocidad.

Si los españoles no entendían nada de esto, los isleños en la costa entendieron menos, hasta que para ayudar a su ingenio vieron la bandera de España arriarse del palo mayor del *Cinco Llagas*, y la bandera de Inglaterra flamear en su lugar. Incluso entonces algún aturdimiento persistió, y fue con ojos llenos de miedo que observaron el regreso de sus enemigos, quienes podrían desquitarse con ellos la ferocidad alimentada por estos extraordinarios eventos.

Sin embargo, Ogle continuaba demostrando que sus conocimientos de artillería no databan de ayer. Sus disparos siguieron a los españoles que escapaban. El último de los botes voló en astillas cuando tocaba el muelle, y sus restos fueron sepultados bajo una lluvia de piedras sueltas.

Este fue el final de la tripulación pirata, quienes no hacía ni diez minutos habían estado riendo contando las monedas de oro que les corresponderían a cada uno por su parte en ese acto malvado. Cerca de tres veintenas de sobrevivientes intentaban llegar a la costa. Si fue para su bien no lo puedo decir por la ausencia de registros de su destino. Esta ausencia de registros es por sí misma elocuente. Sabemos que fueron apresados cuando llegaron a tierra, y considerando la ofensa que habían provocado no dudo que hayan tenido razones para lamentarse de haber sobrevivido.

El misterio de la ayuda que había llegado a última hora para vengarse de los españoles, y para preservar para la isla el rescate de cien mil monedas de oro, aún debía ser explicado. Que el *Cinco Llagas* estaba ahora en términos amigables no podía ser dudado luego de las pruebas que había dado. ¿Pero quiénes, se preguntaban los habitantes de Bridgetown, eran los hombres que estaban en su posesión y de dónde habían salido? La única posible suposición se acercaba mucho a la verdad. Una partida resuelta de isleños debían haber abordado el barco durante la noche, y haberse apoderado de él. Faltaba ubicar la precisa identidad de los misteriosos salvadores, y hacerles los debidos honores.

Con esta encomienda —la condición del Gobernador Steed no le permitía ir en persona— fue el Coronel Bishop como emisario del Gobernador, escoltado por dos oficiales.

Cuando bajó de la escala sobre el navío, el Coronel observó, junto al palo mayor, los cuatro arcones de tesoro, uno de los cuales había sido casi totalmente su contribución. Era un hermoso espectáculo, y sus ojos destellearon al contemplarlo.

En fila a cada lado, sobre el puente, estaba de pie una veintena de hombres en dos ordenadas filas con corazas de pecho y espalda de acero, pulidos morriones españoles en sus cabezas, haciendo sombra a sus caras, y mosquetes a su lado.

No era de esperar que el Coronel Bishop reconociera con una mirada en estas enhiestas, acicaladas, marciales figuras a los desarrapados y mal cuidados espantapájaros que tan sólo ayer trabajaban en su plantación. Aún menos se podía esperar que reconociera de entrada al cortés caballero que avanzó a recibirlo, un

delgado y elegante caballero, vestido a la moda española, todo de negro con encaje de plata, una espada de pomo de oro balanceándose al caminar en una vaina decorada con oro, un ancho sombrero con una gran pluma colocado con esmero sobre rizos cuidadosamente enrulados de un negro profundo.

—Sed bienvenido a bordo del *Cinco Llagas*, Coronel, querido, una voz vagamente familiar se dirigió al hacendado. —Hemos sacado lo mejor del guardarropa español en honor a esta visita, aunque no era a vos a quien nos animábamos a esperar. Os encontráis entre amigos— viejos amigos vuestros, todos. El Coronel miraba estupefacto. El Sr. Blood se divertía en todo este esplendor — dando rienda a su gusto natural— su rostro cuidadosamente afeitado, sus cabellos cuidadosamente arreglados, parecía transformado en un hombre más joven. De hecho no parecía mayor de los treinta y tres años que tenía.

—¡Peter Blood! —Fue una explosión de asombro. La satisfacción vino enseguida—. ¿Fuisteis vos, entonces...?

—Yo mismo fui —yo y estos mis buenos amigos, y vuestros. Blood despejó su mano de una cascada de encaje y la dirigió hacia al fila de hombres de pie en guardia allí.

El Coronel miró más de cerca.

—¡Por mi vida! —alardeó con una nota de estúpido júbilo—. ¡Y fue con estos hombres que tomasteis el barco y disteis vuelta el juego de esos perros! ¡Fue heroico!

—¿Heroico, fue? ¡Es épico! Comenzáis a percibir el tamaño y profundidad de mi genio.

El Coronel se sentó, se sacó su ancho sombrero y secó su frente.

—¡Me admiráis! —se atragantó—. ¡Por mi alma, me admiráis! ¡Haber recuperado el tesoro y haber capturado este hermoso barco y todo lo que contiene! Es algo para compensar las pérdidas que hemos tenido. Os merecéis una buena recompensa por esto.

—Soy totalmente de vuestra opinión.

—¡Maldición! Merecéis mucho, y maldición, me encontraréis agradecido.

—Así es como debe ser, —dijo Blood—. La pregunta es cuánto merecemos y qué tan agradecido os encontraremos.

El Coronel Bishop lo observó. Había una sombra de sorpresa en su rostro.

—Bueno —su excelencia escribirá a Inglaterra contando vuestra hazaña, y tal vez una parte de vuestras sentencias sean perdonadas.

—La generosidad del Rey James es bien conocida, —ironizó Nathaniel Hagthorpe, quien estaba allí, y entre los rebeldes de guardia alguno se animó a reír.

El Coronel Bishop se sobresaltó. Sintió la primer punzada de inquietud. Se le ocurrió que tal vez no eran tan amigables como parecían.

—Y hay otro tema, —Blood retomó—. Está el tema de los azotes que se me

deben. Sois un hombre de palabra en estas materias, Coronel —aunque tal vez no en otras— y dijisteis, creo, que no dejaríais una pulgada cuadrada de piel en mi espalda.

El hacendado desestimó el tema. Casi apreció ofenderlo.

—¡Vamos, vamos! Después de este espléndido acto vuestro, ¿suponéis que puedo estar pensando en esas cosas? —Me alegro que sintáis de esa manera. Pero estoy pensando que fue muy afortunado para mí que los españoles no vinieran hoy en lugar de ayer, o estaría en el mismo estado que Jeremy Pitt en este minuto. ¿Y en ese caso, dónde hubiera estado el genio que dio vuelta las cartas con estos bribones españoles?

—¿Por qué hablar de eso ahora?

Blood retomó: —entended que debo, Coronel, querido. Habéis hecho uso de una gran cantidad de perversidad y crueldad en vuestro tiempo, y quiero que esto sea una lección para vos, una lección que recordaréis— por el bien de los otros que vendrán tras nosotros. Está Jeremy allí arriba con una espalda de todos los colores del arco iris, y el pobre muchacho no se va a recobrar totalmente antes de un mes. Y si no hubiera sido por los españoles tal vez estaría muerto, y yo con él.

Hagthorpe se adelantó. Era un alto, vigoroso hombre con un rostro bien formado y atractivo, que demostraba su educación.

—¿Por qué desperdiciar palabras con el cerdo? —preguntó el ex oficial de la Marina Real. Tíralo por encima de la borda y terminemos con él.

Los ojos del Coronel giraron. —¿Qué demonios queréis decir?— profirió.

—Sois un hombre de suerte, Coronel, aunque no adivináis la fuente de vuestra buena fortuna.

Y ahora intervino otro, el moreno Wolverstone, con un solo ojo, menos dispuesto a la clemencia que sus compañeros más caballeros.

—Hay que colgarlo del palo mayor, —gritó, su profunda voz áspera y enojada, y más de uno de los esclavos de pie con sus armas le hicieron eco.

El Coronel Bishop temblaba. El Sr. Blood giró. Estaba muy calmado.

—Si te parece, Wolverstone, —dijo—, conduzco las cosas a mi manera. Ése es el pacto. Por favor, recuérdalo. Sus ojos miraron a lo largo de la hilera de antiguos esclavos, dejando claro que se dirigía a todos. —Deseo que el Coronel Bishop salve su vida. Una razón es que lo requiero como rehén. Si insistís en colgarlo, tendréis que colgarme con él, o me iré a la costa.

Se detuvo. No hubo respuesta.

Blood retomó:

—Debéis entender que sobre un barco hay un solo capitán. Entonces, —se dirigió nuevamente al asustado Coronel— aunque os prometo la vida, debo como habéis escuchado manteneros a bordo como rehén del buen comportamiento del Gobernador Steed y de lo que queda del fuerte hasta que salgamos al mar.

—Hasta que vos... —El horror impidió al Coronel Bishop repetir el final del

increíble discurso.

—Justamente, —dijo Peter Blood, y se dirigió a los oficiales que acompañaban al Coronel—. El bote os espera, caballeros. Habéis oído lo que dije. Informadlo con mis saludos a su excelencia.

—Pero, señor... —comenzó uno de ellos.

—No hay más que decir, caballeros. Mi nombre es Blood, Capitán Blood, si os place, de este barco el *Cinco Llagas*, tomado como botín de guerra de Don Diego de Espinosa y Valdez, quien es mi prisionero abordo. Debéis entender que he dado vuelta en juego no sólo con los españoles. Allí está la escala. La encontraréis mucho más conveniente que ser lanzados por encima de la borda, lo que sucederá si os demoráis.

Se fueron, aunque no sin algún murmullo, sin tener en consideración los rugidos del Coronel Bishop, cuya monstruosa ira era borrada por el terror de encontrarse a merced de estos hombres que tenían buenas razones para odiarlo, era conciente de ello.

Una media docena de ellos, aparte de Jeremy Pitt que estaba incapacitado por ahora, tenían un conocimiento superficial del arte de navegar. Hagthorpe, aunque había sido un oficial de guerra, sin entrenamiento en navegación, sabía como manejar un barco, y bajo sus instrucciones tomaron su rumbo de salida.

Levantada el ancha y desplegada la vela mayor, salieron hacia el mar abierto con una ligera brisa, sin interferencia del fuerte.

Mientras navegaban cerca del extremo este de la bahía, Peter Blood volvió con el Coronel, quien, bajo guardia e inmovilizado por el pánico, se había sentado nuevamente en la borda.

—¿Sabéis nadar, Coronel?

El Coronel Bishop levantó su mirada. Su gran rostro estaba amarillo y parecía en el momento extremadamente fofo; sus ojillos más espumosos que nunca.

—Como vuestro doctor, os prescribo un chapuzón para enfriar el excesivo calor de vuestro humor. Blood se explicó agradablemente, pero sin recibir respuesta del Coronel, continuó: —Es una gran suerte de vuestra parte que no tenga la naturaleza sedienta de sangre de algunos de mis amigos aquí. Y he tenido mucho trabajo en evitar que sean vengativos. Tengo mis dudas que seáis merecedor del trabajo que me he tomado por vos.

Mentía. No lo dudaba en absoluto. Si hubiera seguido sus propios deseos en instintos, ciertamente habría colgado al Coronel, y lo habría considerado un hecho para ser aplaudido. Era el recuerdo de *Arabella* Bishop que lo llevaba a la clemencia, y lo había conducido a oponerse a la venganza de sus compañeros esclavos hasta el punto de casi propiciar un motín. Era solamente porque el Coronel era su tío, aunque él ni siquiera lo sospechaba, que recibía tanta clemencia.

—Tendréis la oportunidad de nadar —continuó Peter Blood—. No es más que un cuarto de milla hasta la costa y en condiciones normales podéis lograrlo. Por mi fe, sois lo suficientemente gordo como para flotar. ¡Vamos! Ahora no estéis dudando o será un largo viaje el que haréis con nosotros, y sólo el diablo sabe lo que os puede pasar. No sois amado ni un ápice más de lo que os merecéis.

El Coronel Bishop se dominó y se pudo de pie. Un déspota sin piedad, que nunca había tenido necesidad de controlarse en todos estos años, estaban condenado al destino irónico de controlarse en este momento cuando sus sentimientos habían alcanzado su más violenta intensidad. Peter Blood dio una orden. Una planchada fue deslizada sobre la borda y bajada con cuerdas.

—Si os place, Coronel, —dijo con un elegante gesto de invitación.

El Coronel lo miró y había un infierno en su mirada. Luego, tomando su decisión, y poniendo la mejor cara ya que nada más podía ayudarlo allí, se sacó a puntapiés los zapatos, se deshizo de su fino saco de tafeta color caramelo, y trepó a la planchada.

Se detuvo un momento, bien asido a las cuerdas con sus manos, mirando hacia abajo con terror a la verde agua cerca de veinticinco pies más abajo.

—Sólo una pequeña caminata, Coronel, querido, —dijo una suave, burlona voz tras él.

Aún colgado de las cuerdas el Coronel Bishop miró a su alrededor dudando, y vio las caras marcadas de los hombres, las caras que tan sólo ayer hubieran palidecido frente a su ceño fruncido, caras que ahora sonreían malvadamente.

Por un momento la furia dominó su miedo. Los maldijo en voz alta vehemente e incoherentemente, y luego se soltó y caminó por la planchada. Tomó tres pasos hasta que perdió el equilibrio y cayó a las verdes profundidades allá abajo.

Cuando salió a la superficie nuevamente, jadeando por aire, el *Cinco Llagas* estaba ya unas millas a sotavento. Pero el rugiente saludo de burla de los rebeldes convictos le llegó a través del agua, para llevar el hierro de rabia impotente más hondo en su alma.

Capítulo X

Don Diego

Don Diego de Espinosa y Valdez se despertó, y con ojos lánguidos en una dolorida cabeza, miró alrededor de la cabina, inundada de luz del sol por las ventanas cuadradas. Luego gimió, y cerró los ojos nuevamente, impelido por el monstruoso dolor de su cabeza. Yaciendo así, intentó pensar, ubicarse en tiempo y espacio. Pero entre el mal de su cabeza y la confusión en su mente, encontró imposible cualquier pensamiento coherente.

Una indefinida sensación de alarma lo llevó a abrir sus ojos nuevamente, y una vez más observar lo que lo rodeaba.

No había duda que se encontraba en la gran cabina de su propio barco, el *Cinco Llagas*, así que esta vaga desazón debía ser, seguramente, sin fundamento. Y sin embargo, hilos de memoria que fluían ahora lo obligaban a insistir con inquietud que algo no estaba como debería. La posición baja del sol, llenando la cabina con luz dorada, le sugerían inicialmente que era temprano en la mañana, suponiendo que el navío marchaba hacia el oeste. Luego se le ocurrió una alternativa. Podían estar navegando al este, en cuyo caso debía ser tarde en el día. Que navegaban lo podía sentir por el suave movimiento del barco. ¿Pero cómo estaban navegando y él, el comandante, no sabía si el rumbo era este u oeste, y no podía recordar hacia dónde iban?

Su mente volvió a la aventura de ayer, si era de ayer. Tenía claro lo fácil que había sido el éxito de la invasión en la Isla de Barbados, cada detalle vívido en su memoria hasta el momento en que, volviendo a la nave, había pisado su propia cubierta nuevamente. Allí su memoria cesaba abrupta en inexplicablemente.

Había comenzado a torturar su mente con conjeturas, cuando se abrió la puerta y para la creciente confusión de Don Diego, pudo ver a su mejor traje entrar a la cabina. Era un traje singularmente elegante y característicamente español, de tafeta negra con encaje plateado que había sido hecho para él un año atrás en Cádiz, y conocía tan bien cada detalle que era imposible que se equivocara.

El traje se detuvo para cerrar la puerta, y avanzó hacia el sillón en que Don Diego estaba tendido, y dentro del traje vino un caballero alto y delgado, de más o menos el mismo tamaño y forma que Don Diego. Viendo los ojos muy abiertos y asombrados del español sobre él, el caballero apuró el paso.

—¿Despierto, eh? —dijo en español.

El hombre echado miró hacia arriba sorprendido, a un par de ojos azul claro que lo miraban desde un rostro bronceado y sardónico, enmarcado por rizos negros. Pero estaba demasiado sorprendido para responder.

Los dedos del extraño tocaron la parte de arriba de la cabeza de Don Diego, a lo que Don Diego gritó con dolor.

—¿Suave, eh? —dijo el desconocido. Tomó la muñeca de Don Diego entre el pulgar y el índice. Y finalmente, el intrigado español habló.

—¿Sois un doctor?

—Entre otras cosas. —El caballero moreno continuó su estudio del pulso del paciente.

—Firme y regular, —anunció finalmente, y soltó la muñeca—. No habéis sufrido gran daño.

Don Diego trabajosamente intentó sentarse en el sillón de terciopelo rojo.

—¿Quién diablos sois vos?, preguntó. —¿Y qué diablos estáis haciendo con mi ropa y en mi barco?

Las cejas negras se levantaron, y una leve sonrisa curvó los labios de la ancha boca.

—Aún deliráis, me temo. Este no es vuestro barco. Este es mi barco y éstas son mis ropas.

—¿Vuestro barco? —repitió el otro, estupefacto, y aún más estupefacto añadió—: ¿Vuestras ropas? Pero... entonces... —Desorbitados sus ojos miraron a su alrededor. Observó la cabina nuevamente, escrutando cada objeto familiar—. ¿Estoy loco? —preguntó nuevamente—. ¿Seguro este barco es el *Cinco Llagas*?

—Es el *Cinco Llagas*.

—Entonces... —El español se desarmó. Su mirada se volvió aún más confusa—. *Válgame Dios*, —gritó, como un hombre en estado de angustia—. ¿También me diréis que sois Don Diego de Espinosa?

—Oh no, mi nombre es Blood, Capitán Peter Blood. Este barco, como este elegante traje, es mío por derecho de conquista. Tal como vos, Don Diego, sois mi prisionero.

Inquietante como era la explicación, sin embargo tranquilizó a Don Diego, siendo mucho menos inquietante que las cosas que estaba comenzando a imaginar.

—Entonces... ¿no sois español? —Halagáis mi acento castellano. Tengo el honor de ser irlandés. Estabais pensando que había ocurrido un milagro. Y así es —un milagro ideado por mi genio, que es considerable.

Sucintamente ahora el Capitán Blood despejó el misterio con una relación de los hechos. Era una narración que cambiaba de rojo a blanco por turnos las facciones del español. Puso una mano atrás de su cabeza, y allí descubrió, en confirmación de la

historia, una protuberancia grande como un huevo de paloma. Finalmente, observó desesperado al sardónico Capitán Blood.

—¿Y mi hijo? ¿Qué hay de mi hijo? —gritó—. Estaba en el bote que me trajo abordo.

—Vuestro hijo está a salvo; él y la tripulación de ese bote junto con vuestro artillero y sus hombres están cómodamente con grilletes bajo la escotilla.

Don Diego se hundió hacia atrás en el sillón, sus oscuros ojos brillando fijos en la cara morena sobre él. Recobró su control. Después de todo, tenía el estoicismo propio de su oficio. La suerte se había puesto en su contra en esta aventura. El resultado se había dado vuelta en el mismo momento del éxito. Aceptó la situación con la actitud de un fatalista.

Con total calma inquirió:

—¿Y ahora, señor Capitán?

—Y ahora, —dijo el Capitán Blood— para darle el título que había asumido — siendo un ser humano, lamento encontrar que no habéis muerto del golpe que os hemos dado. Porque eso quiere decir que tendréis el trabajo de morir nuevamente.

—¡Ah! —Don Diego aspiró profundamente—. ¿Pero es eso necesario? — preguntó, sin aparente perturbación.

Los ojos azules del Capitán Blood aprobaron su comportamiento. —Preguntáoslo vos mismo—, dijo. —Decidme, como un experimentado y sanguinario pirata, ¿qué haríais vos en mi lugar?

—Ah, pero hay una diferencia. Don Diego se sentó para discutir el tema. — Reside en el hecho de que alardeáis de ser un hombre humano.

El Capitán Blood se sentó sobre el borde de la larga mesa de roble.

—Pero no soy un tonto, —dijo—, y no permitiré que mi natural sentimentalismo irlandés se coloque en el camino de mis obligaciones necesarias y adecuadas. Vos y vuestros diez bandidos sobrevivientes son una amenaza en este barco. Más aún, no está tan bien aprovisionada de agua y comida. Verdad que afortunadamente somos un pequeño número, pero vos y vuestra gente lo incrementan inconvenientemente. Así que mirado por donde sea, veis que la prudencia sugiere que nos privemos del placer de vuestra compañía, y acallando nuestros blandos corazones por lo inevitable, os invitamos a saltar por la borda.

—Ya veo, —dijo el español pensativamente. Levantó sus piernas del sillón y se sentó en el borde, sus codos en sus rodillas. Había tomado la medida de este hombre, y lo encontró con una urbanidad burlona y una distancia educada que coincidía con su modo de ser—. Confieso, —admitió—, que hay mucha razón en lo que decís.

—Sacáis un peso de mi mente, —dijo el Capitán Blood—. No quisiera parecer innecesariamente duro, especialmente desde que mis amigos y yo os debemos tanto. Porque, no importa lo que haya sido para los demás, para nosotros vuestra invasión

en Barbados fue más que oportuna. Estoy contento, entonces, que aceptéis que no tengo otra opción.

—Pero, mi amigo, no dije tanto.

—Si hay alguna alternativa que podéis sugerir, estaré muy feliz de considerarla. Don Diego acarició su negra y puntiaguda barba.

—¿Podéis darme hasta la mañana para reflexionar? Mi cabeza duele tan endemoniadamente que soy incapaz de pensar. Y esto, debéis admitir, es un tema que necesita serias reflexiones.

El Capitán Blood se puso de pie. De un estante tomó un reloj de arena de media hora y lo colocó del tal forma que el bulbo con la arena roja quedó arriba, y lo puso sobre la mesa.

—Lamento presionaros en esta materia, Don Diego, pero un turno es todo lo que os puedo dar. Si cuando esta arena haya bajado no podéis proponer una alternativa aceptable, con todo mi pesar tendré que pedir que vos y vuestros amigos os vayáis.

El Capitán Blood saludó con la cabeza, salió y pasó cerrojo a la puerta. Con los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manos, Don Diego se sentó mirando la arena que filtraba del bulbo de arriba al de abajo. Y mientras observaba, las líneas de su delgada cara morena se profundizaban. Puntualmente cuando los últimos granos caían, la puerta se reabrió.

El español suspiró, y se sentó derecho para enfrentar al Capitán Blood que volvía, con la respuesta por la que venía.

—He pensado en una alternativa, señor capitán; pero depende de vuestra caridad. Es que nos dejéis en tierra en una de las islas de este pestilente archipiélago, y nos dejéis para que nos arreglemos solos.

El Capitán Blood contrajo sus labios.

—Tiene sus dificultades, —dijo lentamente.

—Temía que fuera así. Don Diego suspiró nuevamente, y se puso de pie. —No digamos más nada.

Los ojos azul claro jugaron sobre él como puntas de acero.

—¿No teméis morir, Don Diego?

El español sacudió hacia atrás su cabeza, un frunce entre sus ojos.

—La pregunta es ofensiva, señor.

—Entonces dejadme ponerlo de otra manera —tal vez más feliz. ¿No deseáis vivir?

—Ah, eso lo puedo contestar. Sí deseo vivir, y más aún deseo que viva mi hijo. Pero ese deseo no me convertirá en un cobarde para vuestro entretenimiento, señor burlón. Fue el primer signo del menor calor o resentimiento.

El Capitán Blood no contestó directamente. Como antes, se ubicó en la esquina de la mesa.

—¿Estaríais dispuesto, señor, a ganar la vida y la libertad para vos, vuestro hijo, y los otros españoles que están abordo?

—¿Ganarla? —dijo Don Diego, y los observadores ojos azules no dejaron de observar el temblor que lo recorrió—. ¿Ganarla, decís? Si el servicio que proponéis no hiere mi honor...

—¿Podría ser culpable de eso?, —protestó el Capitán—. Reconozco que incluso un pirata tiene su honor. Y entonces explicó su oferta. —Si miráis por esa ventana, Don Diego, veréis que parece que hubiera una nube en el horizonte. Es la isla de Barbados bien a popa. Todo el día hemos estado nevegando al este a favor del viento con un solo intento— poner la mayor distancia posible entre Barbados y nosotros. Pero ahora, casi fuera de la vista de tierra, tenemos una dificultad. El único hombre entre nosotros con conocimientos de navegación está delirando, de hecho como resultado de un mal tratamiento que recibió en tierra antes de que lo trajéramos con nosotros. Puedo manejar un barco en acción, y hay uno o dos hombres que me pueden asistir; pero de los altos misterios del manejo de un barco y el arte de encontrar un camino sobre el océano sin huellas, no sabemos nada. Llegar a tierra, e ir vagabundeando en esto que llamáis con tanto acierto un archipiélago pestilente, es para nosotros un desastre, como tal vez entendéis. Y llegamos a esto: queremos ir a la colonia holandesa de Curasao lo más directo posible. ¿Me dais vuestra palabra de honor que si os dejo libre nos llevaréis allí? Si es así, os dejaré libre con vuestros hombres al llegar.

Don Diego bajó su cabeza a su pecho, y caminó pensando hacia las ventanas. Allí se quedó mirando hacia afuera sobre el mar iluminado por el sol y la estela que provocaba el barco sobre el agua, su barco, que estos perros ingleses le habían burlado; su barco, que se le proponía llevar a salvo a un puerto donde lo perdería completamente y probablemente sería reacondicionado para hacer la guerra sobre sus compatriotas. Esto estaba en un plato de la balanza; en el otro estaban las vidas de dieciséis hombres. Catorce le importaban poco, pero las restantes eran la suya y la de su hijo.

Giró finalmente, con su espalda a la luz, el Capitán no pudo ver qué pálido estaba. —Acepto—, dijo.

Capítulo XI

Devoción filial

En virtud del juramento hecho, Don Diego de Espinosa gozó la libertad en el barco que había sido suyo, y la navegación que había tomado a su cargo quedó completamente en sus manos. Y porque los que comandaban el navío eran novatos en esos mares, y porque incluso lo que había sucedido en Bridgetown no fue suficiente para enseñarles a ver a cada español como un traidor, cruel perro que debe ser degollado en cuanto está a la vista, usaron con él la educación a la que su propia urbanidad invitaba. Tomaba sus comidas en la gran cabina con Blood y los tres oficiales elegidos para acompañarlo: Hagthorpe, Wolverstone y Dyke.

Encontraron en Don Diego un agradable, incluso un entretenido compañero, y su amigable sentimiento hacia él era reforzado por su fortaleza y valiente ecuanimidad hacia su adversidad.

Que Don Diego no estaba jugando limpio era imposible sospechar. Sin embargo, no había una razón concebible por la que no lo haría. Había tenido una gran franqueza con ellos. Les había indicado el error de navegar a favor del viento al dejar Barbados. Debieron dejar la isla hacia sotavento, dirigiéndose hacia el Caribe y lejos del archipiélago. Ahora estaban obligados a pasar a través del archipiélago nuevamente para llegar a Curasao, y este pasaje no podía ser logrado sin una cierta medida de peligro para ellos. En cualquier punto entre estas islas podrían encontrar un navío de igual o superior fuerza, fuera español o inglés sería igualmente malo para ellos, y no estaban capacitados para pelear. Para disminuir el riesgo en lo posible, Don Diego se dirigió primero al sur y luego al oeste; y así tomando la línea entre las islas de Tobago y Grenada, salieron a salvo de la zona de peligro y llegaron a la comparativamente seguridad del Mar del Caribe.

—Si el viento se mantiene —les dijo esa noche en la cena, luego de anunciarles su posición—, llegaremos a Curasao en tres días.

Por tres días el viento se mantuvo, en realidad aumentó un poco en el segundo, pero cuando la noche del tercer día llegó todavía no habían visto tierra. El *Cinco Llagas* hendía un mar que contenía por cada lado el azul del cielo. El Capitán Blood se lo mencionó inquieto a Don Diego.

—Será para mañana en la mañana, —le contestaron con calma convicción.

—Por todos los santos, siempre es «mañana en la mañana» con vosotros los

españoles; pero mañana nunca llega, mi amigo.

—Pero este mañana llegará, quedad tranquilo. No importa qué tan temprano os despertéis, veréis tierra, *Don Pedro*.

El Capitán Blood salió, satisfecho, y fue a visitar a Jerry Pitt, su paciente, a cuya condición debía Don Diego la oportunidad de vivir. Por veinticuatro horas ahora la fiebre había dejado al sufriente, y bajo los vendajes de Peter Blood su lacerada espalda comenzaba a curar satisfactoriamente. Tan recuperado estaba que se quejaba de su confinamiento, en el calor de su cabina. Para complacerlo, el Capitán Blood consintió que tomara aire en la cubierta, y así, cuando las últimas luces del día morían en el cielo, Jeremy Pitt salió apoyado en el brazo del Capitán.

Sentado en el brocal de la escotilla, el joven de Somersetshire llenó sus pulmones con el fresco aire de la noche, y agradecido, sintió revivir. Luego, con el instinto del marino sus ojos se pasearon por la bóveda del cielo, salpicada por una miríada de puntos dorados de luz. Por un rato la miró ociosamente; luego su atención se fijó aguda. Su mirada se dirigió al Capitán Blood, de pie a su lado.

—¿Sabes algo de astronomía, Peter? —le preguntó.

—¿Astronomía? En realidad no puedo distinguir el cinturón de Orión de la faja de Venus. —¡Ah! Y supongo que todos los demás de esta tosca tripulación comparten tu ignorancia—. Sería más amable de tu parte suponer que la exceden.

Jeremy apuntó a lo lejos a una mota de luz en los cielos sobre estribor. —Ésa es la estrella polar—, dijo.

—¿Realmente? Me pregunto cómo puedes distinguirla de las demás.

—Y la estrella polar casi sobre tu estribor significa que estamos yendo, por supuesto, hacia el norte, noroeste, o tal vez norte por oeste, porque dudo que estemos más de diez grados al oeste. —¿Y por qué no deberíamos?— se preguntó el Capitán Blood.

—Me dijiste —¿no fue así?— que vinimos del oeste del archipiélago entre Tobago y Grenada, dirigiéndonos hacia Cura[^]aco. Si ése fuera nuestro rumbo presente, tendríamos la estrella polar en ángulo recto con la quilla, por allá.

A instante Blood se sacudió su pereza. Se irguió con aprensión, y estaba por hablar cuando un rayo de luz cortó la oscuridad sobre sus cabezas, viniendo de la puerta de la cabina de popa que se había abierto. Se cerró nuevamente y se oyeron pisadas. Don Diego se acercaba. Los dedos del Capitán Blood presionaron el hombro de Jerry poniéndolo alerta. Luego llamó al Don, y le habló en inglés, como era su costumbre cuando otros estaban presentes.

—¿Nos ayudaréis en una pequeña disputa, Don Diego? —dijo a la ligera—. Estamos discutiendo, el Sr. Pitt y yo, sobre cuál es la estrella polar.

—¿Sí? —El tono del español era cómodo, incluso con una leve risa en él, y la razón para ella se explicó en sus próximas palabras—. ¿Pero no me decís que el Sr.

Pitt es vuestro navegante?

—A falta de uno mejor, —rio el Capitán con aparente buen humor—. Ahora, estoy dispuesto a apostarle cien monedas de oro que ésa es la estrella polar. Y dirigió su brazo hacia un punto de luz en los cielos justo encima de ellos. Le dijo luego a Pitt que si Don Diego lo hubiera confirmado, lo habría matado en ese instante. Lejos de ello, sin embargo, el español dio rienda libre a su sarcasmo.

—Tenéis la certeza de la ignorancia, *Don Pedro*; y perdéis vuestra apuesta. La estrella polar es ésa. Y la indicó.

—¿Estáis seguro?

—¡Pero mi querido *Don Pedro*! —El tono del español era de divertida protesta—. ¿Es acaso posible que me equivoque? Aparte, ¿no está la brújula? Venid y veréis qué curso seguimos.

Su total franqueza, y la manera suelta de quien no tiene nada que ocultar disiparon enseguida la duda que había surgido tan de pronto en la mente del Capitán Blood. Pitt no estaba tan satisfecho.

—En ese caso, Don Diego, ¿me podéis explicar por qué si nuestro destino es Curasao nuestro curso es éste?

Nuevamente no hubo la menor vacilación de parte de Don Diego.

—Tenéis razón de preguntar, —dijo, y suspiró—. Esperaba que no se observara. He sido descuidado —oh, un descuido muy culpable. Siempre dejo de lado la observación, es mi manera de ser. Soy demasiado confiado. Cuento demasiado con mis instintos. Y entonces hoy encontré al observar el cuadrante que venimos medio grado demasiado al sur, así que ahora Curasao está al norte. Ésta es la causa del retraso. Pero estaremos allí mañana.

La explicación, tan completamente satisfactoria, y tan rápida y cándidamente presentada, no dejaba lugar para más dudas sobre que Don Diego hubiera faltado a su palabra. Y cuando Don Diego se retiró, el Capitán Blood confesó a Pitt que era absurdo desconfiar de él. Cualquiera que fueran sus antecedentes, había probado su calidad al anunciar que prefería morir antes de acometer cualquier acto que lastimase su honor o su país.

Nuevo en estos mares de dominio español y a las costumbres de los aventureros que navegaban por ellos, el Capitán Blood aún tenía ilusiones. Pero el próximo amanecer las iba a destruir rudamente y para siempre.

Saliendo a la cubierta antes que despuntara el alba, vio tierra por la proa, como el español había prometido la noche anterior. Unas diez millas hacia delante yacía, una larga línea costera llenando el horizonte al este y al oeste, con una masiva península justo en el curso del navío. Observándola, frunció el ceño. No pensaba que Curasao fuera de tales considerables dimensiones. Ciertamente, se parecía menos a una isla que al continente mismo.

A barlovento, contra la gentil brisa que soplabá hacia la costa, divisó un gran barco, a estribor de ellos, que estimó a tres o cuatro millas de distancia, y —tanto como pudo juzgar de esa distancia— de un tonelaje igual o superior al de ellos. Mientras la observaba, cambió su rumbo y se dirigió derecho a ellos.

Una docena de sus tripulantes estaban en movimiento en el castillo de proa, mirando ansiosamente hacia delante, y los sonidos de sus voces y risas les llegaban a través de la distancia al *Cinco Llagas*.

—Allí, —dijo una suave voz detrás de él en español—, está la Tierra Prometida, *Don Pedro*.

Fue algo en esa voz, una disimulada nota de exultación, que despertó sus sospechas, y completó la semi-duda que había estado naciendo. Giró bruscamente para enfrentar a Don Diego, tan rápido que la ladina sonrisa no se había borrado de las facciones del español antes que los ojos del Capitán Blood estuvieron sobre ellas.

—Encontráis una extraña satisfacción a la vista de ella considerando todo, —dijo Blood.

—Por supuesto. El español restregó sus manos, y Blood observó que no estaban firmes. —La satisfacción de un marino.

—De un traidor —¿tal vez?— Blood le preguntó tranquilamente. Y cuando el español se retrajo con facciones súbitamente alteradas que confirmaban cada una de sus sospechas, extendió un brazo en dirección a la costa distante. —¿Qué tierra es ésa?— ordenó. —¿Tendréis la osadía de decirme que es la costa de Curasao?

Avanzó hacia Don Diego, de repente, y Don Diego, paso a paso retrocedió. —¿Debo decirlos qué tierra es? ¿Debo?— Su fiera suposición de conocimiento pareció encandilar y aturdir al español. Aún Don Diego no respondió. Y entonces el Capitán Blood arriesgó una adivinanza —o tal vez no tanto adivinanza. Una costa como ésa, si no era el continente, y sabía que el continente no podía ser, debía pertenecer a Cuba o Hispaniola. Sabiendo que Cuba era la que estaba más al norte y al oeste de las dos, razonó rápidamente que si Don Diego pensaba traicionarlos se dirigiría al más cercano de los territorios españoles—. Esa tierra, vos traidor y perjuró perro español, es la isla de Hispaniola.

Habiendo dicho esto, miró de cerca la cara morena, ahora pálida, para ver la verdad o error de su conjetura reflejada en ella. Ahora el español retrocediendo había llegado a la mitad de la cubierta donde la vela principal lo escondía de los ingleses abajo. Sus labios se curvaron en una mueca de sonrisa.

—¡Ah, perro inglés! Sabes demasiado, —dijo casi sin aliento, y saltó al cuello del Capitán.

Fuertemente entrelazados con sus brazos, oscilaron un momento y luego cayeron juntos sobre la cubierta, los pies del español sacudidos por la pierna derecha del Capitán Blood. El español contaba con su fuerza, que era considerable. Pero no fue

suficiente contra los resistentes músculos del irlandés, templados últimamente por las vicisitudes de la esclavitud. Había contado con estrangular a Blood, y así ganar la media hora que sería necesaria para traer al hermoso barco que se dirigía a ellos, un barco español, obviamente, dado que ningún otro sería tan temerario como para navegar por esas aguas españolas de Hispaniola. Pero todo lo que logró Don Diego fue delatarse completamente, y para ningún propósito. Se dio cuenta de esto cuando se encontró sobre su espalda, sostenido en el suelo por Blood, hincado sobre su pecho, mientras los hombres llamados por el grito de su Capitán llegaban al lugar.

—¿Diré una plegaria por vuestra sucia alma, mientras estoy en esta posición? — El Capitán Blood se burlaba furiosamente.

Pero el español, aunque derrotado, ahora sin esperanza, forzó sus labios a sonreír, y devolvió burla por burla.

—¿Quién rezará por vuestra alma, me pregunto, cuando ese galeón llegue junto con vuestra borda?

—¡Ese galeón! —repitió el Capitán Blood con la comprensión repentina y terrible de que era muy tarde para evitar las consecuencias de la traición de Don Dfiego sobre ellos.

—Ese galeón, —Don Diego repitió, y añadió con profundo desprecio—: ¿Sabéis qué barco es éste? Os diré. Es la *Encarnación*, el buque insignia de Don Miguel de Espinosa, Admirante de Castilla, y Don Miguel es mi hermano. Es un encuentro muy afortunado. El Todopoderoso, ya veis, cuida los destinos de la España Católica.

No había vestigios de humor o urbanidad ahora en el Capitán Blood. Sus claros ojos refulgían: su cara estaba rígida.

Se puso de pie, entregando al español a sus hombres.

—Atadlo, —les ordenó—. Muñecas y tobillos, pero no lo lastiméis ni un sólo cabello de su preciosa cabeza.

La instrucción era muy necesaria. Desesperados por el pensamiento que era probable que cambiaran la esclavitud de la que habían escapado por una esclavitud aún pero, le hubieran arrancado miembro por miembro al español en ese mismo lugar. Y si obedecieron a su Capitán y se refrenaron, fue solamente porque una nota de metal en su voz prometía para Don Diego Valdez algo mucho más exquisito que la muerte.

—¡Escoria! ¡Sucio pirata! ¡Vos, hombre de honor! —el Capitán Blood apostrofó a su prisionero. Pero Don Diego lo miró y rio.

—Me subestimasteis. Hablaba en ingles, para que todos oyeran. —Os dije que no temía la muerte, y os demuestro que no os temo a vos. No entendéis. Sois sólo un perro inglés.

—Irlandés, si os place —lo corrigió el Capitán Blood—. ¿Y vuestra palabra, tunante español? ¿Pensáis que daría mi palabra para dejar a vosotros, hijos de basura,

con este hermoso buque español, para ir a hacer la guerra contra otros españoles? ¡Ha! —Don Diego rio ruidosamente—. ¡Imbécil! Podéis matarme. ¡Pish! Está muy bien. Moriré con mi trabajo bien hecho. En menos de una hora seréis prisioneros de España, y el *Cinco Llagas* volverá a pertenecer a España.

El Capitán Blood lo contempló fijamente con un rostro que, si bien impasible, había empaldecido bajo su profundo bronceado. Mientras estaba de pie allí en profundo pensamiento, se le reunieron Hagthorpe, Wolverston, y Ogle. En silencio observaron con él sobre el agua al otro barco. Había virado un punto en contra del viento, y seguía hora una línea que en el final convergía con el *Cinco Llagas*.

—En menos de media hora, —dijo Blood de repente—, la tendremos a nuestro lado, barriendo las cubiertas con sus cañones.

—Podemos luchar, —dijo el gigante tuerto con un juramento.

—¡Luchar! —ironizó Blood—. Poco armados como estamos, con escasos veinte hombres, ¿cómo podemos pelear? No, hay sólo un modo. Persuadirlos que todo está bien abordo, que somos españoles, para que nos deje continuar nuestro curso.

—¿Y cómo sería eso posible? —preguntó Hagthorpe.

—No es posible, —dijo Blood—. Si... —Y se interrumpió, sus ojos sobre el agua verde. Ogle, con un dejo de sarcasmo, interpuso una sugerencia amargamente.

—Deberíamos enviar a Don Diego de Espinosa en un bote con sus españoles para asegurar a su hermano el Admirante que todos somos leales súbditos de sus Majestades Católicas.

El Capitán se dio vuelta, y por un instante pareció que iba a golpear al artillero. Luego su expresión cambió: la luz de la inspiración brilló en su mirada.

—¡Por Dios! Lo has dicho. No teme la muerte, este maldito pirata; pero su hijo puede tener un diferente punto de vista. La devoción filial es muy fuerte en España. Giró sobre sus talones abruptamente, y se dirigió a los hombres que rodeaban al prisionero. —¡Aquí!— les gritó. —Traedlo aquí abajo. Y guió el camino hacia abajo, por la escotilla hacia las cubiertas inferiores donde el aire era rancio con el olor de alquitrán las sogas. Siguiendo adelante, abrió la puerta de la espaciosa sala de reuniones, y entró seguido por una docena de hombres que arrastraban al español. Cada hombre abordo lo habría seguido si no fuera por la orden severa a algunos para quedarse en cubierta con Hagthorpe.

En la sala, los tres firmes cañones de proa estaban en posición, cargados, sus bocas colocadas a través de los puertos abiertos, precisamente como los artilleros españoles los habían dejado.

—Aquí, Ogle, hay trabajo para ti, —dijo Blood, mientras el corpulento cañonero se adelantaba a través del pequeño grupo de atentos hombres. Blood apuntó al cañón del medio—. Haz que retrocedan ese cañón, —ordenó.

Cuando estuvo hecho, Blood se dirigió a los que retenían a Don Diego.

—Atadlo a través de la boca del cañón, —les ordenó, y mientras lo hacían, se dirigió a los otros—. Al alcázar, algunos de vosotros, y traed a los prisioneros españoles. Y tú, Dyke, ve arriba y ordena que icen la bandera de España.

Don Diego, con su cuerpo extendido en un arco a través de la boca del cañón, piernas y brazos atados al soporte a ambos lados, sus ojos desorbitados, miraba como un loco al Capitán Blood. Un hombre puede no temer morir, y sin embargo aterrarse por la forma en que llega la muerte.

A través de labios helados lanzó blasfemias e insultos a su atormentador.

—¡Loco bárbaro! ¡Salvaje inhumano! ¡Maldito hereje! ¿No os satisface matarme en alguna forma cristiana? —El Capitán Blood le lanzó una maligna sonrisa, antes de volverse a encontrar a los quince prisioneros españoles, que fueron empujados en su presencia.

Mientras se acercaban, habían escuchado los gritos de Don Diego; ahora observaban con ojos aterrorizados su situación. De entre ellos un elegante joven, de piel color oliva, que se distinguía por su porte y su apariencia, se separó de los demás con un grito de angustia:

—¡Padre!

Luchando entre los brazos que lo mantenían preso, llamó a los cielos y al infierno para evitar ese horror, y finalmente, se dirigió al Capitán Blood para pedir una clemencia que era al mismo tiempo feroz y humilde. Observándolo, el Capitán Blood pensó con satisfacción que desplegaba el grado adecuado de devoción filial.

Posteriormente confesó que por un momento estuvo en peligro de doblegarse, que por un momento su mente se rebeló contra el plan cruel que había planeado. Pero para corregir ese sentimiento evocó en su memoria lo que estos españoles había perpetrado en Bridgetown. Nuevamente vio la cara blanca de la niña Mary Traill mientras volaba con horror ante el rufián que él había matado, y otras cosas incluso más incontables vistas en ese terrible atardecer se levantaron ante los ojos de su memoria para apuntalar su debilitado propósito. Los españoles se habían mostrado sin piedad o decencia de cualquier tipo; llenos de religión, no tenían una chispa de cristiandad. Un momento antes este cruel, vicioso Don Diego había insultado al Todopoderoso con su presunción de que Él tenía una mirada benevolente para el destino de la católica España. A Don Diego había que mostrarle su error.

Recobrando el cinismo con que se había acercado a su tarea, el cinismo esencial para su adecuada culminación, ordenó a Ogle que prendiera una mecha y retirara la protección de la boca de encendido del cañón donde estaba Don Diego. Entonces, cuando el joven Espinosa explotó entre imprecaciones y ruegos, se volvió hacia él.

—¡Paz! —gritó—. ¡Paz y escuchad! No tengo intenciones de enviar a vuestro padre al infierno como merece, o incluso matarlo en absoluto.

Habiendo llevado al joven al silencio de la sorpresa con esta promesa —una

promesa bastante sorprendente dadas las circunstancias— procedió a explicar sus intenciones en ese castellano sin faltas y elegante que afortunadamente dominaba — tan afortunadamente para Don Diego como para él mismo.

—Es la traición de vuestro padre la que nos ha traído a esta situación y deliberadamente al riesgo de captura y muerte sobre ese barco de España. Tal como vuestro padre reconoció el barco insignia de su hermano, también su hermano ha reconocido al *Cinco Llagas*. Hasta ahora, entonces, todo está bien. Pero pronto el *Encarnación* estará lo suficientemente cerca como para percibir que no todo está como debería. Más tarde o más temprano, adivinarán o descubrirán qué está mal, y abrirá fuego. Ahora, no estamos en situación de luchar, como sabía vuestro padre cuando nos trajo a esta trampa. Pero lucharemos, si tenemos que hacerlo. No nos rendiremos fácilmente a la ferocidad de España.

Colocó su mano en la mecha del cañón con Don Diego en su boca.

—Entended esto claramente: al primer disparo del *Encarnación*, este cañón contestará con fuego. Estoy siendo claro, espero.

Pálido y temblando, el joven Espinosa miró en los ojos azules sin piedad que tan fijamente lo miraban.

—¿Si está claro?, —tartamudeó, rompiendo el silencio en que se encontraban—. Pero, en nombre de Dios, ¿cómo puede estar claro? ¿Cómo puedo comprender? ¿Podéis evitar la lucha? Si conocéis un modo, y si yo o los demás, podemos ayudaros —si es lo que significáis— en nombre del Cielo decídmelo.

—Una lucha se podría evitar si Don Diego de Espinosa fuera a bordo del barco de su hermano, y con su presencia le asegurara al Admirante que todo está bien con el *Cinco Llagas*, que es verdaderamente un navío español como lo anuncia su bandera. Pero, por supuesto, don Diego no puede ir en persona porque tiene... otros compromisos. Tiene una leve fiebre —digamos— que lo retiene en su cabina. Pero vos, su hijo, puede llevar esto a cabo y otras materias junto con el homenaje a vuestro tío. Iréis en un bote con seis de estos prisioneros españoles, y yo —un distinguido español rescatado de cautiverio en Barbados en vuestra reciente incursión— os acompañaré para manteneros en circunstancias. Si vuelvo con vida, y sin accidentes de ningún tipo para retrasar nuestra libre navegación en adelante, Don Diego salvará su vida, tal como todos vosotros. Pero si hay la más pequeña adversidad, sea por mala fe o mala fortuna —no me importa cuál— la batalla, como tuve el honor de explicar, se abrirá de nuestro lado con este cañón, y vuestro padre será la primera víctima del conflicto.

Pausó por un momento. Hubo un murmullo de aprobación de sus camaradas, un inquieto movimiento entre los prisioneros españoles. El joven Espinosa se mantenía de pie delante de él, el color yéndose y viniendo a sus mejillas. Esperaba algunas directivas de su padre. Pero no vino ninguna. El coraje de Don Diego, parecía, se

había desvanecido en esta ruda prueba. Colgaba sin fuerzas en sus correas, y estaba en silencio. Evidentemente no se animaba a alentar a su hijo a una negativa, y presumiblemente lo avergonzaba pedirle que aceptara. Así, dejó la decisión enteramente para el joven.

—Vamos, —dijo Blood—. He sido suficientemente claro, creo. ¿Qué decís?

Don Esteban mojó sus labios reseco, y con el dorso de su mano se secó el sudor angustiado de su frente. Sus ojos buscaron por un instante sobre el hombro de su padre, buscando una guía. Pero su padre seguía silencioso. Algo como un sollozo se escapó del muchacho.

—Yo... yo acepto, —contestó finalmente, y se dirigió a los españoles—. Y vos aceptaréis también, —insistió con pasión—. Por la salvación de Don Diego y la vuestra por la de todos nosotros. Si no, este hombre nos destrozará sin piedad.

Dado que él se rendía, y su patrón no ofrecía resistencia, ¿para qué iban a provocar su propia desgracia con un gesto de inútil heroísmo? Respondieron sin dudar que harían lo que se les pedía.

Blood se volvió y avanzó hacia Don Diego.

—Lamento importaros de este modo, pero... —Por un instante se detuvo y frunció el ceño mientras sus ojos atentamente observaban al prisionero. Luego, después de esta pausa casi imperceptible, continuó—, pero espero que no tengáis nada más que este inconveniente, y dependéis de mí para acortarlo lo más posible. Don Diego no contestó.

Peter Blood esperó un momento, observándolo; luego saludó y se retiró.

Capítulo XII

Don Pedro Sangre

El *Cinco Llagas* y el *Encarnación*, luego de un adecuado cambio de señales, se acercaron a un cuarto de milla uno del otro, y a través del espacio entre ellos de aguas serenas iluminadas por el sol, salió un bote del primero, tripulado por seis marineros españoles y llevando a Don Esteban de Espinosa y al Capitán Blood.

También llevaba dos arcones de tesoro conteniendo cinco mil monedas de oro. El oro en todos los tiempos ha sido considerado el mejor testimonio de buena fe, y Blood estaba determinado a que en cuanto a las apariencias todo estuviera de su lado. Sus seguidores habían protestado por sus pertenencias. Pero los deseos de Blood habían prevalecido. También llevaba un voluminoso paquete dirigido a un grande de España, pesadamente sellado con las armas de Espinosa —otra pieza de evidencia rápidamente preparada en la cabina del *Cinco Llagas*— y dedicaba estos últimos momentos a completar las instrucciones a su joven compañero. Don Esteban expresaba sus últimas inquietudes.

—¿Pero y si os delatáis vos mismo? —gritó.

—Sería desgraciado para todos. Le pedí a vuestro padre que dijera una plegaria por nuestro éxito. Dependo de vos para una ayuda más material.

—Haré lo mejor que pueda. Dios sabe que lo haré, —protestó el niño.

Blood asintió pensativamente, y no se dijo nada más hasta que llegaron a la alta mole del *Encarnación*. Subiendo por la escala fue Don Esteban seguido de cerca por el Capitán Blood. Allí los esperaba el mismo Almirante para recibirlos, un elegante, autosuficiente hombre, muy alto y rígido, un poco mayor y más canoso que Don Diego, a quien se parecía mucho. Lo acompañaban cuatro oficiales y un fraile con el hábito negro y blanco de Santo Domingo.

Don Miguel abrió sus brazos para su sobrino, cuyo pánico inmovilizante tomó por excitación de placer, y habiéndolo abrazado contra su pecho, se dirigió al compañero de Don Esteban.

Peter Blood se inclinó con gracia, totalmente tranquilo, si se juzgaba por las apariencias.

—Yo soy, —anunció, haciendo una traducción literal de su nombre—, *Don Pedro Sangre*, un desafortunado caballero de León, rescatado de cautiverio por el valeroso padre de Don Esteban. —Y en pocas palabras hizo un esbozo de las imaginadas

condiciones de su captura por esos malditos herejes que dirigían la isla de Barbados.

—*Benedicamus Domino*, —dijo el fraile al oír su relato.

—*Ex hoc nunc et usque in seculum*, —respondió Blood, papista para la ocasión, con ojos bajos.

El Almirante y sus oficiales lo escucharon con simpatía y le dieron una cordial bienvenida. Luego vino la temida pregunta.

—¿Pero dónde está mi hermano? ¿Por qué no vino él mismo a recibirme? —Fue el joven Espinosa quien contestó esto:

—Mi padre está muy afligido por no tener tanto honor y placer. Pero desgraciadamente, señor tío, está un poco indispuerto —oh, nada grave; pero suficiente para mantenerlo en su cabina. Es un poco de fiebre, resultado de una leve herida en la reciente invasión a Barbados, de la que resultó el feliz rescate de este caballero.

—No, sobrino, no, —protestó Don Miguel con irónico repudio—. No puedo tener conocimiento de esas cosas. Tengo el honor de representar en estos mares a Su Majestad Católica, que está en paz con el Rey de Inglaterra. Ya me has contado más de lo que es bueno que yo sepa. Voy a olvidarlos, y os pediré, señores, —añadió, mirando a sus oficiales—, que también lo olvidéis. —Pero hizo un guiño a los chispeantes ojos del Capitán Blood; luego agregó algo que extinguió de repente las chispas—. Pero si Diego no puede venir a mí, entonces yo voy a verlo a él.

Por un momento el rostro de Don Esteban fue una máscara de pálido terror. Luego Blood estaba hablando con esa voz baja, confidencial, que tan admirablemente combinaba suavidad, firmeza y una sutil burla.

—Si os place, Don Miguel, eso es justamente lo que no debéis hacer —lo que Don Diego no desea que hagáis. No debéis verlo hasta que sus heridas estén sanadas. Éste es su propio deseo. Es la verdadera razón de por qué no está acá. Porque la verdad es que sus heridas no son tan graves como para impedirle venir. Fue la consideración de la falsa posición en la que vos quedaríais si tuvierais de su propia boca el relato de lo sucedido. Como su excelencia ha dicho, hay paz entre Su Majestad Católica y el Rey de Inglaterra, y vuestro hermano Don Diego...— Se detuvo un momento. —Estoy seguro que no necesito decir más. Lo que escucháis de nosotros es solamente un rumor. Vuestra excelencia entiende.

Su excelencia frunció el entrecejo pensativamente. —Entiendo... en parte—, dijo.

El Capitán Blood tuvo un momento de inquietud. ¿Dudaba el español de su buena fe? Sin embargo, en vestimenta y habla se sabía impecablemente español, y ¿no estaba allí Don Esteban para confirmarlo? Siguió adelante para permitir mayor confirmación antes de que el almirante pudiera decir otra palabra.

—Y tenemos en el bote abajo dos arcones conteniendo cinco mil monedas de oro, que debemos entregar a su excelencia.

Su excelencia saltó; hubo una súbita agitación entre sus oficiales.

—Son el rescate exigido por Don Diego al Gobernador de...

—¡Ninguna otra palabra, en nombre del Cielo! —gritó el almirante con alarma—. ¿Mi hermano desea que me encargue de este dinero, para llevarlo a España en su nombre? Bueno, es una materia de familia entre mi hermano y yo. Así puede ser hecho. Pero no debo saber... —Se detuvo—. ¡Hum!

—Una copa de Málaga en mi cabina, si deseáis, —los invitó—, mientras los arcones son levantados a la cubierta.

Dio sus órdenes sobre el embarco de los arcones, luego encabezó el camino a su cabina, engalanada como de la realeza, seguido también por sus cuatro oficiales y el fraile.

Sentado a la mesa allí, con el oscuro vino ante ellos, una vez que el sirviente que lo llevó se hubo retirado, Don Miguel rio y se acarició su barbilla puntiaguda.

—¡*Virgen santísima!* Ese hermano mío tiene una mente que piensa en todo. Si hubiera sido yo, habría cometido una gran indiscreción al aventurarme a bordo de este barco en semejante momento. Podría haber visto cosas que como Almirante de España hubiera sido difícil para mí ignorar.

Ambos Esteban y Blood se apuraron a estar de acuerdo con él, y luego Blood levantó su copa, y bebió a la gloria de España y la condenación del bruto James quien ocupaba el trono de Inglaterra. La última parte de su brindis era, por lo menos, sincera.

El almirante rio.

—Señor, señor, necesitáis aquí a mi hermano para refrenar vuestra imprudencia. Deberíais recordar que Su Majestad Católica y el Rey de Inglaterra son buenos amigos. Éste no es un brindis para proponer en esta cabina. Pero ya que ha sido propuesto, y por alguien que tiene una causa personal para odiar a estos sabuesos ingleses, buenos, lo honraremos —pero extraoficialmente.

Rieron, y bebieron para la condena eterna del Rey James, todo extraoficial, pero más fervientes aún por lo mismo. Luego Don Esteban, inquieto por su padre, y recordando la agonía que sufría Don Diego con cada instante que se demoraban, en su terrible posición, se puso de pie y anunció que debían regresar.

—Mi padre, —explicó—, tiene apuro por llegar a Santo Domingo. Me pidió que no me demorara más que para abrazaros. Si nos permitís partir, entonces, señor tío.

En esas circunstancias, —señor tío— no insistió.

Al salir, los ojos de Blood examinaron ansiosamente la línea de marinos en tranquila charla con los españoles del bote que esperaban al pie de la escala. Pero sus actitudes le mostraron que no había motivo para su ansiedad. La tribulación del bote había sido sabida en sus comentarios.

El almirante se despidió de ellos, de Esteban afectuosamente, de Blood

ceremoniosamente.

—Lamento perderos tan pronto, Don Pedro. Desearía que pudierais hacer una visita más larga al *Encarnación*.

—Soy realmente poco afortunado, —dijo cortésmente el Capitán Blood—. Pero espero que nos encontremos nuevamente.

—Eso es halagarme más de lo que merezco.

Llegaron al bote, y se alejaron del gran navío. Mientras se alejaban, con el admirante saludándolos con su mano desde el puente, oyeron el silbido del comandante del barco llamando a todos a su puesto, y antes de llegar al *Cinco Llagas* vieron que el *Encarnación* se retiraba. Ondeó su bandera a ellos, y de su popa un cañón saludó.

A bordo del *Cinco Llagas* alguien —que se supo después que fue Hagthorpe— tuvo la buena idea de contestar de la misma manera. La comedia había terminada. Pero había algo más como epílogo, algo que añadió un gusto irónico a todo lo ocurrido.

Mientras pisaban la borda del *Cinco Llagas*, Hagthorpe avanzó a recibirlos. Blood observó la rígida, casi asustada expresión de su rostro.

—Veo que lo has descubierto, —dijo quedamente.

Los ojos de Hagthorpe lo miraron preguntando. Pero su mente descartó cualquier pensamiento que tenía.

—Don Diego... —comenzó, y luego se detuvo, y miró curiosamente a Blood.

Notando la pausa y la mirada, Esteban se adelantó, su rostro lívido.

—¿Habéis roto vuestra palabra, perros? ¿Le ha sucedido algo? —gritó— y los seis españoles tras él comenzaron a clamar con preguntas furiosas.

—Nosotros no rompemos nuestra palabra, —dijo Hagthorpe firmemente, tan firmemente que los aquietó—. Y en este caso no hubo necesidad. Don Diego murió en sus ataduras antes que vosotros llegarais al *Encarnación*.

Peter Blood no dijo nada.

—¿Muerto? —gritó Esteban—. Lo matasteis, diréis. ¿De qué murió? —Hagthorpe miró al muchacho.

—Si he de juzgar, —dijo—, Don Diego murió de miedo.

Don Esteban golpeó a Hagthorpe a través de la cara al escuchar esto, y Hagthorpe le hubiera pegado a su vez, pero Blood se colocó entre los dos mientras sus seguidores asían al joven.

—Déjalo —dijo Blood—. Provocaste al niño con tu insulto a su padre.

—No pretendí insultar, —dijo Hagthorpe, acariciando su mejilla—. Es lo que sucedió. Ven a ver.

—Ya he visto, —dijo Blood—. Murió antes de que yo dejara el *Cinco Llagas*. Estaba colgando muerto en sus ataduras cuando hablé con él antes de partir.

—¿Qué estáis diciendo?, gritó Esteban.

Blood lo miró gravemente. Sin embargo, a pesar de su gravedad parecía casi sonreír, aunque sin alegría.

—Si lo hubierais sabido, ¿eh? —preguntó finalmente. Por un momento Don Esteban lo miró con los ojos muy abiertos, incrédulo.

—No os creo, —dijo finalmente.

—Sin embargo, deberíais. Soy un doctor, y conozco la muerte cuando la veo.

Nuevamente hubo una pausa, mientras la convicción llegaba a la mente del joven.

—Si lo hubiera sabido, —dijo finalmente con una voz gruesa—, estaríais colgando del palo mayor del *Encarnación* en este momento.

—Lo sé, —dijo Blood—. Estoy considerando —la ventaja que un hombre puede encontrar en la ignorancia de otros.

—Pero colgaréis de allí algún día, —amenazó el muchacho.

El Capitán Blood se encogió de hombros, y giró sobre sus talones. Pero no hizo caso omiso de esas palabras, tampoco Hagthorpe ni los otros que las escucharon, como quedó demostrado en un consejo realizado esa noche en la cabina.

El consejo se reunió para determinar qué se haría con los prisioneros españoles. Considerando que Curasao estaba ahora fuera de su alcance, y estaban escasos de agua y provisiones, y que Pitt todavía no estaba pronto para tomar a su cargo la navegación del barco, habían decidido que, yendo al este de Hispaniola, y luego navegando por la costa norte, podrían llegar a Tortuga, ese paraíso de los bucaneros, en cuyo puerto sin ley no tenían riesgo por lo menos de ser recapturados. Era ahora la pregunta de si debían llevar a los españoles con ellos, o dejarlos en un bote para que pudieran llegar a la costa de Hispaniola, a no más de diez millas. Éste era el curso defendido por Blood.

—No hay otra cosa para hacer, —insistía—. En Tortuga los desollarán vivos. —Que es menos de lo que merecen—, gruñó Wolverstone.

—Y recordarás, Peter, —intervino Hagthorpe—, la amenaza de ese niño esta mañana. Si escapa, y cuenta todo a su tío, la ejecución de la amenaza es más que posible.

Dice mucho a favor de Peter Blood que este argumento no lo convenciera. Es una pequeña cosa, tal vez, pero en una narrativa en la que se cuenta tanto en su contra, no puedo —dado que mi historia tiene la naturaleza de una reseña para la defensa— permitirme dejar pasar una circunstancia que está tan fuerte a su favor, una circunstancia que revela que el cinismo atribuído a él procedía de su razón y de una serie de males que sufrió más que por sus instintos naturales. —No me importan sus amenazas.

—Deberían, —dijo Wolverstone—. Lo sabio sería colgarlo, junto con los demás.

—No es humano ser sabio, —dijo Blood—. Es mucho más humano errar, aunque

tal vez es excepcional errar del lado de la clemencia. Seremos excepcionales. No tengo estómago para matar a sangre fría. Al romper el alba, poned a los españoles en un bote con un tonel de agua y un saco de vituallas, y que se vayan al diablo.

Esta fue su última palabra sobre el tema, y prevaleció en virtud de la autoridad que todos le habían reconocido, y que él había tomado firmemente. Al alba, Don Esteban y sus seguidores fueron colocados en un bote.

Dos días más tarde, el *Cinco Llagas* entró a la bahía de Cayona, diseñada por la naturaleza para ser de los que se apropiaran de ella.

Capítulo XIII

Tortuga

Es tiempo de establecer claramente que la supervivencia de la historia de las hazañas del Capitán Blood se debe enteramente al trabajo de Jeremy Pitt, el marino de Somersetshire. Además de sus habilidades como navegante, este cordial joven parece haber tenido una pluma infatigable, e inspiró su fluidez el afecto que muy obviamente tenía por Peter Blood.

Mantuvo la bitácora de la fragata de cuarenta cañones *Arabella*, en donde sirvió como patrón, o, como debemos decir hoy en día, oficial de navegación, como ninguna bitácora fue mantenida jamás. Tiene cerca de veinte volúmenes de diferentes tamaños, algunos desaparecieron y otros están tan deteriorados que son de poca utilidad. Pero si a veces en la laboriosa búsqueda de ellos —están preservados en la biblioteca del Sr. James Speke de Comerton— he lamentado estas lagunas, en otros casos se me ha hecho difícil por la excesiva prolijidad de lo que resta y la dificultad de separar del confuso todo las partes realmente esenciales.

Tengo sospechas que Esquemeling —aunque cómo o dónde no puedo saber— debe haber tenido acceso a estos registros, y que extrajo de ellos las plumas brillantes de muchas hazañas para colocarlas en la cola de su propio héroe, el Capitán Morgan. Pero es un comentario al pasar. Lo menciono fundamentalmente como advertencia, porque cuando pase a relatar el caso de Maracaibo, los que habéis leído a Esquemeling pueden estar en peligro de suponer que Henry Morgan realmente llevó a cabo estos hechos que acá son verazmente atribuidos a Peter Blood. Creo, sin embargo, que cuando peséis los motivos de ambos Blood y el Almirante español en ese caso, y cuando consideréis cuán fundamental es ese evento en la historia de Blood —mientras es un incidente deshilvanado en la de Morgan— llegaréis a mi conclusión sobre quién es el real plagiario.

El primero de los tomos de Pitt casi completamente es una retrospectiva de los eventos hasta el momento de la primer llegada de Blood a Tortuga. Éste y la colección Tannatt de Juicios de Estado son las principales —aunque no las únicas— fuentes de mi historia hasta acá.

Pitt hace especial hincapié en el hecho que fueron las circunstancias que hemos narrado, y sólo ellas, las que llevaron a Peter Blood a buscar anclar en Tortuga. Insiste largamente, y con una vehemencia que demuestra claramente que había una

opinión en contrario en algún lugar, que no era la intención de Blood ni la de ninguno de sus compañeros de desgracia juntarse con los bucaneros quienes, bajo la protección de un semi-oficial francés, hicieron de Tortuga un escondrijo del que podían ejercer su comercio pirata sin piedad, básicamente contra España.

Pitt nos cuenta que la intención original de Blood era dirigirse a Francia u Holanda. Pero en las largas semanas de esperar por un barco que lo llevara a uno u otros de esos países, sus recursos mermaron y finalmente desaparecieron. También, su cronista piensa que detectó signos de algún problema secreto en su amigo, y atribuye a esto los abusos del potente espíritu de las Indias Occidentales de los que Blood fue culpable en esos días de inacción, cayendo al mismo nivel de los salvajes aventureros con quienes convivía en la costa.

No creo que Pitt sea culpable de poner excusas para su héroe. Creo que en esos días había mucho que oprimía a Peter Blood. Estaba el recuerdo de *Arabella* Bishop, y que su recuerdo ocupaba gran parte de su mente no podemos dudarlo. Estaba enloquecido por el atormentador deseo de lo inalcanzable. Deseaba a *Arabella*, pero sabía que estaba más allá de su alcance irrevocablemente y por siempre. También, aunque pensaba ir a Francia o a Holanda, no tenía un claro propósito sobre qué hacer cuando llegara a esos países. Era, después de todo, un esclavo fugado, un ilegal en su propia tierra y un descastado sin hogar en cualquier otra. Quedaba el mar, que es libre para todos, y particularmente tentador para los que se sienten en guerra con la humanidad. Y entonces, considerando el espíritu aventurero que una vez lo había mandado por el mundo por el simple gusto, considerando que este espíritu estaba incentivado ahora por una falta de cuidado provocada por su ilegalidad, que su entrenamiento y habilidades en marina de guerra fuertemente sustentaban las tentaciones que se le presentaban, ¿podéis sorprenderos, u os atrevéis a condenarlo, de que finalmente sucumbiera? Y recordad que estas tentaciones procedían no sólo de los bucaneros aventureros con quienes se encontraba en las tabernas del antro diabólico de Tortuga, sino del mismo M. d'Oregon, el gobernador de la isla, quien cobraba por costo del puerto una décima parte de los botines traídos a la bahía y que sacaba provecho de otras comisiones.

Un oficio que podría tener un aspecto repelente cuando era descrito por aventureros grasientos y medio borrachos, bucaneros, vagabundos, ingleses, franceses y holandeses, se convertía en una digna casi oficial forma de corsario cuando era defendida por el cortés caballero de mediana edad quien representando la Compañía Francesa de las Indias Occidentales parecía representar a la misma Francia.

Además —sin excluir al mismo Jeremy Pitt, en cuya sangre el llamado del mar era insistente e imperativo— los que habían escapado con Peter Blood de la plantación de Barbados, y que, en consecuencia, como él, no sabían a dónde ir,

estaban todos resueltos a unirse a la gran Hermandad de la Costa, como esos vagabundos se llamaban a sí mismos. Y unieron sus voces a las otras que buscaban persuadir a Blood, pidiéndole que continuara en la jefatura que había gozado desde que dejaron Barbados, y jurando seguirlo lealmente a cualquier lugar que los llevara.

Y así, para resumir todo lo que Jeremy ha registrado en la materia, Blood terminó por ceder a las presiones tanto externas como internas, y se abandonó a la corriente del Destino. *Fata viam invenerunt*, según su propia expresión de ello.

Si resistió tanto, creo que fue porque el recuerdo de *Arabella* Bishop lo refrenaba. Que estuvieran destinados a no encontrarse nunca más no pesó al principio, o tal vez nunca. Concebía el desprecio con que ella escucharía que se había convertido en pirata, y el desprecio, aunque solamente imaginado hasta ahora, lo lastimaba como si fuera una realidad. Y aún cuando superó esto, el recuerdo de ella estuvo siempre presente. Hizo un compromiso con su conciencia de mantener su memoria activa. Se prometió que su recuerdo le ayudaría a mantener sus manos tan limpias como un hombre pueda en un oficio tan desesperado como el en que se estaba embarcando. Y así, aunque no tenía tontas ilusiones de que nunca fuera suya, o volver a verla, su memoria debía actuar como una influencia purificadora par su alma, amarga y dulce a la vez. El amor irrealizable muchas veces permanece como el ideal que guía a un hombre. Una vez tomada la decisión, se dedicó activamente al trabajo. Ogeron, el más acomodaticio de los gobernadores, le adelantó dinero para el adecuado equipamiento de su barco, el *Cinco Llagas*, al que renombró el *Arabella*. Esto fue luego de algunas dudas, temeroso de mostrar de esa forma su corazón. Pero sus amigos de Barbados lo consideraron una expresión de la ironía siempre lista de su jefe.

A los veinte seguidores que ya tenía, agregó sesenta más, eligiendo sus hombres con cautela y discriminación —y era un excepcional juez de hombres— de entre los aventureros de Tortuga. Con ellos acordó los usuales artículos de la Hermandad de la Costa bajo las que cada hombre sería pagado por una parte de los tesoros capturados. En otros aspectos, sin embargo, los artículos eran diferentes. A bordo del *Arabella* no habría nada de la indisciplina de los rufianes que normalmente prevalecían en los buques bucaneros. Los que navegaban con él debían obediencia y sumisión en todos los aspectos a él mismo y a los oficiales elegidos. A quien esta cláusula no le gustara, podía seguir a otro jefe.

Hacia fines de diciembre, cuando la estación de los huracanes había terminado, puso a la mar su bien equipado y bien tripulado barco, y antes de regresar en el mayo siguiente de una travesía prolongada y llena de aventuras, la fama del Capitán Blood había corrido como olas en el viento por el Mar Caribe. Hubo una lucha en el pasaje Windward con un galeón español, que resultó en atrapar y finalmente hundir al español. Hubo una invasión audaz llevada a cabo por una serie de apropiadas

piraguas sobre una flota española en el Río de la Hacha, de la que obtuvieron una cantidad particularmente importante de perlas. Hubo una expedición por tierra hacia las minas de oro de Santa María, en el continente, cuya historia es difícil de creer, y hubo aventuras menores a través de las cuales la tripulación del *Arabella* volvió con prestigio y provecho aunque no totalmente ilesa.

Y entonces sucedió que antes que el *Arabella* volviera a Tortuga el mayo siguiente para ser reparada —porque no estaba sin cicatrices, como podéis suponer— su fama y la de su capitán Peter Blood había recorrido desde las Bahamas hasta las Islas Windward, y desde Nueva Providencia hasta Trinidad.

Un eco de esto llegó a Europa, y en la Corte de St. James se presentaron airados reclamos del embajador de España, a quien se le contestó que no debía suponerse que este Capitán Blood tenía ninguna comisión del Rey de Inglaterra; que era, de hecho, un rebelde proscrito, un esclavo evadido, y que cualquier medida que Su Católica Majestad tomara contra él recibirían la cordial aprobación del Rey James II.

A Don Miguel de Espinosa, el Almirante de España en las Indias Occidentales, y su sobrino Don Esteban que navegaba con él, no les faltaban ganas de traer al aventurero a su castigo merecido. Con ellos, este negocio de capturar a Blood, que ahora era un tema internacional, también era una materia familiar.

España, a través de la boca de Don Miguel, no ahorra amenazas. El relato de ellas llegó a Tortuga, y con él la seguridad de que Don Miguel estaba respaldado no sólo por la autoridad de su propia nación, sino por la del rey inglés también.

Era una bravuconada que no inspiraba terrores al Capitán Blood. Tampoco era probable que por ella que quedara a oxidarse en la seguridad de Tortuga. Por todo lo que había sufrido en las manos de los hombres, había elegido a España como el chivo expiatorio. Así consideraba que servía un propósito doble: ganaba sus compensaciones y al mismo tiempo servía, no al Rey Estuardo, a quien despreciaba, pero a Inglaterra y así al resto de la humanidad civilizada a quien la cruel, traidora, codiciosa, intolerante Castilla buscaba excluir de sus relaciones con el Nuevo Mundo.

Un día, mientras estaba sentado con Hagthorpe y Wolverstone sobre un barril y con una botella de ron envueltos en el aire cargado de alquitrán y tabaco de una taberna, fue abordado por un espléndido rufián con una casaca de satén azul oscuro adornada con oro, y una faja roja, de un pie de ancho, alrededor de la cintura.

—*C'est vous qu'on apelle Le Sang?* —lo saludó el sujeto.

El Capitán Blood miró hacia arriba para considerar a quien preguntaba antes de contestar. El hombre era alto, su constitución ágil y fuerte, con un rostro moreno y aguileño, brutalmente bien parecido. Un diamante de gran valor refulgía en la limpia mano, indiferentemente descansando en el pomo de su largo espadín, y había aros de oro en sus orejas, medio ocultas por largos rulos de oleoso cabello color castaño.

El Capitán Blood se sacó el tabaco de entre sus labios.

—Mi nombre, —dijo—, es Peter Blood. Los españoles me conocen por Don Pedro Sangre, y un francés puede llamarme Le Sang si le place.

—Bien, —dijo el llamativo aventurero en inglés, y sin mayor invitación tomó una banqueta y se sentó a la grasienta mesa—. Mi nombre, —informó a los tres hombres, dos de los cuales por lo menos, lo miraban con recelo—, es Levasseur. Tal vez habéis oído hablar de mí.

Habían oído realmente. Comandaba una nave corsaria de veinte cañones que había anclado en la bahía hacía una semana, tripulada por un grupo compuesto fundamentalmente por franceses de Hispaniola del Norte, hombres que tenían una buena causa para odiar a los españoles con una intensidad que excedía la de los ingleses. Levasseur los había traído nuevamente a Tortuga luego de una expedición de poco éxito. Sin embargo, era necesario algo más que poco éxito para abatir la monstruosa vanidad de este sujeto. Era un bandido estruendoso, pendenciero, fuerte bebedor, fuerte jugador, y su reputación de bucanero era muy alta entre la salvaje Hermandad de la Costa. También tenía reputación de otro tipo. Había algo en este llamativo y fanfarrón rufián que las mujeres encontraban singularmente atractivo. Que alardeara abiertamente de su buena fortuna en esto no le parecía extraño al Capitán Blood; lo que encontraba extraño era que tuviera algún tipo de justificación para estos alardes.

Era rumor corriente que incluso Mademoiselle d'Ogeron, la hija del Gobernador, había caído en la trampa de su salvaje atractivo, y que Levasseur había llegado a la audacia de pedir su mano en matrimonio a su padre. M d'Ogeron le había dado la única respuesta posible. Le había mostrado la puerta. Levasseur había partido en una rabieta, jurando que haría a mademoiselle su esposa a pesar de todos los padres de la Cristiandad, y que M. d'Ogeron pagaría amargamente la afrenta que le había hecho.

Éste era el hombre que ahora se lanzó sobre el Capitán Blood con una propuesta de asociación, ofreciéndole no sólo su espada, sino su barco y los hombres que navegaban en él.

Doce años atrás, siendo un muchacho de apenas veinte años, Levasseur había navegado con ese monstruo de crueldad que fue *L'Ollonais*, y sus propias hazañas subsiguientes demostraron que aprovechó la escuela en la que se había formado. Dudo que en sus días haya habido un truhán mayor que Levasseur entre la Hermandad de la Costa. Y sin embargo, aunque lo encontraba repulsivo, el Capitán Blood no pudo negar que la propuesta del sujeto mostraba arrojo, imaginación, y recursos, y forzosamente debía reconocer que juntos podían llevar a cabo operaciones de mayor magnitud que lo que era posible por separado. La culminación del proyecto de Levasseur era una incursión en la rica ciudad de Maracaibo; pero para esto, admitía, se precisaban por lo menos seiscientos hombres, y seiscientos hombres no podían navegar en sus dos barcos. Debían llevarse a cabo expediciones preliminares,

teniendo por objeto la captura de otros barcos.

Porque le disgustaba el hombre, el Capitán Blood no se comprometió en seguida. Pero porque le gustaba la propuesta, consintió en considerarla. Siendo luego presionado por ambos Hafthorpe y Wolverstone, que no compartían su desagrado personal del francés, el asunto terminó en que en una semana se firmó un contrato entre Levasseur y Blood y además —como era usual— también firmado por los representantes elegidos de sus seguidores.

Este contrato contenía, entre otros artículos, las comunes disposiciones que decían que si los navíos se separaban, debía hacerse un relevamiento de todos los botines conseguidos entre los dos, mientras que el navío que conseguía un botín retenía los tres quintos de su valor, y le daba dos quintos a su asociado. Estas partes debían luego ser subdivididas entre las tripulaciones de cada navío, de acuerdo a lo que era habitual en cada barco. Por el resto, las cláusulas usuales entre las que estaba que cualquier hombre probado culpable de robar o esconder cualquier parte de un botín, aunque su valor no fuera mayor de un peso, debía ser sumariamente colgado del palo mayor.

Y ahora con todo arreglado estaban prontos para salir a la mar, y la víspera de su salida, Levasseur escapó a penas de ser herido en un intento romántico de escalar el muro del jardín del Gobernador, con el objeto de un apasionado adiós a la locamente enamorada Mademoiselle d'Ogeron. Desistió después de que fueran hechos dos disparos desde un fragante escondite de árboles de pimienta donde los guardias del Gobernador estaban apostados, y se fue jurando tomar medidas diferentes y muy definitivas a su regreso.

Esa noche durmió a bordo de su barco, el que con su característica extravagancia había llamado *La Foudre*, y allí al día siguiente recibió una visita del Capitán Blood, a quién recibió medio burlonamente como su almirante. El irlandés venía a dejar asentados algunos detalles finales de los que lo que importa es que si los dos navíos se separaban por accidente o destino, debían reunirse uno con el otro lo antes posible en Tortuga.

Después de eso, Levasseur invitó a su almirante a cenar, y juntos bebieron por el éxito de su expedición, tan copiosamente de parte de Levasseur que cuando llegó el momento de separarse estaba tan ebrio como le era posible para mantener el conocimiento.

Finalmente, al atardecer, el Capitán Blood volvió a su gran barco con sus rojos baluartes y brillantes troneras, convertido en una hermosa llama por el sol del poniente.

Estaba un poco preocupado. He dicho que era un buen juez de hombres, y su juicio de Levasseur lo llenaba de dudas, que crecían a medida que se acercaba la hora de partir.

Se lo expresó a Wolverstone, quien lo fue a recibir a bordo del *Arabella*:

—Me persuadiste que firmara ese contrato, tú tunante; y me sorprenderé si algo bueno sale de esta asociación.

El gigante entornó su único ojo sediento de sangre, e hizo un gesto despectivo.

—Torceremos el cuello del perro si hay alguna traición.

—Así lo haremos —si estamos para torcerlo por entonces. Y con eso, terminando el tema:

—Salimos en la mañana, con la primera marea, —anunció y fue a su cabina.

Capítulo XIV

El heroísmo de Levasseur

Sería alrededor de las diez de la siguiente mañana, una hora antes de la estipulada para partir, cuando una canoa llegó al costado de *La Foudre*, y un indio de media casta salió de ella y trepó por la escala. Estaba vestido con cueros con pelo, sin curtir, y una manta roja le servía de capa. Levaba un mensaje en un papel doblado para el Capitán Levasseur.

El Capitán desdobló la hoja, sucia y arrugada por el contacto con esta persona. Sus contenidos pueden ser más o menos traducidos así:

Amado mío:

Mi bien amado.

Estoy en la fragata holandesa Jongvrouw, que está por partir. Resuelto a separarnos para siempre, mi cruel padre me manda a Europa a cargo de mi hermano. Te imploro, ven a rescatarme. ¡Sálvame, mi bien amado héroe!

Tu desolada Madeleine, que te ama.

El bien amado héroe se emocionó hasta lo más profundo de su alma por este apasionado ruego. Su fruncida mirada barrió la bahía buscando a la fragata holandesa, que sabía partía hacia Amsterdam con una carga de cuero y tabaco.

No se la veía entre los barcos de ese angosto puerto. Rugió la pregunta.

En respuesta el indio indicó más allá del risco que constituía la defensa del puerto. Una milla o más distante de él, se veía una vela en el mar.

—Allá va, —dijo.

—¡Allá! —El francés miraba a un lado y otro, su cara se ponía blanca. Su temperamento cruel se despertó y se vengó sobre el mensajero—. ¿Y dónde has estado que vienes ahora con esto? ¡Contesta!

El indio retrocedió aterrorizado ante esta furia. Su explicación, si la tenía, estaba paralizada por miedo. Levasseur lo tomó por el cuello, lo sacudió dos veces, y lo tiró contra los mástiles. La cabeza del hombre golpeó el borde de un cañón, y allí quedó, muy quieto, un hilillo de sangre saliendo de su boca.

Levasseur chocó una de sus manos contra la otra, como sacudiéndose polvo.

—Tirad esa basura por la borda, —ordenó a unos que estaban sin hacer nada por allí—. Luego levad anclas, vamos tras el Alemán.

—Calma, Capitán. ¿Qué es eso? —Una mano sobre su hombro lo contuvo, y el ancho rostro de su lugarteniente Cahusac, un corpulento, rústico bretón, estaba sólidamente enfrentándolo.

Levasseur estableció claramente su propósito con una gran cantidad de obscenidades innecesarias.

Cahusac sacudió su cabeza. —¡Una fragata holandesa!— dijo. —¡Imposible! Nunca nos lo permitirían.

—¿Y quién diablos nos lo impedirá? —Levasseur estaba entre asombro y furia—. Por un lado, vuestra propia tripulación no querrá. Por otro, está el Capitán Blood. —No me importa el Capitán Blood...

—Pero es necesario que así sea. Tiene el poder, el peso de metal y de hombres, y si lo conozco un poco nos hundirá antes de tener problemas con los holandeses. Tiene sus propias ideas sobre los corsarios, este Capitán Blood, como ya os avisé. —¡Ah!— dijo Levasseur, mostrando sus dientes. Pero sus ojos, fijos en la distante vela, estaban tormentosamente pensativos. No por mucho tiempo. La imaginación y los recursos que el Capitán Blood había detectado en el sujeto pronto le sugirieron una solución.

Maldiciendo en su alma, incluso antes de que el ancla fuera levado, la asociación en la que había entrado, ya estaba estudiando formas de evadirla. Lo que indicaba Cahusac era cierto: Blood nunca soportaría que se violentara a un alemán en su presencia; debía por tanto ser hecho en su ausencia; y, una vez hecho, Blood debería aceptarlo, porque sería demasiado tarde para protestar.

En una hora, el *Arabella* y *La Foudre* salían al mar juntos. Sin entender el cambio de planes, el Capitán Blood, sin embargo, lo aceptó, y levó anclas antes del tiempo establecido al ver que su asociado lo hacía.

Durante todo el día la fragata holandesa estuvo a la vista, aunque para el atardecer se había convertido en una simple mancha en el horizonte hacia el norte. El curso estipulado por Blood y Levasseur se dirigía al este por la costa norte de Hispaniola. Por ese curso se mantuvo firmemente el *Arabella* a lo largo de la noche. Cuando amaneció, estaba solo. A cubierto de la noche, *La Foudre* se había desviado al noreste con todas las velas desplegadas.

Cahusac había intentado nuevamente protestar contra esto.

—¡Que el diablo te lleve! —le contestó Levasseur—. Un barco es un barco, sea alemán o español, y barcos es lo que necesitamos ahora. Eso será suficiente para los hombres.

Su lugarteniente no dijo más nada. Pero por el vistazo dado a la carta, sabiendo que el objetivo real de su capitán era una joven y no un barco, sacudió su cabeza sombríamente y se alejó sobre sus combas piernas a dar las órdenes necesarias.

El amanecer encontró a *La Foudre* cerca de los talones de la nave holandesa, a menos de una milla de la popa, y su vista evidentemente confundió a comandante del navío. Sin duda el hermano de mademoiselle había reconocido al barco de Levasseur. Vieron a la fragata desplegar todas sus velas en un inútil intento de sacarles ventaja, mientras se mantenían a estribor y la perseguían hasta que estuvieron en una posición en la que podían enviar un disparo de advertencia. La fragata viró, mostrando su timón, y abrió fuego. El pequeño disparo silbó a través de los mástiles de *La Foudre* con un ligero daño en sus velas. Siguió una ligera lucha en el curso de la cual el alemán quedó dañando en uno de sus costados.

Cinco minutos más tarde estaban borda con borda, la fragata fuertemente unida con los agarres de los tabones de *La Foudre*, y los bucaneros abordando ruidosamente la nave.

El capitán del navío alemán, con el rostro color púrpura, se adelantó a enfrentar al pirata, seguido de cerca por un caballero elegante y pálido en quien Levasseur reconoció su elegido cuñado.

—Capitán Levasseur, esto es un atropello por el que deberéis responder. ¿Qué buscáis a bordo de mi barco?

—Al principio, buscaba solamente lo que me pertenece, algo que me ha sido robado. Pero dado que elegisteis la guerra abriendo fuego sobre mí con algún daño en mi barco y la pérdida de la vida de cinco de mis hombres, que sea guerra, y vuestro barco es un botín de guerra.

Desde el alcázar, Mademoiselle d'Ogeron miraba hacia abajo con brillantes ojos y asombro sin aliento a su bien amado héroe. Gloriosamente heroico le parecía mientras estaba allí de pie, poderoso, audaz, hermoso. Él la vio, y con un alegre gritó saltó hacia ella. El capitán del barco se interpuso intentando frenarlo con las manos en alto. Levasseur no se quedó a discutir con él: estaba demasiado impaciente por alcanzar a su amada. Balanceó el hacha que llevaba y el alemán cayó envuelto en sangre con el cráneo hendido. El ansioso amante caminó sobre el cuerpo y llegó con su rostro alegremente encendido.

Pero mademoiselle se retraía ahora, con horror. Era una joven, en el umbral de una gloriosa mujer, de buena altura y noblemente formada, con pesados bucles de brillante cabello negro por sobre y alrededor de un rostro del color de marfil antiguo. Sus facciones estaban formadas con líneas de arrogancia, reforzadas por las bajas cejas de sus oscuros ojos.

En un instante su bien amado estaba a su lado, lanzando lejos su sangrienta hacha, y abrió sus brazos para cogerla. Pero ella se encogía incluso en su abrazo, que no podía ser negado; una mirada de miedo había venido a mitigar la normal arrogancia de su casi perfecto rostro.

—¡Mía, mía al fin, y a pesar de todo! —gritó, exultante, teatral, verdaderamente

heroico.

Pero ella, intentando detenerlo, sus manos contra su pecho, sólo pudo tartamudear:

—¿Por qué, por qué lo matasteis?

Él rio, como lo haría un héroe; y le contestó heroicamente, con la tolerancia de un dios hacia los mortales:

—Se interpuso entre nosotros. Que su muerte sea un símbolo, una advertencia. Que todos los que intenten separarnos tomen cuenta y se cuiden.

Era tan espléndidamente terrorífico, el gesto era tan amplio y fino y su magnetismo tan hipnotizante, que ella olvidó sus tontos temores y se dejó llevar, libremente, intoxicada, en su abrazo. Luego él se la colocó sobre el hombro, y pisando con facilidad bajo ese peso, la llevó en una especie de triunfo, vitoreado lujurosamente por sus hombres, a bordo de su propio barco. Su inconsiderado hermano habría arruinado la romántica escena si no hubiera sido por Cahusac, quien le hizo una zancadilla tranquilamente y luego lo ató como un pollo.

Posteriormente, mientras el Capitán languidecía en la sonrisa de su dama en su cabina, Cahusac manejaba los restos de la guerra. La tripulación holandesa fue puesta en uno de los botes salvavidas y se los mandó al demonio. Afortunadamente, como eran menos de treinta, el bote, aunque peligrosamente sobrecargado, los podía contener. Luego, Cahusac inspeccionó la carga, puso una veintena de hombres y un oficial abordo del *Jongvrouw*, y les ordenó seguir a *La Foudres*, que ahora se dirigía a las Islas Leeward.

Cahusac estaba de mal humor. El riesgo que habían corrido al tomar la fragata holandesa y a tratar con violencia a los miembros de la familia del Gobernador de Tortuga, estaba fuera de proporciones con el valor de su botín. Se lo dijo, agriamente, a Levasseur.

—Te guardarás esa opinión para ti mismo, —le contestó el Capitán—. No creas que soy hombre de poner el cuello en una soga sin saber cómo lo voy a sacar. Mandaré una oferta al Gobernador de Tortuga que estará forzado a aceptar. Pon curso a Virgen Magra. Desembarcaremos y arreglaremos las cosas desde allí. Y diles que traigan al lechoso Ogeron a la cabina.

Levasseur retornó a su adorada dama.

Allí también fue conducido el hermano de la dama. El Capitán se puso de pie para recibirlo, inclinando su enorme altura para evitar que su cabeza golpeará el techo de la cabina. Mademoiselle se puso de pie también.

—¿Por qué esto? —le preguntó a Levasseur, indicando las muñecas atadas de su hermano— el remanente de las precauciones de Cahusac.

—Lo lamento, —dijo—. Deseo darle fin. Si M. d'Ogeron me da su palabra...

—Os doy nada, —lanzó el joven con el rostro blanco, pero sin falta de espíritu.

—Ya veis. Levasseur se encogió de hombros con profundo pesar, y mademoiselle se dirigió protestando a su hermano.

—¡Henri, esto es infantil! No te estás comportando como mi amigo. Tú...

—Pequeña tonta, —le contestó su hermano— y lo de —pequeña— estaba fuera de lugar; era la más alta de los dos. —Pequeña tonta, ¿crees que sería actuar como tu amigo entrar en acuerdos con este pirata canalla?

—¡Calma, mi joven gallito! —Levasseur rio. Pero su risa no era agradable.

—¿No percibes tu perversa tontería en el daño que ya ha ocasionado? Se han perdido vidas —han muerto hombres— para que este monstruo pudiera tenerte. ¿Y no te das cuenta dónde te encuentras —en poder de esta bestia, de este perro de mala ralea nacido en una cloaca y criado en robos y asesinatos?

Habría dicho más pero Levasseur lo abofeteó en la boca. Podéis ver que Levasseur no tenía interés de escuchar la verdad sobre sí mismo.

Mademoiselle ahogó un grito, y el joven se tambaleó bajo el golpe. Se recostó a un madero y allí quedó con los labios sangrando. Pero su espíritu no se había doblegado, y había una lívida sonrisa en su blanco rostro mientras sus ojos buscaban los de su hermana.

—Ya ves, —dijo simplemente—. Golpea a un hombre que tiene las manos atadas.

Las simples palabras, y más que las palabras, el tono de inefable desprecio, levantaron la pasión que nunca dormía muy profundamente en Levasseur.

—¿Y qué harías, cachorro, si tus manos estuvieran libres? —Tomó a su prisionero por las solapas de su chaqueta y lo sacudió—. ¡Contéstame! ¿Qué harías? ¡Tchah! ¡Charlatán! ¡Tú...! —Y siguió un torrente de palabras desconocidas para Mademoiselle, pero cuya intención su intuición le pudo indicar.

Con blancas mejillas estaba de pie al lado de la mesa de la cabina, y le gritó a Levasseur que se detuviera. Para obedecerla, abrió la puerta, y lanzó a su hermano a través de ella.

—Poned esta basura bajo cerrojos hasta que lo llame nuevamente, —rugió, y cerró la puerta.

Recomponiéndose, se dirigió nuevamente a la joven con una sonrisa. Pero ninguna sonrisa le contestó desde su rígido rostro. Había visto la verdadera naturaleza de su amado héroe y había encontrado el espectáculo desagradable y atemorizante. Le recordó el brutal asesinato del capitán alemán, y de repente se percató de que lo que su hermano había dicho de ese hombre no era más que la verdad. En su rostro se leía temor convirtiéndose en pánico, mientras se inclinaba buscando apoyo en la mesa.

—¿Pero, querida, qué es esto? —Levasseur se dirigió hacia ella. Ella se encogió y retrocedió. Había una sonrisa en su rostro, un brillo en sus ojos que trajo su corazón a su garganta.

La atrapó, cuando ella alcanzó la esquina de la cabina, la enlazó en sus largos

brazos y la atrajo hacia sí.

—¡No, no! —jadeó ella.

—Sí, sí, —se burló él, y su burla era lo más terrible de todo. La apretó contra él, deliberadamente lastimándola porque ella se resistía, y la besó mientras ella se debatía en su abrazo. Luego, al crecer su pasión, se enfureció y se arrancó el último retazo de su máscara de héroe que aún podía quedar colgando en su rostro—. Pequeña tonta, ¿no oíste que tu hermano dijo que estás en mi poder? Recuérdalo, y recuerda que viniste por tu libre voluntad. No soy un hombre con el que una mujer pueda jugar. Así que ten buen tino, mi niña, y acepta lo que has provocado. La besó nuevamente.

—No más llantos, —dijo—. O te arrepentirás.

Alguien golpeó la puerta. Maldiciendo la interrupción, Levaseur fue a abrir. Cahusac estaba allí. La cara del bretón era grave. Venía a informar que el daño causado por uno de los tiros del barco alemán ponía en cierto peligro el buque. Alarmado, Levaseur fue con él. La hendidura no era seria si el tiempo se mantenía bueno; pero si sobrevenía una tormenta podría rápidamente convertirse en peligrosa. Un hombre fue enviado a realizar un arreglo parcial.

Delante de ellos se veía una nube en el horizonte, que Cahusac dijo ser una de las Islas Vírgenes.

—Debemos buscar refugio allí, y reparar el barco, —dijo Levaseur—. No creo en este calor sofocante. Nos puede alcanzar una tormenta antes de llegar a tierra.

—Una tormenta u otra cosa, —dijo Cahusac sombríamente—. ¿Habéis notado eso? —Indicó hacia estribor.

Levaseur miró y aguantó la respiración. Dos barcos que a distancia parecían considerablemente cargados se dirigían a ellos a unas cinco millas de distancia.

—¿Si nos siguen, qué pasará? —inquirió Cahusac.

—Pelegaremos estemos preparados o no, —juró Levaseur.

—Consejos de desesperación.

Cahusac estaba desdeñoso. Para dejarlo establecido, escupió sobre la cubierta.

—Esto sucede por salir al mar con un loco enfermo de amor. Vamos, mantened la calma, capitán, porque tendremos muchos problemas como resultado de este asunto alemán.

Por el resto de ese día los pensamientos de Levaseur estuvieron muy lejos del amor. Se mantuvo en cubierta, sus ojos yendo desde tierra hacia los dos barcos que se acercaban. Escapar a mar abierto no le serviría de nada, en su débil condición sería un riesgo adicional. Debía mantenerse en la bahía y luchar. Y entonces, hacia el atardecer, a tres millas de la costa y cuando estaba por dar orden de prepararse para la batalla, casi se desmayó de alivio al oír la voz de su vigía anunciando que el mayor de los dos barcos era el *Arabella*. Su compañero presumiblemente era un botín.

Pero el pesimista Cahusac no se sintió aliviado.

—Es sólo el mal menor, —gruñó—. ¿Qué dirá Blood sobre ese buque alemán?

—Que diga lo que quiera. Levasseur rio, inmensamente aliviado.

—¿Y qué hay de los hijos del Gobernador de Tortuga?

—No debe saberlo.

—Lo sabrá al final.

—Sí, pero por entonces, el tema estará resuelto. Habré hecho las paces con el Gobernador. Te digo que conozo el camino para obligar a Ogeron a llegar a mis términos.

Pronto los cuatro navíos se dirigieron a la costa norte de La Virgen Magra, una pequeña y angosta isla árida y sin árboles, de unas doce millas de largo por tres de ancho, inhabitada salvo por pájaros y tortugas e improductiva salvo por sal, de la que había considerables minas al sur.

Levasseur bajó un bote y acompañado por Cahusac y dos oficiales más, fue a visitar al Capitán Blood a bordo del *Arabella*.

—Nuestra breve separación ha sido muy provechosa, —fue la bienvenida del Capitán Blood—. Los dos tuvimos una mañana ocupada. Estaba de muy buen humor mientras mostraba el camino a la gran cabina para una rendición de cuentas.

El alto barco que acompañaba al *Arabella* era un navío español de veintiséis cañones, el *Santiago* de Puerto Rico con ciento veinte toneladas de cacao, cuarenta mil monedas de oro, y el valor de diez mil más en joyas. Una rica presa de la que dos quintos, bajo los artículos convenidos, iban a Levasseur y su tripulación. El dinero y las joyas se repartieron en el momento. Se acordó que el cacao se llevara a Tortuga para ser vendido.

Luego fue el turno de Levasseur, y el ceño de Blood se fue oscureciendo a medida que la historia del francés se iba desarrollando. Al final expresó claramente su desaprobación. Los holandeses eran un pueblo amigo y era locura ponerlos en su contra, particularmente por un pobre botín de cuero y tabaco, que difícilmente podría valer veinte mil monedas.

Pero Levasseur le contestó, como le había contestado a Cahusac, que un barco era un barco, y barcos era lo que necesitaban para su proyecto futuro. Tal vez porque las cosas le habían salido bien ese día, Blood terminó por dejar el tema de lado. Entonces Levasseur propuso que el *Arabella* y su capturado compañero volvieran a Tortuga para descargar el cacao y enrolar los aventureros que formarían la nueva tripulación. Mientras tanto, Levasseur haría ciertas reparaciones necesarias, y luego marchando al sur esperaría a su almirante en Saltatodos, una isla convenientemente situada —en la latitud de 11 grados 11 segundos norte— para su empresa contra Maracaibo.

Para el alivio de Levasseur, el Capitán Blood no solamente estuvo de acuerdo, sino que se pronunció listo para marchar enseguida.

Ni bien el *Arabella* partió, Levasseur llevó sus barcos al puerto, y puso a su tripulación a trabajar en la construcción de cuarteles temporarios en tierra para él, sus hombres, y sus forzados invitados, durante la reparación de *La Foudre*.

Al atardecer el viento refrescó; se transformó en ventisca y de ello en un huracán de tal fuerza que Levasseur estuvo agradecido de encontrarse en tierra con sus barcos a resguardo. Se preguntó un poco cómo estaría el Capitán Blood enfrentando esta terrible tormenta; pero no permitió que este pensamiento lo turbara demasiado.

Capítulo XV

El rescate

En la gloria de la mañana siguiente, brillante y clara luego de la tormenta, con un vigorizante, leve aroma en el aire de las canteras de sal al sur de la isla, una escena curiosa se desarrollaba en la playa de la Virgen Magra, al pie de un risco de blancas dunas, al lado de la vela desplegada con la que Levasseur había improvisado una tienda.

Como en un trono, senado en un tonel vacío estaba en filibustero francés atareado con un negocio importante: el negocio de ponerse a salvo del Gobernador de Tortuga.

Una guardia de honor de media docena de oficiales estaban a su alrededor; cinco de ellos eran rudos bucaneros, con grasientas casacas y jubones de cuero; el sexto era Cahusac. Ante él, custodiado por dos negros medio desnudos, estaba en pie el joven d'Ogeron, con calzones cortos de satén y camisa con volados, y finos zapatos de gamuza. Le habían sacado la casaca, y sus manos estaban atadas a su espalda. El agradable rostro del joven estaba desencajado. Muy cerca, y también custodiada, pero sin ataduras, *mademoiselle*, su hermana, estaba sentada en una loma de arena. Estaba muy pálida, y en vano intentaba disimular con una máscara de arrogancia el miedo que la asaltaba.

Levasseur se dirigió a M. d'Ogeron. Habló largo y tendido. Al final dijo:

—Confío, *monsieur*, —dijo con suavidad burlona—, que he sido claro. Para que no haya mal entendidos, recapitularé. Vuestro rescate está fijado en veinte mil monedas de oro, y tendréis libertad bajo palabra para ir a Tortuga a recogerlo. De hecho, os proveeré los medios para que lleguéis allí, y tendréis un mes para ir y venir. Mientras tanto, vuestra hermana permanece conmigo como rehén. Vuestro padre no considerará excesiva esa suma como precio de la libertad de su hijo y para la dote de su hija. En realidad, ¡estoy siendo demasiado modesto! M. d'Ogeron es conocido como un hombre acaudalado.

M. d'Ogeron, el joven, levantó su cabeza y miró audazmente de frente al Capitán.

—Me rehúso —total y absolutamente, ¿entendéis? Así que haced lo peor, y sed condenado por ser un sucio pirata sin decencia ni honor.

—¡Pero qué palabras! —rio Levasseur—. ¡Qué calor y estupidez! No habéis considerado la alternativa. Cuando lo hagáis, no persistiréis en vuestra negativa. No lo haréis en ningún caso. Tenemos cómo tratar a los maldispuestos. Y os aviso que no

me deis vuestra palabra bajo presión, para después engañarme. Encontraré como castigaros. Mientras tanto, recordad que el honor de vuestra hermana está en prenda conmigo. Si olvidáis volver con la dote, no consideraréis poco razonable que me olvide de casarme con ella.

Los sonrientes ojos de Levasseur, fijos en el rostro del joven hombre, vieron el horror que crecía en su mirada. M. d'Ogeron lanzó una mirada aterrorizada a *mademoiselle*, y observó la gris desesperación que casi había borrado la belleza de su rostro. Disgusto y furia se cruzaron en sus facciones.

Luego se repuso y respondió con resolución.

—¡No, perro! ¡Mil veces no!

—Sois tonto al persistir. Levasseur habló sin enojo, con una fría y burlona pena. Sus dedos habían estado ocupados atando nudos en un látigo. Lo levantó. — ¿Conocéis esto? Es un rosario de dolor que ha provocado la conversión de muchos herejes testarudos. Es capaz de sacar los ojos de la cabeza de un hombre para ayudarlo a entrar en razón. Como gustéis.

Lo lanzó a uno de los negros, quien al instante lo ató alrededor de las sienes del prisionero. Y entre la cuerda y el cráneo insertó una pequeña pieza de metal, redonda y fina. Hecho esto, miró a Levasseur, esperando la señal del Capitán.

Levasseur consideró a su víctima, y lo vio tenso, su cara desencajada color del plomo, gotas de transpiración brillando en su pálida frente justo bajo la cuerda.

Mademoiselle gritó, y se hubiera levantado: pero sus guardas la detuvieron, y se dejó caer nuevamente, gimiendo.

—Os pido que evitéis esto para vos y vuestra hermana, —dijo el Capitán—, siendo razonable. Después de todo, ¿qué representa la suma que he pedido? Para vuestro acaudalado padre es una bagatela. Repito, he sido muy modesto. Pero ya que dije veinte mil monedas, será veinte mil monedas.

—¿Y por qué, si os place, habéis dicho veinte mil monedas?

En pésimo francés, pero con una voz decidida y agradable, pareciendo un eco de la burla que revestía a Levasseur, la pregunta flotó sobre sus cabezas.

Sorprendido, Levasseur y sus oficiales miraron hacia arriba y alrededor. En la cima de las dunas a sus espaldas, como una clara silueta contra el profundo cobalto del cielo, vieron una figura alta y delgada escrupulosamente vestida de negro con encajes de plata, una pluma roja en el ala de su ancho sombrero era el único toque de color. Bajo ese sombrero se encontraba el bronceado rostro del Capitán Blood.

Levasseur lanzó un juramento de asombro. Pensaba que el Capitán Blood estaría por ahora más allá de horizonte, camino a Tortuga, suponiendo que hubiera sido tan afortunado como para sortear la tormenta de la noche anterior.

Lanzándose sobre la arena, en la que se hundía hasta la caña de sus finas botas de cuero español, el capitán Blood llegó deslizándose firme hasta la playa. Iba seguido

por Wolverstone y una docena más. Cuando se detuvo, se quitó el sombrero con una reverencia ante la dama. Luego se dirigió a Levasseur.

—Buenos días, mi capitán, —dijo, y procedió a explicar su presencia—. El huracán de anoche nos obligó a volver. No tuvimos otra opción que navegar en su contra, y nos trajo de vuelta a donde partimos. Además —¡que el diablo se lo lleve!— el *Santiago* quebró su palo mayor; así que estuve feliz de ponerlo en una cala al oeste de la isla, a un par de millas, y hemos caminado para estirar nuestras piernas y daros los buenos días. ¿Pero quiénes son éstos? —Y designó al hombre y la mujer.

Cahusac se encogió de hombros, y elevó sus largos brazos al cielo. —¡*Voilà!*—, dijo al firmamento.

Levasseur se mordió los labios, y cambió de color. Pero se controló para contestar con educación:

—Como veis, dos prisioneros.

—¡Ah! Arrastrados a la playa por el viento de anoche, ¿eh?

—No fue así. Levasseur se contuvo con dificultad frente a esa ironía. —Estaban en la fragata holandesa.

—No recuerdo que lo hayáis mencionado antes.

—No lo hice. Son mis prisioneros —un tema personal. Son franceses.

—¡Franceses! —Los claros ojos del Capitán Blood se clavaron en Levasseur, y luego en los prisioneros.

M. d'Ogeron se mantenía tenso y firme como antes, pero el gris horror había abandonado su cara. La esperanza le había llegado con esta interrupción, obviamente tan poco esperada por su atormentador como por él mismo. Su hermana, con una similar intuición, se inclinaba hacia delante con los labios abiertos y ojos fijos.

El Capitán Blood se acariciaba el labio con la mano, y frunció el ceño pensativamente mirando a Levasseur.

—Ayer me sorprendisteis haciendo la guerra sobre los amigos holandeses. Pero ahora parece que ni siquiera vuestros propios compatriotas están a salvo de vos.

—¿Acaso no he dicho que estos... que éste es un tema personal mío?

—¡Ah! ¿Y sus nombres?

El modo autoritario, levemente desdeñoso del Capitán Blood sacudió el rápido temperamento de Levasseur. La sangre volvió lentamente a su empalidecido rostro, y su mirada creció en insolencia, casi en amenaza. Mientras tanto, el prisionero contestó por él.

—Soy Henri d'Ogeron, y esta es mi hermana.

—¿D'Ogeron? —El Capitán Blood lo miró—. ¿Por casualidad tenéis alguna relación con mi buen amigo el Gobernador de Tortuga?

—Es mi padre.

Levasseur se puso de pie con una imprecación. En el Capitán Blood, el asombro

por el momento sustituía cualquier otra emoción.

—¡Los santos nos protejan! ¿Estáis loco, Levasseur? Primero molestáis a los holandeses, que son nuestros amigos; luego tomáis por prisioneros dos personas que son franceses, vuestros propios compatriotas; y ahora sucede que no son ni más ni menos que los hijos del Gobernador de Tortuga, que es el único lugar a salvo para refugio que tenemos es estas islas...

Levasseur lo interrumpió con ira:

—¿Debo deciros nuevamente que es un tema personal mío? Me hago responsable yo solo frente al Gobernador de Tortuga.

—¿Y las veinte mil monedas de oro? ¿También es un tema personal vuestro? —Lo es.

—En eso no estoy de acuerdo con vos en absoluto. El Capitán Blood se sentó en el barril que había estado ocupando Levasseur, y lo miró tranquilamente. —Debo informaros, para ahorrar tiempo, que escuché la propuesta entera que hicisteis a esta dama y a este caballero, y también os recordaré que navegamos con un contrato que no admite ambigüedades. Habéis fijado el rescate en veinte mil monedas. Esa suma pertenece a vuestra tripulación y a la mía en la proporción establecida en ese contrato. Difícilmente os podéis negar. Pero lo que es mucho más grave es que me habéis ocultado esta parte del botín obtenido en vuestra última travesía, y por una ofensa como ésa nuestro contrato tiene ciertas penalidades bastante severas.

—¡Ho, ho! —rio desagradablemente Levasseur. Luego agregó—: Si os desagrada mi conducta podemos disolver la sociedad.

—Es mi intención. Pero la disolveremos cuando y de la manera que yo elija, y eso será tan pronto como hayáis cumplido los artículos bajo los que navegamos en esta travesía.

—¿Qué queréis decir?

—Seré tan breve como me sea posible —dijo el Capitán Blood—. Voy a dejar de lado el momento de falta de criterio de hacer la guerra contra los holandeses, de tomar prisioneros franceses, y de provocar la furia del Gobernador de Tortuga. Aceptaré la situación como la encuentro. Vos mismo habéis fijado el rescate de esta pareja en veinte mil monedas, y, como supongo, la dama es vuestra presa. ¿Pero por qué debe ser vuestra presa más que la de otro, considerando que pertenece por contrato a todos nosotros, como botín de guerra?

El ceño de Levasseur estaba negro como un trueno.

—Sin embargo, —añadió el Capitán Blood—, no os la voy a disputar si estáis preparado para comprarla.

—¿Comprarla? —Al precio que le habéis fijado.

Levasseur contuvo su rabia, para poder razonar con el irlandés.

—Ése es el rescate del hombre. Debe ser pago por él por el Gobernador de

Tortuga.

—No, no. Habéis tomado la pareja junta —muy extraño en realidad, confieso. Habéis fijado su valor en veinte mil monedas, y por esa suma podéis tenerlos, ya que lo deseáis; pero pagaréis por ellos las veinte mil monedas que de todos modos recuperaréis como rescate por uno y dote por la otra, y esa suma será repartida entre nuestras tripulaciones. Si lo hacéis, es posible que nuestros compañeros tengan una mirada más benévola sobre vuestro desconocimiento de los artículos que hemos firmado juntos.

Levasseur rio salvajemente.

—¡Ah, ça! ¡Crédieu! ¡Una buena broma!

—Concuerdo con vos —dijo el Capitán Blood.

Para Levasseur la broma residía en que el Capitán Blood, con no más de una docena de seguidores, pudiera llegar a darle órdenes a él que con un grito reunía un ciento de hombres. Pero parece que había dejado fuera de su razonamiento algo con lo que su oponente había contado. Porque cuando, aún riendo, Levasseur giró hacia sus oficiales, vio algo que le atragantó la risa. El Capitán Blood había jugado ingeniosamente con la codicia que era la primera inspiración de estos aventureros. Y Levasseur ahora leía claramente en sus rostros que adoptaban totalmente la sugestión del Capitán Blood de que todos deberían participar en el rescate que su dirigente había pensado apropiarse para sí.

Esto hizo detenerse al rufián, y mientras en su corazón maldijo a sus seguidores, que eran leales sólo a su codicia, percibió —y justo a tiempo— que mejor andaba con cuidado.

—No comprendéis, —dijo, tragándose su rabia—. El rescate será repartido, cuando llegue. La joven, mientras tanto, es mía en esos términos.

—¡Bien! —gruño Cahusac—. En esos términos se arregla todo.

—¿Pensáis eso? —dijo el Capitán Blood—. ¿Y si M. d'Ogeron se rehúsa a pagar el rescate? ¿Qué entonces? —Rio y se puso de pie perezosamente—. No, no. Si el Capitán Levasseur va a retener a la joven mientras tanto, que pague su rescate, y sea su riesgo si luego no lo recupera.

—¡Eso es!, —gritó uno de los oficiales de Levasseur. Y Cahusac añadió—: ¡Es razonable eso! El Capitán Blood está en lo cierto. Está en el contrato.

—¿Qué es lo que está en el contrato, imbéciles? —Levasseur estaba en peligro de peder su cabeza—. ¡*Sacré Dieu!* ¿Dónde suponéis que tengo veinte mil monedas? Toda mi parte del botín de esta travesía no suman ni la mitad. Seré vuestro deudor hasta que lo haya ahorrado. ¿Os satisface eso?

Considerando todo, no hay duda que los habría satisfecho, si la intenciones de Blood no hubieran sido otras.

—¿Y si fallecéis antes de ahorrarlo? La nuestra es una profesión de riesgos, mi

capitán. —¡Maldito seas!— Levasseur se lanzó contra él lívido de rabia. —¿Nada os satisface?

—Oh, sí. Veinte mil monedas de oro para reparto inmediato. —No las tengo.

—Entonces permitid que alguien que las tenga compre a los prisioneros. —¿Y quién suponéis que las tiene de no ser yo?— Yo las tengo —dijo el Capitán Blood.

—¡Vos las tenéis! —Levasseur quedó boquiabierto—. Vos... ¿vos queréis a la joven?

—¿Por qué no? Y os excedo en galantería porque haré sacrificios para obtenerla, y en honestidad porque estoy dispuesto a pagar por lo que quiero.

Levasseur lo miraba, tontamente con la boca abierta. Tras él presionaban sus oficiales, también boquiabiertos.

El Capitán Blood se sentó nuevamente en el barril, y sacó de un bolsillo interno de su jubón un pequeño saco de cuero. —Me alegra poder resolver una dificultad que en un momento pareció insoluble. Y bajo los asombrados ojos de Levasseur y sus oficiales, desató la boca del saco e hizo rodar en la palma de su mano izquierda cinco o seis perlas, cada una del tamaño del huevo de un gorrión. Había veinte de ellas en el saco, obtenidas en la incursión sobre la flota de las perlas—. Os preciáis de ser conocedor de perlas, Cahusac. ¿Qué valor le dais a ésta?

El bretón tomó entre sus toscos pulgar e índice la lustrosa, delicada e iridiscente esfera, sus agudos ojos apreciando su valor.

—Mil monedas de oro, —contestó enseguida.

—Sería más en Tortuga o Jamaica, —dijo el Capitán Blood—, y el doble en Europa. Pero aceptaré vuestra valuación. Son casi todas iguales, como veis. Aquí hay doce, representando doce mil monedas, que es la parte de *La Foudre* en los tres quintos del botín, como indica nuestro contrato. Por las ocho mil monedas que corresponden al *Arabella*, me hago responsable frente a mis hombres. Y ahora, Wolverstone, por favor ¿llevarías mi propiedad abordo del *Arabella*? —Se puso en pie nuevamente, indicando a los prisioneros.

—¡Ah, no! —Levasseur abrió totalmente las compuertas de su furia—. ¡Ah, eso no! No os la llevaréis... —Hubiera saltado sobre el Capitán Blood, quien lo esperaba alerta, con los labios apretados y vigilante.

Pero fue uno de los propios oficiales de Levasseur quien lo detuvo.

—¡*Nom de Dieu*, mi capitán! ¿Qué podéis hacer? Está acordado, honorablemente acordado con satisfacción para todos.

—¿Para todos? —flameó Levasseur—. ¡Ah, ah! ¡Para todos vosotros, animales! ¿Pero qué hay de mí?

Cahusac, con las perlas fuertemente asidas en su gran mano, se dirigió a él por el otro lado.

—No seáis tonto, capitán. ¿Queréis provocar problemas entre las tripulaciones?

Sus hombres nos sobrepasan casi dos a uno. ¿Qué es una mujer más o menos? En nombre del cielo, dejadla ir. Ha pagado bonitamente por ella, y se ha comportado lealmente con nosotros.

—¿Comportado lealmente? —rugió el furioso capitán—. Tú... —En todo su soez vocabulario no pudo encontrar un epíteto para describir a su lugarteniente. Le dio una bofetada que casi lo hace caer al suelo. Las perlas cayeron desparramadas en la arena.

Cahusac se tiró a buscarlas, sus compañeros tras él. La venganza debía esperar. Por unos momentos escarbaron allí, en sus manos y rodillas, olvidados de todo lo demás. Y sin embargo, en esos momentos sucedían cosas vitales.

Levasseur, con su mano en su espada, su rostro una máscara blanca de ira, confrontaba al Capitán Blood para evitar su partida.

—¡No os la llevaréis mientras yo viva! —gritó.

—Entonces me la llevaré cuando estéis muerto, —dijo el Capitán Blood, y su propia espada brilló al sol—. El contrato prevé que cualquier hombre de cualquier rango que oculte una parte del botín, aunque sea del valor de no más de un peso, será colgado del palo mayor. Es lo que pretendía para vos finalmente. Pero si lo preferís así, os haré el gusto.

Hizo apartarse a los hombres que querían intervenir, y las dos espadas se cruzaron.

M. d'Ogeron miraba, un hombre confundido, incapaz de adivinar qué podría suceder con él en cualquier caso. Mientras tanto, dos hombres de Blood que habían tomado el lugar de los guardias negros del francés, habían removido la corona del látigo de su frente. *Mademoiselle* se había puesto de pie y observaba con una mano en su anhelante pecho, su rostro mortalmente pálido, un terror salvaje en sus ojos.

Pronto se terminó. La fuerza bruta, con la que Levasseur contaba confiadamente, no pudo hacer nada contra la habilidad experimentada del irlandés. Cuando, con los dos pulmones atravesados, yacía boca abajo en la blanca arena, tosiendo los finales de su vida de bandido, el Capitán Blood miró calmado a Cahusac por encima del cuerpo.

—Creo que esto cancela el contrato entre nosotros, —dijo. Con ojos cíncos y sin sentimientos, Cahusac consideró el retorcido cuerpo de su anterior jefe. Si Levasseur hubiera sido un hombre de temperamento diferente, el caso hubiera terminado distinto. Pero, también, es seguro que el Capitán Blood hubiera adoptado diferentes tácticas al tratar con él. Siendo como era, Levasseur no provocaba ni cariño ni lealtad. Los hombres que lo seguían eran la escoria de esa vil profesión, y la codicia era su única inspiración. Sobre esa codicia, Blood había jugado magistralmente, hasta llevarlos a considerar a Levasseur culpable de la única ofensa que consideraban imperdonable, el crimen de apropiarse de algo que podía ser convertido en oro y repartido entre ellos.

Ahora, la muchedumbre de bucaneros que venían apresurados al teatro de esta breve tragicomedia fue contenida por una docena de palabras de Cahusac.

Mientras aún dudaban, Blood añadió algo para apurar su decisión.

—Si venís a donde estamos anclados, recibiréis al instante vuestra parte del botín del *Santiago*, y podréis disponer de ella como gustéis.

Cruzaron la isla, con los dos prisioneros acompañándolos, y más tarde en ese día, luego del reparto, se hubieran separado a no ser por Cahusac, elegido por los hombres como el sucesor de Levasseur, quien ofreció nuevamente al Capitán Blood los servicios del contingente francés.

—Si vais a navegar conmigo nuevamente, —le contestó el capitán—, lo haréis con la condición de que haréis las paces con los holandeses, y les devolveréis la fragata y su cargamento.

La condición fue aceptada, y el Capitán Blood fue a buscar a sus invitados, los hijos del Gobernador de Tortuga.

Mademoiselle d'Ogeron y su hermano —este último ya liberado de sus ataduras— estaban sentados en la gran cabina del *Arabella*, donde habían sido conducidos.

Benjamín, el camarero y cocinero negro del Capitán Blood, había colocado vino y comida sobre la mesa, indicando que era para su gusto. Pero había permanecido intocado. Los hermanos estaban en un asombro agonizante, pensando que habían escapado de la sartén para caer al fuego. Luego de un rato, superada por el suspenso, *mademoiselle* se lanzó sobre sus rodillas ante su hermano para implorar su perdón por todo el mal que les había causado su locura.

M. d'Ogeron no estaba de ánimo para perdonar.

—Estoy contento que por lo menos te des cuenta de lo que has hecho. Y ahora este otro filibustero te ha comprado, y le perteneces. También comprendes esto, espero.

Hubiera dicho más, pero se detuvo al percibir que la puerta se abría. El Capitán Blood, luego de arreglar la situación con los seguidores de Levasseur, estaba de pie en el umbral. M. d'Ogeron no había tomado la precaución de bajar su aguda voz, y el capitán había escuchado las dos últimas frases del francés. Así que perfectamente comprendió por qué *Mademoiselle* se puso de pie de un salto al verlo, y se acurrucó con miedo.

—*Mademoiselle*, —dijo en su mal pronunciado pero fluido francés—. Os ruego olvidéis vuestros temores. A bordo de este barco seréis tratada con todo honor. En cuanto estemos en situación de salir al mar nuevamente, nos dirigiremos a Tortuga para llevaros a vuestro hogar y a vuestro padre. Y por favor, no consideréis que os he comprado, como acaba de decir vuestro hermano. Todo lo que hice fue proveer el rescate necesario para lograr que una pandilla de ladrones dejara de obedecer al archibribón que los comandaba, y así sacaros de todo peligro. Contadlo, si queréis, un

préstamo amigable para ser devuelto totalmente a vuestra conveniencia.

Mademoiselle lo observaba sin creerle. M. d'Ogeron se puso de pie.

—*Monsieur*, ¿es posible que habléis en serio?

—Lo es. Tal vez no suceda mucho en estos días. Puedo ser un pirata. Pero mis métodos no son los métodos de Levasseur, quien debió quedarse en Europa, y dedicarse a ser ratero. Tengo un cierto honor —tal vez deba decir, algunos jirones de honor— que me quedan de mejores días. Luego con un tono más animado agregó: — Cenamos en una hora, y confío que honraréis mi mesa con vuestra presencia. Mientras tanto, Benjamín se ocupará, *monsieur*, que podáis elegir mejor guardarropa.

Los saludó con una inclinación de cabeza, y giró para partir nuevamente, pero *mademoiselle* lo detuvo.

—¡*Monsieur*! —gritó agudamente.

Blood se detuvo y se dio vuelta, mientras lentamente ella se le aproximó, mirándolo entre asombro y admiración.

—¡Oh, sois noble!

—No me pondría yo tan alto, —le contestó—. ¡Lo sois, lo sois! Y es justo que lo sepáis todo. —¡Madelón!—, gritó su hermano, para detenerla.

Pero ella no iba a detenerse. Su sobrecargado corazón necesitaba descargarse confesando.

—*Monsieur*, por lo que sucedió estoy en grave falta. Este hombre, este Levasseur... —Él la miró, su turno para ser incrédulo—. ¡Por Dios! ¿Es posible? ¡Ese animal! —Abruptamente, ella cayó de rodillas, tomó su mano y la besó antes de que él pudiera retirarla—. ¿Qué hacéis? —le gritó.

—Una reparación. En mi mente os deshonré al creerlos su igual, al concebir vuestra lucha con Levasseur un combate entre chacales. De rodillas, *monsieur*, os imploro me perdonéis.

El Capitán Blood la miró, y una sonrisa abrió sus labios, irradiando en los ojos azules que quedaban tan extrañamente claros en ese rostro bronceado.

—Pero niña, —le dijo—. Hubiera sido difícil pensar de otra manera.

Mientras la ayudaba a ponerse de pie, se convenció de que se había comportado bastante bien en todo el caso. Luego suspiró. Esa dudosa fama suya de pirata que se había desparramado tan rápidamente a través del Caribe debería por ahora haber llegado a los oídos de *Arabella* Bishop. De que ella debía despreciarlo no le cabía duda, considerándolo nada mejor que todos los demás bandidos que seguían esta villana profesión de bucanero. Así que esperaba que algún eco de esta hazaña le llegara también, para contrarrestar un poco su mal imagen. Porque la verdad era que había puesto en riesgo su vida para rescatar a *Mademoiselle* d'Ogeron solamente llevado por el pensamiento de que el hecho hubiera sido agradable a los ojos de la Srta. Bishop si lo hubiera podido presenciar.

Capítulo XVI

La trampa

El episodio de Mademoiselle d'Ogeron trajo como consecuencia natural una mejora en las ya cordiales relaciones entre el Capitán Blood y el Gobernador de Tortuga. En la fina casa de piedra, con sus ventanas de celosías verdes, que M. d'Ogeron se había mandado construir en medio de un espacioso y exuberante jardín al este de Cayona, el Capitán se convirtió en un invitado siempre muy bienvenido. M. d'Ogeron le debía al Capitán Blood mucho más que las veinte mil monedas de oro que había utilizado para el rescate de mademoiselle; y aunque podía ser agudo y duro cuando negociaba, el francés también podía ser generoso y conocía el sentimiento de gratitud. Esto ahora lo demostraba de todas las formas posibles, y bajo su poderosa protección, el crédito del Capitán Blood entre los bucaneros rápidamente llegó al cenit.

Así que cuando llegó el momento de organizar su flota para la empresa contra Maracaibo, que había sido originalmente el proyecto de Levasseur, no tuvo escasez ni de barcos ni de hombres que lo siguieran. Reclutó quinientos aventureros, y podría haber tenido varios miles si hubiera tenido lugar para ellos. También sin dificultad podría haber aumentado su flota al doble pero prefirió dejarla como estaba. Los tres navíos que la formaban era el *Arabella*, el *La Foudre*, que ahora comandaba Cahusac con un contingente de unos ciento veinte franceses, y el *Santiago*, que había sido reparado y rebautizado el *Elizabeth*, por esa reina de Inglaterra cuyos navegantes habían humillado a España como ahora deseaba hacerlo el Capitán Blood. En virtud de sus servicios en la marina, Haghthorpe fue designado para comandarlo, designación aceptada por los demás hombres.

Fue unos meses después del rescate de Mademoiselle d'Ogeron —en agosto de ese año de 1687— que esta pequeña flota, después de algunas aventuras menores que paso por alto en silencio, entró navegando al gran lago de Maracaibo y llevó a cabo su invasión a la opulenta ciudad del continente.

El asunto no marchó exactamente como era deseado, y las fuerzas de Blood llegaron a encontrarse en una situación precaria. Esto está mejor expresado en las palabras empleadas por Cahusac —que Pitt cuidadosamente registró— en el curso de un altercado que se produjo en los escalones de entrada de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, que el Capitán Blood impíamente había ocupado para su cuartel

general. Ya he dicho que era un papista sólo cuando le convenía.

La disputa fue conducida por Hagthorpe, Wolverstone y Pitt de un lado, y Cahusac, por cuya inquietud todo comensó, del otro. Tras ellos en el rectángulo polvoriento, a rayo de sol, apenas bordeado por palmeras cuyas hojas caían sin fuerzas en el intenso calor, surgió un par de cientos de enérgicos sujetos pertenecientes a ambas partes, que acallaron su propia excitación para escuchar lo que pasaba entre sus jefes.

Cahusac parecía estar llevando la voz cantante, y levantaba su áspera voz para que todos oyeran su agresiva denuncia. Hablaba, nos dice Pitt, un terrible inglés, pero el marino no intenta reproducirlo. Su vestimenta era tan discordante como su discurso. Era como un anuncio de su oficio, y ridículamente en contraste con las sobrias ropas de Hagthorpe y el exquisito refinamiento de Jeremy Pitt. Su sucia camisa de algodón azul, manchada de sangre, estaba abierta al frente, para refrescar su velludo pecho, y en la faja alrededor de la cintura de sus calzones de cuero había un arsenal de pistolas y un cuchillo, mientras un alfanje colgaba de una tira de cuero oscilando libremente alrededor de su cuerpo; por encima de sus facciones, anchas y planas como de un mogol, una bufanda roja estaba anudada alrededor de su cabeza, como un turbante.

—¿No os advertí desde el principio que todo era demasiado fácil? —preguntaba entre quejumbroso y furioso—. No soy tonto, mis amigos. Tengo ojos, yo. Y veo. Veo un fuerte abandonado en la entrada del lago, y nadie allí para disparar un cañón contra nosotros cuando entramos. Entonces sospeché una trampa. ¿Quién no, teniendo ojos y cerebro? ¡Bah! Pero seguimos. ¿Qué encontramos? Una ciudad abandonada como el fuerte, una ciudad de la que la gente se ha llevado todos los objetos de valor. Nuevamente le advierto al Capitán Blood. Es una trampa, le digo. Seguimos, siempre seguimos, sin oposición, hasta que vemos que es muy tarde para salir al mar nuevamente, que no podemos retroceder en absoluto. Pero nadie me escuchó. Todos sabéis mucho más. ¡En nombre de Dios! El Capitán Blood sigue, todos seguimos. Vamos a Gibraltar. Ciertamente que al final, luego de bastante tiempo, tomamos prisionero al Gobernador delegado; cierto, le hacemos pagar un buen rescate por Gibraltar; cierto que entre el rescate y el botín volvemos acá con unas doscientas mil monedas de oro. Pero, ¿qué es eso en realidad, me podéis decir? ¿Os lo digo yo? Es un trozo de queso —un trozo de queso en una trampa para ratones, y nosotros somos los pequeños ratones. ¡Maldición! Y los gatos— oh, ¡los gatos nos esperan! Los gatos son esos cuatro buques de guerra españoles que han llegado mientras tanto. Y nos esperan fuera del cuello de botella de esta laguna. ¡*Mort de Dieu!* Esto es lo que se obtiene por la maldita obstinación de vuestro excelente Capitán Blood.

Wolverstone rio. Cahusac explotó con furia.

—¡Ah, sangdieu! ¿Tu ris, animal? ¡Os reís! Decidme esto: ¿cómo salimos si no aceptamos los términos de *monsieur* el Almirante de España?

De los bucaneros al pie de la escalera llagó un enojado murmullo de aprobación. El único ojo del gigante Wolverstone se revolvió terriblemente, y apretó sus grandes puños como para golpear al francés, quien los exponía a un motín. Pero Cahusac no iba a ser amedrentado. El estado de ánimo de los hombres lo animó.

—Pensáis tal vez, que este vuestro Capitán Blood es el buen Dios. Que puede hacer milagros, ¿eh? Es ridículo, sabéis, este Capitán Blood, con sus grandes aires y sus...

Se detuvo. Saliendo de la iglesia en ese momento, con sus grandes aires y todo, apareció Peter Blood. Con él venía un lobo de mar francés, duro, de largas piernas, llamado Yberville, quien, aunque aún joven, tenía ya fama de corsario antes de que la pérdida de su propio barco lo llevara a servir bajo las órdenes de Blood. El Capitán avanzó hacia el grupo en disputa, inclinándose levemente sobre su largo bastón de ébano, su rostro en la sombra de un ancho sombrero con plumas. En su apariencia no había nada de bucanero. Tenía mucho más el aire de un cortesano del Mall o la Alameda, mejor la última, ya que su elegante traje de tafeta violeta con ojales bordados en oro, pertenecía a la moda española. Pero la larga y fuerte espada, empujada hacia atrás por la mano izquierda descansando levemente sobre el puño corregía la impresión. Esto y los ojos de acero anunciaban al aventurero.

—¿Me encontráis ridículo, eh, Cahusac?, —dijo, mientras se detenía ante el bretón, cuya rabia parecía haberlo abandonado—. ¿Cómo, entonces, debo encontraros yo? —Hablabla lentamente, casi como cansado—. Me diréis que nos hemos demorado, y que esa demora nos ha puesto en peligro. ¿Pero de quién es la culpa de la demora? Hemos estado durante un mes haciendo lo que debía hacerse, y que si no fuera por vuestras equivocaciones, hubiera demorado una semana.

—¡Ah ça! ¡Nom de Dieu! ¿Fue mi culpa que...?

—¿Acaso fue la culpa de alguien más que llevasteis vuestro barco, *La Foudre*, a encallar en un banco de arena en la mitad del lago? No había de dirigiros. Conocíais el camino. No tomasteis ni siguiera medidas de profundidad. El resultado fue la pérdida de tres preciosos días llevando y trayendo canoas para sacar a vuestros hombres y sus equipos. Esos tres días les dieron a los habitantes de Gibraltar no sólo tiempo para oír sobre nuestra llegada sino para irse. Después de ello, y por su causa, debimos seguir al Gobernador a su infernal fuerte de la isla, y se perdieron dos semanas y la mejor parte de cien vidas para reducirlo. Así es como nos hemos demorado hasta que esta flota española fue avisada en La Guayra por un guarda costa; y si no hubierais perdido a *La Foudre*, y así reducir a nuestra flota a dos barcos en lugar de tres, incluso ahora seríamos capaces de luchar nuestro camino a través con una razonable esperanza de tener éxito. Y así y todo pensáis que podéis venir a

arengar aquí comentando una situación que es justamente el resultado de vuestra propia ineptitud.

Habló con una contención que creo estarán de acuerdo era admirable si os digo que la flota española custodiando el cuello de botella de salida del gran lago de Maracaibo, y esperando allí la partida del Capitán Blood con calmada confianza basada en su enorme poder, estaba comandada por su implacable enemigo, don Miguel de Espinosa y Valdez, el almirante de España. Además de su deber a su patria, el almirante tenía, como sabéis, un incentivo personal adicional surgido de aquel suceso sobre el *Encarnación* un año atrás, y la muerte de su hermano Don Diego; y con él navegaba su sobrino Esteban, cuyo afán de venganza superaba al del almirante.

Pero, sabiendo esto, el Capitán Blood pudo mantener la calma al reprender la arenga cobarde de alguien para quien la situación no tenía ni la mitad del peligro que tenía para él. Dejó a Cahusac y se dirigió a la muchedumbre de bucaneros, quienes se habían acercado para escucharlo, porque no se había tomado el trabajo de levantar la voz.

—Espero que esto corrija algunos de los errores que parece que os están preocupando, —dijo.

—Nada bueno puede venir por hablar de lo que ya pasó, —gritó Cahusac, más airado ahora y agresivo. Wolverstone rio, con una risa que más parecía en relincho de un caballo—. La pregunta es: ¿qué hacemos ahora?

—Por supuesto, no hay preguntas en absoluto, —dijo el Capitán Blood.

—Ciertamente, la hay, —insistió Cahusac—. Don Miguel, el almirante español, nos ofreció pasar a salvo al mar si nos vamos ahora, sin daño a la ciudad, dejamos libres a los prisioneros, y devolvemos todo lo que tomamos en Gibraltar.

El Capitán Blood sonrió quedamente, sabiendo con precisión cuánto valía la palabra de Don Miguel. Fue Yberville quien respondió, con manifiesta burla a su compatriota:

—Lo que indica que, incluso en nuestra desventaja, el almirante español nos tiene miedo.

—Sólo puede ser porque no conoce nuestra verdadera debilidad, —fue la fiera respuesta—. Y, de todos modos, debemos aceptar sus término. No tenemos opción. Esta es mi opinión.

—Bueno, pero no es la mía, ahora, —dijo el Capitán Blood—. Así que los he rechazado.

—¡Rechazado! —El ancho rostro de Cahusac se tornó púrpura. Un murmullo de los hombres a su espalda lo animó—. ¿Habéis rechazado? Habéis ya rechazado —¿y sin consultarme?

—Vuestro desacuerdo no hubiera alterado nada. Había igual mayoría, porque

Hafthorpe piensa exactamente lo mismo que yo. Sin embargo, si vos y vuestros seguidores franceses queréis aceptar los términos del español, no os detendremos. Mandad uno de vuestros prisioneros para anunciárselo al almirante. Don Miguel dará la bienvenida a vuestra decisión, podéis estar seguro.

Cahusac lo miró fulminante por un momento en silencio. Luego, habiéndose controlado, preguntó con una voz concentrada:

—¿Precisamente qué respuesta le habéis dado al almirante?

Una sonrisa iluminó la cara y ojos del Capitán Blood.

—Le he contestado que si no tenemos en veinticuatro horas su palabra de salir al mar, cesando de disputarnos el pasaje o demorando nuestra partida, y un rescate de cincuenta mil monedas de oro por Maracaibo, reduciremos esta hermosa ciudad a cenizas, y luego iremos a destruir su flota.

Semejante atrevimiento dejó a Cahusac sin habla. Pero entre los bucaneros ingleses en la plaza hubo muchos que saborearon el audaz humor del cazado dictando términos al cazador. La risa surgió de ellos. Se desparramó en un rugido de aclamación; porque el alarde es un arma muy querida para todo aventurero. Incluso, cuando lo entendieron, incluso los seguidores franceses de Cahusac fueron arrastrados por la ola de entusiasmo, hasta que en su agresiva obstinación Cahusac quedó como el único disidente. Se retiró mortificado. Pero el día siguiente le trajo su venganza. Ésta vino en la forma de un mensajero de Don Miguel con una carta en la que el almirante español solemnemente juraba a Dios que, dado que los piratas rechazaban su magnánima oferta de permitirles rendirse con los honores de la guerra, ahora los esperaba en la salida del lago para destruirlos en cuanto aparecieran. Agregaba que si demoraban su partida, tan pronto como recibiera los refuerzos de un quinto barco, el *Santo Niño*, que estaban en camino desde La Guayra para juntarse con él, entrarían al lago de Maracaibo para buscarlos.

Esta vez el Capitán Blood perdió su dominio.

—No me molestéis más, —le espetó a Cahusac, quien vino regañando nuevamente—. Mandad decir a Don Miguel que os has separado de mí. Os dará un salvoconducto, no hay la menor maldita duda. Luego tomad una de las canoas, ordenáis a vuestros hombres en ella y os vais al mar. Y que el diablo os acompañe.

Cahusac ciertamente hubiera adoptado ese curso si sus hombres lo hubieran acompañado unánimemente. Pero estaban divididos entre su codicia y su temor. Si se iban, debían abandonar su parte del botín, que era considerable, así como los esclavos y los prisioneros que tenían. Si lo hacían, y el Capitán Blood lograba salir ileso —y por sus conocimientos de sus recursos eso, aunque improbable, no era imposible— él se quedaría con lo que ellos ahora abandonaban. Ésta era una contingencia demasiado amarga. Y así, al final, a pesar de todo lo que Cahusac pudo decir, la rendición no fue a Don Miguel, sino a Peter Blood. Habían entrado a esta aventura con él, dijeron, y

saldrían de ella con él o no saldrían. Éste fue el mensaje que recibió esa misma tarde por boca del propio Cahusac.

Blood la agradeció, e invitó al bretón a sentarse y unirse al consejo que deliberaba sobre los medios a ser empleados. El consejo ocupaba el espacioso patio de la casa del Gobernador —que el Capitán Blood se había apropiado para sus propios usos— un rectángulo de piedra rodeado por un muro, con una fuente de agua clara en el medio, bajo un parral. A ambos lados crecían naranjos el quieto aire del atardecer estaba impregnado de sus aromas. Era uno de esos agradables exteriores-interiores que los arquitectos moriscos habían introducido en España, y los españoles habían llevado con ellos al Nuevo Mundo.

Aquí este consejo de guerra, compuesto por seis hombres, deliberó hasta tarde en la noche sobre el plan de acción que el Capitán Blood propuso.

El gran lago de Maracaibo, alimentado por una veintena de ríos de deshielo de las montañas de cimas cubiertas de nieve que lo rodean de ambos lados, tiene unas ciento veinte millas de largo y casi la misma distancia de ancho. Tiene —como se ha indicado— la forma de una gran botella con su cuello hacia el mar en Maracaibo.

Más allá de este cuello, se ensancha nuevamente, y luego los dos largas y angostas lenguas de tierra conocidas como las islas de Vigilias y Palomas bloquean el canal, colocándose a través de él. El único pasaje al mar para navíos de cualquier calado es el angosto estrecho entre las dos islas. Es imposible para cualquier barco, salvo una canoa muy chata, aproximarse a Palomas, que tiene unas diez millas de largo, a menos de media milla por cualquier lado salvo en su extremo este donde, dominando completamente el estrecho pasaje al mar, se levanta el macizo fuerte que los bucaneros encontraron desierto cuando llegaron. En la parte más ancha de este pasaje estaban anclados los cuatro barcos españoles. El barco del almirante, el *Encarnación*, que ya conocemos, era un poderoso galeón de cuarenta y ocho grandes cañones y ocho pequeños. Seguía en importancia el *Salvador*, con treinta y seis cañones; los otros dos, el *Infanta* y el *San Felipe*, aunque menores, eran igualmente formidables con sus cuarenta cañones y ciento cincuenta hombres de tripulación.

Ésta era la flota que debía ser derrotada por el Capitán Blood con su *Arabella* de cuarenta cañones, el *Elizabeth* de treinta y seis, y dos corbetas capturadas en Gibraltar, que habían equipado con cuatro culebrinas a cada una. En hombres tenían escasos cuatrocientos sobrevivientes de los más de quinientos que habían dejado Tortuga, para oponerse a los más de mil de los galeones españoles.

El plan de acción propuesto por el Capitán Blood a ese consejo era un plan desesperado, como fue la poco comprometida opinión de Cahusac.

—Por supuesto que lo es, —dijo el Capitán—. Pero he hecho cosas más desesperadas. Complacido tomó una pipa cargada con el fragante tabaco Sacerdotes por el que Gibraltar era famoso, y del que habían traído algunos sacos. —Y lo que es

más, he tenido éxito. *Audaces fortuna juvat*. Conocían el mundo, estos romanos.

Les contagió a sus compañeros e incluso a Cahusac algo de su propio espíritu de confianza, y con confianza fueron afanosamente a trabajar. Durante tres días desde el amanecer al atardecer, los bucaneros trabajaron y sudaron para completar las preparaciones para la acción que les iba a procurar su salvación. El tiempo apremiaba. Debían atacar a Don Miguel de Espinosa antes de que recibiera el refuerzo de su quinto galeón, el *Santo Niño*, que venía a unirse desde La Guayra.

Las operaciones principales eran en el mayor de las corbetas capturadas en Gibraltar, a la que se le asignaba la parte principal de la estratagema del Capitán Blood. Comenzaron por sacar todo el exterior, hasta reducirla a su esqueleto, y en sus lados abrieron tantos puertos que su armazón fue convertido en casi un enrejado. Luego agregaron media docena de escotillas en su cubierta, mientras en su casco introdujeron todo el alquitrán y brea y azufre que pudieron encontrar en la ciudad, a lo que añadieron seis barriles de pólvora a babor. Al atardecer del cuarto día, estando todo terminado y pronto, todos se embarcaron, y la vacía y agradable ciudad de Maracaibo fue finalmente abandonada. Pero no levaron anclas hasta unas dos horas después de medianoche. Allí, finalmente, con la primer marea, se dirigieron silenciosamente a la salida con todas las velas arriadas salvo las necesarias para darles dirección en la suave brisa que agitaba la oscuridad púrpura de la noche tropical.

Su orden de marcha era el siguiente: delante iba el improvisado polvorín a cargo de Wolverstone, con una tripulación de seis voluntarios, cada uno de los cuales iba a tener cien monedas de oro por encima de su parte como remuneración especial. Luego venía el *Arabella*. Iba seguido a una corta distancia por el *Elizabeth*, comandado por Haghthorpe, con quien iba Cahusac, ahora sin su barco, y sus seguidores franceses. Al final iba la segunda corbeta y unas ocho canoas, sobre las que iban los prisioneros, los esclavos, y la mayor parte de la mercadería capturada. Los prisioneros estaban todos atados, y custodiados por cuatro bucaneros con mosquetones quienes tripulaban esos botes junto con dos hombres más que los conducían. Su lugar era al final y no debían tomar parte en la lucha pasara lo que pasara.

Cuando los primeros fulgores del amanecer disolvieron la oscuridad, los afanosos ojos de los bucaneros pudieron divisar los altos mástiles de los navíos españoles, anclados a menos de un cuarto de milla hacia delante. Totalmente sin sospechas, los españoles se basaban tranquilamente en su propia fuerza, y no tenían mayor vigilancia que la habitual. Ciertamente no divisaron a la flota de Blood en la leve claridad hasta un rato después de que la flota de Blood los hubiera divisado a ellos. Para cuando se habían puesto rápidamente en actividad, la corbeta de Wolverstone estaba casi sobre ellos, rápidamente con todas las velas desplegadas en cuanto habían

visto a su presa.

Wolverstone dirigió la corbeta directo al gran barco del almirante, el *Encarnación*; luego, atando el timón, encendió con una mecha que ya estaba prendida a su lado, una gran antorcha de tupida paja embebida en bitumen. Primero brilló, luego mientras la revoleó sobre su cabeza, explotó en una llama justo cuando el delgado navío se estrelló y rebotó contra el lado del buque insignia, mientras los aparejos se enredaban con los aparejos, las sogas quedaban tirantes y estallaban chispas sobre sus cabezas. Sus seis hombres estaban en sus puestos a babor, completamente desnudos, cada uno armado con un arpeo, cuado de ellos en la borda, dos de ellos en la arboladura superior. En el momento de impacto, esos arpeos fueron lanzados para atar el barco español a ellos, los de la arboladura superior debían completar el nudo de los aparejos.

A bordo del galeón rudamente despertado todo era prisa confundida, trompetas, gritos y corridas. Al principio tuvieron un intento apurado de levar el ancha, pero lo abandonaron por ser muy tarde; y creyéndose a punto de ser abordados, los españoles se pusieron en guardia para repeler el ataque. La demora de éste los intrigó, siendo una táctica muy diferente a la usual en los bucaneros. Más intrigados quedaron al ver al gigante Wolverstone corriendo desnudo sobre la cubierta con una gran antorcha encendida sostenida en alto. No fue hasta que había completado su trabajo que comenzaron a sospechar la verdad —que estaba encendiendo mechas— y entonces uno de los oficiales que había perdido la prudencia por el pánico, ordenó una partida de abordaje a la corbeta.

La orden llegó muy tarde. Wolverstone ya había visto a sus seis compañeros tirarse al agua después de fijar los arpeos, y había corrido hacia la cubierta de estribor. Allí lanzó su flameante antorcha al hueco más cercano y se lanzó al mar para ser recogido por el bote salvavidas del *Arabella*. Pero antes de hacerlo, la corbeta se había convertido en fuego, y sus explosiones y largas lenguas de fuego encendían al *Encarnación*, consumiendo al galeón y haciendo retroceder a los españoles que, tarde, intentaban desesperadamente separarlo de la corbeta.

Y mientras el navío más formidable de la flota española era así puesta fuera de combate, Blood había comenzado fuego abierto sobre el *Salvador*. Primero, de babor a estribor de su proa había barrido sus cubiertas con terrible efecto, luego girando, había hecho una segunda descarga en su esqueleto a corta distancia. Dejándolo así, medio inválido temporalmente por lo menos, y manteniendo su curso, había desorientado a la tripulación del *Infanta* mediante un par de tiros de los cañones menores, y luego se colocó a su lado para engancharlo y abordarlo, mientras Hagthorpe hacía algo parecido con el *San Felipe*.

En todo este tiempo, los españoles no habían disparado un solo tiro, tan completamente por sorpresa habían sido tomados, y tan certero y paralizante había

sido el ataque de Blood.

Abordados ahora y enfrentados al frío acero de los bucaneros, ni el *San Felipe* ni el *Infanta* ofrecieron mucha resistencia. La vista de su almirante en llamas, y el *Salvador* a la deriva, inválido por la acción, los había abrumado tan completamente que se consideraron derrotados y depusieron las armas.

Si el *Salvador* se hubiera mantenido resueltamente animando a los otros dos navíos ilesos, los españoles bien hubieran podido dar vuelta el resultado de la lucha. Pero sucedió que el *Salvador* estaba impedido por las costumbres españolas, por ser el navío del tesoro de la flota, con plata a bordo por valor de unas cincuenta mil monedas. Con la intención sobre todas las cosas de salvar esto de caer en manos de los piratas, Don Miguel, quien con un remanente de su tripulación se había trasladado a bordo de él, lo dirigió a Palomas y al fuerte que guardaba el pasaje. En estos días de espera, el almirante había tomado la precaución de rearmar este fuerte. Para ello había traído las guarniciones del fuerte del Cojero, que incluían algunos cañones reales de potencia mayor que lo normal.

Sin sospechar esto, el Capitán Blood se dio a su caza, acompañado por el Infante, ahora tripulado bajo las órdenes de Yberville. Los cañones del *Salvador* devolvían resueltamente el fuego de sus perseguidores; pero era tan el daño que tenía que, al llegar al tiro de cañón del fuerte, comenzó a hundirse y finalmente encalló en las dunas con parte de su esqueleto sobre el agua. Entonces, algunos en botes y algunos nadando, el almirante llevó a su tripulación como mejor pudo a la costa de Palomas.

Y allí, justo cuando el Capitán Blood consideró la batalla ganada, y su camino fuera de la trampa al mar abierto estaba despejado, el fuerte repentinamente reveló su formidable y no esperada fuerza. Con un rugido los cañones reales se presentaron, y el *Arabella* se tambaleó bajo un tiro que destrozó sus mástiles y sembró muerte y confusión entre los marinos allí reunidos.

Si Pitt, su comandante, no hubiera tomado él mismo el timón y sacado de allí con un giro a estribor, hubiera sufrido aún peor con el segundo tiro que siguió rápidamente al primero.

Mientras tanto, le había ido peor al frágil *Infanta*. Aunque le llegó un sólo tiro, éste había aplastado su maderamen de babor en la línea de agua, abriendo un boquete que la hubiera hundido, si no hubiera sido por la maniobra del experimentado Yberville ordenando lanzar al mar los cañones de babor. Así aliviado, e inclinándose a estribor, se rearmó y fue tambaleándose tras el *Arabella* que se retiraba, seguido por el fuego del fuerte, que le hizo, sin embargo, poco daño más.

Fuera de alcance, finalmente, se unieron al *Elizabeth* y al *San Felipe*, para considerar su posición.

Capítulo XVII

Los embaucados

Fue un abatido Capitán Blood el que presidió el consejo rápidamente citado en la cubierta de popa del *Arabella* bajo el brillante sol de la mañana. Fue, como declaró después, uno de los momentos más amargos de su carrera. Fue obligado a aceptar que habiendo conducido la lucha con una pericia por la que justificadamente podía estar orgulloso, habiendo destruido una fuerza tan superior en barcos, cañones y gente, la que Don Miguel de Espinosa había considerado imbatible, su victoria era inútil por mérito de tres tiros afortunados de una batería insospechada que los había sorprendido. E inútil seguiría siendo su victoria hasta que pudieran reducir al fuerte que defendía el pasaje.

Inicialmente el Capitán Blood era de la idea de poner los barcos en orden y hacer un intento de ataque allí y entonces. Pero los demás lo disuadieron de una impetuosidad ajena normalmente a él, y nacida enteramente por disgusto y mortificación, emociones que hacen irracional al más razonable de los hombres. Más calmado, entonces, analizó la situación. El *Arabella* no estaba en situación de salir al mar; el *Infanta* se mantenía a flote por un artificio, y el *San Felipe* estaba casi tan dañado como los demás por el fuego que le habían disparado los bucaneros antes de rendirse.

Claramente, entonces, estaba obligado a admitir al final que no había otra salida que volver a Maracaibo para reparar los barcos antes de intentar forzar el pasaje.

Y entonces, de vuelta a Maracaibo llegaron los derrotados victoriosos de esa corta y terrible batalla. Y si algo faltaba para exasperar a su jefe, tenía el pesimismo del que Cahusac no escatimaba expresiones. Transportado inicialmente a las alturas por la satisfacción de la rápida y fácil victoria de su fuerza inferior esa mañana, el francés ahora se hundía más a fondo en el abismo de la desesperación. Y su estado de ánimo contagió a la mayor parte de sus compañeros.

—Es el final, —le dijo al Capitán Blood—. Esta vez estamos en jaque mate.

—Me tomo la libertad de recordaros que dijisteis lo mismo antes, —le contestó el Capitán Blood con tanta paciencia como pudo—. Pero habéis visto lo que habéis visto, y no negaréis que en barcos y cañones volvemos más fuertes de lo que fuimos. Mirad nuestra flota actual, hombre.

—La estoy mirando, —dijo Cahusac.

—¡Pish! Sois un débil cachorro, al final de todo.

—¿Me llamáis cobarde?

—Me tomo esa libertad.

El bretón lo miró, respirando fuerte. Pero no tenía intención de pedir satisfacción por el insulto. Sabía muy bien cuál sería la satisfacción que le daría el Capitán Blood. Recordaba el destino de Levasseur. Así que se limitó a las palabras.

—¡Eso es demasiado! ¡Vais muy lejos! —se quejó amargamente.

—Mirad, Cahusac: estoy enfermo y cansado de vuestras perpetuas quejas y llantos cuando las cosas no son tan suaves como en una cena de un convento. Si queríais cosas suaves y fáciles, no debíais haber tomado para el mar, y nunca debíais haber navegado conmigo, porque conmigo las cosas nunca son fáciles y suaves. Y esto, creo, es todo lo que os tengo que decir por esta mañana.

Cahusac se volvió maldiciendo, y fue a ver qué opinaban sus hombres.

El Capitán Blood fue a proporcionar sus conocimientos de cirujano a los heridos, entre los que se quedó ocupado hasta tarde en el día. Luego, finalmente, fue a la orilla, su plan trazado, y retornó a la casa del Gobernador, para redactar una carta agresiva pero muy erudita en el más puro castizo para Don Miguel.

—He mostrado a su excelencia esta mañana de lo que soy capaz, —escribió—. Aunque en número erais más de dos a uno, con más barcos y más cañones, he hundido o capturado los navíos de la gran flota con la que ibais a venir a Maracaibo a destruirnos. Por lo dicho, no estáis en condiciones de llevar a cabo vuestro alarde, incluso cuando el refuerzo del *Santo Niño* os llegue de La Guayra. De lo que ha ocurrido, podéis juzgar lo que puede ocurrir. No molestaría a su excelencia con esta carta sino porque soy muy humano, y detesto el derramamiento de sangre. Así que, antes de atacar vuestro fuerte, a que debéis considerar invencible, como atacué vuestra flota, a la que considerabais invencible, os propongo, solamente por consideraciones humanitarias, el último ofrecimiento de rendición. Evacuaré esta ciudad de Maracaibo sin destruirla, dejando atrás los cuarenta prisioneros que tomé, en consideración que me paguéis la suma de cincuenta mil monedas de oro y cien cabezas de ganado como rescate, y me garantizéis el pasaje hacia el mar sin ser molestado. Retendré a mis prisioneros, la mayoría de los cuales son personas de consideración, hasta mi partida, mandándolos de vuelta en las canoas que llevaremos para ese propósito. Si su excelencia es tan mal aconsejado como para no aceptar estos términos, y así imponerme la necesidad de reducir vuestro fuerte al costo de algunas vidas, os advierto que no esperéis cuartel de nuestra parte, y comenzaré por dejar un montón de cenizas donde se encuentra ahora esta agradable ciudad de Maracaibo.

Escrita la carta, ordenó que le trajeran de entre los prisioneros al Gobernador delegado de Maracaibo, que había sido apresado en Gibraltar. Mostrándole su contenido, lo despachó con la carta para Don Miguel.

La elección del mensajero era acertada. El Gobernador delegado era de todos los hombres, el más ansioso por recuperar su ciudad, el que por su propia cuenta pediría más fervientemente por su preservación a toda costa del destino con el que el Capitán Blood amenazaba. Y así sucedió. El Gobernador delegado sumó su propio ruego apasionado a las propuestas de la carta. Pero Don Miguel tenía un corazón más duro. Ciertamente, su flota había sido en parte destruida y en parte capturada. Pero, argumentaba, había sido tomado totalmente por sorpresa. No volvería a suceder. No habría sorpresa en el fuerte. Dejaría que el Capitán Blood hiciera lo peor que quisiera en Maracaibo, habría una amarga recepción para él cuando eventualmente decidiera —y tarde o temprano debía decidir— pasar por allí. El gobernador delegado entró en pánico. Perdió su temperamento y él dijo ciertas cosas muy duras al almirante. Pero no fueron tan duras como las que el almirante le dijo como respuesta.

—Si hubierais sido tan fiel a vuestro Rey en evitar la entrada de esos malditos piratas como lo seré yo en evitar su salida, no nos encontraríamos en esta situación. Así que no me canséis con vuestros cobardes consejos. No negocio con el Capitán Blood. Conozco mis deberes con mi rey, e intento cumplirlos. También conozco mis obligaciones conmigo mismo. Tengo una deuda privada con este bandido, y pretendo liquidarla. Llevad vuestro mensaje de vuelta.

Así que de vuelta a Maracaibo, de vuelta a su bonita casa en la que el Capitán Blood había instalado sus cuarteles, vino el gobernador con la respuesta del almirante. Y porque había sido avergonzado por una demostración de espíritu del coraje sólido del almirante, la entregó tan agresivamente como lo hubiera hecho el propio almirante. —¿Es así, entonces?— dijo el Capitán Blood con una tranquila sonrisa, aunque su corazón se hundió por el fracaso de este alarde. —Bueno, es una lástima que el almirante sea tan cabeza dura. Así perdió su flota, pero era suya. Esta agradable ciudad de Maracaibo no lo es. Así que no dudo que la pierda con menos lástima. Lo lamento. El desperdicio, así como el derramamiento de sangre, son cosas que rechazo. ¡Pero así es! Haré las fogatas en la mañana, y tal vez cuando vea el fuego mañana de noche comenzará a creer que Peter Blood es un hombre de palabra. Podéis retiraros, Don Francisco.

El gobernador se fue arrastrando los pies, seguido por guardias, su momentánea agresividad totalmente agotada.

Pero no bien se fue, saltó Cahusac, quien había sido parte del consejo citado para recibir la respuesta del almirante. Su cara estaba blanca y sus manos temblaban mientras expresaba su protesta.

—Muerte de mi vida, ¿qué tenéis que decir ahora? —gritó, su voz quebrada. Y sin esperar a escuchar la respuesta, siguió—: Sabía que no podríais asustar al almirante tan fácilmente. Nos tiene atrapados, y lo sabe, y aún así soñáis que se va a rendir frente a vuestro desvergonzado mensaje. Vuestra tonta carta ha sellado nuestra

condena.

—¿Habéis terminado? —pregunto Blood suavemente, cuando el francés paró para respirar—. No, no lo he hecho.

—Entonces ahorradme el resto. Será de la misma calidad, sin duda, y no nos ayuda a resolver el acertijo que tenemos frente a nosotros.

—¿Pero qué vamos a hacer? ¿Acaso me lo diréis? —No era una pregunta, era un demanda.

—¿Qué diablos sé yo? Esperaba que tuvierais algunas ideas vos mismo. Pero dado que estáis tan desesperado por salvar vuestro pellejo, vos y los que piensan de esa manera son invitados a dejarnos. No dudo que el almirante español le dará la bienvenida al abatimiento de nuestro número incluso en este momento. Tendréis la corbeta como regalo de partida de nuestra parte, y podéis juntaros con Don Miguel en el fuerte, por lo que me importa, o por el bien que podéis ser para nosotros en este momento.

—Son mis hombres los que deben decidir, —retrucó Cahusac, tragando su furia, y se fue para hablar con ellos, dejando a los demás para deliberar en paz.

Temprano en la mañana siguiente buscó nuevamente al Capitán Blood. Lo encontró solo en el patio, caminando hacia arriba y hacia abajo, su cabeza hundida en su pecho. Cahusac confundió meditación con desaliento. Cada uno lleva consigo un patrón con el que mide a su vecino.

—Os tomamos la palabra, Capitán, —anunció entre amargura y desafío. El Capitán Blood se detuvo, los hombros levantados, las manos en su espalda, y miró apaciblemente al bucanero en silencio. Cahusac se explicó—. Anoche mandé a uno de mis hombres con una carta para el almirante español. Le hice una oferta de capitular si nos deja pasar con los honores de guerra. Esta mañana recibí la respuesta. Nos acepta lo pedido si no nos llevamos nada con nosotros. Mis hombres se están embarcando en la corbeta. Salimos enseguida.

—*Bon voyage*, —dijo el Capitán Blood, y con una inclinación de cabeza giró sobre sus talones nuevamente para continuar su interrumpida meditación.

—¿Es todo lo que tenéis que decirme?, —gritó Cahusac.

—Hay otras cosas, —dijo Blood sobre su hombro—. Pero sé que no os gustarán.

—¡Ha! Entonces es adiós, mi Capitán. Venenosamente agregó: —Es mi creencia que no nos volveremos a encontrar.

—Vuestra creencia es mi esperanza, —dijo el Capitán Blood.

Cahusac se marchó, insultando obscenamente. Antes del mediodía estaba en camino con sus seguidores, unos sesenta hombres que le habían permitido que los convenciera en esa partida con las manos vacías, a pesar incluso de todo lo que Yberville intentó hacer para disuadirlos. El almirante guardó su palabra con él, y le permitió pasaje libre al mar, lo que, por su conocimiento de los españoles, era más de

lo que el Capitán Blood esperaba.

Mientras tanto, en cuanto los desertores levaron anclas, el Capitán Blood recibió un mensaje de que el gobernador le rogaba que le permitiera verlo nuevamente. Siendo admitido, Don Francisco demostró en seguida que una noche de reflexión había aumentado sus temores por la ciudad de Maracaibo y su disgusto por la intransigencia del almirante.

El Capitán Blood lo recibió agradablemente.

—Buenos días para vos, Don Francisco. He pospuesto las fogatas hasta el atardecer. Hará un mejor espectáculo en la noche.

Don Francisco, un delgado, nervioso, hombre de edad de alto linaje y baja vitalidad, fue derecho al asunto.

—Estoy acá para deciros, *Don Pedro*, que si esperáis tres días, podré juntar el rescate que demandáis y que Don Miguel de Espinosa rehúsa pagar.

El Capitán Blood lo confrontó, sus oscuras cejas fruncidas sobre sus ojos claros.

—¿Y de dónde lo juntaréis? —le preguntó, levemente traicionando su sorpresa.

Don Francisco sacudió su cabeza.

—Eso debe quedar como mi problema, —contestó—. Sé dónde se puede encontrar, y mis compatriotas deben contribuir. Dadme tres días bajo palabra, y os daré plena satisfacción. Mientras tanto mi hijo queda en vuestras manos como un rehén hasta mi regreso. Y allí comenzó a rogar. Pero fue bruscamente interrumpido.

—¡Por todos los santos! Sois un hombre osado, Don Francisco, para venirme con semejante historia —decirme que sabéis dónde conseguir el rescate pero os rehusáis a contármelo. ¿Pensáis que con una cerilla entre vuestros dedos seréis más comunicativo?

Don Francisco se puso un poco más pálido, pero nuevamente sacudió su cabeza.

—Ése era el método de Morgan y *L'Ollonais* y otros piratas. Pero no es el del Capitán Blood. Si hubiera dudado de ello no habría dicho tanto.

El Capitán rio.

—¡Viejo bandido!, —dijo.

—¿Jugáis con mi vanidad?

—Con vuestro honor, Capitán.

—¿El honor de un pirata? Seguramente os habéis enloquecido.

—El honor del Capitán Blood, —insistió Don Francisco—. Tenéis la reputación de hacer la guerra como un caballero.

El Capitán Blood rio nuevamente, con una nota amarga y burlona que hizo a Don Francisco temer lo peor. No podía adivinar que el Capitán se burlaba de sí mismo.

—Eso es solamente porque es más remunerativo al final. Y por eso os acuerdo los tres días que pedís. Así que a ello, Don Francisco. Tendréis las mulas que preciséis. Me ocuparé de ello.

Allá se fue Don Francisco con su mandado, dejando al Capitán Blood reflexionando, entre amargura y satisfacción, que una reputación caballeresca si es consistente con la piratería, no deja de ser de utilidad.

Puntualmente en el tercer día el gobernador volvió a Maracaibo con sus mulas cargadas de plata y dinero por el valor exigido y un rebaño de cabezas de ganado llevado por esclavos negros.

Los animales fueron entregados a los de la compañía que generalmente eran cazadores, y por tanto con conocimientos de curar las carnes, y por buena parte de la semana estuvieron ocupados junto al mar cortando y salando las porciones.

Mientras se hacía esto y por otra parte se reparaban los barcos, El Capitán Blood reflexionaba sobre el acertijo de cuya solución dependía su propio destino. Empleando espías indios se enteró de que los españoles, trabajando con marea baja, habían salvado los treinta cañones del *Salvador*, y así habían añadido otra batería a su ya impresionante fuerza. Al final, y con esperanzas de inspiración en el mismo lugar, el Capitán Blood hizo un reconocimiento en persona. Con riesgo de su vida, acompañado por dos indios amigables, cruzó a la isla en una canoa al amparo de la oscuridad. Se escondieron ellos y la canoa en la densa vegetación de esa parte de la isla, y esperaron al amanecer. Entonces Blood fue adelante solo, con infinita precaución, para hacer su examen. Fue a verificar una sospecha que se había formado, y se acercó al fuerte tan cerca como se animó y mucho más cerca de lo que era seguro.

Se arrastró sobre pies y manos hasta la cima de una colina distante cerca de una milla, donde se encontró con una vista de las disposiciones interiores del fuerte. Con la ayuda de un telescopio con el que se había equipado, pudo verificar que, como había sospechado y esperado, la artillería del fuerte estaba toda montada del lado del mar.

Satisfecho, retornó a Maracaibo, y planteó a los seis que componían su consejo, Pitt, Hagthorpe, Yberville, Wolverstone, Dyke y Ogle, una propuesta de atacar el fuerte por el lado de la tierra. Cruzando a la isla a cubierto de la noche, podían tomar a los españoles por sorpresa y tratar de vencerlos antes de que pudieran mover sus cañones para repeler el ataque.

Con la excepción de Wolverstone, quien por temperamento era el tipo de hombre que acepta las causas desesperadas, los oficiales recibieron la propuesta fríamente. Hagthorpe se opuso frontalmente.

—Es una propuesta sin asidero, Peter, —le dijo gravemente, sacudiendo su apuesta cabeza—. Considera que no podemos depender en acercarnos sin ser vistos a una distancia para atacar el fuerte antes de que los cañones puedan ser movidos. Pero incluso si pudiéramos, no podemos llevar cañones; debemos depender enteramente en nuestras armas pequeñas, y ¿cómo lo haremos, apenas trescientos hombres —(porque

éste era el número al que los había reducido la deserción de Cahusac)— cruzando a campo abierto para atacar a más del doble y bajo cubierto del fuerte?

Los otros, Dyke, Ogle, Yberville, e incluso Pitt, cuya lealtad hacia Blood lo podía hacer dudar, aprobaron sonoramente. Cuando hubieron terminado.

—Lo he considerado todo, —dijo el Capitán Blood—. He pesado los riesgos y estudiado cómo disminuirlos. En esta situación desesperada...

Se detuvo abruptamente. Un instante frunció en ceño, profundamente en sus pensamientos; luego su rostro se iluminó repentinamente con inspiración. Lentamente bajó su cabeza, y se sentó allí considerando, pesando, el mentón en su pecho, Luego asintió, murmurando:

—Sí, —y nuevamente—, sí.

Levantó la vista, para enfrentarlos.

—Escuchad, —gritó—. Puede que tengáis razón. Los riesgos son muy pesados. Lo sean o no, he pensado en un mejor camino. El que hubiera sido el real ataque, será sólo un simulacro. Aquí está el plan que propongo.

Habló rápida y claramente, y mientras lo hacía una a una las caras de sus oficiales se iluminaron con ansiedad. Cuando hubo terminado, gritaron como una sola voz que los había salvado.

—Todavía debe ser probado en acción, —dijo.

Desde que durante las últimas veinticuatro horas todo había estado pronto para partir, nada los demoraba, y decidieron moverse la próxima mañana.

Era tal la seguridad del Capitán Blood en su éxito, que inmediatamente liberó a los prisioneros retenidos como rehenes, e incluso a los esclavos negros, que eran considerados por los demás como legítimo botín. Su única precaución fue encerrarlos en la iglesia para esperar su liberación de manos que los que volverían a la ciudad.

Entonces, estando todos abordo de los tres barcos, con el tesoro debidamente estibado, los bucaneros levaron anclas y marcharon al mar, cada navío con tres piraguas en la popa.

El almirante, viendo su avance en la plena luz del mediodía, las velas brillando blancas en la luz del sol, se restregó las largas y delgadas manos con satisfacción, y rio entre dientes.

—¡Al fin! —gritó—. ¡Dios lo trae a mis manos! —Se volvió a un grupo de oficiales a su espalda—. Tarde o temprano debía ser, —dijo—. Decid ahora, caballeros, si estuve justificado en mi paciencia. Hoy y aquí terminan los problemas ocasionados a los súbditos del Rey Católico por este infame *Don Pedro Sangre*, como una vez se llamó a sí mismo.

Se volvió para dar unas órdenes, y el fuerte se volvió lleno de vida como una colmena. Los cañones fueron cargados, los artilleros ya prendiendo mechas, cuando la flota bucanera, mientras todavía se dirigía a Palomas, se vio que iba hacia el oeste.

Los españoles los miraban, intrigados.

A una distancia de una milla y media hacia el oeste del fuerte, y una media milla de la orilla —es decir, en el límite de las aguas llanas que hacen Palomas inalcanzable por navíos de gran calado— los barcos anclaron bien a la vista de los españoles, pero fuera del alcance del mayor cañón.

Con desprecio rio el almirante.

—¡Aha! Vacilan, ¡esos perros ingleses! *Por Dios*, y realmente deben hacerlo.

—Estarán esperando la noche, —sugirió su sobrino, quien se encontraba a su lado, temblando de excitación.

Don Miguel lo miró, sonriendo.

—¿Y qué les brindará la noche en este estrecho pasaje, bajo el fuego de mis cañones? Estad seguro, Esteban, que esta noche tu padre será vengado.

Levantó su telescopio para continuar su observación de los bucaneros. Vio que las piraguas estaban siendo bajadas y se preguntó un poco qué pretendería esta maniobra. Por un instante esas piraguas quedaban ocultas a la vista tras los barcos. Luego una a una reaparecieron, remando alrededor y alejándose de los barcos, y cada bote, observó, estaba completo con hombres armados. Así cargados, se dirigieron a la costa, en un punto con un denso bosque. Los ojos del pensativo almirante los siguió hasta que el follaje los hizo desaparecer de su vista.

Luego bajó su telescopio y miró a sus oficiales.

—¿Qué demonios quiere decir esto? —preguntó.

Nadie le respondió, todos tan perplejos como él mismo.

Luego de un pequeño rato, Esteban, quien mantenía sus ojos en el agua, tironeó de la manga de su tío. —¡Allá van!— gritó, y apuntó con su brazo.

Y allí, realmente, iban las piraguas en su camino de vuelta a los barcos. Pero ahora iban vacías, salvo por los remeros. Su cargamento armado había quedado en la orilla.

Nuevamente se acercaron al los barcos, para volver con una carga fresca de hombres armados, que llevaron nuevamente a Palomas. Finalmente uno de los oficiales españoles aventuró una explicación:

—Nos van a atacar por tierra —para intentar destruir el fuerte—. Por supuesto. El almirante sonrió. —Lo había adivinado—. ¿Debemos hacer una salida? —urgió Esteban, en su excitación.

—¿Una salida? Sería jugar en sus manos. No, no, esperaremos a recibir su ataque. Cuando llegue, serán ellos los destruidos, y totalmente. No tengas dudas de ello.

Al atardecer la ecuanimidad del almirante no era tan perfecta. Por ese entonces, las piraguas habían hecho una media docena de viajes con su carga de hombres, y habían desembarcado también —como Don Miguel claramente observó con su telescopio— por lo menos una docena de cañones.

Sus facciones no sonreían más; estaban un poco fruncidas y un poco preocupadas ahora cuando se volvió a sus oficiales.

—¿Quién fue el tonto que me dijo que tenían escasos trescientos hombres? Han puesto ya por lo menos el doble de ese número en la costa.

Asombrado como estaba, su asombro hubiera sido más profundo si se le hubiera contado la verdad: no había un solo bucanero o un solo cañón en la costa en Palomas. El engaño había sido completo. Don Miguel no podía adivinar que los hombres que había visto en las piraguas eran siempre los mismos; que en los viajes a la costa se sentaban tiesos a plena vista, y en los viajes de vuelta iban invisibles en el fondo de los botes, que así parecían vacíos.

El creciente miedo de los soldados españoles por la perspectiva de un ataque nocturno por tierra por la totalidad de la fuerza bucanera —y una fuerza el doble de potente de lo que sospechaban que comandaba en pestilente Blood— comenzó a comunicarse al almirante.

En las últimas horas de la luz del día, los españoles hicieron precisamente lo que el Capitán Blood tan confiadamente contó que harían, precisamente lo que debían hacer para enfrentar el ataque, cuyas preparaciones habían sido tan completamente simuladas. Se dedicaron a trabajar como endemoniados para cambiar de lugar los poderosos cañones emplazados hacia el angosto pasaje al mar.

Gruñendo y sudando, urgidos por las maldiciones e incluso los látigos de sus oficiales, trabajaron en un delirio de apuro y pánico para mover un el mayor número y los más poderosos cañones hacia el lado de la tierra, y allí emplazarlos nuevamente, para estar prontos cuando recibieran el ataque que en cualquier momento explotaría sobre ellos desde los bosques a no más de una milla de distancia.

Así, cuando cayó la noche, aunque en mortal ansiedad por esos salvajes demonios cuyo coraje temerario era una leyenda en los mares, por lo menos los españoles estaban tolerablemente preparados para el ataque. Esperando, junto a sus cañones.

Y mientras esperaban así, cubiertos por la oscuridad y al subir la marea, la flota del Capitán Blood levó anclas lentamente; y, como la vez anterior, con sólo las velas imprescindibles, e incluso éstas pintadas de negro, los cuatro navíos, sin una luz a la vista, tomaron su camino por el canal que llevaba al pasaje al mar.

El *Elizabeth* y el *Infanta*, marchando en paralelo, habían casi pasado el fuerte cuando sus siluetas y el suave gorgoteo del agua en sus proas fueron detectados por los españoles, cuya atención hasta el momento había estado totalmente en el otro lado. Y ahora se elevó en el aire nocturno un sonido de furia humana como debe haber resonado en Babel con la confusión de lenguas. Para aumentar la confusión, y llevar desorden entre los soldados españoles, el *Elizabeth* vació sus cañones de babor en el fuerte mientras pasaba en las suaves olas.

Percatándose a la vez —aunque sin ver bien cómo— que había sido embaucado,

y que su presa estaba en ese mismo acto escapándose a pesar de todo, el almirante frenéticamente ordenó que los cañones tan laboriosamente movidos fueran arrastrados nuevamente a su anterior emplazamiento, y ordenó a sus artilleros que mientras tanto dispararan las baterías menores que todavía miraban al canal. Con esto, luego de la pérdida de unos preciosos momentos, el fuerte finalmente disparó.

Fue respondido por una terrorífica descarga del *Arabella*, quien ahora estaba desplegando todas sus velas. Los furiosos y atontados españoles tuvieron una breve visión del barco cuando la línea de fuego surgió de su rojo flanco, y el trueno de sus cañones ahogó el ruido de los carros que arrastraban en el fuerte. Luego de ello, no lo vieron más. Asimilados a la amigable oscuridad, los barcos que escapaban no dispararon un tiro más que les pudiera ayudar a sus enemigos a localizarlos.

Algún leve daño tuvo la flota de Blood. Pero para cuando los españoles hubieron resuelto su confusión en algún orden que pudiera ser peligroso, la flota, ayudada por una brisa del sur, había pasado por el estrecho y estaba en el mar.

Así fue dejado Don Miguel de Espinosa a masticar la amargura de una oportunidad perdida, y a considerar en qué términos podría explicar al Consejo Supremo del Rey Católico que Peter Blood había logrado salir de Maracaibo, llevando con sigo dos fragatas de veintidós cañones que habían sido propiedad de España, para no decir nada de doscientos cincuenta mil monedas de oro y otras nimiedades. Y todo esto a pesar de los cuatro galeones de Don Miguel y su fuerte pesadamente armado que en un momento había mantenido a los piratas seguramente atrapados.

Mucho creció la cuenta que tenía Peter Blood con Don Miguel, quien juró apasionadamente al cielo que a toda costa sería pagada en su totalidad.

Tampoco estaban terminadas las pérdidas totales sufridas en esta ocasión por el Rey de España. Porque el siguiente atardecer, más allá de la costa de Oruba, en la boca del Golfo de Venezuela, la flota del Capitán Blood se encontró con el tan mentado *Santo Niño*, corriendo a toda vela para reforzar a Don Miguel en Maracaibo.

Al principio los españoles creyeron que se encontraban con la flota victoriosa de Don Miguel, volviendo de destruir a los piratas. Cuando, estando ya muy cerca, el pendón de St. George fue izado en el palo mayor del *Arabella* para desilusionarlos, el *Santo Niño* tomó la mejor parte del valor, y arrió su bandera.

El Capitán Blood ordenó a su tripulación a irse en los botes y desembarcar en Oruba o donde quisieran. Tan considerado fue con ellos que para asistirlos les dio varias de las piraguas que aún conservaba.

—Encontraréis, —le dijo al capitán del *Santo Niño*—, que Don Miguel está de pésimo humor. Dadle mis saludos, y decidle que me animo a recordarle que debe considerarse culpable de todos los males que ha sufrido. La maldad que dejó libre cuando mandó a su hermano extraoficialmente a hacer una invasión en la isla de

Barbados, se ha vuelto en su contra. Decidle que lo piense dos veces antes de dejar a los diablos sueltos nuevamente en una población inglesa.

Con esto despidió al capitán, quien partió del *Santo Niño*, y el Capitán Blood procedió a investigar el valor de esta nueva presa. Cuando las escotillas se abrieron, un cargamento humano salió a la vista.

—Esclavos, —dijo Wolverstone, y persistió en esta creencia, maldiciendo a los españoles hasta que Cahusac se arrastró fuera de la oscuridad de las mazmorras del barco y se puso de pie, encandilado en la luz del sol.

Había más que sol para encandilar al pirata bretón. Y los que se arrastraron afuera atrás de él —los remanentes de su tripulación— lo maldijeron horriblemente por su cobardía que los había llevado a la ignominia de deber su liberación a los que habían abandonado como perdidos sin esperanza.

La corbeta había encontrado al *Santo Niño*, y éste la había hundido. Cahusac se había escapado apenas de ser colgado, tan sólo para ser por un tiempo el hazmerreír de la Hermandad de la Costa.

Por más de un mes después de esto tuvo que oír en Tortuga la burla desafiante:

—¿Dónde gastas el oro que trajiste de Maracaibo?

Capítulo XVIII

El Milagrosa

El episodio de Maracaibo debe ser considerado la obra maestra como pirata del Capitán Blood. Aunque es solamente una de las muchas acciones en las que luchó — registradas con tanto detalle por Jeremy Pitt— en ninguna brilla más su genio para las tácticas navales que en estos dos encuentros con los que salió de la trampa que Don Miguel de Espinosa le había tendido.

La fama que tenía antes de esto, aunque ya muy grande, es reducida al tamaño de un enano por la que le siguió. Fue una fama de la que ningún bucanero —ni siquiera Morgan— nunca pudo alardear, antes o después.

En Tortuga, durante los meses que estuvo reparando los tres barcos que había capturado de la flota que había ido a destruirlo, se encontró siendo casi un objeto de veneración a los ojos de la salvaje Hermandad de la Costa, todos clamando por el honor de servir bajo sus órdenes. Lo colocó en la rara posición de poder elegir las tripulaciones para su acrecentada flota, y lo hizo a conciencia. Cuando nuevamente salió al mar, lo hizo con una flota de cinco excelentes buques en los que iban más de mil hombres. Así que veis que no era solamente famoso, sino realmente formidable. Los tres navíos españoles capturados fueron rebautizados con un cierto humor erudito, como el *Clotho*, el *Lachesis* y el *Atropos*, una manera de decir al mundo que los hacía los árbitros del destino que cualquier español pudiera en adelante encontrar en los mares.

En Europa, las noticias de esta flota, siguiendo a las noticias de la derrota del almirante español en Maracaibo, produjo sensación. España e Inglaterra estaban profunda y desagradablemente preocupadas, y si os tomáis el trabajo de leer la correspondencia diplomática intercambiada sobre este tema, encontraréis que es considerable y no siempre amigable.

Y mientras tanto, en el Caribe, el almirante español Don Miguel de Espinosa estaba frenético. Las desgracias en las que había caído en las manos del Capitán Blood lo habían vuelto casi loco. Es imposible, si nos imponemos cierta imparcialidad, no tener una cierta lástima por Don Miguel. El odio era su diario alimento, y el deseo de venganza una obsesión en su mente. Como un loco iba y venía por el Caribe buscando a su enemigo, y mientras tanto, como un aperitivo para su insaciable apetito de venganza, caía sobre cualquier barco de Inglaterra o Francia

que aparecía en su horizonte.

No necesito decir más para indicar el hecho de que este ilustre capitán y gran caballero de Castilla había perdido su cabeza, y se había convertido él mismo en un pirata. El Supremo Consejo de Castilla podía condenarlo por sus prácticas. ¿Pero qué podría esto importar a quien ya estaba condenado sin redención? Por el contrario, si vivía para colgar al inefable Blood por sus talones, era posible que España viera sus irregularidades presentes con un ojo más benévolo.

Y entonces, sin importarle que el Capitán Blood tenía ahora una fuerza muy superior, el español lo buscaba para arriba y para abajo de los mares. Durante todo un año lo buscó inútilmente. Las circunstancias bajo las que finalmente se encontraron son muy curiosas.

Una observación inteligente de los hechos de la existencia humana revelarán a los sujetos de mente estrecha que se burlan del uso de las coincidencias en la ficción y el teatro, que la vida es poco más que una serie de coincidencias. Abrid la historia en cualquier página, y allí encontraréis el trabajo de las coincidencias provocando hechos por pura casualidad. Ciertamente, la coincidencia puede ser definida como la herramienta usada por el Destino para dar forma a la suerte de los hombres y las naciones.

Observadla ahora trabajando en los intereses del Capitán Blood y de algunos otros.

El 15 de setiembre del año de 1688 —un año memorable en los anales de Inglaterra— tres barcos surcaban el Caribe, y con sus encuentros iban a determinar la fortuna de varias personas.

El primero era la nave insignia del Capitán Blood, el *Arabella*, que había sido separado de la flota bucanera en un huracán en las Antillas Menores. En algún lugar entre 17° de latitud y 74° de longitud, navegaba hacia Tortuga luchando con los intermitentes vientos del sudeste en esa estación. En Tortuga se reunirían los navíos que habían sido separados.

El segundo era el gran galeón español, el *Milagrosa*, que, acompañado por una fragata menor, la *Hidalga*, navegaba hacia el norte por la península del suroeste de Hispaniola. Sobre el *Milagrosa* navegaba el vengativo Don Miguel.

El tercero y último de estos barcos que nos conciernen en el momento, era un buque de guerra inglés, el que en la fecha indicada estaba anclado en el puerto francés de St. Nicholas, en la costa noroeste de Hispaniola. Iba en camino desde Plymouth a Jamaica, y llevaba a bordo un pasajero muy distinguido, *lord* Julian Wade, quien venía encargado por su pariente, *lord* Sunderland, con una misión delicada, motivada directamente por la insultante correspondencia entre Inglaterra y España.

El gobierno francés, como el inglés, excesivamente molestos por las

depredaciones de los bucaneros, y las constantes tiranteces en las relaciones con España que provocaban, habían intentado en vano detenerlos con órdenes severas sobre sus gobernadores de ultramar. Pero éstos, o, —como el Gobernador de Tortuga— tenían una asociación tácita con los filibusteros, o —como el gobernador de la Hispaniola francesa— sentían que debían ser alentados como una manera de detener el poder y la codicia de España. Miraban, ciertamente, con aprensión cualquier medida drástica que provocara a los bucaneros a buscar nuevos campos de caza en los mares del sur.

Para satisfacer la ansiedad del Rey James para tranquilizar a España, y como respuesta a los constantes y lastimeros pedidos del embajador español, *lord Sunderland*, el secretario de estado, había designado a un hombre fuerte para gobernador delegado de Jamaica. Este hombre fuerte era el Coronel Bishop quien por unos cuantos años había sido el más influyente hacendado de Barbados.

El Coronel Bishop había aceptado el cargo, y partió de las plantaciones en las que había amasado una gran fortuna, con una ansiedad que tenía sus raíces en su deseo de cobrar una cuenta propia con Peter Blood.

Desde que llegó a Jamaica, el Coronel Bishop se había hecho sentir por los bucaneros. Pero hiciera lo que hiciera, el único bucanero que buscaba —ese Peter Blood que una vez había sido su esclavo— lo eludía siempre, y continuaba sin que nadie lo detuviera y con gran fuerza, hostigando a los españoles sobre mar y tierra, y manteniendo las relaciones entre Inglaterra y España en un estado de perpetua fermentación, particularmente peligroso en esos días en que la paz de Europa era precariamente mantenida.

Exasperado no sólo por su acumulado disgusto, sino también por los reproches que llegaban de Londres por su fracaso, el Coronel Bishop fue tan lejos como para considerar ir a la propia Tortuga a cazar a su presa y hacer un intento de limpiar la isla de los bucaneros que amparaba. Afortunadamente para él, abandonó la idea de una empresa tan insana, disuadido no sólo por la enorme fuerza natural del lugar, sino también por la reflexión de que una invasión al lugar que era, nominalmente por lo menos, una colonia francesa, sería vista como una grave ofensa a Francia. Pero de alguna forma, se sintió frustrado. Confesó esto en una carta al secretario de estado.

La carta y el estado de las cosas que allí se indicaba, hizo desistir a *lord Sunderland* de la idea de resolver este problema por medios ordinarios. Se dedicó a considerar medios extraordinarios, y recordó el plan adoptado con Morgan, que había sido enrolado al servicio del Rey bajo Charles II. Se le ocurrió que un camino similar podría ser efectivo con el Capitán Blood. Su señoría no omitió la consideración que la situación presente de Blood fuera de la ley podía muy bien estar ocasionada no por una inclinación natural sino por la presión de la mera necesidad, que había sido forzado por las circunstancias de su traslado, y que daría la bienvenida a la

oportunidad de salir de ella.

Actuando en función de estas conclusiones, Sunderland mandó a su familiar, *lord* Julian Wade, con algunas comisiones en blanco, y directivas sobre el curso que el secretario consideraba deseable que tomaran los acontecimientos, con la mayor discreción para llevarlas a cabo. El sagaz Sunderland, maestro en los laberintos de la intriga, advirtió a su pariente que si encontraba a Blood intratable, o juzgaba por otras razones que no era deseable alistarlo al servicio del rey, debía dirigir su atención a los oficiales que servían bajo él, y seducirlos para debilitarlo hasta que fuera una víctima fácil para la flota del Coronel Bishop.

El *Royal Mary* —el navío que llevaba al ingenioso, tolerablemente educado, suavemente disoluto, enteramente elegante enviado de *lord* Sunderland— hizo un buen viaje a St. Nicholas, su última escala antes de Jamaica. Estaba entendido que primero *lord* Julian debía reportarse al gobernador en Port Royal, desde si era necesario lo podían trasladar a Tortuga. Pero sucedió que la sobrina del gobernador había venido a St. Nicholas unos meses antes a visitar a unos parientes, y así escapar del insufrible calor de Jamaica en esa estación. Siendo ya hora de volver, se la recibió a bordo del *Royal Mary*, considerando el rango de su tío.

Lord Julian la recibió con satisfacción. Le daba al viaje que había estado lleno de interés para él el toque que le faltaba para ser una experiencia perfecta. Su excelencia era uno de esos personajes que sin tener una mujer cerca sentían que algo les faltaba. La Srta. *Arabella* Bishop —esta directa jovencita con su voz casi de varoncito y su soltura también casi de niño— no era tal vez una dama que en Inglaterra le hubiera llamado la atención a los ojos escrutadores de su señoría. Sus gustos sofisticados, cuidadosamente educados en esta materia lo inclinaban a las lánguidas y desvalidas féminas. Los encantos de la Srta. Bishop no se podían negar. Pero era necesario un hombre de mente delicada para apreciarlos; y *lord* Julian aunque con una mente muy lejana de ser grosera, no poseía el necesario grado de delicadeza. No debe entenderse de esto que esté implicando nada en su contra.

Pero, finalmente la Srta. Bishop era una joven mujer y una dama; y en estas latitudes en que se encontraba *lord* Julian, esto era un fenómeno suficientemente raro como para llamarle la atención. Por su lado, con su título y su posición, su gracia personal y el encanto de un acostumbrado cortesano, tenía a su alrededor la atmósfera del gran mundo en el que normalmente había estado —un mundo que no era más que una palabra para ella, que había pasado la mayor parte de su vida en las Antillas. No es para sorprenderse que se hayan sentido atraídos uno al otro antes de que el *Royal Mary* zarpara de St. Nicholas. Cada uno podía dar al otro la información que le interesaba. Él podía regalar a su imaginación historias de St. James— en la mayoría de las cuales se asignaba si no un papel heroico, por lo menos distinguido —y ella podía enriquecer su mente con información sobre este nuevo mundo al cual había

llegado.

Antes de perder de vista a St. Nicholas ya eran buenos amigos, y su señoría comenzaba a corregir su primera impresión de ella y a descubrir el encanto de esa actitud franca y directa, de camaradería, que hacía que tratara a cada hombre como si fuera su hermano. Considerando cómo su mente estaba obsesionada con su misión, no es extraño que le hablara a ella del Capitán Blood. Ciertamente, hubo una circunstancia que lo llevó directamente a ello.

—Me pregunto, —dijo mientras caminaban por la popa—, si alguna vez visteis a este sujeto Blood, que fue durante un tiempo esclavo en las plantaciones de vuestro tío.

La Srta. Bishop se detuvo. Se inclinó sobre la barandilla, mirando a la tierra que se alejaba, y pasó un instante antes de que contestara con una calma voz:

—Lo veía a menudo. Lo conocí muy bien.

—¡No me digáis! —Su señoría dejó por un instante la imperturbabilidad que había aprendido. Era un hombre joven, tal vez de veintiocho años, por encima de la altura media en estatura, y parecía más alto por su excesiva delgadez. Tenía un rostro fino, pálido, bastante agradable, rodeado de rizos de una peluca dorada, una boca sensible y ojos celeste pálido que daban a sus facciones una expresión soñadora, de melancólica meditación. Pero eran ojos alertas y observadores, sin embargo, aunque en esta ocasión no observaron el leve cambio de color que su pregunta había llevado a las mejillas de la Srta. Bishop, ni la excesiva compostura de la respuesta.

—¡No me digáis!, —repitió, y se llegó a su lado—. ¿Y qué tipo de hombre pensáis que es?

—En esos días lo consideraba un caballero desafortunado.

—¿Conocíais su historia?

—Él me la contó. Es por eso que lo estimaba —por la calmada resignación con que tomaba la adversidad. Desde entonces, considerando lo que ha hecho, he llegado casi a dudar si lo que me contó es verdad.

—Si os referís a los errores que sufrió en las manos de la comisión real que juzgó a los rebeldes de Monmouth, hay pocas dudas de que no sea cierto. Nunca estuvo con Monmouth; eso es seguro. Fue convicto por un punto de la ley que bien podía ignorar, y eso lo convirtió en traidor. Pero, realmente que ha tenido su venganza, de alguna forma.

—Eso, —dijo ella con una voz muy pequeña—, es lo imperdonable. Lo ha destruido —merecidamente.

—¿Destruído? —Su señoría rio un poco—. No estéis tan segura de eso. Se ha convertido en un hombre rico, he escuchado. Ha convertido, podríamos decir, sus botines españoles en oro francés, el cual está siendo atesorado para él en Francia. Su futuro suegro, M. d'Ogeron, se ha ocupado de ello.

—¿Su futuro suegro? —dijo ella, mirándolo con ojos asombrados. Luego agregó —: ¿M. d'Ogeron? ¿El gobernador de Tortuga?

—El mismo. Ya veis que el hombre está bien protegido. Es un trozo de las noticias que recogí en St. Nicholas. No estoy seguro que me guste, porque no estoy seguro de que haga más fácil la tarea con la que *lord* Sunderland me ha enviado. Pero es así. ¿No lo sabíais?

Ella sacudió su cabeza sin contestar. Había ocultado su rostro, y sus ojos miraban hacia abajo al agua que se movía suavemente. Luego de un momento habló, su voz firme y perfectamente controlada.

—Pero seguramente, si fuera verdad, hubiera puesto ya un fin a su piratería. Si... si amara a una mujer y estuviera comprometido, y siendo rico como decís, seguramente habría abandonado esa vida desesperada, y...

—Eso mismo pensé yo, —interrumpió su señoría—, hasta que tuve la explicación. D'Ogeron es avaro para él y su hija. Y en lo que concierne a la joven, tengo entendido que es una buena pieza, muy adecuada para un hombre como Blood. Casi me asombra que no se casen y la lleve a sus aventuras con él. No sería una nueva experiencia para él. Y me maravilla, también, la paciencia de Blood. Mató a un hombre para obtenerla.

—¿Mató a un hombre por ella, decís? —Había horror ahora en su voz.

—Sí —un bucanero francés llamado Levasseur. Era el galán de la joven y el socio de Blood. Blood codiciaba a la joven y mató a Levasseur para ganarla. ¡Pah! Es una historia insípida, creo. Pero los hombres viven con diferentes códigos en estas tierras...

Ella lo miraba de frente. Estaba pálida hasta los labios, y sus ojos color almendra lanzaban fuego, mientras cortó su defensa de Blood.

—Debe ser así, si sus otros socios le permitieron vivir luego de eso. —Oh, la cosa fue hecha de una manera derecha, me han dicho—. ¿Quién os lo contó?

—Un hombre que navegó con ellos, un francés llamado Cahusac, que encontré en una taberna en St. Nicholas. Era el lugarteniente de Levasseur, y estuvo presente en la isla cuando todo pasó, cuando Levasseur fue muerto.

—¿Y la joven? ¿Estaba la joven presente, también?

—Sí. Fue testigo del encuentro. Blood se la llevó cuando hubo despachado a su hermano bucanero.

—¿Y los hombres del muerto lo permitieron? —Él captó una nota de incredulidad en su voz, pero se le escapó la nota de alivio que llevaba—. Oh, no creo en esa historia. ¡No la voy a creer!

—Os honra, Srta. Bishop. Me costaba a mí mismo creer que haya hombres tan insensibles, hasta que Cahusac me ofreció la explicación.

—¿Cómo? —Reprimió ella su incredulidad, una incredulidad que había nacido de

una inexplicable congoja. Prendida de la barandilla, giró totalmente su rostro hacia su señoría con esa pregunta. Más tarde él recordaría y percibiría en su comportamiento actual una cierta rareza que en el momento no observó.

—Blood compró su consentimiento, y el derecho a llevarse a la joven. Les pagó con perlas que valían más de veinte mil monedas de oro. Su señoría rio nuevamente con un toque de desprecio. —¡Un buen precio! Por mi fe, son todos bandidos— tan sólo ladrones. Y por Dios, es una linda historia para los oídos de una dama.

Ella miró hacia el mar nuevamente, y sintió su mirada empañada. Luego de un momento, con una voz menos firme que antes, le preguntó:

—¿Por qué este francés os habría de contar semejante historia? ¿Odiaba al Capitán Blood?

—No me pareció, —dijo su señoría lentamente—. La relató... oh, como algo común, un episodio en las costumbres buacaneras.

—¡Algo común! —dijo ella—. ¡Mi Dios! ¡Algo común!

—Me animo a decir que todos somos salvajes bajo la capa de estos modos civilizados nuestros, —dijo su señoría—. Pero este Blood, era un hombre educado, por lo que Cahusac me contó. Era bachiller en medicina.

—Eso es cierto, según mi propio conocimiento.

—Y había servido en el servicio exterior en mar y tierra. Cahusac dijo —aunque difícilmente lo creo— que luchó bajo el mando de Ruyter.

—Eso también es cierto, —dijo ella. Suspiró profundamente—. Vuestro Cahusac parece haber estado muy acertado. ¡Qué pena!

—¿Estáis apenada, entonces?

Ella lo miró. Estaba muy pálida, según notó él.

—Como me apena oír sobre la muerte de alguien que hemos estimado. Una vez lo consideré un desafortunado pero valioso caballero. Ahora...

Se detuvo, y sonrió con una sonrisa pequeña y torcida.

—Semejante hombre está mejor olvidado.

Y con eso pasó a otro tema. La amistad, que era su gran don para tratar a quienes conocía, creció entre ellos en el tiempo que siguió hasta el evento que truncó lo que parecía ser la parte más agradable del viaje de su señoría.

El aguafiestas fue el perro rabioso del almirante español, con quien se encontraron en el segundo día de travesía, a medio camino atravesando el Golfo de Gonaves. El capitán del *Royal Mary* no estaba dispuesto a intimidarse ni aún cuando Don Miguel abrió fuego sobre él. Observando la mala maniobra del español que le ofrecía todo el lado del barco como blanco, el inglés se sintió inclinado a la burla. Si este Don quien enarbolaba la bandera de Castilla quería una lucha, el *Royal Mary* era justo el barco para ello. Puede ser que estuviera justificado en su airosa confianza, y que ese hubiera podido ser el día que pusiera fin a la salvaje carrera de Don Miguel

de Espinosa, pero un disparo afortunado del *Milagrosa* cayó sobre cierta pólvora almacenada en el castillo de proa, y voló la mitad del barco antes de que la lucha comenzara. Cómo había llegado allí la pólvora nunca se sabrá, y el gallardo capitán no sobrevivió para averiguarlo.

Antes de que los hombres del *Royal Mary* se hubieran recuperado de su consternación, su capitán muerto y la tercera parte de la tripulación destruida con él, el barco hamacándose sin dirección, totalmente estropeado, los españoles lo abordaron.

En la cabina del capitán bajo la popa, a la que la Srta. Bishop había sido conducida para su seguridad, *lord* Julian intentaba darle ánimo y confortarla, asegurándole que todo estaría bien, en el preciso momento en que Don Miguel ponía el pie abordo. El mismo *lord* Julian no estaba muy tranquilo, y su rostro estaba indudablemente pálido. No es que fuera en absoluto un cobarde. Pero esta lucha sobre una cosa de madera que en cualquier momento podía ceder bajo sus pies y hundirse en las profundidades del océano era inquietante para cualquiera que fuera muy valiente sobre tierra. Afortunadamente, la Srta. Bishop no parecía estar en estado desesperado de necesidad del escaso consuelo que él podía ofrecer. Ciertamente ella también estaba pálida, y sus ojos color almendra podía decirse que parecían más grandes de lo habitual. Pero se mantenía compuesta. A medias sentada, a medias inclinada sobre la mesa del capitán, mantenía suficiente coraje como para intentar calmar a la doncella que se retorció a sus pies en estado de terror.

Y entonces la puerta de la cabina se abrió de golpe, y el mismo Don Miguel, alto, bronceado, de rostro aguileño, entró *lord* Julian se dio la vuelta para enfrentarlo, y cerró una mano sobre su espada.

El español fue directo al punto.

—No seáis tonto, —le dijo en su propia lengua—, o tendréis un fin de tontos. Vuestro barco se está hundiendo.

Había tres o cuatro hombres con morriones detrás de Don Miguel, y *lord* Julian reconoció su posición. Soltó su mano, y un par de pies de acero volvieron suavemente a su vaina. Pero Don Miguel sonrió, con un relámpago de blancos dientes tras su desgreñada barba, y estiró su mano.

—Por favor, —dijo.

Lord Julian dudó. Sus ojos se dirigieron a la Srta. Bishop.

—Creo que sería mejor, —dijo la compuesta joven, a lo que, con un encogimiento de hombros—, su señoría hizo lo que se le pedía, rindiendo su espada.

—Venid todos vosotros a bordo de mi barco, —invitó Don Miguel, y salió de la cabina.

Fueron, por supuesto. Por un lado, el español tenía la fuerza para obligarlos; por otro un barco que había anunciado que se hundía les ofrecía poco atractivo para

permanecer. Se quedaron lo suficiente como para que la Srta. Bishop recogiera algunos artículos de vestimenta, y su señoría cogiera su valija.

Los sobrevivientes, entre las ruinas de lo que había sido el *Royal Mary*, fueron abandonados por los españoles a sus propios medios. Que tomaran los botes, y si no alcanzaban, que nadaran o se ahogaran. Si *lord* Julian y la Srta. Bishop fueron trasladados, fue porque Don Miguel percibió su obvio valor. Los recibió en su cabina con gran urbanidad. Urbanamente les solicitó el honor de saber sus nombres.

Lord Julian, enfermo de horror por el espectáculo que había presenciado, puso algunas dificultades para dárselos. Luego, autoritariamente, demandó conocer a su vez el nombre de su agresor. Sabía que si bien no había hecho nada positivamente vergonzoso en la extraña y difícil situación en la que el destino lo había colocado, tampoco había hecho nada que le diera crédito. Esto hubiera sido menos importante si el espectador no hubiera sido una dama. Estaba determinado a mejorar esto ahora.

—Soy Don Miguel de Espinosa, —fue la respuesta que recibió—. Almirante de la Armada de su Majestad Católica.

Lord Julian tragó saliva. Si España hacía tanto ruido por las depredaciones de un aventurero fugitivo como el Capitán Blood, ¿qué podría Inglaterra decir ahora?

—¿Me diréis, entonces, por qué os conducís como un maldito pirata? —preguntó. Y agregó—: Espero os deis cuenta que habrán consecuencias, y seréis llamado a responder por vuestros hechos del día de hoy, por la sangre que habéis criminalmente derramado, y por vuestra violencia con esta dama y conmigo.

—No he tenido violencia con vosotros, —dijo el almirante, sonriendo, como sólo quien maneja la situación puede sonreír—. Por el contrario, he salvado vuestras vidas...

—¡Salvado nuestras vidas! —*lord* Julian quedó un momento sin habla ante tanto descaro—. ¿Y qué hay de las vidas que habéis destruido en vuestra carnicería? Por Dios, hombre, que os costarán caras.

La sonrisa de Don Miguel persistía.

—Es posible. Todo es posible. Mientras tanto, son vuestras propias vidas las que os costarán caras. El Coronel Bishop es un hombre rico; y vos, mi *lord*, sin duda también. Lo consideraré y fijaré vuestro rescate.

—Así que sois realmente el maldito pirata asesino que estaba imaginando que erais, —lo enfrentó su señoría—. ¿Y tenéis el descaro de llamaros el Almirante de la Armada de su Majestad Católica? Veremos lo que vuestra Majestad Católica tiene que decir de esto.

El Almirante dejó de sonreír. Reveló algo de la furia que le había carcomido el cerebro.

—No comprendéis, —dijo—. Trato a los perros herejes ingleses como los perros herejes ingleses han tratado a los españoles en estos mares —¡vuestros ladrones

salidos del infierno! Tengo la honestidad de hacerlo en mi propio nombre— pero vos, bestias p rfidas, mand is a vuestro Capitanes Blood, vuestros Hagthorpes, y vuestros Morgans contra nosotros y no acept is responsabilidad por lo que ellos hacen. Como Pilatos, os lav is las manos. Rio salvajemente. —Dejada a España jugar la parte de Pilatos. Dejadla negar su responsabilidad por mí, cuando vuestro embajador en El Escorial vaya gimiendo al Consejo Supremo por este acto de piratería de Don Miguel de Espinosa.

— El Capitán Blood y el resto no son almirantes del Inglaterra! —gritó *lord Julian*.

— No lo son?  C mo lo sé?  C mo lo sabe España?  No sois todos mentirosos, vosotros ingleses herejes?

— Se or! —La voz de *lord Julian* era áspera como una lija, sus ojos flameaban. Instintivamente llevó una mano a donde debía estar su espada. Luego se encog  de hombros y se burló—: Por supuesto, —dijo—, concuerda con lo que he oído del honor español y lo que he visto del vuestro que insult is a un hombre desarmado y que es vuestro prisionero.

El rostro del almirante flameaba escarlata. Levantó a medio camino su mano para golpear. Y luego, detenido tal vez por las propias palabras del inglés, giró sobre sus talones y se fue sin contestar.

Capítulo XIX

El encuentro

Mientras la puerta se cerraba de golpe tras la partida del almirante, *lord Julian* se dirigió a *Arabella*, y sonrió. Sintió que lo estaba haciendo mejor, y sacó de ello una satisfacción casi infantil —infantil dadas las circunstancias—. Decididamente, creo que tuve la última palabra aquí, —dijo, con un movimiento de sus rizos dorados.

La Srta. Bishop, sentada a la mesa de la cabina, lo miró sostenidamente, sin devolver su sonrisa.

—¿Acaso importa tanto tener la última palabra? Estoy pensando en los pobres hombres del *Royal Mary*. Muchos de ellos dijeron su última palabra, realmente. ¿Y para qué? Un hermoso barco hundido, veinte vidas perdidas, tres veces ese número ahora en riesgo, ¿y todo para qué?

—Estáis sobrecitada, señora. Yo...

—¡Sobrecitada! —Emitió una sola nota, aguda, de risa—. Os aseguro que estoy calmada. Os hago una pregunta, *lord Julian*. ¿Por qué hizo ese español todo esto? ¿Con qué propósito?

—Vos lo oísteis —*lord Julian* contestó enojado—. Sed de sangre, —explicó brevemente.

—¿Sed de sangre? —preguntó ella. Estaba asombrada—. ¿Eso existe, entonces? Es insano, monstruoso.

—Perverso, —admitió su señoría—. Trabajo del diablo.

—No entiendo. En *Bridgetown*, tres años atrás, hubo una invasión española, y se llevaron a cabo actos que serían imposible para hombres, horribles, hechos más allá de lo que se puede creer, que parecen, cuando pienso en ellos ahora, ilusiones de un sueño diabólico. ¿Los hombres son sólo bestias?

—¿Hombres?, —dijo *lord Julian*, mirándola—. Decid españoles, y estoy de acuerdo. Era un inglés hablando de sus enemigos hereditarios. Y sin embargo, había algo de verdad de lo que dijo. —Esta es la costumbre española en el Nuevo Mundo. Por Dios, casi justifica lo que hacen hombres como *Blood*.

Ella se estremeció, como con frío, y colocando sus codos en la mesa, tomó su mentón entre las manos, y se sentó mirándolo.

Observándola, su señoría vio qué blanca se había puesto su cara. Había motivos suficientes para ello, y para más. Ninguna mujer de su conocimiento hubiera

mantenido su control en semejante situación; y la Srta. Bishop no había demostrado miedo en ningún momento. Era imposible no admirarla.

Un camarero español entró llevando un servicio de plata de chocolate y una caja de dulces de Perú, las que colocó en la mesa ante la dama.

—Con los respetos del almirante, —dijo, se inclinó y se fue.

La Srta. Bishop no les prestó atención, sino que continuó mirando hacia delante, perdida en sus pensamientos. *Lord Julian* se paseó por la gran cabina, iluminada por una claraboya arriba y grandes ventanales cuadrados a los lados. Estaba lujosamente arreglada: había ricas alfombras orientales en el piso, buenas bibliotecas contra las paredes, y un aparador con vajilla de plata. En un largo sillón se encontraba una guitarra adornada con cintas de colores. *Lord Julian* la tomó, pulsó sus cuerdas una vez como movido por una irritación nerviosa, y la dejó nuevamente.

Giró nuevamente para enfrentar a la Srta. Bishop.

—Vine aquí, —dijo—, para terminar con la piratería. Pero —¡tonto de mí!— comienzo a creer que los franceses tienen razón en desear que la piratería continúe como un freno frente a estos bandidos españoles.

Iba a confirmar esta opinión antes de que pasaran muchas horas. Mientras tanto, su tratamiento en manos de Don Miguel era considerado y cortés. Confirmó su opinión, amablemente expresada por su señoría a la Srta. Bishop, que desde que pedían rescate por ellos no debían temer ninguna violencia o daño. Una cabina fue dispuesta para la dama y su aterrorizada doncella, y otra para *lord Julian*. Les dieron libertad en el barco, y fueron invitados a cenar en la mesa del almirante; pero no les dijo cuál era su intención en relación a ellos ni su destino inmediato.

El *Milagrosa*, con su consorte el *Hidalga* navegando tras ella, se dirigían al sur por el oeste, luego viraron al sudeste alrededor del Cabo Tiburón, y posteriormente, estando bien afuera en el mar, siendo la tierra no más de una nube hacia babor, se dirigió directamente al este, y así corrió directo a los brezos del Capitán Blood, quien iba por el pasaje Windward, como sabemos. Esto sucedió temprano en la mañana siguiente. Después de haber sistemáticamente cazado a su enemigo en vano durante un año, Don Miguel se lo encontró de esta forma inesperada y fortuita. Pero esta es la manera irónica de la Fortuna. Fue también la manera de la Fortuna que Don Miguel se encontrara así con el *Arabella*, en el momento en que, separado del resto de su flota, estaba solo y en desventaja. Le pareció a Don Miguel que la suerte que durante mucho tiempo había estado del lado de Blood finalmente había girado a su favor.

La Srta. Bishop, recientemente despertada, había salido a tomar el aire sobre cubierta, bajo el cuidado de su señoría —como es de esperar de un caballero tan galante— cuando vio al gran navío rojo que había sido una vez el *Cinco Llagas*, saliendo de Cádiz. El barco se dirigía a ellos, las montañas de velas blancas despegadas y hinchadas hacia delante, el gran pendón con la cruz de St. George

ondeando de su palo mayor en la brisa matinal, sus aberturas doradas en su armazón rojo refulgiendo en el sol de la mañana.

La Srta. Bishop no podía reconocer al *Cinco Llagas* que había visto una vez, en un día trágico en Barbados tres años atrás. Para ella era solamente un gran barco dirigiéndose resuelta, majestuosamente, hacia ellos, e inglés a juzgar por el pendón que llevaba. Su vista la emocionó curiosamente; le despertó una creciente sensación de orgullo que no tuvo en cuenta el peligro que llevaba para ella en encuentro que era ahora inevitable.

A su lado en la popa, donde se habían encaramado para tener una mejor vista, e igualmente hipnotizado a su vista, se encontraba *lord* Julian. Pero no compartía su entusiasmo. Había tenido su primer lucha en el mar el día anterior, y sentía que la experiencia le alcanzaba por mucho tiempo. Esto, insisto, no va en desmedro de su coraje.

—Mirad, —dijo la Srta. Bishop, señalando; y para su infinito asombro observó que sus ojos brillaban. ¿Se daba cuenta, se preguntó, lo que se venía? Su próxima sentencia resolvió sus dudas—. Es inglés, y viene resueltamente. Pretende atacar.

—Dios lo ayude, entonces, —dijo su señoría melancólicamente—. Su capitán debe estar loco. ¿Qué piensa que puede hacer contra los fuertes armazones de estos barcos? Si pudieron tan fácilmente hacer explotar al *Royal Mary*, ¿qué no le harán a ese navío? Mirad al endemoniado Don Miguel. Es desagradable en su alegría.

Desde la otra cubierta, donde se movía entre el fragor de las preparaciones, el almirante había lanzado una mirada a sus prisioneros. Sus ojos fulguraban, su rostro transfigurado. Lanzó su brazo hacia delante para señalar al barco que se aproximaba y gruñó algo en español que se les perdió entre el ruido de la tripulación trabajando.

Avanzaron hacia la popa y observaron el tumulto. Con el telescopio en su mano, Don Miguel daba órdenes. Ya los artilleros estaban encendiendo sus mechas; los marineros replegaban las velas; otros colocaban cuerdas para evitar la caída de los espolones. Y mientras, Don Miguel hacía señales a su consorte, y en respuesta de ellas el *Hidalga* se había adelantado y se hallaba ahora a la altura del *Milagrosa*, a medio cable de distancia de estribor, y desde la alta popa su señoría y la Srta. Bishop podían ver su propio movimiento de preparación. Y podían ver señales de lo mismo sobre el barco inglés que avanzaba, también. Estaba arriando velas y preparándose para la acción. Así, casi en silencio y sin cambio de señales o desafíos, la acción había sido determinada mutuamente.

Por necesidad ahora, con menos velas, el avance del *Arabella* era más lento, pero no menos sostenido. Ya estaba al alcance de tiro, y se podían ver las figuras en su castillo de proa, y los cañones de bronce brillando en su proa. Los cañoneros del *Milagrosa* levantaron sus mechas y las soplaron, mirando impacientemente al almirante.

Pero el almirante sacudió solemnemente su cabeza.

—Paciencia, —los exhortó—. Guardad vuestro fuego hasta que lo tengamos. Está viniendo derecho a su condena —derecho al palo mayor y la soga que lo han estado esperando tanto tiempo.

—¡Que me condenen!, —dijo su señoría—. Este inglés puede ser suficientemente gallardo como para aceptar la batalla en estas condiciones. Pero hay momentos en que la discreción es una mejor cualidad que la gallardía en un comandante.

—La gallardía a menudo vence, incluso contra mucho mayor fuerza, —dijo la Srta. Bishop. Él la miró, y notó en su semblante solamente animación. De miedo, no vio ni rastros. Su señoría estaba totalmente asombrado. Ella no era, sin dudas, el tipo de mujer al que la vida lo había acostumbrado.

—Ahora, —dijo—, aceptaréis que os lleve a cubierto.

—Veo mejor desde aquí, —le contestó. Y agregó quedamente—: Estoy rezando por este inglés. Debe ser muy valiente.

Bajo su aliento, *lord* Julian maldijo la valentía de este sujeto.

El *Arabella* avanzaba ahora en un curso que, de ser continuado, lo debía llevar derecho entre los dos barcos españoles. Su señoría lo indicó. —¡Seguramente está loco!— gritó. —Está dirigiéndose derecho a una trampa mortal. Va a ser despedazado entre los dos. No es de extrañar que el oscuro Don esté reteniendo su fuego. En su lugar, yo haría lo mismo.

Pero en ese preciso momento el almirante levantó su mano; bajo él, sonó una trompeta, e inmediatamente el cañonero de proa disparó sus cañones. Al salir su trueno, su señoría vio delante de él al barco inglés y hacia su babor dos fuertes chapoteos. Casi enseguida dos sucesivas descargas de fuego salieron de los cañones del *Arabella*, y apenas los observadores de la popa habían visto la lluvia que provocaron cuando uno de los tiros golpeó el agua cerca de ellos, y con un golpe que sacudió al *Milagrosa* de proa a popa, el otro cayó en su castillo de proa. Para vengar ese disparo, el *Hidalga* disparó al inglés con todos sus cañones delanteros. Pero incluso a esa corta distancia —entre doscientas y trescientas yardas— ninguno dio en el blanco.

A cien yardas los cañones delanteros del *Arabella*, que habían sido recargados, dispararon nuevamente al *Milagrosa*, y esta vez redujeron su bauprés a astillas; por lo que por un instante se sacudió terriblemente. Don Miguel juró profanamente, y luego, mientras se estabilizaba el barco, sus propios cañones respondieron. Pero el tiro fue demasiado hacia arriba, y mientras uno de los proyectiles rompió el tope del mástil del *Arabella*, el otro no acertó. Y cuando el humo de esa descarga se levantó, el barco inglés estaba casi entre los españoles, su borda casi en línea con la de ellos, y llegando firmemente a lo que su señoría suponía una trampa mortal.

Lord Julian contuvo su aliento, y la Srta. Bishop jadeó, asiéndose fuertemente a la

barandilla frente a ella. Tuvo un vistazo del rostro de Don Miguel malignamente sonriendo, y las sonrientes caras de los hombres en los cañones.

Finalmente el *Arabella* estaba justo entre los dos barcos españoles, proa a popa y popa a proa. Don Miguel habló al trompeta, quien estaba a su hombro. El hombre levantó el instrumento de plata para dar la señal a los cañones del lado de cada barco. Pero cuando lo colocaba en sus labios, el almirante le cogió el brazo para detenerlo. Solamente en ese momento percibió lo que era obvio, o debía haberlo sido para un experimentado luchador de mar; se había demorado demasiado y el Capitán Blood lo había aventajado. Al intentar disparar sobre el inglés, el *Milagrosa* y su consorte estarían también disparándose uno al otro. Demasiado tarde ordenó a sus hombres a girar el timón rápidamente y dirigir el barco a babor, como una maniobra preliminar para una posición menos imposible para atacar. En ese mismo momento el *Arabella* pareció explotar mientras pasaba entre los dos. Dieciocho cañones de cada uno de sus flancos se vaciaron sobre los dos navíos españoles.

Medio aturrida entre esos truenos, y perdido su equilibrio por el sacudimiento del barco bajo sus pies, la Srta. Bishop se lanzó violentamente contra *lord Julian*, quien se mantuvo de pie solamente agarrándose fuertemente a la barandilla contra la que se había estado recostando. Grandes nubes de humo hacia estribor ocultaban la vista, y su olor acre, entrando por sus gargantas, los dejaron tosiendo y jadeando.

De la confusión y tumulto bajo ellos se levantó un clamor de fieras blasfemias españolas y gritos de hombres heridos. El *Milagrosa* se tambaleaba lentamente, con una brecha en su armazón, su palo mayor desecho, fragmentos de las cuerdas colgando por doquier. Su mascarón de proa estaba hecho astillas, y un disparo había destrozado la gran cabina, reduciéndola a ruinas.

Don Miguel daba órdenes salvajemente, y mirando a través de la cortina de humo que se deslizaba lentamente hacia popa, en su ansiedad por saber qué había pasado con el *Hidalga*.

De repente, y con aspecto fantasmal, se dibujó el perfil de un barco; gradualmente las líneas de su armazón rojo se fueron definiendo más claramente mientras se acercaba.

En vez de seguir su curso como Don Miguel había esperado que hiciera, el *Arabella* había girado cubierto por el humo, y navegaba ahora en la misma dirección del *Milagrosa*, tan rápidamente que antes de que el desesperado Don Miguel se diera cuenta de la situación, su barco se tambaleó bajo el impacto con el que el otro llegó. Hubo ruido de metal al caer una docena de arpeos que se clavaron en las maderas del *Milagrosa* y el barco español quedó firmemente atrapado en los tentáculos del inglés.

Más allá y ahora bien a popa, el velo de humo se disipó finalmente y el *Hidalga* se vio en su situación desesperada. Se hundía rápidamente, con una terrible inclinación a babor, y no era más que una cuestión de momentos hasta que

desapareciera. Su tripulación estaba totalmente dedicada a la desesperada tarea de bajar los botes a tiempo.

De esto, los angustiados ojos de Don Miguel no tuvieron más de un relámpago antes de que sus propias cubiertas fueran invadidas por una salvaje y ruidosa turba al abordaje desde el otro navío. Nunca se convirtió la confianza tan rápidamente en desesperación, nunca un cazador fue tan rápidamente convertido en presa. Porque los españoles estaban sin esperanza. La maniobra de abordaje ejecutada tan rápidamente los había tomado de improviso en un momento de confusión. Por un momento hubo un valiente esfuerzo de los oficiales de Don Miguel para juntar hombres y enfrentar a los invasores. Pero los españoles, nunca buenos en la lucha cuerpo a cuerpo, estaban desmoralizados por los enemigos a los que se enfrentaban. Rápidamente formaban grupos que eran destrozados antes de presentar batalla; la lucha se resolvió como una serie de escaramuzas entre grupos. Y mientras esto sucedía arriba, otra horda de bucaneros se lanzaron a la cubierta principal para atacar a los cañoneros en sus puestos allí.

En la otra cubierta, hacia la que se dirigía una enorme ola de bucaneros, dirigidos por un gigante con un solo ojo, desnudo hasta la cintura, estaba Don Miguel, insensible por desesperanza y furia. Hacia arriba y hacia atrás de él en la popa, *lord* Julian y la Srta. Bishop miraban, su señoría horrorizado por esta lucha, la valiente calma de la dama finalmente conquistada por el horror, dejándola enferma y débil.

Pronto, sin embargo, la furia de esa breve lucha terminó. Vieron la bandera de Castilla bajando del palo mayor. Un bucanero lo había cortado con su machete. Los invasores estaban al mando, y los últimos grupos de españoles desarmados se juntaban como rebaños de ovejas.

De repente la Srta. Bishop se recuperó de su náusea, para inclinarse hacia delante, observando con los ojos desorbitados, mientras sus mejillas se pusieron aún más pálidas si es posible.

Buscando su camino pulcramente entre los escombros venía un hombre alto con un rostro profundamente bronceado, resguardado por un yelmo español. Estaba cubierto en pecho y espalda con un peto de acero negro, hermosamente decorado con arabescos dorados. Sobre esto, como una faja, llevaba un cinto de seda escarlata en cuyos extremos colgaban dos pistolas de plata. Pasando por el puente, cómodo y con seguridad, llegó a la cubierta, hasta que estuvo ante el almirante español. Allí saludó dura y formalmente. Una rápida y metálica voz, hablando perfecto español, llegó a los dos espectadores de popa, y aumentó el asombro admirado con el que *lord* Julian habían observado la aproximación del hombre.

—Nos encontramos finalmente, Don Miguel, —dijo—. Espero estéis satisfecho. Aunque el encuentro tal vez no sea exactamente como os lo imaginasteis, por lo menos ha sido ardientemente buscado y deseado por vos.

Sin habla, lívido el rostro, su boca en una mueca y respirando con dificultad, Don Miguel de Espinosa recibió la ironía de este hombre al que le atribuía su ruina y más aún. Luego articuló un grito de rabia, y su mano fue a su espada. Pero cuando llegó al pomo, la mano del otro se cerró sobre su muñeca para evitar el hecho.

—¡Calma, Don Miguel! —le dijo suave pero firmemente—. No invitéis a los feos extremos que vos habríais practicado si la situación hubiera sido al revés.

Por un momento se quedaron mirándose uno al otro a los ojos.

—¿Qué pretendéis hacer conmigo? —preguntó el español finalmente, su voz hueca.

El Capitán Blood se encogió de hombros. Los firmes labios sonrieron un poco.

—Lo que pretendía ya está hecho. Y aunque aumente vuestro rencor, os ruego que observéis que lo habéis provocado. Así lo tenéis, —Giró e indicó los botes, cargados con los españoles—. Vuestros botes están siendo botados. Tenéis la libertad de embarcar en ellos con vuestros hombres antes de que echemos a pique este barco. Allí están las costas de Hispaniola. Llegaréis a ellas a salvo. Y si seguís mi consejo, señor, no me cazaréis más. Creo que os traigo mala suerte. Id a vuestro hogar en España, Don Miguel, y a tareas que conocéis mejor que esta del mar.

Por un largo momento el derrotado almirante continuó mirando a su ser más odiado en silencio, luego, sin hablar, fue con sus hombres, tambaléandose como un ebrio, su inútil espada arrastrándose tras él. Su conquistador, quien ni siquiera se tomó el trabajo de desarmarlo, lo miró ir, luego giró y se enfrentó con los dos que estaban inmediatamente sobre él en la popa. *Lord Julian* podría haber observado, si hubiera estado menos ocupado con otras cosas, que el hombre pareció quedar rígido repentinamente, y que se puso pálido bajo su profundo bronceado. Por un momento se quedó mirando; luego de repente y rápidamente fue hacia los escalones. *Lord Julian* fue hacia delante para encontrarse con él.

—¿No diréis, señor, que dejaréis irse libremente a ese bribón español? —gritó.

El caballero con el peto negro pareció percatarse de su señoría por primera vez.

—¿Y quién demonios podéis ser vos? —preguntó, con un marcado acento irlandés—. ¿Y qué tenéis que ver en esto?

Su señoría entendió que la agresividad y falta de adecuada deferencia del sujeto debían ser corregidas.

—Soy *lord Julian Wade*, —anunció para ello.

Aparentemente el anuncio no provocó ninguna impresión.

—¡Lo sois, ciertamente! ¿Entonces tal vez explicaréis por qué estáis importunando en este barco? —*lord Julian* se controló para brindar la explicación deseada. Lo hizo breve e impacientemente—. Os tomó prisionero, ¿lo hizo —junto con la Srta. Bishop?

—¿Conocéis a la Srta. Bishop? —gritó *lord Julian*, pasando de sorpresa a

sorpresa.

Pero este maleducado personaje había pasado a su lado y estaba haciendo una reverencia a la dama, quien por su lado permanecía sin responder y en un punto de desprecio. Observando esto, se volvió a responder la pregunta de *lord* Julian.

—Tuve ese honor una vez, —dijo—. Pero parece que la Srta. Bishop tiene una memoria más corta.

Sus labios se torcían en una amarga sonrisa, y había dolor en los ojos azules que brillaban tan vívidamente bajo sus negras celas, dolor y burla en su voz. Pero de todo esto la Srta. Bishop percibió solamente la burla; y le molestó.

—No cuento a ladrones y piratas entre mis conocidos, Capitán Blood, —dijo ella; frente a lo que su señoría explotó con excitación.

—¡Capitán Blood!, —gritó—. ¿Sois el Capitán Blood?

—¿Quién otro suponéis?

Blood hizo la pregunta con cansancio, su mente en otra cosa.

—No cuento a ladrones y piratas entre mis conocidos. La cruel frase llenó su mente, repitiéndose y reverberando allí.

Pero *lord* Julian no iba a ser ignorado. Lo tomó por la manga con una mano, mientras con la otra indicaba entre los que se retiraban a la derrotada figura de Don Miguel.

—¿Debo entender que no vais a colgar a ese bribón español?

—¿Por qué habría de colgarlo?

—Porque es un maldito pirata, lo puedo probar, ya lo he probado.

—¡Ah! —dijo Blood, y *lord* Julian se maravilló a la instantánea dureza de un rostro que había sido tan superficial unos pocos momentos atrás—. Soy un maldito pirata, yo también; y por tanto soy clemente con mis iguales. Don Miguel se va libre.

Lord Julian tragó saliva.

—¿Después de lo que os he contado que ha hecho? ¿Después de hundir el *Royal Mary*? ¿Después de como me ha... nos ha tratado?

—No estoy al servicio de Inglaterra, ni de ninguna nación, señor. Y no me interesan los males que su bandera pueda sufrir.

Su señoría se retrajo bajo la furiosa mirada que lo traspasaba desde el duro rostro de Blood. Pero la pasión se esfumó tan rápido como había llegado. Fue con una voz tranquila que el Capitán añadió.

—Si podéis escoltar a la Srta. Bishop a mi barco, os estaré agradecido. Os ruego que os apuréis. Estamos por hundir este armazón.

Giró lentamente para irse. Pero nuevamente *lord* Julian se interpuso. Conteniendo su indignado asombro, su señoría le dijo fríamente.

—Capitán Blood, me desilusionáis. Tenía esperanzas de grandes cosas para vos.

—Idos al demonio, —dijo el Capitán Blood, girando sobre sus talones, y así

partió.

Capítulo XX

Ladrón y pirata

El Capitán Blood caminaba por la popa de su barco, solo en el crepúsculo, y en la luz de la lámpara de popa que un marinero había encendido. A su alrededor todo era paz. Las señales de la batalla se habían borrado, las cubiertas se habían limpiado, y el orden se había restituido arriba y abajo. Un grupo de hombres cantaban, sus duras naturalezas tal vez ablandadas por la calma y belleza de la noche. Eran los hombres de la guardia de babor.

El Capitán Blood no los escuchaba; no escuchaba nada salvo esas crueles palabras que lo habían definido como ladrón y pirata.

¡Ladrón y pirata!

Es un hecho extraño de la naturaleza humana que un hombre posee durante años el conocimiento de que un cierto hecho debe ser de cierta manera, y sin embargo ser sacudido al descubrir por sus propios sentidos que la realidad está en perfecta armonía con sus creencias. Cuando al comienzo, tres años atrás, en Tortuga había sido presionado para seguir el curso de un aventurero, el cual había seguido desde entonces, sabía en qué opinión *Arabella* Bishop lo tendría si sucumbía. Sólo la convicción de que ella estaba por siempre perdida para él, introduciendo así una desesperada indiferencia en su alma, había dado el impulso final para llevarlo a su rumbo de pirata.

Que se pudieran volver a encontrar no había entrado en sus cálculos, no había tenido lugar en sus sueños. Estaban, concebía, irrevocablemente y para siempre separados. Pero, a pesar de esto, a pesar incluso de estar convencido de que a ella no le importaría, había mantenido su recuerdo ante él en esos salvajes años de filibustero. Lo había usado como un freno no sólo para él mismo, sino para los que lo seguían. Nunca un bucanero había sido tan rígidamente manejado, nunca habían sido tan firmemente contenidos, nunca tan privados de los excesos de la rapiña y lujuria que eran usuales en los de su clase, que los que navegaban con el Capitán Blood. Estaba, recordaréis, estipulado en sus contratos que en estas y otras materias debían obedecer las órdenes de su dirigente. Y debido a la singular buena fortuna que habían tenido bajo sus órdenes, había sido capaz de imponer esa severa condición de disciplina desconocida antes entre bucaneros. ¿Cómo podrían no reírse de él esos hombres si les dijera que esto lo había hecho por respeto a una joven de la que se

había románticamente enamorado? ¿Cómo podrían no reírse más si agregaba que esa joven le había informado ese día que no contaba a ladrones y piratas entre sus conocidos?

¡Ladrón y pirata!

¡Como se aferraban ahora esas palabras, cómo le herían y quemaban en su mente!

No se le ocurrió, no siendo psicólogo, ni versado en las tortuosas vueltas de la mente femenina, que el hecho de que ella le hubiera dedicado esos epítetos en el mismo momento y circunstancia de su encuentro era realmente curioso. No percibió ese problema; por lo tanto no pensó en él. Si no, hubiera concluido que si en el preciso momento en que, por haberla rescatado de su cautividad, merecía su gratitud, ella se expresó con amargura, debía ser porque esa amargura era anterior a la gratitud y estaba muy cimentada. Ella había llegado a esta opinión al escuchar el camino que él había seguido. ¿Por qué? Fue lo que no se preguntó, si no algún rayo de luz podría haber iluminado su oscuridad, su terrible desaliento. Seguramente ella nunca hubiera hecho algo así si no le importara, si no hubiera sentido que lo que él hacía era un ataque personal a sí misma. Seguramente, había razonado, nada muy diferente a esto la podría haber llevado a semejante grado de amargura y burla como la que había desplegado.

Así es cómo vos razonaríais. No fue así, sin embargo, como razonó el Capitán Blood. Ciertamente, esa noche no razonó en absoluto. Su alma estaba en conflicto entre el casi sagrado amor que había llevado consigo durante esos años, y la nociva pasión que ella había ahora despertado en él. Los extremos se tocan, y al tocarse pueden por un momento quedar confusos, indistinguibles. Y los extremos de amor y odio estaban esa noche tan confusos en el alma del Capitán Blood que en su fusión crearon una monstruosa pasión.

¡Ladrón y pirata!

Eso es lo que ella pensaba, sin atenuantes, olvidando los profundos males que él había sufrido, la desesperada situación en la que se había encontrado luego de su escape de Barbados, y todo lo demás que había pasado para hacer de él lo que era. Que hubiera conducido su vida de filibustero con las manos tan limpias como era posible para un hombre comprometido en esas materias no se le había ocurrido a ella como un pensamiento caritativo para mitigar su juicio de un hombre que una vez había estimado. No tenía caridad para él, no tenía misericordia. Lo había juzgado, convicto y sentenciado en una frase. Era un ladrón y pirata a sus ojos, nada más, nada menos. ¿Qué era, entonces, ella? ¿Qué son los que no tienen caridad?, le preguntó a las estrellas.

Bueno, ella lo había formado hasta ahora, así que la dejaría que lo siguiera formando. Lo había definido ladrón y pirata. Habría que darle la razón. Se comportaría como ladrón y pirata, no más, no menos, tan sin entrañas, tan sin

remordimientos como los demás que merecían esos nombres. Olvidaría los ideales con los que había intentado guiar su curso, pondría un fin a su idiota lucha de sacar lo mejor de dos mundos. Ella le había mostrado claramente a cuál pertenecía. Le daría la razón. Ella estaba en su barco, en su poder, y él la deseaba.

Rio suavemente, mofándose, mientras se inclinaba, mirando hacia abajo al brillo fosforescente que dejaba el barco en el mar, y su propia risa le sorprendió por su nota maligna. Se detuvo de repente y se estremeció. Un llanto se le escapó, quebrando su explosión de risa. Tomó su rostro en sus manos y encontró una fría humedad en su frente.

Mientras tanto, *lord* Julian, quien conocía la parte femenina de la humanidad mucho mejor que el Capitán Blood, estaba ocupado en resolver el curioso problema que tan completamente se le había escapado al bucanero. Lo hacía, sospecho, movido por un cierto vago sentimiento de celos. La conducta de la Srta. Bishop en los peligros que habían pasado le habían hecho percibir, finalmente, que una mujer puede no tener las gracias de educada femineidad y, por esa misma falta, ser más admirable. Se preguntaba precisamente cuáles habían sido las antiguas relaciones entre ella y el Capitán Blood, y era consciente de una cierta inquietud que lo impelía a resolver el tema.

Los ojos pálidos y somnolientos de su señoría tenían, como he dicho, el hábito de observar las cosas, y su talento era tolerablemente agudo.

Se culpaba ahora por no haber observado algunas cosas antes, o, por lo menos, no haberlas estudiado más de cerca, y estaba laboriosamente conectándolas con observaciones más recientes hechas ese mismo día.

Había observado, por ejemplo, que el barco de Blood se llamaba el *Arabella*, y sabía que *Arabella* era el nombre de la Srta. Bishop. Y había observado todas las raras peculiaridades del encuentro entre el Capitán Blood y la Srta. Bishop, y los curiosos cambios que ese encuentro había provocado en ambos.

La dama había sido monstruosamente mal educada con el Capitán. Era una actitud muy tonta para que tomara una dama en sus circunstancias hacia un hombre en las de Blood; y su señoría no imaginaba a la Srta. Bishop como normalmente tonta. Sin embargo, a pesar de su rudeza, a pesar del hecho de que era la sobrina de un hombre que Blood debía considerar su enemigo, la Srta. Bishop y su señoría habían sido tratados con la máxima consideración en el barco del Capitán. Una cabina había quedado a disposición de cada uno, a las que habían trasladado sus escasas pertenencias remanentes y la doncella de la Srta. Bishop. Les dieron la libertad de la gran cabina, y se habían sentado a la mesa con Pitt, el comandante, y Wolverstone, quien era el lugarteniente de Blood, y ambos les habían mostrado la mayor cortesía. También estaba el hecho de que Blood mismo había evitado casi a propósito, interferir con ellos.

La mente de su señoría fue rápida pero cuidadosamente por estos caminos del pensamiento, observando y conectando. Habiendo agotado sus datos, decidió buscar información adicional de la Srta. Bishop. Para ello debía esperar a que se retiraran Pitt y Wolverstone. No tuvo que esperar mucho, porque mientras Pitt se levantaba de la mesa para seguir a Wolverstone, que ya se había ido, la Srta. Bishop lo detuvo con una pregunta:

—Señor Pitt, —inquirió—, ¿no fuisteis vos uno de los que escapó de Barbados con el Capitán Blood?

—Lo fui. Yo también era uno de los esclavos de vuestro tío.

—¿Y habéis estado con el Capitán Blood desde entonces? Su comandante del barco siempre, señora.

Ella asintió. Estaba muy calma y contenida, pero su señoría la notó inusualmente pálida, aunque considerando por todo lo que había pasado no era de extrañar.

—¿Alguna vez navegasteis con un francés llamado Cahusac?

—¿Cahusac? —rio Pitt. El nombre le evocaba un recuerdo ridículo—. Sí. Estuvo con nosotros en Maracaibo.

—¿Y otro francés llamado Levasseur?

Su señoría se maravilló de que recordara esos nombres.

—Sí. Cahusac fue el lugarteniente de Levasseur, hasta que murió.

—¿Hasta que quién murió? —Levasseur. Fue muerto en una de las Islas Vírgenes hace dos años.

Hubo una pausa. Luego, con una voz aún más queda que la anterior, la Srta. Bishop preguntó:

—¿Quién lo mató?

Pitt contestó prontamente. No había razón para no hacerlo, aunque encontraba intrigante el interrogatorio.

—El Capitán Blood lo mató.

—¿Por qué?

Pitt dudó. No era una historia para los oídos de una dama.

—Discutieron, —dijo brevemente.

—¿Fue por una... una dama? —la Srta. Bishop implacablemente lo persiguió.

—Podría ponerse de esa manera.

—¿Cuál era el nombre de la dama?

Las cejas de Pitt se levantaron; pero aún así contestó.

—La Srta. d'Ogeron. Era la hija del gobernador de Tortuga. Se había ido con este sujeto Levasseur, y... y Peter la salvó de sus sucias garras. Era un bandido de oscuro corazón, y merecía lo que Peter le dio.

—Ya veo. Y... ¿y aún el Capitán Blood no se ha casado con ella?

—Aún no, —rio Pitt, quien conocía el rumor general en Tortuga que decía que

Mdlle. d'Ogeron era la futura esposa del Capitán.

La Srta. Bisop asintió en silencio, y Jeremy Pitt se dirigió a la puerta, aliviado de que el interrogatorio hubiera terminado. Se detuvo en la puerta para darles una información.

—Tal vez os tranquilice saber que el Capitán ha alterado nuestro curso en vuestro provecho. Es su intención ponerlos a ambos en tierra en la costa de Jamaica, tan cerca de Port Royal como nos animemos a llegar. Ya estamos en camino, y si el viento se mantiene, pronto estaréis en vuestra casa, señorita.

—Muy considerado de su parte, —dijo su señoría, viendo que la Srta. Bishop no hacía un gesto para contestar. Con los ojos sombríos, permanecía sentada, mirando al vacío.

—Realmente, podéis decirlo, —asintió Pitt—. Está tomando riesgos que pocos tomarían en su lugar. Pero ése siempre ha sido su modo de actuar.

Salió, dejando a su señoría pensativo, esos somnolientos ojos azules de él intensamente estudiando el rostro de la Srta. Bishop; su mente cada vez más inquieta. Finalmente la Srta. Bishop lo miró y habló.

—Vuestro Cahusac os contó nada más que la verdad, parece.

—Percibí que lo estabais comprobando, —dijo su señoría—. Me pregunto precisamente por qué.

No recibiendo contestación, continuó observándola en silencio, sus largos dedos jugando con un rizo de la dorada peluca que enmarcaba su rostro.

La Srta. Bishop estaba confundida, su ceño fruncido, su melancólica mirada parecía estudiar la punta del fino mantel español que cubría la mesa. Finalmente su señoría quebró el silencio.

—Me admira, este hombre, —dijo, en su lenta, lánguida voz que parecía nunca cambiar de intensidad—. Que altere su curso por nosotros ya de por sí es un elemento de asombro; pero que tome un riesgo en nuestro beneficio —que se aventure en las aguas de Jamaica... Me admira, como he dicho.

La Srta. Bishop levantó sus ojos, y lo miró. Parecía estar muy pensativa. Luego su labio vaciló curiosamente, casi con desprecio, le pareció a él. Sus finos dedos tamborileaban la mesa.

—Lo que es todavía más admirable es que no nos retenga para un rescate, —dijo finalmente.

—Es lo que os merecéis.

—Oh, ¿y por qué si os place?

—Por haberle hablado como lo hicisteis.

—Usualmente llamo a las cosas por su nombre.

—¿Lo hacéis? ¡Que me condenen! Yo no me enorgullecería de ello. Supone o extrema juventud o extrema tontería. Su señoría, como veis, pertenecía a la escuela

filosófica de *lord* Sunderland. Añadió luego de un momento. —También lo supone la demostración de ingratitud.

Un débil color pasó por sus mejillas.

—Su señoría evidentemente está enojado conmigo. Estoy desconsolada. Espero que vuestro enojo sea más sólido que vuestra visión de la vida. Es una novedad para mí que la ingratitud sea una falta que sólo se encuentra en los jóvenes y en los tontos.

—No dije eso, señora. Había una aspereza en su tono provocada por la aspereza que ella había usado. —Si me hacéis el honor de escuchar, no me malinterpretaréis. Porque si, a diferencia de vos, no digo siempre precisamente lo que pienso, por lo menos digo lo que quiero decir. Ser desagradecido puede ser humano; pero demostrarlo es infantil.

—Yo... yo no entiendo. —Su ceño estaba fruncido—. ¿Cómo he sido desagradecida y con quién? ¿Con quién? Con el Capitán Blood. ¿Acaso no vino a rescatarnos?

—¿Lo hizo? —Su tono era helado—. No tenía noticias de que supiera de nuestra presencia en el *Milagrosa*.

Su señoría se permitió un leve gesto de impaciencia.

—Probablemente os disteis cuenta que nos rescató, —dijo—. Y viviendo, como habéis hecho, en estos salvajes lugares del mundo, difícilmente podéis ignorar que este Blood se dedica estrictamente a hacer la guerra contra los españoles. Así que llamarlo ladrón y pirata como hicisteis fue exagerar el caso contra él en un momento en que hubiera sido más prudente incluso disminuirlo.

—¿Prudente? —Su voz era burlona—. ¿Qué tengo que ver con la prudencia?

—Nada —ya veo. Pero, por lo menos, emplead generosidad. Os digo, señora, que en el lugar de Blood nunca habría sido tan amable. ¡Por favor! Cuando consideráis lo que ha sufrido en las manos de sus compatriotas, os podéis maravillar junto conmigo que se tome el trabajo de discriminar entre españoles e ingleses. ¡Ser vendido como esclavo! ¡Ugh!— Su señoría se estremeció. —¡Y a un maldito hacendado colonial!— Abruptamente se detuvo. —Os ruego me perdonéis, Srta. Bishop. Por un momento...

—Os dejasteis llevar por el calor de vuestra defensa de ese... ladrón de los mares. El desprecio de la Srta. Bishop era casi feroz.

Su señoría la miró nuevamente. Luego entornó sus grandes y pálidos ojos, y puso su cabeza un poco de costado.

—Me pregunto por qué lo odiáis tanto, —dijo suavemente.

Vio una repentina llamarada escarlata en sus mejillas, una pesada nube sobre su frente. La había puesto muy enojada, juzgó. Pero no hubo explosión. Se recuperó.

—¿Odiarlo? ¡Por Dios! ¡Qué pensamiento! No me preocupo del sujeto en absoluto.

—Pero deberíais, señora. Su señoría dijo lo que pensaba francamente. —Vale la

pena tenerlo en cuenta. Sería una adquisición para la armada real— un hombre que puede hacer lo que hizo hoy de mañana. Su servicio a las órdenes de Ruyter no se desperdició en él. Ése era un gran marino, y —¡que me condenen!— el alumno merece al maestro si soy un buen juez. Dudo que en la armada real haya alguien que se le parezca. ¡Lanzarse deliberadamente entre esos dos y así dar vuelta el juego sobre ellos! Requiere coraje, recursos, e inventiva. Y nosotros, marineros de agua dulce, no fuimos los únicos engañados por su maniobra. El almirante español no adivinó su intento hasta que fue muy tarde y Blood lo tenía en sus manos. Un gran hombre, Srta. Bishop. Un hombre que vale la pena tenerlo en cuenta.

La Srta. Bishop se sintió motivada al sarcasmo.

—Deberíais usar vuestra influencia con *lord* Sunderland para que el rey le ofrezca un nombramiento.

Su señoría rio suavemente. Por mi fe, ya está hecho. Tengo su nombramiento en mi bolsillo. Y aumentó el asombro de ella con una breve exposición de las circunstancias. Con ese asombro la dejó, y fue en busca de Blood. Pero todavía estaba intrigado. Si ella hubiera sido un poco menos vehemente en su actitud hacia Blood, su señoría hubiera estado un poco más feliz.

Encontró al Capitán Blood caminando en la cubierta del alcázar, un hombre mentalmente exhausto de luchar contra el demonio, aunque de esta particular ocupación su señoría no podía tener sospechas. Con la amigable familiaridad que estilaba, *lord* Julian deslizó un brazo bajo el del Capitán, y comenzó a pasear a su lado.

—¿Qué es esto? —le espetó Blood, cuyo estado de ánimo era fiero y crudo. Su señoría no se inmutó.

—Deseo, señor, que seamos amigos, —dijo suavemente—. ¡Eso es muy condescendiente de vuestra parte! —*lord* Julian ignoró el obvio sarcasmo.

—Es una extraña coincidencia que nos hayamos encontrado de esta manera, considerando que vine a las Indias especialmente para buscaros.

—No sois en absoluto el primero en hacer eso, —se burló el otro—. Pero han sido fundamentalmente españoles, y no han tenido vuestra suerte.

—Me malentendéis completamente, —dijo *lord* Julian. Y procedió a explicar su misión.

Cuando hubo terminado, el Capitán Blood, quien hasta ese momento había estado quieto bajo el embrujo de su asombro, se desembarazó del brazo de su señoría, y se plantó frente a él.

—Sois mi invitado sobre este barco, —dijo—, y todavía tengo algunas nociones de comportamiento decente que me quedan de otros tiempos, aunque sea ladrón y pirata. Así que no os diré lo que opino de que os animéis a traerme esta propuesta, o de *lord* Sunderland —dado que es vuestro pariente, por el descaro de mandarla. Pero

no me sorprende de que alguien que es ministro de James Stuart pueda concebir que todo hombre puede ser seducido por un soborno para traicionar a los que han confiado en él. Y apuntó con su brazo al lugar del barco de donde venía el melancólico canto de los bucaneros.

—Nuevamente me malentendéis, —gritó *lord Julian*, entre preocupación e indignación—. No es la idea. Vuestros seguidores estarán incluidos en el nombramiento.

—¿Y pensáis que irán conmigo a cazar a sus hermanos —la Hermandad de la Costa? Por mi alma, *lord Julian*, sois vos quien entiende mal. ¿No quedan nociones de honor en Inglaterra? Oh, y hay más que eso, todavía. ¿Pensáis que tomaré un nombramiento del Rey James? Os digo que no me ensuciaré las manos con eso— aunque sean las manos de un ladrón y pirata. Ladrón y pirata es lo que escuchasteis a la Srta. Bishop llamarme hoy —algo para despreciar, un marginal. ¿Y quién me hizo eso? ¿Quién me hizo ladrón y pirata?

—Si fuisteis un rebelde... —su señoría estaba comenzando.

—Debéis saber que no fui eso —ningún rebelde. Ni siquiera se pretendió que fuera así. Si fuera, podría perdonarlos. Pero ni siquiera pudieron poner ese disfraz en su locura. Oh, no; no hubo error. Fui condenado por lo que hice, ni más ni menos. Ese vampiro sanguinario Jeffreys— ¡mal rayo lo parta! —me sentenció a muerte, y su valioso patrón James Stuart luego me envió como esclavo, porque había llevado a cabo un acto de piedad; porque con compasión y sin pensamiento de credo o política había intentado aliviar los sufrimientos de una criatura humana; porque había curado las heridas de un hombre sentenciado por traición. Esta fue toda mi ofensa. Lo encontraréis en los registros. Y por eso fui vendido como esclavo: porque por la ley de Inglaterra, administrada por James Stuart violando las leyes de Dios, quien alberga o conforta a un rebelde es también culpable de rebelión. ¿Podéis soñar, hombre, lo que es ser un esclavo?

Se detuvo de repente en la misma cima de su pasión. Por un momento estuvo en silencio, luego se la sacó de encima como si hubiera sido una capa. Su voz descendió nuevamente. Rio con cansancio y desprecio.

—¡Pero mirad! Me enfurezco por nada. Me explico, creo, y sabe Dios que no es mi costumbre. Os agradezco, *lord Julian*, por vuestras amables intenciones. Estoy agradecido. Pero tal vez entenderéis. Me parece que lo haréis.

Lord Julian permanecía quieto. Estaba profundamente conmovido por las palabras del otro, el apasionado, elocuente estallido que en pocos agudos, claramente definidos trazos había presentado de forma tan convincente el amargo caso del hombre contra la humanidad, su completa apología y justificación por todo lo que se le podía achacar. Su señoría miró a ese franco, intrépido rostro brillando en la luz de la gran linterna de popa y sus ojos se turbaron. Estaba avergonzado.

Suspiró profundamente.

—Una pena, —dijo lentamente—. ¡Oh, que me condenen, una maldita pena! —
Extendió su mano, provocado por un repentino y generoso impulso—. ¡Pero sin
ofensas entre nosotros, Capitán Blood!

—Oh, sin ofensas. Pero... soy un ladrón y un pirata. Rio sin alegría, y sin
estrechar la mano extendida, giró sobre sus talones.

Lord Julian se quedó un momento mirando la alta figura que se movía yéndose.
Luego dejando que sus brazos colgaran a sus lados, derrotado, partió.

Justo en la puerta del corredor que llevaba a la cabina, se encontró con la Srta.
Bishop. Pero ella no salía, porque su espalda estaba hacia él, y se movía en su misma
dirección. La siguió, su mente demasiado llena del Capitán Blood para ocuparse justo
en ese momento de sus movimientos.

En la cabina, se dejó caer en una silla, y explotó, con una violencia totalmente
ajena a su naturaleza.

—Que me condenen si alguna vez he encontrado a un hombre que me caiga
mejor, o incluso un hombre que me caiga igual de bien. Y sin embargo, nada se puede
hacer con él.

—Eso escuché, —admitió ella con una voz muy baja. Estaba muy blanca, y
mantenía su vista en sus manos enlazadas.

Él levantó la vista sorprendido, y luego se sentó observándola con una mirada
melancólica.

—Me pregunto, ahora, —dijo de repente—, si el daño es vuestra culpa. Vuestras
palabras le han causado encono. Me las lanzó una y otra vez. No tomará el
nombramiento del rey, no quiso ni siquiera tomar mi mano. ¿Qué se puede hacer con
alguien así? Terminará colgado de un palo mayor, con su suerte. Y el loco quijotesco
está corriendo al peligro en este momento en nuestro beneficio.

—¿Cómo? —le preguntó ella con un repentino interés.

—¿Cómo? ¿Habéis olvidado que está navegando hacia Jamaica, y que Jamaica es
el centro de la flota inglesa? Ciertamente que vuestro tío la comanda...

Ella se inclinó sobre la mesa para interrumpirlo, y él observó que su respiración
era trabajosa, que sus ojos se dilataban con alarma.

—¡Pero no hay esperanza para él en eso! —gritó—. ¡Oh, no os imagináis! ¡No
tiene un peor enemigo en el mundo! Mi tío es un hombre duro y rencoroso. Creo que
fue sólo por la esperanza de capturar y colgar al Capitán Blood que mi tío dejó
Barbados y aceptó la gobernación de Jamaica. El Capitán Blood no sabe eso, por
supuesto... —Se detuvo con un pequeño gesto de impotencia.

—No creo que hiciera la menor diferencia si lo supiera, —dijo su señoría
gravemente—. Un hombre que puede perdonar a un enemigo como Don Miguel y
tomar esta firme actitud conmigo no puede ser juzgado con las reglas ordinarias. Es

caballeresco al punto de idiotez.

—Y sin embargo ha sido lo que ha sido y ha hecho lo que ha hecho en estos tres años, —dijo ella, pero lo dijo con pesar ahora, sin el anterior desprecio.

Lord Julian fue sentencioso, como creo que lo era normalmente. —La vida puede ser infernalmente compleja—, suspiró.

Capítulo XXI

Las órdenes del Rey James

La Srta. *Arabella* Bishop se despertó muy temprano la siguiente mañana por la voz de bronce de un abalorio y el insistente retintín de una campana en la torre del barco. Mientras yacía despierta, mirando perezosamente las verdes ondas del agua que pasaban por el ojo de buey, se fue dando cuenta de a poco de los sonidos de rápido y laborioso tumulto, los pasos de muchos pies, los gritos de voces ásperas, y el persistente paso de pesados cuerpos en la sala de armas. Concibiendo que estos ruidos suponían una actividad mayor a la normal, se sentó, invadida por una vaga alarma, y levantó a su aún adormilada doncella.

En su cabina de babor *lord* Julian, preocupado por los mismos sonidos, estaba ya despierto y vistiéndose apresuradamente. Cuando salió a la cubierta de popa, se encontró mirando a una montaña de lino. Cada pie de velas que el *Arabella* podía llevar había sido izado para captar la briza de la mañana. Hacia delante y a cada lado se extendía la infinita inmensidad del océano, brillando dorado en el sol, y sin embargo no había más que medio disco de llamas en el horizonte delante de ellos.

Por encima de donde se encontraba, donde la noche anterior todo estaba tan en calma, había una frenética actividad de unos sesenta hombres. Por la barandilla, inmediatamente arriba y atrás de *lord* Julian, estaba el Capitán Blood discutiendo con un gigante de un solo ojo, cuya cabeza estaba envuelta en un pañuelo de algodón rojo y cuya camisa azul colgaba abierta en la cintura. Cuando su señoría, moviéndose hacia delante, se mostró a ellos, sus voces cesaron, y Blood se dio vuelta para saludarlo.

—Buenos días, —le dijo, y añadió enseguida—: He cometido una torpeza inmensa. Debiera haber sabido que no me podía acercar a Jamaica de noche. Pero estaba apurado por dejaros en tierra. Venid acá arriba. Tengo algo para mostraros.

Curioso, *lord* Julian montó a donde se le invitaba. Parado al lado del Capitán Blood miró hacia la popa, siguiendo la indicación de la mano del Capitán, y gritó de asombro. Allí, a no más de tres millas, había tierra, una muralla de vívido verde que llenaba el horizonte al oeste. Y un par de millas hacia ellos, tras ellos, venían rápidamente tres grandes barcos blancos.

—No llevan bandera, pero son parte de la flota de Jamaica. Blood habló sin excitación, casi con una cierta indiferencia. —Cuando amaneció nos encontramos

corriendo a encontrarnos con ellos.

Cambiamos la ruta, y ha sido una carrera desde entonces. Pero el *Arabella* ha estado en el mar por cuatro meses, y su fondo no está preparado para la velocidad que necesitamos.

Wolverstone colocó sus pulgares en su ancho cinturón de cuero, y desde su gran altura miró sardónicamente a *lord Julian*, aunque su señoría también era un hombre alto.

—Así que parece que estaréis en otra lucha en el mar antes de haber terminado con los barcos, mi señor.

—Ese es un punto que todavía estamos discutiendo, —dijo Blood—. Porque yo sostengo que no estamos en condiciones de luchar en estas circunstancias.

—¡Malditas las circunstancias! —Wolverstone sacó hacia delante su fuerte quijada—. Estamos acostumbrados a circunstancias. Las circunstancias eran peores en Maracaibo; y sin embargo ganamos, y tomamos tres barcos. También eran peores ayer cuando nos encontramos con Don Miguel.

—Sí —pero esos eran españoles.

—¿Y qué mejor son éstos? —¿Temes a un gordinfón hacendado de Barbados? ¿Qué tienes Peter? No te he visto asustando antes.

Un disparo de cañón sonó tras ellos.

—Esa debe ser la señal para detenerse, —dijo Blood, con la misma indiferente voz, y suspiró. Wolverstone se plantó desafiante ante su capitán.

—Veré al Coronel Bishop en el infierno antes de detenerme por él. Y escupió, presumiblemente para dar mayor énfasis.

Su señoría intervino.

—Oh, pero —con vuestro permiso— seguramente nada se debe temer del Coronel Bishoo. Considerando el servicio que le habéis brindado a su sobrina y a mí...

La ruda risa de Wolverstone lo interrumpió. —¡Saludos al caballero!— se burló. —No conocéis al Coronel Bishop, eso está claro. Ni por su sobrina, ni por su hija, ni por su propia madre perdonaría la sangre que piensa que se le debe. Un bebedor de sangre, eso es lo que es. Una desagradable bestia. Nosotros lo sabemos, el Capitán y yo. Hemos sido sus esclavos.

—Pero estoy yo, —dijo *lord Julian*, con gran dignidad.

Wolverstone rio nuevamente, y la sangre fluyó al rostro de su señoría. Lo provocó a levantar su voz por encima de su usual lánguido nivel.

—Os aseguro que mi palabra cuenta para algo en Inglaterra.

—Oh, sí —en Inglaterra. Pero esto no es Inglaterra, maldita sea.

Llegó el rugido de un segundo cañón, y un disparo redondo golpeó el agua a menos de la mitad de un cable hacia la popa. Blood se inclinó sobre la barandilla para

hablar con el joven rubio inmediatamente bajo él al lado del timonel.

—Ordénales que arrien velas, Jeremy, —dijo quedamente—. Nos detenemos.

Pero Wolverstone se interpuso nuevamente.

—¡Espera un momento, Jeremy! —rugió—. ¡Espera! —Se dio vuelta nuevamente para enfrentar al Capitán, quien había colocado una mano en su hombro y sonreía, un poco pensativo.

—¡Tranquilo, viejo lobo! ¡Tranquilo! —lo reprimió el Capitán Blood.

—Tranquilo tú, Peter. ¡Te has vuelto loco! ¿Nos condenarás a todos al infierno por ternura hacia ese frío pedazo de mujer?

—¡Basta! —gritó Blood con súbita furia.

Pero Wolverstone no quería parar. —Es la verdad, tú tonto. Son esas malditas enaguas que te están convirtiendo en un cobarde. Es por ella que tienes temor— y ella, ¡es la sobrina del Coronel Bishop! Por Dios, hombre, tendrás un motín abordo, y lo dirigiré yo antes de rendirme para ser ahorcado en Port Royal.

Sus miradas se encontraron, huraño desafío enfrentando furia sorda, sorpresa y dolor.

—No es asunto de rendirse —dijo Blood—, para ningún hombre a bordo salvo yo mismo. Si Bishop puede reportar a Inglaterra que me ha apresado y ahorcado, será muy bueno para él y al mismo tiempo gratificará su rencor personal contra mí. Esto lo satisfará. Le mandaré un mensaje ofreciendo rendirme sobre este barco, llevando a la Srta. Bishop y a *lord* Julian conmigo, pero solamente con la condición de que el *Arabella* pueda seguir sin ser atacado. Es un trato que aceptará, si lo conozco algo.

—Es un trato que nunca se le ofrecerá, —retrucó Wolverstone, y su anterior vehemencia era nada frente a la de ahora—. ¡Seguramente estás demente de solo pensarlo, Peter!

—No tan demente como tú cuando hablas de luchar contra eso. Extendió un brazo mientras hablaba para indicar los barcos que los perseguían, que venían acercándose lenta pero sostenidamente. —Antes de navegar media milla estaremos a su alcance.

Wolverstone juró elaboradamente, luego de repente se detuvo. Por el rabillo de su único ojo había espiado una elegante figura de seda gris que ascendía hacia donde se encontraban. Tan absortos habían estado que no habían visto a la Srta. Bishop salir por la puerta del corredor que llevaba a las cabinas. Y había algo más que esos tres hombres en la popa, y Pitt inmediatamente abajo de ellos, habían fallado de observar. Unos momentos atrás Ogle, seguido por la mayor parte de su gente de la cubierta de los cañones, había emergido de la escotilla, para comenzar una fuerte discusión con los otros que, abandonando sus tareas, se le estaban juntando.

Incluso ahora Blood no tuvo ojos para ello. Giró para mirar a la Srta. Bishop, maravillándose un poco, después de cómo lo había evitado el día anterior, que ahora se aventurara en el alcázar. Su presencia en ese momento, y considerando la

naturaleza de su altercado con Wolverstone, era embarazosa.

Muy dulce y suave se encontraba ante él con su vestimenta gris brillante, una leve excitación coloreaba sus mejillas y hacía brillar sus ojos color almendra, que miraban tan franca y honestamente. No llevaba sombrero, y los rizos de su cabello marrón dorado bailaban distraidamente en la brisa matinal.

El Capitán Blood se desubrió la cabeza y se inclinó silenciosamente con un salido que ella devolvió compuesta y formalmente.

—¿Qué está pasando, *lord* Julian? —inquirió.

Como para contestarle, un tercer cañón habló desde los barcos hacia los que ella miraba atenta y sorprendida. Un frunce se produjo en su frente. Miró uno a uno a los hombres allí parados tan malhumorados y obviamente incómodos.

—Son barcos de la flota de Jamaica, —su señoría le contestó.

En cualquier caso debía haber sido una explicación suficiente. Pero antes de que pudiera agregarse nada, su atención finalmente fue dirigida a Ogle, quien venía subiendo la ancha escalera, y a los hombres que quedaban tras él, en los que, instintivamente, notaron una vaga amenaza.

A la cabeza de sus compañeros, Ogle encontró su camino cortado por Blood, quien lo confrontó, con una súbita severidad en su rostro y en cada una de sus líneas.

—¿Qué es esto? —preguntó el Capitán ásperamente—. Tu puesto en la cubierta de los cañones. ¿Por qué lo has dejado?

Así desafiado, la obvia agresividad se borró de las facciones de Ogle, sofocada por el antiguo hábito de la obediencia y el natural dominio que era el secreto del mando del Capitán sobre sus salvajes seguidores. Pero no frenó la intención del cañonero. Si hizo algo, incrementó su excitación.

—Capitán, —dijo, y mientras hablaba apuntaba a los barcos que los perseguían—. El Coronel Bishop nos tiene en sus manos. No podemos huir ni luchar.

La altura de Blood pareció aumentar, como lo hizo su severidad.

—Ogle, —dijo, con una voz fría y aguda como el acero—, tu puesto es en la cubierta de los cañones. Volverás allí enseguida, y lleva tu tripulación contigo, o si no...

Pero Ogle, violento en su semblante y en sus gestos, lo interrumpió.

—Las amenazas no servirán, Capitán.

—¿No lo harán?

Era la primera vez en su carrera de bucanero que una orden suya no era acatada, y que un hombre faltaba a la obediencia que le hacía jurar a todos los que se le unían. Que esta insubordinación procediera de uno de los hombres en los que más confiaba, uno de sus antiguos asociados de Barbados, era muy amargo, y lo hizo renuente a hacer lo que su instinto le decía que debía hacerse. Su mano se cerró sobre una de las pistolas que llevaba.

—Tampoco eso te servirá, —Ogle le avisó, todavía más fieramente—. Los hombres piensan como yo, y seguirán el camino que quieren.

—¿Y cuál puede ser ese camino?

—El camino para salvarnos. No nos hundiremos ni nos colgarán mientras podamos evitarlo.

De las tres o cuatro veintenas de hombres que se habían juntado abajo de la escalera vino un murmullo de aprobación. La mirada del Capitán Blood se paseó por esos resueltos sujetos, de fiera mirada, luego volvió a descansar en Ogle. Había allí claramente una vaga amenaza, un espíritu de motín que no podía entender. —Vienes a darme un consejo, entonces, ¿es así?— preguntó, sin disminuir en nada su severidad.

—Eso es, Capitán; un consejo. Esa joven, allí. Extendió un brazo desnudo para apuntar a ella. —La joven Bishop; la sobrina del gobernador de Jamaica... La queremos como rehén por nuestra seguridad.

—¡Sí! —rugieron en coro los bucaneros abajo, y uno o dos de ellos elaboraron esa afirmación.

Como un relámpago del Capitán Blood vio lo que había en sus mentes. Y aunque no perdió nada de su compostura severa exterior, el miedo invadió su corazón.

—¿Y cómo, —preguntó—, imaginas que la Srta. Bishop sería ese rehén?

—Es por la providencia que la tenemos abordo; por la providencia. Mándale, Capitán, una señal para que manden un bote y se aseguren que la señorita está acá. Luego les dejas saber que si intentan detenernos en nuestra salida de acá, primero la colgaremos y luego lucharemos. Eso tal vez enfriará al Coronel Bishop.

—Y tal vez no. Lenta y burlona vino la voz de Wolverstone para contestar a la confiada animación del otro, y mientras hablaba se puso al lado de Blood, un aliado inesperado. —Alguno de esos tontos puede creer ese cuento. Indicó con un dedo despectivo a los hombres en cubierta, cuyo número aumentaba continuamente por la llegada de otros del castillo de proa—. Aunque tal vez otros sepan mejor, porque todavía unos pocos estuvieron en Barbados con nosotros, y conocen como yo y como tú al Coronel Bishop. Si estás contando con tocar las fibras del corazón de Bishop, eres un tonto más grande, Ogle, de lo que siempre pensé que eras con cualquier cosa menos con tus cañones. No hay nada que hacer por ese lado salvo que quieras estar seguro de que nos hundan. Aunque tuviéramos un cargamento entero de sobrinas de Bishop, no lo harían detenerse. Tal como le estuve diciendo a su señoría aquí, quien pensó como tú que teniendo a la Srta. Bishop abordo nos pondría a salvo, ni por su madre dejaría ese sucio negrero escapar lo que se le debe. Y si no fueras un tonto, Ogle, no precisarías que te dijera esto. Tenemos que luchar, mis muchachos...

—¿Cómo podemos luchar, hombre? —le rugió Ogle, furiosamente luchando contra la convicción que el argumento de Wolverstone iba generando en los que lo

escuchaban—. Puedes estar en lo cierto, y puedes estar equivocado. Tenemos una oportunidad. Es nuestra única oportunidad...

El resto de sus palabras se ahogaron en los gritos insistiendo que la joven les fuera entregada como rehén. Y luego más fuerte que antes rugió un cañón hacia sotavento, y cerca de la viga de estribor vieron la lluvia provocada por el disparo, que había sido muy cerca.

—Están a distancia de tiro, —gritó Ogle. E inclinándose por la barandilla—. ¡Bajad el timón! —comandó.

Pitt, en su puesto al lado del timonel, giró intrépidamente a enfrentar al agitado cañonero. —¿Desde cuando das órdenes en la cubierta principal, Ogle? Yo tomo mis órdenes del Capitán—. Tomarás esta orden de mí, o, por Dios, tú...

—¡Espera! —le pidió Blood, interrumpiendo, y puso una mano sobre su barzo para refrenarlo—. Creo que hay un mejor camino.

Miró por encima de su hombro, hacia la popa, a los barcos que avanzaban, el primero ahora a menos de un cuarto de milla de distancia. Su mirada pasó por encima de la Srta. Bishop y *lord* Julian parados uno al lado del otro algunos pasos atrás de él. La vio pálida y tensa, con los labios entreabiertos y ojos asustados fijos en él, un testigo angustiado de esta decisión sobre su destino. El Capitán pensaba rápidamente, pesando la posibilidad de si descargando su pistola en Ogle provocaría un motín. Que algunos hombres no apoyarían, no había duda. Pero no estaba menos seguro de que la mayoría se opondrían a él, a pesar de todo lo que pudiera hacer, jugando su única oportunidad de retener a la Srta. Bishop como rehén. Y si lo hacían, de una forma o de otra, la Srta. Bishop estaría perdida. Porque incluso si Bishop aceptaba sus demandas, la retendrían como rehén.

Mientras tanto Ogle se ponía impaciente. Su brazo seguía apretado por Blood, y se enfrentó al Capitán.

—¿Qué mejor camino? —preguntó—. No hay ninguno mejor. No cambiaré de opinión por lo que dijo Wolverstone. Puede tener razón, y puede que no. Lo probaremos. Es nuestra única oportunidad, he dicho, y debemos tomarla.

El mejor camino que había en la mente del Capitán era el que le había propuesto ya a Wolverstone. Si los hombres que había juntado Ogle tendrían o no un punto de vista diferente al de Wolverstone, no lo sabía. Pero veía ahora claramente que si consentían, no por eso dejarían de lado su intención en relación a la Srta. Bishop; harían de la rendición de Blood meramente una carta adicional para este juego contra el gobernador de Jamaica.

—Es por ella que estamos en esta trampa, —siguió Ogle—. Por ella y por ti. Fue para traerla a Jamaica que pusiste en peligro nuestras vidas, y no vamos a perder nuestras vidas mientras haya una oportunidad de salvarnos a través de ella.

Estaba volviéndose nuevamente al timonel abajo, cuando el puño de Blood se

hizo más fuerte en su brazo. Ogle se desprendió de él con un juramento. Pero Blood había tomado su decisión. Había encontrado el único camino, y aunque le resultaba repelente, debía tomarlo.

—Esa es una oportunidad desesperada, —gritó—. Mi camino es el fácil y seguro. ¡Espera! —Se inclinó sobre la barandilla—. ¡Baja el timón! —le ordenó a Pitt—. Y manda una señal de que manden un bote.

Un silencio de asombro cayó sobre el barco —de asombro y sospecha frente a este repentino consentimiento. Pero Pitt, aunque lo compartía, fue rápido para obedecer. Su voz sonó, dando las órdenes necesarias, y luego de un instante de pausa, una veintena de manos las ejecutaron. Hubo ruido de maderas y las velas al girar, y el Capitán Blood se volvió y le pidió a *lord* Julian que se acercara. Su señoría, luego de una momentánea duda, avanzó con sorpresa y desconfianza— una desconfianza compartida por la Srta. Bishop, quien, como su señoría y todos los demás abordo, aunque de diferente manera, habían sido sorprendidos por la repentina sumisión de Blood a la demanda de detenerse.

De pie ahora, con *lord* Julian a su lado, el Capitán Blood se explicó.

Breve y claramente anunció a todos el objeto del viaje de *lord* Julian al Caribe, y les informó la oferta que *lord* Julian le había hecho.

—Esa oferta la rechacé, como su señoría os podrá decir, considerándome ofendido por ella. Los de vosotros que habéis sufrido bajo el reinado del Rey James me entenderéis. Pero ahora en la desesperada situación en que nos encontramos —enfrentados a unas fuerzas mucho mayores a las nuestras, como ha dicho Ogle— estoy dispuesto a tomar el camino de Morgan: a aceptar el nombramiento del Rey y resguardarnos todos tras él.

Fue un trueno que por un momento los dejó anonadados. Luego fue Babel. La mayor parte de ellos le dieron la bienvenida a la idea como sólo hombres que están prontos a morir pueden dar la bienvenida a una nueva posibilidad de vida. Pero muchos de ellos no querían opinar hasta que se les respondieran algunas preguntas, y básicamente una que fue hecha por Ogle.

—¿Respetará Bishop el nombramiento?

Fue *lord* Julian quien contestó.

—Será muy malo para él sin intenta desconocer la autoridad del rey. Y aunque él lo intente, estad seguros que sus propios oficiales no se animarán a hacer otra cosa que oponerse a él.

—Sí, —dijo Ogle—, eso es cierto.

Pero algunos todavía estaban abierta y francamente en contra. Uno de ellos era Wolverstone, quien al momento proclamó su hostilidad.

—Me pudriré en el infierno si alguna vez sirvo al rey, —rugió con gran furia. Pero Blood lo tranquilizó y a los que pensaban como él.

—Ningún hombre que no quiera me debe seguir en el servicio del rey. Esa no es la propuesta. La propuesta es que yo acepte este servicio con los que me quieran seguir. No penséis que lo acepto con gusto. Por mi lado, soy enteramente de la opinión de Wolverstone. La acepto como el único camino para salvarnos a todos de la segura destrucción a la que mis propios actos nos han traído. E incluso los que no quieran seguirme compartirán la inmunidad de todos, y luego serán libres de partir. Esos son los términos bajo los que me vendo al rey. Dejad que *lord* Julian, el representante de la Secretaría de Estado, diga si los acepta.

Rápido, ansioso, y claro vino el consentimiento de su señoría. Y prácticamente ese fue el fin del tema. *Lord* Julian, ahora el blanco de bromas de buen humor y aclamaciones, salió hacia su cabina en busca del contrato, secretamente regocijándose por las vueltas de los eventos que le habían permitido terminar tan bien su encargo.

Mientras tanto se le hicieron señas a los barcos de Jamaica para que mandaran un bote, y los hombres en cubierta se dispersaron y fueron ruidosamente a mirar a los grandes navíos que corrían hacia ellos.

Cuando Ogle dejó el alcázar, Blood se dio vuelta, y quedó frente a la Srta. Bishop. Lo había estado observando con ojos brillantes, pero a la vista de su abtida expresión, y la profunda arruga en su frente, su propia expresión cambió. Se acercó a él con una indecisión totalmente inusual en ella. Puso una mano levemente sobre su brazo.

—Habéis elegido sabiamente, señor, —le dijo—, aunque contra vuestras inclinaciones. El Capitán miró con ojos sombríos a la causante de ese sacrificio.

—Os lo debía o pensé que era sí, —dijo.

Ella no entendió.

—Vuestra resolución me evitó un terrible peligro, —admitió. Y se estremeció al recordarlo—. Pero no entiendo por qué dudasteis cuando primero se os propuso. Es un servicio honorable.

—¿El del Rey James? —se burló él.

—El de Inglaterra, —lo corrigió al responder—. El país lo es todo, señor; el soberano nada. El Rey James pasará; otros vendrán y pasarán, Inglaterra permanece, para ser honorablemente servida por sus hijos, cualquiera sea el rencor que tengan hacia el hombre que la gobierna en su momento.

Él mostro cierta sorpresa. Luego sonrió un poco.

—Aguda defensa, —aprobó—. Debíais haber hablado a mi tripulación.

Y luego, con la nota de ironía profundizándose en su voz. ¿Suponéis ahora que este honorable servicio pueda redimir a uno que era un ladrón y un pirata?

Su mirada cayó. Su voz tembló un poco al responder.

—Si él... necesita redención. Tal vez... tal vez haya sido juzgado demasiado severamente.

Los ojos azules lanzaron un destello, y los firmes labios ablandaron un poco su expresión.

—Bueno... si pensáis eso, —dijo, observándola, con una extraña ansiedad en su mirada—, la vida puede tener sus motivos, después de todo, e incluso el servicio del Rey James se puede volver tolerable.

Mirando más allá de ella, a través del agua, observó un bote que salía de uno de los grandes barcos, el cual, detenido ahora, se hamacaba suavemente a unas trescientas yardas de distancia. Abruptamente sus modos cambiaron. Era como alguien que se recobra, que toma nuevamente posesión de sí mismo.

—Si vais abajo, y tomáis vuestro equipaje y a vuestra doncella, rápidamente podréis ir a uno de los barcos de la flota. Indicó al bote mientras hablaba.

Ella se alejó, y luego con Wolverstone, inclinándose sobre la barandilla, miró cómo se aproximaba el bote, tripulado por una docena de marineros, y comandado por una figura escarlata sentada rígidamente. Dirigió el telescopio hacia esa figura.

—No será el mismo Bishop, —dijo Wolverstone, entre pregunta y aseveración.

—No. Blood cerró el telescopio. —No sé quién es.

—¡Ha! —Wolverstone lanzó una risa de desprecio—. A pesar de toda su ansiedad, Bishop seguramente no tiene deseos de venir él mismo. Ha estado abordo de este armazón antes, y lo hicimos nadar esa vez. Así que manda un mensajero.

El mensajero probó ser un oficial llamado Calverley, un vigoroso, autosuficiente sujeto, comparativamente recién llegado de Inglaterra, cuyos modos indicaron claramente que venía muy bien instruido por el Coronel Bishop sobre cómo manejar a piratas.

Su actitud, cuando desembarcó en el *Arabella*, era arrogante, agresiva y desdenosa.

Blood, con el nombramiento del rey ahora en su bolsillo, y *lord* Julian de pie a su lado, esperaban para recibirlo, y el Capitán Calverley se sorprendió un poco al encontrarse confrontado por dos hombres tan diferentes en su aspecto de lo que él esperaba. Pero no perdió su arrogante postura, y apenas dirigió una mirada al grupo de fieros sujetos, semidesnudos, que formaban un semicírculo en el fondo.

—Tened buenos días, señor, —Blood lo saludó agradablemente—. Tengo el honor de daros la bienvenida a bordo del *Arabella*. Mi nombre es Blood, Capitán Blood, a vuestro servicio. Tal vez habéis oído hablar de mí.

El Capitán Calverley observaba asombrado. Las airosas maneras de este redomado bucanero difícilmente eran lo que esperaba de un sujeto desesperado, obligado a una humillante rendición. Una leve, agria sonrisa quebró los labios del oficial.

—Iréis a la prisión, sin duda, —dijo con desprecio—. Supongo que es la costumbre de los vuestros. Mientras tanto es vuestra capitulación la que exijo,

hombre, no vuestro descaro.

EL Capitán Blood se hizo el sorprendido, dolorido. Buscó apoyo en *lord* Julian.

—¿Habéis oído eso? ¿Y habéis oído alguna vez algo así? ¿Qué os dije? Ya veis, el pobre caballero están totalmente equivocado. Tal vez se eviten huesos rotos si su señoría le explica exactamente quién soy yo.

Lord Julian avanzó un paso y saludó superficialmente y con un cierto desprecio a ese despreciativo pero ahora aturdido oficial. Pitt, quien miraba la escena desde la barandilla del alcázar, nos cuenta que su señoría estaba tan grave como un verdugo en un cadalso. Pero sospecho que esa gravedad era una máscara bajo la cual *Lor* Julian se estaba secretamente regocijando.

—Tengo el honor de informaros, señor, —dijo rígidamente—, que el Capitán Blood tiene un nombramiento en el servicio del Rey, con el sello de *lord* Sunderland, el Secretario de Estado de Su Majestad.

El rostro del Capitán Calverley se puso púrpura, sus ojos se revolvieron, Los bucaneros en el fondo conversaban y juraban entre ellos divirtiéndose con la comedia. Por un largo momento Calverley miró en silencio a su señoría, observando la costosa elegancia de sus ropas, su aire de calmada seguridad, y su frío, fastidioso discurso, todo lo que tenía claramente el sello del gran mundo al que pertenecía.

—¿Y quién diablos sois vos? —explotó finalmente.

Aún más frío y más distante que nunca se puso la voz de su señoría.

—No sois muy educado, señor, como ya he notado. Mi nombre es Wade —*lord* Julian Wade. Soy el enviado de Su Majestad en estas tierras bárbaras, y el más próximo pariente de *lord* Sunderlanda. El Coronel Bishop ha sido notificado de mi llegada.

El brusco cambio en la actitud de Calverley a la mención del nombre de *lord* Julian mostró que la notificación había llegado, y que él la conocía.

—Yo... yo creo que sí, —dijo Calverley, entre duda y sospecha—. Es decir: ha sido notificado de la llegada de *lord* Julian Wade. Pero... pero... ¿abordo de este barco...? —El oficial hizo un gesto de impotencia, y cediendo a su asombro, abruptamente quedó en silencio.

—Venía en el *Royal Mary*...

—Eso fue lo que nos avisaron.

—Pero el *Royal Mary* cayó víctima de un corsario español, y nunca habría llegado si no fuera por la gallardía del Capitán Blood, quien me rescató.

La luz iluminó la mente de Calverley.

—Ya veo. Ya entiendo.

—Me tomo la libertad de dudarle. El tono de su señoría no perdió nada de su aspereza. —Pero eso puede esperar. Si el Capitán Blood os muestra su nombramiento, tal vez eso termine con vuestras dudas, y podamos seguir adelante.

Estaré contento de llegar a Port Royal.

El Capitán Blood colocó un pergamino bajo los ojos de Calverley. El oficial lo examinó, particularmente los sellos y la firma. Dio un paso atrás, un desconcertado, impotente hombre. Asintió impotente.

—Debo volver con el Coronel Bishop para recibir órdenes, —les informó.

En ese momento se abrió un hueco entre los hombres, y a través de él apareció la Srta. Bishop seguida por su doncella. Sobre su hombro el Capitán Blood la observó acercarse.

—Tal vez, como el Coronel Bishop está con vos, llevaréis a su sobrina con él. La srta. Bishop estaba abordo del *Royal Mary* también, y la recaté junto con su señoría. Ella podrá darle a su tíolos detalles de ello y del presente estado de las cosas.

Llevado así de sorpresa en sorpresa, el Capitán Calverley no pudo hcer otra cosa que asentir nuevamente.

—Mientras que yo, —dijo *lord* Julian, con la intención de hacer la partida de la Srta. Bishop libre de toda interferencia de parte de los bucaneros—, permaneceré a bordo del *Arabella* hasta que lleguemos a Port Royal. Mis saludos al Coronel Bishop. Decidel que estoy ansioso de conocerlo allí.

Capítulo XXII

Hostilidades

En el gran puerto de Port royal, suficientemente espacioso como para dar muelle a todos los barcos de las marinas del mundo, el *Arabella* estaba anclado. Tenía casi el aire de un prisionero, porque un cuarto de milla adelante, hacia estribor, se elevaba la única y maciza torre del fuerte, mientras que hacia popa, a una distancia de un par de cables, y a babor, se encontraban los seis navíos de guerra del escuadrón de Jamaica.

En ángulo recto con su quilla, a través del puerto, se encontraban los bajos edificios blancos de esa imponente ciudad que llegaba casi al borde del agua. Por detrás de ellos, los rojos techos se elevaban como terrazas, marcando la suave ondulación sobre la que se había construido la ciudad, dominada aquí por una torreta, allí por un capitel, y detrás nuevamente las verdes colinas con un fondo de cielo como una cúspide de acero pulido.

En un diván de caña, colocado para él en la cubierta del alcázar, a resguardo del lacerante sol por un improvisado toldo hecho con una vela, estaba tendido Peter Blood, con una copia de las Odas de Horacio encuadrada en cuero, olvidada en sus manos.

De inmediatamente debajo de él venía el ruido de los trapos y el gorgoteo del agua en los baldes, porque era temprano en la mañana y, bajo las directivas de Hayton, el barco estaba siendo limpiado. A pesar del calor y del aire sofocante, uno de los trabajadores tenía aliento para tararear una tonada bucanera:

*Saltamos a su cubierta.
Y entramos a sangre y fuego.
La echamos a pique luego.
En la mar grande y desierta.
¡Venid, que estamos alerta!*

Blood suspiró y el fantasma de una sonrisa jugó sobre su delgado y bronceado rostro. Luego las negras cejas se juntaron sobre los vívidos ojos azules, y el pensamiento lo alejó de lo que lo rodeaba.

Las cosas no habían marchado del todo bien con él en las pasadas dos semanas, desde que aceptara el nombramiento del Rey. Había habido problemas con Bishop

desde el momento de su desembarco. Cuando Blood y *lord* Julian habían bajado a la orilla juntos, habían sido recibidos por un hombre que no se tomó el trabajo de disimular su desagrado con el desarrollo de los eventos y su determinación de cambiarlo. Los esperaba en el muelle, apoyado por un grupo de oficiales.

—Entiendo que sois *lord* Julian Wade —fue su agresivo saludo. Para Blood por el momento sólo tuvo una maligna mirada.

Lord Julian inclinó su cabeza.

—Creo que tengo el honor de dirigirme al Coronel Bishop, Gobernador delegado de Jamaica. Fue casi como si su señoría le estuviera dando al Coronel una lección de comportamiento. El Coronel la aceptó, y tardíamente se inclinó, sacándose su ancho sombrero. Luego prosiguió.

—Habéis entregado, me han dicho, un nombramiento del rey a este hombre. Su tono traicionaba su amargura y rencor. —Vuestros motivos sin duda fueron respetables... vuestra gratitud por haberos rescatado de los españoles. Pero el hecho en sí es impensable, mi *lord*. El nombramiento debe ser cancelado—. No creo entender, —dijo *lord* Julian, distante.

—Por supuesto que no, si no nunca lo habríais hecho. El sujeto os engañó. Por favor, primero fue un rebelde, luego un esclavo fugitivo, y finalmente un pirata sanguinario. Lo he estado cazando durante el último año.

—Os aseguro, señor, que estaba bien informado de todo. No entrego un nombramiento del rey livianamente.

—¡No lo hacéis, por Dios! ¿Y qué otra cosa puede llamarse a esto? Pero como el Gobernador de Jamaica delegado de Su Majestad, me tomo la libertad de corregir vuestro error a mi manera.

—¡Ah! ¿Y cuál sería esa manera?

—Hay una horca esperando a este bandido en Port Royal.

Blood hubiera intervenido en ese momento, pero *lord* Julian se le adelantó.

—Veo, señor, que no entendéis bien las circunstancias. Si es un error entregar un nombramiento al Capitán Blood, el error no es mío. Estoy actuando bajo instrucciones de mi *lord* Sunderland; y con total conocimiento de todos los hechos, su señoría expresamente designó al Capitán Blood para este nombramiento si el Capitán Blood podía ser persuadido de aceptarlo.

El Coronel Bishop abrió la boca con sorpresa y desaliento.

—¿*Lord* Sunderland lo designó? —preguntó, asombrado.

—Expresamente.

Su señoría esperó un momento una respuesta. No viniendo ninguna del Gobernador, que se había quedado sin habla, le preguntó.

—¿Os seguiréis aventurando a describir este asunto como un error, señor? ¿Y os arriesgaréis a corregirlo?

—Yo... yo no había ni soñado...

—Entiendo señor. Permitidme presentaros al Capitán Blood.

Así que Bishop tuvo que poner la mejor cara que pudo manejar. Pero no era más que una máscara porque su furia y su veneno eran claros para todos.

Desde este poco prometedor principio, las cosas no mejoraron; más bien que empeoraron.

Los pensamientos de Blood estaban en éstas y otras cosas mientras yacía allí en el diván. Había estado dos semanas en Port Royal, su barco virtualmente uno más del escuadrón de Jamaica. Y cuando estas noticias llegaran a Tortuga y a los bucaneros que esperaban su regreso, el nombre del Capitán Blood que había estado tan alto entre la Hermandad de la Costa, pasaría a ser un objeto de burla, de desprecio, y antes de que todo terminara su vida podría pagar tributo por lo que sería considerada una deserción traicionera. ¿Y por qué se había colocado él en esta posición? Por el bien de una joven que lo evitaba tan persistente e intencionalmente que debía asumir que aún lo miraba con aversión. Había apenas tenido un vistazo de ella en todo este tiempo, aunque con ese propósito había rondado diariamente la residencia de su tío, y diariamente había desafiado la abierta hostilidad y rencor que le tenía el Coronel Bishop. Pero no era esto lo peor. Pudo claramente percibir que era al gracioso y elegante caballero de St. James, *lord* Julian Wade, a quien todo el tiempo era dedicado. ¿Y qué oportunidad tenía él, un desesperado aventurero con antecedentes de ilegalidad, contra semejante rival, un hombre atrayente, además, como no tenía más remedio que admitir?

Podéis concebir la amargura de su alma. Se sentía como el perro de la fábula que ha dejado caer la sustancia para perseguir una sombra engañosa.

Buscó consuelo en una línea de la página abierta ante él:

levius fitpatientia quicquidcorrigere est nefas.

Buscó pero difícilmente lo encontró.

Un bote que se había aproximado sin ser visto desde la costa, se golpeó contra el armazón rojo del Arabela, y una ruda voz lanzó un grito de saludo. Del barco sonaron dos notas de plata claras y agudas, y un momento o dos después el silbato lanzó un prolongado gemido.

Los sonidos sacaron al Capitán Blood de sus desgraciados pensamientos. Se puso de pie, alto, activo, y llamativamente elegante con una casaca escarlata, con encajes dorados que indicaba su nueva posición, y guardando el delgado volumen en su bolsillo, avanzó a la barandilla, justo cuando Jeremy Pitt estaba comenzando a subir.

—Una nota para ti del Gobernador, —dijo el comandante brevemente, mientras le extendía un papel doblado.

Blood quebró el sello, y leyó. Pitt, cómodamente vestido con una camisa y pantalones, se inclinó contra la barandilla y lo miraba, con innegable preocupación en

su rubio y franco rostro.

Blood profirió una corta risa, y curvó sus labios.

—Es una citación muy perentoria, —dijo, y le pasó la nota a su amigo.

Los ojos grises del joven comandante la leyeron rápidamente. Pensativo, se acarició su barba dorada.

—¿No irás? —dijo, entre pregunta y aseveración.

—¿Por qué no? ¿No he sido un visitante diario al fuerte...?

—Pero debe ser por el Viejo Lobo que te quiere ver. Le da un motivo de agravio finalmente. Tú sabes, Peter, que es solamente *lord* Julian quien ha estado entre Bishop y su odio hacia ti. Si ahora puede demostrar que...

—¿Y qué si puede? —Blood lo interrumpió sin darle importancia—. ¿Estaré en mayor peligro en tierra que abordo, ahora que nos quedan menos de cincuenta hombres, y todos indiferentes que les da lo mismo servir al Rey que a mí? Jeremy, querido muchacho, el *Arabella* es un prisionero aquí, entre el fuerte y la flota. No olvides eso.

Jeremy retorció sus manos. —¿Por qué dejaste ir a Wolverstone y a los otros?— gritó, con un toque de amargura. —Debiste ver el peligro.

—¿Cómo podía honestamente detenerlos? Estaba en el acuerdo. Además, ¿cómo me hubieran ayudado quedándose? —Y como Pitt no le respondiera—: ¿Ves? —dijo, y se encogió de hombros—. Voy a buscar mi sombrero, mi bastón y mi espada, e iré a tierra en un bote. Encárgate que me lo preparen.

—Vas a entregarte en las manos de Bishop —le advirtió Pitt.

—Bien, bien, tal vez no me encuentre tan fácil de atrapar como imagina. Me quedan una o dos espinas aún. Y con una risa, Blood fue hacia su cabina.

Jeremy Pitt contestó a la risa con un juramento. Por un momento quedó dudando donde Blood lo había dejado. Luego lentamente, arrastrando los pies con contrariedad, bajó para dar la orden de que aprontaran el bote.

—Si algo te sucede, Peter, —dijo mientras Blood subía al barco—, mejor que el Coronel Bishop se cuide. Estos cincuenta muchachos pueden ser indiferentes hoy, como dices, pero —¡que me condenen!— serán cualquier cosa antes que indiferentes si hay algo de justicia.

—¿Y qué me podría suceder, Jeremy? Vamos, estaré de vuelta para el almuerzo, ya verás.

Blood subió al bote que lo esperaba. Pero aunque riera, sabía tan bien como Pitt que yendo a tierra esa mañana llevaba su vida en sus manos. Puede ser que fuera por esto que cuando saltó al estrecho muelle, en la sombra de la muralla del fuerte a través de la que se veían las oscuras narices de su pesados cañones, dio la orden de que el bote lo esperara en ese lugar. Pensó que tal vez tuviera que retirarse apuradamente.

Caminando tranquilamente, rodeó la muralla, y pasó a través de los grandes portones al patio. Media docena de soldados estaban apostados allí, y en la sombra del muro, el Mayor Mallard, el Comandante, paseaba silenciosamente. Frenó a la vista del Capitán Blood, y lo saludó, como era su obligación, pero la sonrisa que levantó sus rígidos bigotes era levemente sardónica. La atención de Peter, sin embargo, estaba en otra parte.

A su derecha se extendía un espacioso jardín, a cuyo fondo se levantaba la casa blanca que era la residencia del gobernador. Por la avenida principal del jardín, bordeada de palmeras y sándalos, había captado la visión de la Srta. Bishop sola. Cruzó el patio con pasos súbitamente más largos.

—Tened buenos días, señora, —fue su saludo cuando llegó a su lado; y con su sombrero ahora en su mano, añadió una nota de protesta—: Seguramente, es poco caritativo hacerme correr con este calor.

—¿Por qué corréis, entonces? —le preguntó fríamente, de pie derecha ante él, toda de blanco y muy femenina salvo por su compostura poco natural—. Estoy apurada, —le informó—. Así que me perdonaréis si no me quedo.

—No estábais tan apurada hasta que yo llegué, —protestó, y si sus labios sonreían, sus ojos azules estaban extrañamente duros.

—Dado que lo percibís, señor, me pregunto por qué os tomáis en trabajo de ser tan insistente.

Eso cruzó las espadas entre ellos, y era contra los instintos de Blood el evitar un enfrentamiento.

—Por mi fe, que os expresáis claramente —dijo—. Pero dado que fue más o menos por vuestro servicio que me he calado la casaca del Rey, debéis soportar que cubra al ladrón y pirata.

Ella se encogió de hombros y se volvió, con algo de resentimiento y algo de pesar. Temiendo demostrar el último, se refugió en el primero.

—Hago lo que puedo, —le dijo.

—¡Así que podéis ser caritativa en algún modo! —Rio sualvemente—. Debo estar agradecido por ello. Tal vez soy presuntuoso. Pero no puedo olvidar que cuando no era más que un esclavo en la casa de vuestro tío en Barbados, me tratábais con una cierta gentileza.

—¿Por qué no? En esos días teníais algún derecho a mi gentileza. Érais solamente un caballero desafortunado entonces.

—¿Y qué otra cosa me llamáis hoy en día?

—Difícilmente desafortunado. Hemos escuchado de vuestra buena fortuna en los mares —cómo vuestra suerte es conocida de todos. Y hemos escuchado otras cosas: de vuestra buena fortuna en otras direcciones.

Habló rápidamente, con el pensamiento de Mademoiselle d'Ogeron en su mente.

Y en un instante hubiera hablado si hubiera podido. Pero Peter Blood las dejó pasar, sin leer en ellas su significado, como ella temía que lo haría.

—Sí —un montón de mentiras, sin duda, como os lo puedo probar.

—No veo por qué os tomaríais el trabajo de esa defensa, —lo desanimó ella.

—Para que pensárais de mi menos mal de lo que hacéis.

—Lo que pienso de vos os debe importar poco, señor.

Fue un golpe que lo desarmó. Abandonó el combate.

—¿Podéis decir eso ahora? ¿Podéis decir eso, viéndome con esta librea de un servicio que desprecio? ¿No me dijísteis que me podía redimir del pasado? Me importa poco redimirme del pasado, salvo ante vuestros ojos. Para mí no he hecho nada de lo que me deba avergonzar, considerando las provocaciones que recibí.

Su mirada vaciló, y la bajó ante la de él tan intensa.

—Yo... yo no puedo pensar por qué me habláis de esta manera —dijo con menos seguridad que antes.

—Ah, ¿así que realmente no podéis? —gritó él—. Bien, entonces, os lo diré.

—Oh, por favor. Había real alarma en su voz. —Veo claramente lo que hicisteis, y veo que en parte, por lo menos, podéis haberos visto llevado por consideración hacia mí. Creedme, estoy muy agradecida. Siempre estaré agradecida—. Pero si también es vuestra intención siempre pensar de mí como un ladrón y un pirata, podéis guardar vuestra gratitud por todo el bien que me pueda hacer.

Un color más fuerte tiñó las mejillas de ella. Hubo un imperceptible temblor en el pecho que hichaba el escote de seda blanca. Pero si la enojaron su tono y sus palabras, se guardó su enojo. Se dio cuenta de que tal vez ella misma había provocado su rabia. Honestamente quiso arreglarlo.

—Estáis equivocado, —comenzó—. No es eso.

Pero estaban condenados a mal interpretarse uno al otro.

Los celos, esos turbadores de la razón, habían estado muy ocupados con su mente, como antes con la de ella.

—¿Qué es, entonces?, —preguntó, y añadió la pregunta—. ¿Lord Julian? —Ella se sobresaltó, y lo miró realmente indignada ahora.

—Och, sed franca conmigo, —la urgió, imperdonablemente—. Será una gentileza, realmente lo será.

Por un momento estuvo de pie delante de él con la respiración agitada, el color yendo y viniendo de sus mejillas. Luego miró más allá de él, y lanzó su mentón hacia delante.

—Sois... sois bastante insufrible, —dijo—. Os ruego me dejéis pasar.

Él dio un paso al costado, con el ancho sombrero emplumado que aún tenía en su mano, señalando hacia la casa.

—No os detendré más, señora. Después de todo, la maldita cosa que hice por

nada puede ser deshecha. Recordaréis después que fue vuestra dureza la que me llevó a ello.

Ella se movió para partir, luego se detuvo, y lo enfrentó nuevamente. Ahora era ella quien se defendía, su voz temblando de indignación.

—¡Tomáis ese tono! ¡Osáis tomar ese tono!, —gritó, asombrándolo con su súbita vehemencia—. ¿Tenéis el descaro de culparme porque no tomo vuestras manos cuando sé bien cómo están sucias; cuando os sé un asesino y aún peor?

Él la miró boquiabierto.

—¿Un asesino, yo? —dijo finalmente.

—¿Debo nombrar a vuestras víctimas? ¿No asesinásteis a Levasseur? — ¿Levasseur?— Sonrió un poquito. —¡Así que os han contado eso!— ¿Lo negáis?

—Lo maté, es cierto. Recuerdo haber matado otro hombre en circunstancias muy similares. Fue el Bridgetown en la noche de la invasión española. Mary Trail os contará de ello. Ella estaba presente.

Se encasquetó el sombrero con una cierta abrupta fiereza, y se fue caminando rabiosamente, antes de que ella pudiera contestar o siquiera entender el completo significado de lo que había dicho.

Capítulo XXIII

Rehenes

Peter Blood se detuvo en el pórtico rodeado de pilares de la casa del gobernador, y con ojos que no veían, cargados de dolor y rabia, miró a través del gran puerto de Port Royal hacia las verdes colinas que se elevaban en la distante ribera y el risco de las Montañas Azules más atrás, enturbiadas por el intenso calor.

Lo despertó la vuelta del negro que había ido a anunciarlo, y siguiendo ahora al esclavo, hizo su camino a través de la casa hasta el ancho patio atrás de ella, en cuya sombra el Coronel Bishop y *lord* Julian tomaban el poco aire que había.

—Así que habéis venido, —le dijo el gobernador, y siguió su saludo con una serie de gruñidos de vago pero aparentemente mal humor.

No se tomó el trabajo de levantarse, ni siquiera cuando *lord* Julian, obedeciendo los instintos de una mejor educación, le dio el ejemplo. Desde abajo de su enojado ceño, el acaudalado hacendado de Barbados observó a su anterior esclavo, quien, con el sombrero en la mano, apoyándose levemente en su largo bastón, no revelaba en su rostro la rabia que estaba siendo alimentada por esta tan poca cortés recepción.

Finalmente, con gesto adusto y tono auto suficiente, el Coronel Bishop se explicó.

—He mandado por vos, Capitán Blood, por ciertas noticias que me han llegado. Me informaron que ayer al atardecer una fragata dejó el puerto llevando a bordo a vuestro socio Wolverstone y cien hombres de los ciento cincuenta que servían a vuestras órdenes. Su señoría y yo estaremos felices de tener vuestra explicación de cómo pudisteis permitir esa partida.

—¿Permitirla? —preguntó Blood—. Yo la ordené.

La respuesta dejó a Bishop sin habla momentáneamente. Luego:

—¿La ordenásteis? —dijo con acento de incredulidad, mientras *lord* Julian levantaba sus cejas—. ¿Tal vez os explicaréis? ¿A dónde ha ido Wolverstone?

—A Tortuga. Fue con un mensaje a los oficiales que comandan los otros cuatro barcos de la flota que me espera allá, diciéndoles lo que pasó y por qué no deben esperarme.

La gran cara de Bishop pareció hincharse y su color púrpura se profundizó. Giró hacia *lord* Julian.

—¿Oís eso, mi *lord*? Deliberadamente ha dejado a Wolverstone libre por los mares nuevamente —Wolverstone, el peor de toda esa banda de piratas, después de él

—. Espero que su señoría comience finalmente a percibir la locura de darle un nombramiento del Rey a un hombre como este, contra todos mis consejos. ¡Esto es... es motín... traición! ¡Por Dios! Es asunto de corte marcial. ¿Queréis cesar vuestra charlatanería de motín y traición y corte marcial? —Blood se puso su sombrero, y se sentó sin que se lo ofrecieran—. He mandado a Wolverstone para informar a Hagthorpe y a Christian y a Yberville y al resto de mis muchachos que tienen un mes para seguir mi ejemplo, dejar la piratería, y volver a sus ocupaciones anteriores, o si no, savegar fuera del Mar Caribe. Eso es lo que he hecho.

—¿Y los hombres? —su señoría interpuso su nivelada y culta voz—. ¿Esos cien hombres que Wolverstone llevó consigo?

—Son los de mi tripulación que no tienen el gusto de servir al Rey James, y han preferido buscar otro tipo de trabajo. Estaba en nuestro acuerdo, mi *lord*, que se obligaría a mis hombres.

—No lo recuerdo, —dijo su señoría, con sinceridad.

Blood lo miró con sorpresa. Luego se encogió de hombros.

—No es mi culpa la mala memoria de su señoría. Yo digo que fue así, y no miento. Nunca lo he encontrado necesario. De cualquier modo, no podríais haber supuesto que consentiría en algo diferente.

Y entonces explotó el gobernador.

—¡Les habéis dado a esos condenados bribones en Tortuga ese aviso para que pudieran escapar! Eso es lo que hicisteis. ¡Así es como abusáis del nombramiento que ha salvado vuestro cuello!

Peter Blood lo examinó tranquilamente, su rostro impasible. —Os recordaré—, dijo finalmente muy quieto, —que el propósito era— dejando de lado vuestros propios apetitos que, como todos saben, son solamente los de un verdugo —liberar al Caribe de bucaneros. Ahora, he tomado el camino más efectivo para lograr este propósito. El conocimiento de que he entrado al servicio del Rey provocará que se desarme la flota de la que yo era el almirante.

—¡Ya veo! —se burló el gobernador con malevolencia—. ¿Y si no?

—Habría tiempo suficiente para considerar qué más se puede hacer.

Lord Julian se adelantó a otra explosión de parte de *Bishop*.

—Es posible, —dijo—, que mi *lord Sunderland* esté satisfecho, considerando que la solución sea la que prometéis.

Era un discurso conciliador y cortés. Urgido por su amistad hacia Blood y entendiendo la difícil posición en la que el bucanero se encontraba, su señoría estaba dispuesto a tomar su posición sobre la intención de sus instrucciones. Así que ahora le ofrecía una mano amistosa para ayudarlo a pasar por encima del último y más difícil obstáculo que Blood mismo le había proporcionado a *Bishop* para colocárselo en el camino de su redención. Desafortunadamente, de la última persona de la que

Blood quería asistencia en ese momento era de este joven noble, a quien miraba con los ennegrecidos ojos de los celos.

—De todos modos, —contestó con una sugerencia de desafío y algo más que una sugerencia de burla—, es lo más que podéis esperar de mí, y ciertamente lo más que obtendréis.

Su señoría frunció el ceño, y se secó los labios con un pañuelo.

—No creo que me guste la forma en que lo ponéis. Ciertamente, reflexionando, Capitán Blood, estoy seguro de que no me gusta.

—Lo lamento, realmente, —dijo Blood con descaro—. Pero allí está. Y no estoy interesado en modificarlo.

Los pálidos ojos de su señoría se abrieron un poco más. Láguidamente levantó sus cejas.

—¡Ah! —dijo—. Sois una persona prodigiosamente descortés. Me desilusionáis, señor. Me había hecho la idea de que seríais un caballero.

—Y ése no es el único error de vuestra señoría, —interrumpió Bishop—. Cometisteis uno peor cuando le dísteis el nombramiento del Rey así salvasteis a este bribón de la horca que había preparado para él en Port Royal.

—Sí pero el peor error en este tema de nombramientos, —dijo Blood a su señoría—, fue el que colocó a este grasiento negrero en el lugar de Gobernador de Jamaica en vez del de verdugo, que es el oficio para que está mejor dotado por la naturaleza.

—¡Capitán Blood! —dijo su señoría reprimiéndolo—. Por mi alma y mi honor, señor, vais demasiado lejos. Sois...

Pero aquí Bishop lo interrumpió. Se había puesto de pie, finalmente, y estaba llevando su furia al punto de abuso. El Capitán Blood, que también se había levantado, estaba aparentemente impasible, esperando que pasara la tormenta. Cuando finalmente sucedió, se dirigió calmado a *lord* Julian, como si el Coronel Bishop no hubiera hablado.

—¿Su señoría iba a decir...? —preguntó, con desafiante suavidad.

Pero su señoría había recuperado su natural compostura, y nuevamente estaba dispuesto a ser conciliador. Rio y se encogió de hombros.

—¡Por mi fe!, qué innecesario acaloramiento, —dijo—. Y Dios sabe que esta plaga de clima ya provee suficiente de ello. Tal vez, Coronel Bishop, sois un poco intransigente; y vos, señor, sois ciertamente demasiado provocador. He dicho, hablando según las intenciones de *lord* Sunderland, que me conformo con esperar los resultados del experimento.

Pero la furia de Bishop había llegado a un punto en el que no podía detenerse.

—¿Os conformáis, realmente? —rugió—. Bien, pero yo no. Ésta es una materia en la que su señoría me debe permitir ser un mejor juez. Y, de todos modos, tomo el riesgo de actuar bajo mi responsabilidad.

Lord Julian abandonó la lucha. Sonrió cansado, se encogió de hombros, e hizo un gesto de resignación. El gobernador siguió tronando.

—Dado que su señoría os ha dado un nombramiento, no puedo en forma regular juzgaros por piratería como merecéis. Pero responderéis ante una corte marcial por vuestra acción en el tema de *Wolverstone*, y pagaréis por sus consecuencias.

—Ya veo, —dijo *Blood*—. Ahora llegamos. Y sois vos como gobernador quien presidirá dicha corte marcial. ¡Con tal de poder borrar antiguos rencores y ahorcarme, os importa poco cómo lo hacéis! —Rio, y añadió:

—*Praemonitus, praemunitus*.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó *lord Julian* ásperamente.

—Había imaginado que vuestra señoría tendría alguna educación.

Hacía un gran esfuerzo, como veis, para ser provocativo.

—No es el significado literal lo que pregunto, señor, —dijo *lord Julian* con helada dignidad—. Quiero saber qué deseáis que entienda.

—Dejo a vuestra señoría para que lo adivine, —dijo *Blood*—. Y os deseo a los dos un muy buen día. Se sacó su sombrero, y les hizo una reverencia muy elegante.

—Antes de que os vayáis, —dijo *Bishop*—, y para evitaros cualquier aspereza inútil, os digo que el patrón del puerto y el comandante tienen sus órdenes. No dejaréis *Port Royal*, mi buen pájaro de horca. Maldición, intento daros permanente alojamiento aquí, en el muelle de ejecución.

Peter Blood se puso tenso, y sus vívidos ojos azules traspasaron la hinchada cara de su enemigo. Pasó el largo bastón a su mano izquierda, y con la derecha colocada negligentemente dentro del pecho de su casaca, se dirigió a *lord Julian*, quien bostezaba pensativamente.

—Su señoría creo que me prometió inmunidad de esto.

—Lo que puedo haber prometido, —dijo su señoría—, vuestra propia conducta lo hace difícil de cumplir. Se puso de pie. —Me hicisteis un servicio, Capitán *Blood*, y esperé que pudiéramos ser amigos. Pero dado que lo preferís de otra manera...— Se encogió de hombros, y con su mano indicó al gobernador.

Blood terminó la frase a su manera:

—Queréis decir que no tenéis la fuerza de carácter para resistir la insistencia de un fanfarrón. Estaba aparentemente tranquilo, y de hecho sonriendo. —Bien, bien—, como dije antes —*praemonitus, praemunitus*. Me temo que no sois un erudito, *Bishop*, o sabréis que significa: prevenido, preparado.

—¿Prevenido? ¡Ha! —*Bishop* casi gruñó—. El aviso llega un poco tarde. No dejaréis esta casa. Dio un paso en dirección a la puerta y levantó la voz. —Ho, allí... —comenzaba a llamar.

Luego con una repetina y audible respiración cortada, se detuvo. La mano derecha de *Blood* había resurgido del pecho de su casaca, con una larga pistola con

ricos adornos de plata, que puso a menos de un pie de la cabeza del gobernador.

—Y preparado, —dijo—. No os mováis de donde estáis, señoría, o podría ocurrir un accidente.

Y su señoría, que se dirigía a asistir a Bishop, se quedó instantáneamente quieto. Pálido, con mucho de su color repentinamente perdido, el gobernador se balanceaba sobre sus piernas inestables. Peter Blood lo observaba con un gesto torvo que aumentaba su pánico.

—Me sorprende que no os dispare sin más ni más, canalla gordinflón. Si no lo hago, es por la misma razón que antes os perdoné la vida cuando no valía nada. No conocéis la razón; pero tal vez os reconforte saber que existe. Al mismo tiempo os advierto que no pongáis demasiada presión en mi generosidad, que reside en este momento en mi dedo puesto en el gatillo. Os proponéis colgarme, y dado que eso es lo peor que me puede pasar de cualquier manera, podéis ver que no tendré problemas en aumentar mi cuenta derramando vuestra sangre nauseabunda. Lanzó lejos su bastón, dejando libre su mano izquierda. —Sed bueno y dadme vuestro brazo, Coronel Bishop. Vamos, vamos, hombre, vuestro brazo.

Bajo la fuerza del tono áspero, los ojos resueltos, y la brillante pistola, Bishop obedeció sin demora. No podía ni hablar. El Capitán Blood enlazó su brazo izquierdo con el derecho ofrecido por el gobernador. Luego volvió a colocar su mano derecha con la pistola bajo su casaca.

—Aunque invisible, os está apuntando igualmente, y os doy mi palabra de honor que os dispararé a matar a la menor provocación, no importa si la provocación es vuestra o de otro. Tendréis esto en vuestra mente, *lord* Julian. Y ahora, grasiento verdugo, caminad tan cómodo y alegre como podáis y comportaos tan naturalmente como sea posible, o será el oscuro río de la muerte el que estaréis contemplando. Enlazados por el brazo pasaron a través de la casa, y por el jardín, en donde *Arabella* esperaba el regreso de Peter Blood.

El análisis de sus últimas palabras había provocado una tormenta en su mente, luego una clara percepción de lo que tal vez era la verdad de la muerte de Levasseur. Percibía la posible similitud con el rescate de Mary Traill hecho por Blood. Cuando un hombre pone su vida en peligro por una mujer, el resto fácilmente se supone. Porque los hombres que toman semejantes riesgos sin esperar nada a cambio son pocos. Blood era de esos pocos, como había probado en el caso de Mary Traill.

No precisaba más de parte de él para convencerse de que había cometido una monstruosa injusticia. Recordaba palabras que él había usado, palabras escuchadas sobre su barco (que había llamado el *Arabella*) en la noche de su rescate del almirante español; palabras que había pronunciado cuando ella aprobó su nombramiento del rey; las palabras que le había dicho esa misma mañana, que sólo habían servido para provocar su indignación. Todo ello asumía un nuevo significado en su mente,

liberada de erróneos preconceptos.

Por tanto, seguía allí en el jardín, esperando su regreso para arreglar las cosas; para terminar con todos los malentendidos entre ellos. Con impaciencia lo esperaba. Pero su paciencia, parecía, iba a ser nuevamente puesta a prueba. Porque cuando finalmente apareció, fue en la compañía —inusualmente cercana e íntima compañía— de su tío. Con molestia vio que las explicaciones debían ser pospuestas. Si hubiera podido adivinar el tiempo que iban a posponerse, la molestia se hubiera convertido en desesperación.

El Capitán pasó, con su compañero, desde el fragante jardín hasta el patio del fuerte. Aquí el comandante, quien había sido instruido para estar pronto con los hombres necesarios para arrestar al Capitán Blood, quedó atónito por el curioso espectáculo del gobernador de Jamaica caminando del brazo y aparentemente en los más amigables términos con el pretendido prisionero. Porque mientras pasaban, Blood iba conversando y riendo sonoramente.

Salieron por los portones sin ser molestados, y llegaron al muelle donde esperaba el bote del *Arabella*. Tomaron sus lugares uno al lado del otro, y fueron llevados, siempre muy cerca y amistosamente, al gran barco rojo donde Jeremy Pitt ansiosamente esperaba noticias.

Podéis concebir el asombro del comandante al ver al gobernador subir trabajosamente por la escala, seguido muy de cerca por Blood.

—Por supuesto, fui a una trampa, como temías, Jeremy, —lo saludó Blood—. Pero salí nuevamente, y traje al tramposo conmigo. Él ama su vida, el gordo bribón.

El Coronel Bishop estaba de pie en la cubierta, su gran rostro del color de tiza, su boca floja, casi con miedo de mirar a los fuertes rufianes que pasaban por el barco.

Blood gritó una orden al contraamaestre, quien se recostaba contra el castillo de proa.

—Lánzame una cuerda con un nudo corredizo sobre el palo mayor allí. Vamos, no os alarméis Coronel, querido. Es nada más que una previsión por si no sois razonable, lo que estoy seguro no sucederá. Trataremos el tema mientras almorzamos, porque supongo que no refusaréis honrar mi mesa con vuestra compañía.

Guió al acobardado prisionero a la gran cabina. Benjamín, el camarero negro, con pantalones blancos y camisa de algodón se apuró bajo sus instrucciones para servir el almuerzo.

El Coronel Bishop se dejó caer en un taburete, y habló por primera vez.

—¿Puedo preguntar cuál... cuáles son vuestras intenciones? —tartamudeó.

—Bien, nada siniestro, Coronel. Aunque no os merecáis nada menos que esa sogá, os aseguro que va a ser empleada solamente como último recurso. Habéis dicho que su señoría cometió un error cuando me dio el nombramiento que la Secretaría de Estado me hizo el honor de mandar para mí. Estoy dispuesto a concordar con vos, así

que salgo al mar nuevamente. *Cras ingns iterabimus aequor*. Os convertiré en un conoedor de latín cuando termine con vos. Voy a volver a Tortuga y a mis bucaneros, quienes por lo menos son honestos y decentes sujetos. Así que os llevo a bordo como un rehén.

—¡Mi Dios! —gimió el gobernador—. ¡No... no queréis decir que me llevaréis a Tortuga!

Blood rio con ganas. —Oh, nunca os haría una trastada de esas. No, no. Todo lo que quiero es que aseguréis mi segura salida de Port Royal. Y, si sois razonable, no os crearé el problema de nadar nuevamene. Habéis dado ciertas órdenes al patrón de puerto, y otras al comandante de vuestro infecto fuerte. Seréis tan bueno de mandarle otras ahora, e informarles en mi presencia que el *Arabella* deja esta tarde el servicio del rey y pasará sin ser molestado. Y para estar seguro de su obediencia, irán en un pequeño viaje con nosotros, ellos mismos. Aquí tenéis lo necesario. Ahora escribid—salvo que preferáis la soga.

El Coronel Bishop intentó recomponerse. —Me obligáis con violencia...—comenzó. Blood lo interrumpió suavemente.

—Vamos. No os estoy obligando en absoluto. Os doy una elección perfectamente libre entre la pluma y la soga. Queda enteramente a vos.

Bishop lo miró; luego temblando visiblemente, tomó la pluma y se sentó a la mesa. Con una mano poco firme ordenó a sus oficiales que se presentaran. Blood despachó las notas a la orilla; y luego llevó a su invitado a la mesa.

—Confío, Coronel, que vuestro apetito estará tan fuerte como siempre.

El infeliz Bishop tomó el asiento que se le indicaba. Ahora comer, sin embargo, no era tan fácil para un hombre en su posición; y tampoco Blood lo obligó. El Capitán, sin embargo, lo hizo con buen apetito. Pero antes de llegar a la mitad de su comida, entró Hayton para anunciar que *lord* Julian Wade había recién llegado abordo, y pedía verlo inmediatamente.

—Lo esperaba, —dijo Blood—. Hazlo pasar.

Lord Julian entró. Estaba muy severo y digno. Sus ojos se hicieron cargo de la situación con una mirada, mientras el Capitán Blood se levantaba para recibirlo.

—Es muy amigable de vuestra parte venir a uniros con nosotros, mi *lord*.

—Capitán Blood, —dijo su señoría con aspereza—. Encuentro vuestro humor un poco forzado. No sé cuáles son vuestras intenciones; pero me pregunto si os dais cuenta de los riesgos que estáis corriendo.

—Y yo me pregunto si vuestra señoría se da cuenta del riesgo para vos mismo al seguirnos abordo como esperé que hicierais.

—¿Qué significa eso, señor?

Blood se dirigió a Benjamín, de pie detrás de Bishop.

—Pon una silla para su señoría. Hayton, manda el bote de su señoría a la costa.

Diles que no volverá por un rato.

—¿Qué es esto? —gritó su señoría—. ¡Que me condenen! ¿Intentáis detenerme? ¿Estáis loco?

—Mejor espera, Hayton, por si su señoría se pone violento, —dijo Blood—. Tú Benjamín, escuchaste el mensaje. Llévalo.

—¿Me diréis lo que pretendéis, señor? —demandó su señoría, temblando de furia.

—Simplemente ponerme a mí y a mis muchachos a salvo de las horcas del Coronel Bishop. He dicho que confiaba en vuestra gallardía para no dejarlo con estos problemas, sino seguirlo hasta acá, y hay una nota de su puño y letra que fue a tierra para llamar al patrón de puerto y al comandante del fuerte. Una vez que estén abordo, tendré todos los rehenes que necesito para nuestra seguridad.

—¡Truhán! —dijo su señoría entre dientes.

—Seguramente es totalmente un tema de puntos de vista, —dijo Blood—. De ordinario no es el tipo de nombres que soporto que ningún hombre me aplique. Pero, considerando que una vez me hicisteis un servicio de buen grado, y estáis por hacerme otro aunque esta vez de mal grado, voy a olvidar vuestra descortesía.

Su señoría rio.

—Tonto de vos, —dijo—. ¿Acaso soñáis que vine abordo de vuestro barco pirata sin tomar mis medidas? Informé al comandante exactamente cómo obligásteis al Coronel a acompañaros. Juzgad ahora si él o el patrón de puerto obedecerán el llamado, o si se os permitirá partir como imagináis.

El rostro de Blood se puso grave.

—Lamento eso, —dijo.

—Pensé que lo haríais, —respondió su señoría.

—Oh, pero no por mí. Es por el gobernador que lo lamento. ¿Sabéis lo que habéis hecho? Seguramente lo habéis ahorcado.

—¡Mi Dios! —gritó Bishop con un instantáneo aumento en su pánico.

—Si ellos disparan contra mi barco, arriba va su gobernador por el palo mayor. Vuesta única esperanza, Coronel, reside en que les informaré mis intenciones. Y para que podáis enmendar el daño que habéis hecho, mi *lord*, os mandaré a vos mismo a llevar el mensaje.

—Os veré condenado antes de hacerlo, —masculló su señoría.

—Pero, eso no es razonable. Pero, si insistís, bien, cualquier mensajero será lo mismo, y otro rehén abordo —como originalmente planeé— me hará más fuerte.

Lord Julian lo miró, entendiendo exactamente lo que había rehusado.

—¿Lo pensáis mejor ahora que entendéis? —preguntó Blood.

—Sí, en nombre de Dios, id, mi *lord*, —apuntó Bishop—, y haceos obedecer. Este maldito pirata me tiene por el cuello.

Su señoría lo observó con una mirada que no era precisamente de admiración. — Bien, si es vuestro deseo...— comenzó. Luego se encogió de hombros y se dirigió nuevamente a Blood.

—¿Supongo que puedo confiar que no le haréis daño al Coronel Bishop si se os permite partir?

—Tenéis mi palabra de ello, —dijo Blood—. Y también que lo pondré a salvo en tierra nuevamente sin demora.

Lord Julian se saludó levemente al temeroso gobernador.

—Comprendéis, señor, que hago lo que deseáis —dijo fríamente.

—¡Si, hombre, sí! —asintió Bishop apuradamente.

—Muy bien. *Lord Julian* saludó nuevamente y se dispuso a partir. Blood lo escoltó hasta la escala a cuyo pie todavía se encontraba el bote del *Arabella*.

—Es adiós, mi *lord* —dijo Blood—. Y hay otra cosa. —Le extendió un pergamino que había sacado de su bolsillo—. Es el nombramiento. Bishop estaba en lo cierto cuando dijo que fue un error.

Lord Julian lo observó, y al hacerlo su expresión se suavizó.

—Lo lamento —dijo sinceramente.

—En otras circunstancias... —comenzó Blood—. Oh, ¡pero así es! Entenderéis. El bote espera.

Pero con el pie en la primera soga de la escala, *lord Julian* dudó.

—No percibo —¡que me condenen si lo hago!— por qué no buscáis a alguien más para llevar vuestro mensjae al comandante, y mantenerme abordo como un rehén más para su obediencia a vuestros deseos.

Los vívidos ojos de Blood miraron los del otro, claros y honestos, y sonrió, con un poco de tristeza. Por un instante pareció dudar. Luego se explicó compeltamente.

—¿Por qué no os lo diría? Es la misma razón que me ha estado llevando a buscar una pelea con vos para tener la satisfacción de colocar un par de palmos de acero dentro de vuestro cuerpo. Cuando acepté el nombramiento, pensé que me redimiría a los ojos de la Srta. Bishop —por la que, como seguramente habéis adivinado, lo acepté. Pero he descubierto que eso no puede ser. Debía haber sabido que era el sueño de un hombre enfermo. También he descubierto que si os está eligiendo a vos, como creo que lo está haciendo, está eligiendo sabiamente entre nosotros, y por eso no arriesgaré vuestra vida manteniéndoos a bordo mientras el mensaje es llevado por otro que puede hacerlo mal. Y ahora tal vez entenderéis.

Lord Julian lo miró anonadado. Su largo y aristocrático rostro estaba muy pálido.

—¡Mi Dios! —dijo—. ¿Y me decís esto?

—Os lo digo porque... Oh, ¡seré franco! —para que se lo digáis a ella; para que pueda ver que hay algo del desafortunado caballero que queda bajo el ladrón y pirata que piensa que soy, y que su propio bien es mi mayor deseo. Sabiendo eso, ella

tal vez me recuerde con mayor amabilidad— aunque sea en sus plegarias. Eso es todo, mi *lord*.

Lord Julian continuaba mirando al bucanero en silencio. En silencio, finalmente, le tendió su mano, y en silencio Blood la tomó.

—Pienso si estáis en lo cierto, —dijo su señoría—, si no sois vos el mejor de los dos.

—Hasta donde le concierna a ella intentad que yo esté en lo cierto. Os digo adiós.

Lor Julian estrechó su mano en silencio, bajó por la escala y fue llevado a la orilla. Desde la distancia saludó con la mano a Blood, quien se mantenía en cubierta mirando al barco que se alejaba.

El *Arabella* salió del puerto, moviéndose perezosamente bajo una leve brisa. El fuerte permanecía silencioso y no hubo ningún movimiento de la flota para impedir su partida. *Lord Julian* había llevado el mensaje eficientemente, y había añadido sus propias órdenes personalmente.

Capítulo XXIV

Guerra

A cinco millas hacia el mar desde Port Royal, donde los detalles de la costa de Jamaica perdían su agudeza, el *Arabella* se detuvo, y la chalupa que llevaba fue colocada a su lado.

El Capitán Blood escoltó a su huésped obligado al comienzo de la escala. El Coronel Bishop, que por dos horas y más había estado en un estado de mortal ansiedad, respiró libremente por fin; y a medida que la marea de sus miedos se retraía, del mismo modo su profundo odio por este audaz bucanero retomaba su normal volumen. Pero se mantuvo circunspecto. Si en su corazón se prometió que, una vez de vuelta en Port Royal no evitaría ningún esfuerzo, no descansaría ningún nervio, para traer a Peter Blood a su final morada en el muelle de ejecución, por lo menos mantuvo esa promesa estrictamente para él.

Peter Blood no tenía ilusiones. No era, nunca llegaría a ser, el completo pirata. No había otro bucanero en todo el Caribe que se hubiera negado a sí mismo el placer de colgar al Coronel Bishop del palo mayor, y así finalmente liquidar el odio vengativo del hacendado que hacía peligrar su propia seguridad. Pero Blood no era de éstos. Además, en el caso del Coronel Bishop había una razón particular que lo detenía. Porque era el tío de *Arabella* Bishop, su vida debía seguir siendo sagrada para el Capitán Blood.

Y así el Capitán sonrió a la cara embotada e hinchada y a los pequeños ojos que lo miraban con una malevolencia que no disimulaban.

—Un viaje seguro hacia el hogar para vos, Coronel, querido, —dijo como despedida, y de su modo cómodo y sonriente nunca se podría haber soñado el dolor que llevaba en su pecho—. Es la segunda vez que me servís de rehén. Estáis prevenido para no servirme una tercera. No os traigo suerte, Coronel, como podéis percibir.

Jeremy Pitt, el comandante, cerca del hombro de Blood, miró tristemente la partida del gobernador. Detrás de ellos una pequeña muchedumbre de adustos y bronceados bucaneros contenían su deseo de matar a Bishop como una mosca sólo por su obediencia a la dominante resolución de su jefe. Habían sabido por Pitt, aún en Port Royal, del peligro del Capitán, y aunque tan dispuestos como él a dejar el servicio del Rey que se les había impuesto, resentían la forma en que se había hecho

necesario, y se maravillaban de cómo Blood se contenía con Bishop. El gobernador miró a su alrededor y encontró las hostiles miradas de esos fieros ojos. Su instinto le avisó que su vida en esos momentos pendía de un hilo, y que una palabra fuera de lugar podría precipitar una explosión de odio de la que ningún poder humano lo salvaría. Así que no dijo nada. Inclino su cabeza en silencio hacia el Capitán, y fue tropezándose en su apuro por la escala hacia la chalupa y el negro que lo esperaba como tripulación.

Empujaron el bote alejándose del armarzón rojo del *Arabella*, y desplegando velas enfilaron hacia Port Royal, con la intención de llegar antes de que la oscuridad cayera sobre ellos. Y Bishop, su gran cuerpo acurrucado en una esquina, estaba sentado en silencio, su negro ceño fruncido, sus groseros labios apretados, con tanta malevolencia y se d de venganza en su ánimo que olvidó su reciente pánico y su escape de la soga y del palo mayor.

En el muelle de Port Royal, bajo el muro del fuerte, el Mayor Mallard y *lord* Julian lo esperaban para recibirlo, y fue con infinito alivio que lo ayudaron a salir de la chalupa.

El Mayor Mallard quería pedir disculpas.

—Muy contento de veros a salvo, señor, —dijo—. Hubiera hundido el barco de Blood a pesar de que su excelencia estaba a bordo sin no hubiera sido por vuestras órdenes traídas por *lord* Julian, y el convencimiento de su señoría de que tenía la palabra de Blood de que ningún daño se os causaría si ningún daño se le causaba a él. Confieso que pensé que era temerario que su señoría diese por buena la palabra de un condenado pirata...

—La he encontrado tan buena como cualquier otra, —dijo su señoría, cortando la excesiva elocuencia del mayor. Hablaba con ese excesivo grado de helada dignidad que podía asumir en algunas ocasiones. El hecho es que su señoría estaba de pésimo humor.

Habiendo escrito con gran júbilo a la Secretaría de Estado que su misión había sido un éxito, ahora se enfrentaba a la necesidad de escribir nuevamente y confesar que su éxito había sido efímero. Y dado que los mostachos del Mayor Mallard se había levantado burlescamente frente a la noción de que la palabra de un bucanero fuera aceptable, añadió aún más ásperamente:

—Mi justificación está aquí en la persona del Coronel Bishop retornando a salvo. Contra eso, señor, vuestra opinión no pesa mucho. Debéis percataros de ello.

—Oh, como vuestra señoría dice, —el tono del Mayor Mallard estaba cubierto de ironía—. Seguramente, el Coronel está aquí sano y salvo. Y allá afuera está el Capitán Blood, también sano y salvo, para comenzar sus pillajes nuevamente.

—No me propongo discutir las razones con vos, Mayor Mallard.

—Y de todos modos, no será por mucho tiempo, —rugió el Coronel, recobrando

el habla finalmente—. No, por vida de... —y dio más fuerza a su seguridad. Enfatizó la aseveración con un juramento que no podemos reproducir—. Aunque haya que gastar el último penique de mi fortuna y el último barco de la flota de Jamaica, tendré al bribón con una corbata de cuerda antes de que yo descanse. Y no me llevará mucho tiempo.

Se había puesto púrpura con su furiosa vehemencia, y las venas de su frente sobresalían como cuerdas. Luego se frenó.

—Hicísteis bien en seguir las instrucciones de *lord* Julian, —le agradeció al Mayor. Con esto lo dejó, y tomó el brazo de su señoría—. Venid mi *lord*. Tenemos que tomar algunas resoluciones sobre esto, vos y yo.

Se fueron juntos, rodeando el fuerte, y a través del patio y el jardín a la casa donde *Arabella* esperaba ansiosamente. La visión de su tío le trajo un infinito alivio, no sólo por su causa, sino por causa del Capitán Blood también.

—Corristeis un enorme riesgo, señor, —le dijo gravemente a *lord* Julian luego de que se habían intercambiado los saludos de rigor.

Pero *lord* Julian le contestó como había contestado al Mayor Mallard. No hubo ningún riesgo, señora.

Ella lo miró asombrada. Su largo, aristocrático rostro tenía un aire más melancólico y pensativo que de costumbre. Él contestó la pregunta que contenía su mirada:

—Dado que el barco de Blood pudo pasar por el fuerte, ningún daño le podía ocurrir al Coronel. Blood dio su palabra por ello.

Una leve sonrisa entreabrió los labios de ella, que habían estado tristes, y un poco de color llegó a sus mejillas. Hubiera seguido con el tema, pero el ánimo del gobernador no lo permitió. Se burló de la noción de que la palabra de Blood fuera buena para algo, olvidando que le debía a ella su propia preservación en ese momento.

En la cena, y por un largo rato después, habló solamente de Blood, cómo lo colgaría de los talones, y qué cosas espantosas le haría sobre su cuerpo. Y mientras bebía fuertemente, su discurso se fue haciendo más grueso, y sus amenazas crecían en horror; hasta que finalmente *Arabella* se retiró, pálida y casi al borde de las lágrimas. No muy a menudo Bishop se revelaba claramente a su sobrina. Curiosamente, este rústico y envalentonado hacendado tenía un cierto temor frente a esa delgada joven. Era como si ella hubiera heredado el respeto que siempre había tenido por su hermano.

Lord Julian, quien empezaba a encontrar a Bishop desagradable más allá de lo que podía soportar, se excusó poco después, y fue a buscar a la dama. Todavía debía entregar el mensaje del Capitán Blood, y ésta, pensó, sería su oportunidad. Pero la Srta. Bishop ya se había retirado por la noche, y *lord* Julian debió contener su

impaciencia —no era menos que eso a esta altura— hasta la mañana.

Muy temprano la próxima mañana, antes de que el calor del día se convirtiera en intolerable para su señoría, la espío desde su ventana paseando entre las azaleas del jardín. Era un marco adecuado para alguien que era para él tan novedoso como mujer como lo eran las azaleas entre las flores. Se apuró para reunirse con ella, y cuando, interrumpida en sus pensamientos, le dio los buenos días, sonriendo y franca, se explicó anunciando que tenía un mensaje del Capitán Blood para ella.

Observó un pequeño sobresalto y un ligero temblor en sus labios, y observó también no sólo su palidez y los oscuros círculos alrededor de sus ojos, sino también un aire inusualmente triste que la noche anterior se le había escapado.

Fueron a una de las terrazas, donde una pérgola de naranjos daba sombra a un lugar a la vez fresco y fragante. Mientras caminaban, él la observaba admirado, y se maravillaba que le hubiera llevado tanto tiempo para apreciar su inusual gracia, y encontrarla, como la encontraba ahora, tan enteramente deseable, una mujer cuyo encanto se podía irradiar a toda la vida de un hombre, convirtiendo los lugares comunes en mágicos.

Notó la mata de su cabello color marrón rojizo, y cuán graciosamente uno de sus pesados rizos se curvaba sobre su fino cuello, blanco como la leche. Llevaba un vestido gris brillante, y una rosa escarlata, recientemente recogida, estaba colocada sobre su pecho, como si fuera sangre. Siempre que pensó en ella después de ese día, la recordó como la vio en ese momento, como nunca, creo, hasta ese momento la había visto.

En silencio caminaron un poco bajo la sombra verde. Luego ella se detuvo y lo miró de frente.

—Dijísteis algo sobre un mensaje, señor, —le recordó, demostrando así algo de su impaciencia.

Él jugaba con los rizos de su peluca, un poco avergonzado ahora, buscando cómo empezar.

—Me pidió, —dijo finalmente—, que os diera un mensaje que pudiera probaros que todavía queda algo en él del desafortunado caballero que... que... que fue como lo conocísteis una vez.

—Eso ya no es necesario, —dijo ella gravemente. Él la interpretó mal, por supuesto, dado que no sabía nada de la luz que se había hecho para ella el día anterior.

—Yo creo..., no, estoy seguro que cometéis una injusticia con él —dijo su señoría.

Sus ojos color almendra seguían mirándolo.

—Si me dáis el mensaje, tal vez me permita juzgar a mí.

Para él, esto fue confuso. No contestó inmediatamente. Encontró que no había

considerado suficientemente los términos que debía emplear, y la materia, después de todo, era extremadamente delicada, exigiendo un manejo delicado. No le importaba tanto entregar un mensaje como convertirlo en un vehículo para defender su propia causa. *Lord Julian*, bien versado en el trato con mujeres, y usualmente cómodo con damas del gran mundo, se contró extrañamente limitado frente a esta franca y poco sofisticada sobrina de un hacendado colonial.

Se movieron en silencio, como por mutuo acuerdo hacia el brillante sol donde la pérgola se unía a la avenida que llevaba hacia la casa. En ese espacio de luz se movía una esplendorosa mariposa, como si fuera de terciopelo negro y escarlata, y tan grande como la mano de un hombre. Los ojos pensativos de su señoría la siguieron hasta que se perdió de vista antes de contestar.

—No es fácil, que me condenen, no lo es. Él era un hombre que se merecía algo mejor. Y entre nosotros hemos frustrado sus oportunidades: vuestro tío porque no pudo olvidar su rencor; vos, porque... porque habiéndole dicho que en el servicio del rey encontraría la redención de lo que había hecho, no le admitísteis luego que realmente se había redimido. Y esto, a pesar de que el principal motivo para hacerlo fue vuestro rescate.

Ella se había puesto de perfil y para que él no pudiera ver su cara.

—Lo sé, lo sé ahora —dijo suavemente. Y después de una pausa agregó la pregunta—: ¿Y vos? ¿Qué parte ha tenido vuestra señoría en esto ya que os incrimináis junto con nosotros?

—¿Mi parte? —Nuevamente dudó, luego se lanzó audazmente, como hacen los hombres determinados a llevar a cabo algo que temen—. Si lo entendí bien, si él entendió bien, mi parte, aunque totalmente pasiva, no fue menos efectiva. Os ruego que observéis que no hago más que informar sus propias palabras. No digo nada por mí mismo. El inusual nerviosismo de su señoría aumentaba constantemente. —Pensó, así me lo dijo, que mi presencia aquí había contribuido a impedir que él se redimiera a vuestros ojos; y si no era así, la redención no le servía de nada.

Ella lo enfrentó, sus cejas juntas sobre sus ojos preocupados, con un gesto de perpejidad.

—¿Pensó que habías contribuido? —repitió. Era claro que pedía aclaraciones. Él siguió adelante para dárselas, su mirada un poco asustada, sus mejillas arrebatadas.

—Sí, y me lo dijo en términos que hablan de lo que más deseo, y no me animo a creer, porque, Dios lo sabe, no soy un presuntuoso, *Arabella*. Él dijo... pero primero permitidme que os explique cómo sucedió. Yo había ido a su barco para exigir la inmediata liberación de vuestro tío a quien él mantenía cautivo. Se rio de mí. El Coronel Bishop era un rehén para su seguridad. Pero aventurándome sin temor sobre su barco, le ofrecí a mi persona como un rehén tan valioso por lo menos como el Coronel. Pero me dijo que me fuera, no por miedo a las consecuencias, porque está

por encima del miedo, tampoco por una estima personal hacia mi persona, que confesó había llegado a encontrar detestable; y esto por la misma razón que lo hacía preocuparse por mi seguridad.

—No entiendo, —dijo ella, y esperó—. ¿No es una contradicción en sí misma?

—Solamente lo parece. El hecho es, *Arabella*, que este infeliz hombre tiene la... la temeridad de amaros.

Ella emitió un grito frente a esto, y se puso una mano en el pecho, cuya calma había sido perturbada súbitamente. Sus ojos se dilataron mientras lo miraba.

—Os... os he sobresaltado, —dijo, preocupado—. Temía que sería así. Pero era necesario para que pudierais entender.

—Seguid —le pidió.

—Bien, entonces: él vio en mí alguien que hacía imposible que él pudiera llegar a vos —así lo dijo. Por tanto, con satisfacción me hubiera matado. Pero porque mi muerte os podría causar dolor, porque vuestra felicidad era lo que deseaba sobre todo, abandonaba la parte de su seguridad que mi persona podía proporcionarle. Si su partida era evitada, y yo hubiera perdido la vida en lo que sucediera, había un peligro de que vos me llorarais. Ese riesgo no lo quiso tomar. A él vos lo considerais un ladrón y un pirata, dijo, y agregó que— os doy sus propias palabras —si al elegir entre nosotros, vuestra elección, como él creía, caería en mí, en su opinión estaríais eligiendo bien. Por eso me hizo dejar su barco, y me puso en la orilla.

Ella lo miró con los ojos anegados en llanto. Él se adelantó un paso hacia ella, su aliento contenido, su mano extendida.

—¿Estaba en lo cierto, *Arabella*? La felicidad de mi vida depende de vuestra respuesta.

Pero ella seguía en silencio mirándolo con los ojos llenos de lágrimas, sin hablar, y hasta que ella hablara él no se animaba a avanzar más.

Una duda, una duda lo atormentaba. Cuando Banalmente ella habló, vio qué acertado había estado el instinto del que había nacido esa duda, porque sus palabras revelaron que de todo lo que él había dicho lo único que había tocado su conciencia y la había aislado del resto de las consideraciones, era la conducta de Blood hacia ella.

—¡Dijo eso! —gritó—. ¡Hizo eso! ¡Oh! —Se separó un poco, y a través de los troncos de los naranjos miró hacia las brillantes aguas del gran puerto y a las distantes colinas. Así, por un pequeño rato, su señoría se mantuvo tieso, temeroso, esperando la revalación de su mente. Finalmente vino, lenta, deliberada, en una voz que por momentos estaba a medias sofocada—. La noche pasada cuando mi tío desplegó su rencor y su furia maligna, empecé a concebir que tal deseo de venganza sólo puede nacer en quienes se equivocan. Es una violencia en que los hombres se lanzan para justificar una pasión maligna. Debí saber entonces, si no lo sabía antes, que había sido demasiado crédula frente a todas las maldades indescriptibles atribuidas a Peter

Blood. Ayer tuve su propia explicación de la historia de Levasseur que os contaron en St. Nicholas. Y ahora esto, esto solamente me confirma su valor y su verdad. Para un bribón del tipo que yo demasiado fácilmente acepté creer que era, el acto que me habéis contado hubiera sido imposible.

—Esa también es mi opinión, —dijo su señoría gentilmente.

—Debe serlo. Pero incluso si no lo fuera, eso no importaría nada. Lo que importa —oh, tan pesada y amargamente— es el pensamiento de que si no fuera por las palabras con que ayer lo repelí, se podría haber salvado. ¡Si sólo le hubiera podido hablar nuevamente antes de que se fuera! Lo esperé; pero estaba con mi tío, y yo no tenía sospecha de que se iría. Y ahora está perdido —de vuelta fuera de la ley y a la piratería, por la que finalmente será apresado y destruido. Y la culpa es mía ¡mía!

—¿Qué decís? Los únicos agentes fueron la hostilidad de vuestro tío y su propia obstinación. No os debéis culpar de nada.

Ella giró para mirarlo con cierta impaciencia, sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Podéis decir eso, a pesar de su mensaje que en sí mismo indica cuánto me tengo que culpar! Fue por cómo lo traté, los epítetos que le dije, lo que lo llevaron a esto. Es lo que os dijo. Sé que esto es cierto.

—No tenéis de qué avergonzaros, —dijo él—. Y respecto a vuestro pesar —bien, tal vez os consuele— podéis todavía contar conmigo para hacer todo lo que un hombre pueda hacer para rescatarlo de su posición.

Ella contuvo el aliento.

—¡Haréis eso!, —gritó con repentina y ansiosa esperanza—. ¿Lo prometéis? —Impulsivamente le tendió la mano. Él la tomó entre las dos suyas.

—Lo prometo —le contestó. Y luego, reteniendo aún la mano que ella le había dado *Arabella*, dijo muy suavemente—, todavía está esta otra materia sobre la que no me habéis contestado.

—¿Esta otra materia? —Estaría loco, se preguntó. ¿Qué otra materia podría importar en este momento?

—Esta materia que concierne a mi persona; y a todo mi futuro, oh, muy de cerca. Esto que Blood creyo, que lo llevó a..., que... que no os soy indiferente. Vio el pálido rostro cambiar de color y se preocupó nuevamente.

—¿Indiferente? —dijo ella—. No, por supuesto. Hemos sido buenos amigos; continuaremos así, espero, mi *lord*.

—¡Amigos! ¿Buenos amigos? —Luchaba entre la desesperación y la amargura—. No es sólo vuestra amistad que pido, *Arabella*. Oísteis lo que dije, lo que os conté. ¿No diréis que Peter Blood estaba equivocado?

Suavemente ella intentó retirar su mano, la preocupación aumentando en su rostro. Por un instante él se resistió, luego, viendo lo que hacía, la dejó libre.

—¡*Arabella*! —gritó con una nota de súbito dolor.

—Tengo amistad hacia vos, mi *lord*. Pero sólo amistad. Su castillo de ilusiones se vino abajo a su alrededor, dejándolo un poco anonadado. Como había dicho, no era presuntuoso. Pero había algo que no entendía. Ella confesaba su amistad, y estaba en su poder ofrecerle una gran posición, una a la que ella, la sobrina de un hacendado, aunque muy acaudalado, nunca podría haber aspirado ni siquiera en sus sueños. Esto no lo quería, pero hablaba de amistad. Peter Blood se había equivocado, entonces. ¿Qué tan lejos se había equivocado? ¿Había estado tan equivocado sobre los sentimientos de ella hacia él mismo como hacia su señoría? En ese caso... Sus reflexiones se cortaron bruscamente. Especular era lastimarse en vano. Debía saber. Así que le preguntó con total franqueza:

—¿Es por Peter Blood? —¿Peter Blood?— repitió. Al principio no entendió la intención de la pregunta. Cuando lo hizo, una oleada de rubor cubrió su rostro.

—No lo sé, —dijo dudando un poco.

Difícilmente fue una respuesta sincera. Porque, como si un velo oscuro se hubiera corrido esa mañana, finalmente podía ver a Peter Blood en su verdadera relación con otros hombres, y esa visión, llegada a ella con veinticuatro horas de atraso, la llenaba de piedad, remordimiento y añoranza.

Lord Julian sabía lo suficiente de mujeres como para que no le quedara ninguna duda. Inclínó su cabeza para que ella no viera la rabia en sus ojos, porque como hombre de honor tuvo vergüenza de esa rabia que como hombre no pudo reprimir.

Y porque la naturaleza en él era más fuerte —como en casi todos nosotros— que el entrenamiento, *lord* Julian desde ese momento comenzó, casi a su pesar, a practicar algo que se acercaba a una villanía. Lamento contarle de alguien por quien —si le hecho alguna justicia— debéis tener alguna estima. Pero la verdad es que los restos del respeto que tenía por Peter Blood fueron ahogados por el deseo de destruir y suplantar a un rival. Le había dado a *Arabella* su palabra de usar su poderosa influencia para ayudar a Blood. Deploro establecer que no sólo olvidó su juramento, sino que secretamente se dispuso a ayudar al tío de *Arabella* en los planes que tenía para ponerle una trampa al bucanero. Podía fácilmente explicar esto —si hubiera tenido que hacerlo— diciendo que se conducía como sus deberes indicaban. Pero a eso se le podría haber constestado que sus deberes eran esclavos de sus celos.

Cuando la flota de Jamaica salió al mar unos días más tarde, *lord* Julian navegaba con el Coronel Bishop en la nave insignia del Vice-almirante Craufurd. No sólo no había necesidad de que ninguno de los dos fuera, sino que los deberes del gobernador actualmente le demandaban que se quedara en tierra, mientras que *lord* Julian, como sabemos, era un hombre completamente inútil sobre un barco. Pero los dos salieron a cazar al Capitán Blood, cada uno haciendo de su deber un pretexto para la satisfacción de sus metas personales; y ese propósito común se convirtió en un lazo entre ellos, llevándolos a un tipo de amistad que en otras circunstancias hubiera sido

imposible entre hombres tan distintos en educación y aspiraciones.

La cacería comenzó. Navegaron hacia Hispaniola, observando el pasaje Winward, y sufriendo los inconvenientes de la estación de lluvias que había comenzado. Pero navegaron en vano, y luego de un mes, volvieron con las manos vacías a Port Royal, para encontrarse con las más inquietantes noticias del Viejo Mundo.

La megalomanía de Luis XIV había puesto a Europa en una llama de guerra. Las legiones francesas arrasaban con las provincias renanas y España se había unido a la liga de naciones para defenderse de las salvajes ambiciones del rey de Francia. Y había algo peor: había rumores de guerra civil en Inglaterra, donde la gente se había cansado de la tiranía del rey James. Se decía que habían invitado a William de Orange para hacerse cargo.

Pasaron las semanas, y cada barco traía noticias adicionales. William había cruzado hacia Inglaterra, y en marzo de esa año de 1689 supieron en Jamaica que había aceptado la corona y que James se había lanzado a los brazos de Francia para que lo ayudaran en su restauración.

Para un pariente de Sunderland éstas eran noticias inquietantes, sin duda. Fueron seguidas por cartas de la Secretaría de Estado del rey William informando al Coronel Bishop que había guerra con francias, y que en vista de su efecto sobre las colonias un gobernador general venía a las Indias Occidentales, en la persona de *lord Willoughby*, y que con él venía un escuadrón bajo las órdenes del Almirante van der Kuylen para reforzar la flota de Jamaica contra cualquier eventualidad.

Bishop pudo ver que esto significaba el fin de su suprema autoridad, aun cuando continuara en Port Royal como gobernador delegado. Lor Julian, a falta de noticias directas hacia él, no sabía que supondrían para su situación. Pero había sido muy cercano y confidente con el Coronel Bishop sobre sus esperanzas con *Arabella*, y el Coronel Bishop más que nunca, ahora que los eventos políticos lo ponían en peligro de retiro, estaba ansioso de disfrutar las ventajas de tener a un hombre eminente como *lord Julian* como pariente.

Llegaron a un completo entendimiento en la materia, y *lord Julian* contó todo lo que sabía.

—Hay un obstáculo en nuestro camino, —dijo—. El Capitán Blood. La joven lo ama.

—¡Seguramente estáis loco!, —gritó Bishop, cuando recobró el habla.

—Vuestro pensamiento está justificado, —dijo su señoría dolorosamente—. Pero sucede que estoy en mi sano juicio, y hablo con conocimiento.

—¿Con conocimiento?

—*Arabella* misma me lo ha confesado.

—¡La desvergonzada! Por Dios, la traeré a sus cabales. Era el negrero hablando, el hombre que gobernaba con un látigo.

—No seáis tonto, Bishop. El desprecio de su señoría hizo más que cualquier argumento para calmar al Coronel. —Esa no es la forma con una joven con el espíritu de *Arabella*. A no ser que queráis hundir mis posibilidades para siempre, contendréis vuestra lengua, y no interferiréis en nada.

—¿No interferir? Mi Dios, ¿entonces qué?

—Escuchad, hombre. Ella tiene una mente constante. No creo que conozcáis a vuestra sobrina. Mientras Blood esté vivo, lo esperará.

—Entonces, con Blood muerto, tal vez recupere su estúpido sentido.

—Ahora comenzáis a mostrar inteligencia. Le alabó *lord* Julian. —Ése es el primer paso esencial.

—Y aquí está nuestra oportunidad para llevarlo a cabo. Bishop demostró un cierto entusiasmo. —La guerra con Francia saca del camino todas las restricciones en relación a Tortuga. Estamos libres para actuar en servicio de la Corona. Una victoria y nos colocamos en el favor de este nuevo gobierno.

—¡Ah!, —dijo *lord* Julian mientras tiraba pensativamente de su labio.

—Veo que entendéis, —Bishop rio groseramente—. Dos pájaros de un tiro, ¿eh? Cazaremos a ese bribón en su guarida, justo bajo al barba del Rey de Francia, y esta vez lo lograremos, aunque debamos reducir a Tortuga a cenizas.

En esa expedición salieron dos días después —lo que sería tres meses después de la partida de Blood— llevando todos los barcos de la flota, y muchos otros menores y auxiliares. Para *Arabella* y el mundo en general dijeron que iban a invadir la Hispaniola francesa, que era la única expedición que le podía brindar a Bishop algún tipo de justificación para abandonar Jamaica en ese momento. Su sentido del deber, realmente, lo debía haber hecho permanecer en Port Royal, pero su sentido del deber estaba sepultado por odio —la menos productiva y más corruptora de las emociones. En la gran cabina del barco insignia del Vice-almirante Craufurd, el *Imperator*, el gobernador delegado se embriagó esa noche para celebrar su convicción de que la arena en el reloj de la carrera del Capitán Blood se estaba terminando.

Capítulo XXV

Las órdenes del Rey Luis

Mientras tanto, alrededor de tres meses antes de que el Coronel Bishop saliera a reducir Tortuga, el Capitán Blood, llevando el infierno en su alma, había llegado a su puerto de refugio antes de los vendavales de invierno, y dos días antes de la fragata en la que Wolverstone había salido de Port Royal un día antes que él.

En ese cómodo muelle encontró a su flota esperándolo, los cuatro barcos que habían sido separados en el vendaval de las Antillas Menores, y alrededor de setecientos hombres que componían sus tripulaciones. Dado que habían comenzado a sentirse ansiosos por su causa, le dieron una enorme bienvenida. Se dispararon cañones en su honor y los barcos fueron adornados con colgantes. La ciudad, despertada por todo este ruido en su puerto, se vació sobre el malecón, y una vasta muchedumbre de hombres y mujeres de todos los credos y nacionalidades se congregaron allí para estar presentes en la llegada a tierra del gran bucanero.

A tierra bajó, probablemente sin otra razón que para obedecer la expectativa general. Su talante era taciturno, su rostro ceñudo y burlón. Dejad que llegara Wolverstone, como pronto ocurriría, y toda esta adoración al héroe se volvería desprecio.

Sus capitanes, Hagthorpe, Christian, e Yberville, estaban en el malecón para recibirlo, y con ellos cientos de sus bucaneros. Abruptamente les cortó la bienvenida, y cuando lo acosaron con preguntas de por dónde había andado, les pidió que esperaran la llegada de Wolverstone, quien podría satisfacer plenamente su curiosidad. Con esto se deshizo de ellos, y se abrió paso a través de la heterogénea multitud compuesta por ruidosos negociantes de varias nacionalidades —ingleses, franceses y holandeses—, de hacendados y marinos de varios grados, de bucaneros, negros esclavos y todo otro tipo de seres de la familia humana, que convertían los muelles de Cayona en una imagen de Babel.

Llegando a un espacio libre finalmente, luego de varias dificultades, el Capitán Blood se dirigió solo a la fina casa de M. d'Ogeron, allí a presentar sus respetos a sus amigos, el gobernador y su familia.

Al principio, los bucaneros saltaron a la conclusión de que Wolverstone seguía a Blood con algún extraño botín de guerra, pero gradualmente, de la reducida tripulación del *Arabella* llegó una historia diferente, que los llenó de perplejidad. En

parte por lealtad a su capitán, en parte porque percibían que si él era culpable de deserción ellos lo eran también con él, y en parte porque siendo hombres simples, poco acostumbrados a usar sus mentes, ellos mismos estaban un poco confusos sobre lo que realmente había sucedido, la tripulación del *Arabella* estuvo reticente con su hermandad de Tortuga durante esos dos días antes de la llegada de Wolverstone. Pero no estuvieron tan reticentes como para evitar la circulación de ciertos rumores inquietantes e historias extravagantes de aventuras vergonzosas —vergonzosas, se entiende, desde el punto de vista de los bucaneros— de las que el Capitán Blood era culpable.

Si Wolverstone no hubiera llegado cuando lo hizo, es posible de que hubiera habido una explosión. Sin embargo, cuando dos días más tarde el Viejo Lobo ancló en la bahía, todos se lanzaron a él pidiendo la explicación que le iban a pedir a Blood.

Ahora, Wolverstone tenía un solo ojo; pero veía mucho más con un ojo de lo que la mayoría de los hombres ven con dos; y a pesar de su entrecana cabeza —tan pintorescamente envuelta en un turbante verde y escarlata— tenía el sano corazón de un niño, y en ese corazón mucho cariño por Peter Blood.

La visión del *Arabella* anclado en la bahía al principio lo sorprendió, mientras navegaba alrededor de la saliente rocosa donde se apoyaba el fuerte. Se restregó su único ojo para evitar cualquier engaño y miró nuevamente. Aún así no podía creer lo que veía. Y luego una voz por su codo —la voz de Dyke, quien había elegido navegar con él— le aseguró que no estaba solo en su perplejidad.

—En el nombre del Cielo, ¿es ése el *Arabella* o es su fantasma?

El Viejo Lobo dirigió su único ojo a Dyke y abrió su boca para hablar. Luego la cerró nuevamente sin haber hablado; la cerró apretadamente. Tenía el gran don de la cautela, especialmente en las materias que no comprendía. Que éste era el *Arabella*, no lo podía dudar más. Siendo así, debía pensar antes de hablar. ¿Qué demonios podía estar haciendo el *Arabella* aquí cuando él lo había dejado en Jamaica? ¿Y estaba el Capitán Blood a bordo de él como su comandante, o el resto de la tripulación se había venido, dejando al Capitán en Port Royal?

Dyke repitió su pregunta. Esta vez Wolverstone le contestó.

—¡Tienes dos ojos para ver y me preguntas a mí que tengo solo uno, qué es lo que ves! —Pero yo veo al *Arabella*.

—Por supuesto, dado que allí está. ¿Qué otra cosa esperabas?

—¿Esperaba? —Dyke lo miró, boquiabierto—. ¿Tú esperabas encontrar al *Arabella* acá?

Wolverstone lo miró con desdén, luego rio y habló fuerte como para que todos lo escucharan. —Por supuesto. ¿Qué más?— Y rio nuevamente, una risa que le pareció a Dyke que lo llamaba un tonto. Después de esto, Wolverstone dedicó su atención a la operación de anclar.

Y cuando al llegar a tierra fue rodeado por los bucaneros llenos de preguntas, fue por ellas mismas que supo cómo estaba el tema, y percibió que o por falta de coraje o por otro motivo, el mismo Blood se había negado a dar cuenta de sus hechos desde que el *Arabella* se había separado de sus barcos hermanos. Wolverstone se felicitó de la discreción que había usado con Dyke.

—El Capitán siempre ha sido un hombre modesto, —explicó a Hagthorpe y a los otros que se reunían a su alrededor—. No es su costumbre andar contando sus propias proezas. Bien, fue como sigue. Nos encontramos con el viejo Don Miguel, y cuando lo destrozamos hallamos a bordo un petimetre de Londres enviado por el Secretario de Estado para ofrecerle al Capitán un nombramiento si dejaba la piratería y se comprometía a buen comportamiento. El Capitán lo maldijo mandando su alma al infierno por respuesta... Y luego nos encontramos con la flota de Jamaica con el viejo diablo gris de Bishop dirigiéndola, y allí había un fin seguro para el Capitán Blood y para cada uno de nosotros. Así que voy y le dije que acepte este maldito nombramiento, que se convirtiera en un hombre del Rey para salvar su cuello y el nuestro. Siguió mi consejo y el petimetre le dio el nombramiento del Rey en el acto, y Bishop casi se ahoga con su propia rabia cuando se enteró. Pero había sucedido, y se lo tuvo que tragar. Éramos los hombres del Rey, y navegamos a Port Royal junto con Bishop. Pero Bishop no confiaba en nosotros. Sabía demasiado. Si no hubiera sido por su señoría, el sujeto de Londres, hubiera colgado al Capitán, con el nombramiento del Rey y todo. Blood se hubiera escapado de Port Royal esa misma noche. Pero ese sabueso de Bishop había avisado, y el fuerte mantenía una aguda vigilancia. Al final, aunque tomó dos semanas, Blood lo burló. Me mandó a mí y a la mayoría de los hombres en una fragata que compré para el viaje. Su juego —como secretamente me dijo— era seguirme y que lo persiguieran. Si fue ese el juego que jugó o no, no os lo puedo decir; pero aquí está él antes de lo que esperé que estuviera.

Se perdió un gran historiador con Wolverstone. Tenía la imaginación justa que sabe qué tan lejos es seguro desviar la verdad y qué tanto adornarla para cambiarle la forma según sus propios propósitos.

Habiéndose liberado de esta mezcla de verdad y mentira, y así añadiendo una más a las hazañas de Peter Blood, preguntó dónde podría encontrar al Capitán. Siendo informado que estaba en su barco, Wolverstone se subió a un bote y fue a bordo, a reportarse, según dijo.

En la gran cabina del *Arabella* encontró a Peter Blood solo y muy bebido, una condición en la que ningún hombre recordaba haberlo visto antes. Cuando Wolverstone entró, el Capitán levantó sus ojos inyectados en sangre para considerarlo. Después de un momento agudizaron su mirada y logró ver con nitidez a su visitante. Luego rio, una risa suelta e idiota, y sin embargo a medias una burla.

—¡Ah! ¡El Viejo Lobo! —dijo—. ¿Llegaste finalmente?... ¿Y que vas a hacer

conmigo, eh? —Hipaba sonoramente, y se balanceaba sin sentido en su silla.

El viejo Wolverstone lo miro en sombrío silencio. Había mirado sin inmutarse muchos envilecimientos en su vida, pero la vista del Capitán Blood en esta condición lo lleno de dolor. Para expresarlo, lanzó un juramento. Era su única expresión de emoción, cualquiera fuera su tipo. Luego avanzó y se dejó caer en un silla a la mesa, de frente al Capitán.

—Mi Dios, Peter, ¿qué es esto?

—Ron, —dijo Peter—. Ron, de Jamaica. Empujó la botella y el vaso hacia Wolverstone. Wolverstone no les prestó atención.

—Pregunto qué te pasa —gruñó.

—Ron, —dijo el Capitán Blood nuevamente, y sonrió—. Sólo ron. Yo... contesto todas tus preguntas ¿Por qué... no contestas las mías? ¿Qué vas a... a hacer conmigo?

—Ya lo hice, —dijo Wolverstone.

—Gracias a Dios tuviste el sentido de contener tu lengua hasta que llegué. ¿Estás suficientemente sobrio como para entenderme?

—Ebrio o sobrio,... yo siempre te entenderé.

—Entonces escucha. Y allí salio a relucir la historia que Wolverstone había contado. El Capitán hizo un esfuerzo por concentrarse en ella.

—Servirá tanto como la verdad, —dijo cuando Wolverstone terminó. Y... oh, ¡no importa! Muy agradecido, Viejo Lobo— ¡leal Viejo Lobo! ¿Pero valía la pena?... No soy un pirata ahora, nunca más un pirata. ¡Terminado! —Golpeó la mesa, sus ojos repentinamente fieros.

—Volveré a hablar contigo nuevamente cuando haya menos ron en tu juicio, —dijo Wolverstone, poniéndose de pie. Mientras tanto, recuerda la historia que te conté, y no digas nada que me convierta en un mentiroso. Todos me creen, incluso los hombres que salieron conmigo de Port Royal. Los he convencido. Si piensan que tomaste el nombramiento con gusto, y con el propósito de hacer lo que hizo Morgan, puedes adivinar lo que sigue.

—El infierno sigue, —dijo el Capitán—. Y para esto es para lo que sirvo.

—Estás sensiblero, —gruñó Wolverstone—. Hablaremos nuevamente mañana.

Lo hicieron, pero con poco resultado, lo mismo ese día que el siguiente y cualquier otro durante lo que las lluvias —que comenzaron esa noche— duraron. Pronto el agudo Wolverstone descubrió que el ron no era lo que le pasaba a Blood. Ron era el efecto, y en ningún modo la causa de la apatía inútil del Capitán. Había gangrena comiendo su corazón, y el Viejo Lobo sabía lo suficiente como para hacer una buena conjetura sobre su naturaleza. Maldijo a todas las cosas que llevaban enaguas, y, conociendo su mundo, esperó a que la enfermedad pasara.

Pero no pasó. Cuando Blood no estaba jugando a los dados o bebiendo en las

tabernas de Tortuga, con compañías que en sus días sobrios había detestado, estaba encerrado en su cabina abordo del *Arabella*, solo y sin hablar con nadie. Sus amigos en la casa del gobernados, estupefactos por el cambio operado en él, buscaban que se recuperara. Mademoiselle d'Ogeron, particularmente angustiada, le mandaba invitaciones casi diariamente, de las que respondió a muy pocas.

Más adelante, cuando la estación de las lluvias se acercaba a su final, lo buscaron sus capitanes con propuestas de remunerativas correrías contra colonias españolas. Pero con todos manifestó una indiferencia que, mientras las semanas pasaban y el clima se arreglaba, generó primero impaciencia y luego exasperación.

Christian, quien comandaba el *Clotho*, llegó hecho una tromba un día, echándole en cara su inacción y demandando que diera órdenes sobre lo que se iba a hacer.

—¡Vete al demonio! —dijo Blood, cuando lo escuchó. Christian se fue regañando, y a la mañana siguiente el *Clotho* levantó anclas y se fue navegando, estableciendo un ejemplo de deserción que pronto haría difícil detener incluso con la lealtad de los otros capitanes hacia Blood.

Algunas veces Blood se preguntaba por qué había vuelto a Tortuga. Acorralado por el pensamiento sobre *Arabella* y su desprecio por él al considerarlo ladrón y pirata, había jurado que había terminado con la profesión de bucanero. ¿Por qué, entonces, estaba acá? Esa pregunta se la podía contestar con otra. ¿Dónde más podía ir? Parecía que no podía ir ni para adelante ni para atrás.

Su aspecto degeneraba visiblemente, a la vista de todos. Había perdido completamente el cuidado por su apariencia, y se volvía desaseado en su vestimenta. Permitió que una barba negra creciera en sus mejillas que siempre habían estado tan cuidadosamente afeitadas; y el largo y abundante cabello negro, alguna vez tan sedosamente enrulado, caía ahora en una masa desprolija alrededor de un rostro que cambiaba de su vigoroso aspecto moreno a un pálido enfermizo, mientras que los ojos azules, que habían sido tan vívidos y apremiantes, ahora estaban opacos.

Wolverstone, el único que tenía una clave de su paulatina destrucción, se aventuró una vez —y una sola— a enfrentarlo francamente sobre ello.

—¡Por Dios, Peter! ¿No habrá un final a esto? —había gruñido el gigante—. ¿Pasarás tus días abatido y borracho porque una niñita de Port Royal no quiere nada contigo? Si quieres esa mujer, ¿por qué diablos no vas y la tomas?

Los ojos azules lanzaron llamas bajo el oscuro ceño fruncido, y algo de su viejo fuego comenzó a verse en ellos. Pero Wolverstone siguió adelante audazmente.

—Yo seré gentil con una mujer mientras la gentileza sea el camino a sus favores. Pero no me pudriré en ron por nada que lleve una enagua. No es el modo del Viejo Lobo. Si no hay otra expedición prevista, ¿por qué no a Port Royal? ¿Qué demonios importa que sea una población inglesa? La dirige el Coronel Bishop, y no faltan bribones en tu compañía que te sigan hasta el infierno si es para agarrar al Coronel

Bishop por la garganta. Se puede hacer, yo te lo digo. Solamente tenemos que espiar el momento en que la flota de Jamaica no esté allí. Hay suficientes riquezas en la ciudad para tentar a los muchachos, y está la mujer para ti. ¿Los tanteo a ver qué opinan?

Bloo estaba de pie, sus ojos como llamaradas, su lívido rostro desencajado.

—Dejas mi cabina en este momento o, por el Cielo, que es tu cadáver el que saldrá de acá. Tú perro sarnoso, ¿cómo te atreves a venir con semejante propuesta?

Y comenzó a maldecir a su leal oficial con una virulencia que no se le conocía. Y Wolverfonte, con terror frente a esa furia, se fue sin decir otra palabra. El tema no fue tratado nuevamente, y dejó al Capitán Blood en su ociosa abstracción.

Pero finalmente, mientras sus bucaneros se desesperaban, algo pasó, y lo trajo el amigo del Capitán, M. d'Ogeron. Una soleada mañana el gobernador de Tortuga vino a bordo del *Arabella*, acompañado por un regordete y bajito caballero, de rostro amable, y maneras amables y autosuficientes.

—Mi Capitán, —comenzó M. d'Ogeron—, os traigo a M. de Cussy, el Gobernador de la Hispaniola Francesa, quien quiere tener unas palabras con vos.

Sólo por consideración a su amigo, el Capitán Blood se sacó la pipa de la boca, sacudió algo del ron de sus sentidos, y se puso de pie para hacer una reverencia a M. de Cussy.

—¡*Serviteur!* —dijo.

M. de Cussy devolvió el saludo y aceptó un asiento bajo la ventanilla.

—Tenéis una buena fuerza aquí bajo vuestras órdenes, mi Capitán, —dijo—. Alrededor de ochocientos hombres. —Y entiendo que están inquietos por estar ociosos—. Pueden irse al demonio cuando quieran.

M. de Cussy tomó rapé delicadamente.

—Tengo algo mejor que eso para proponer, —dijo.

—Proponedlo, entonces, —dijo Blood, sin interés.

M. de Cussy miró a M. d'Ogeron, y levantó sus cejas un poco. No encontraba alentador al Capitán Blood. Pero M. d'Ogeron asintió vigorosamente con labios apretados, y el gobernador de Hispaniola propuso su negocio.

—Nos han llegado noticias de que Francia está en guerra con España. — Realmente son noticias, ¿no es verdad?— gruñió Blood.

—Estoy hablando oficialmente, mi Capitán. No estoy aludiendo a rumores extraoficiales, y a medidas de lucha tampoco oficiales que se han tomado por allí. Hay guerra —formalmente guerra— entre Francia y España en Europa. Es la intención de Francia que esto se traslade al Nuevo Mundo. Una flota viene desde Brest comandada por M. le Baron de Rivarol para ese propósito. Tengo cartas de él pidiéndome que forme un escuadrón complementario y levante un cuerpo de no menos de mil hombres para reforzarlo cuando llegue. He venido a proponeros, mi

Capitán, por sugerencia de nuestro buen amigo M. d'Ogeron, que enroléis vuestros barcos y vuestras fuerzas bajo la bandera de M. de Rivarol.

Blood lo miró con una leve luz de interés. —¿Nos estáis ofreciendo entrar al servicio de Francia?— preguntó. —¿En qué terminos, *monsieur*?

—Con el rango de Capitaine de Vaisseau para vos, y adecuados rangos para los oficiales que sirven bajo vuestras órdenes. Tendrés la paga de ese rango, y tendréis el derecho, junto con vuestros hombres, a un décimo de todos los botines tomados.

—Mis hombres difícilmente consideren eso generoso. Os dirán que pueden navegar fuera de aquí mañana, atacar una población española, y quedarse con todo el botín.

—Ah, sí, pero con los riesgos de un acto de piratería. Con nosotros vuestra posición será regular y oficial, y considerando la poderosa flota que respalda a M. de Rivarol, las empresas que se pueden realizar son de una escala mucho mayor que lo que podréis lograr solos. Así que la décima parte en ese caso puede igualar a más del total en la otra.

El Capitán Blood lo pensaba. Después de todo, no era piratería lo que se le proponía. Era un honorable empleo en el servicio del Rey de Francia.

—Consultaré con mis oficiales, —dijo; y mandó por ellos.

Llegaron, y el tema fue expuesto por el propio M. de Cussy. Hagthorpe anunció enseguida que la propuesta era oportuna. Sus hombres despotricaban contra su inacción, y sin duda estarían de acuerdo en aceptar el servicio que M. de Cussy ofrecía en favor de Francia. Hagthorpe miraba a Blood mientras hablaba. Blood asentía melancólicamente. Envalentonado por ello, siguieron adelante discutiendo los términos. Yberville, el joven filibustero francés, tuvo el honor de indicar a M. de Cussy que la parte ofrecida era muy pequeña. Por un quinto del botín, los oficiales podrían responder por sus hombres; no por menos.

M. de Cussy estaba desconsolado. Tenía sus instrucciones. Era tomar una responsabilidad sobre sí que lo excedía. Los bucaneros estaban firmes. Si M. de Cussy no les podía dar un quinto, no había más que hablar. M. de Cussy finalmente accedió a excederse en sus instrucciones y el contrato se redactó y firmó el mismo día. Los bucaneros debían estar en Petit Goave a fines de enero, cuando M. de Rivarol había anunciado que estaría llegando.

Luego de esto siguieron días de actividad en Tortuga, reacondicionando los barcos, salando carne, llenando las bodegas. En estas materias que antes hubieran ocupado la atención del Capitán Blood, ahora no tomó parte. Continuaba indiferente y distante. Si había dado su consentimiento para el emprendimiento, o, mejor dicho, había permitido que lo arrastraran a él por los deseos de sus oficiales —era solamente porque el servicio ofrecido era de un tipo regular y honorable, en absoluto conectado con la piratería, con la que había jurado en su corazón que había terminado para

siempre. Pero su consentimiento era pasivo. Le era perfectamente indiferente— como le dijo a Hagthorpe, quien se animó a protestarle —si iban a Petit Goave o al infierno, y si entraban al servicio de Luis XIV o al de Satán.

Capítulo XXVI

M. de Rivarol

El Capitán Blood seguía en su mal humor cuando navegaron fuera de Tortuga, y aún así cuando llegaron cerca de la bahía de Petit Goave. Con el mismo estado de ánimo salió al encuentro de M. de Rivarol cuando este noble con su flota de cinco barcos de guerra finalmente ancló al lado de los barcos de los bucaneros, a mediados de febrero. El francés había tenido seis semanas de viaje, anunció, atrasado por un clima desfavorable.

Llamado para su encuentro, El Capitán Blood fue al castillo de Petit Goave, donde la entrevista iba a tomar lugar. El Barón, un hombre alto, con rostro de halcón, en sus cuarenta años, muy frío y distante en su trato, midió al Capitán Blood con un ojo de obvia desaprobación. De Hagthorpe, Yberville y Wolverstone, quienes se mantenían atrás de su capitán, ni siquiera tomó noticias. M. de Cussy le ofreció una silla a Blood.

—Un momento, M. de Cussy. No creo que M. le Baron haya observado que no estoy solo. Permitidme presentaros, señor, a mis compañeros: el Capitán Hagthorpe del *Elizabeth*, el Capitán Wolverstone del *Atropos* y el Capitán Yberville del *Lachesis*.

El Barón miró duramente y con altivez al Capitán Blood, luego muy distancientemente y apenas perceptible inclinó su cabeza a cada uno de los otros tres. Sus maneras implicaban claramente que los despreciaba y que deseaban que lo entendieran enseguida. Tuvo un curioso efecto en el Capitán Blood. Despertó al diablo en él, y despertó al mismo tiempo el respeto a sí mismo que le estaba faltando últimamente. Una repentina vergüenza de su apariencia desordenada y mal cuidada lo hizo tal vez más desafiante. Hubo casi un significado en la forma en que se arregló el cinto del que pendía su espada, para traerla bien a la vista. Hizo seña a sus capitanes a las sillas que había a su alrededor.

—Acercaos a la mesa, muchachos. Estamos haciendo esperar al Barón.

Lo obedecieron, Wolverstone con una sonrisa llena de entendimiento. La mirada de M. de Rivarol se volvió más arrogante. Sentarse a una mesa con esos bandidos lo ponía en una situación de deshonrosa igualdad. Había sido su idea de que —con la posible excepción del Capitán Blood— ellos debían tomar sus instrucciones de pie, como correspondía a hombres de su baja calidad en presencia de un hombre de la tan

alta suya. Hizo lo único que le quedaba para marcar una distinción entre él y ellos. Se puso el sombrero.

—Sois muy sabio, —dijo Blood amablemente—. Yo también siento la corriente. Y se cubrió con su emplumado sombrero.

M. de Rivarol cambió de color. Tembló visiblemente con rabia, y por un instante se controló antes de empezar a hablar. M. de Cussy estaba obviamente incómodo.

—Señor, —dijo el Barón heladamente—, me obligáis a recordaros que tenéis el rango de Capitán de Flota, y estáis en la presencia del General de los Ejércitos de Francia en el Mar y Tierra de América. Me obligáis a recordaros también que hay un respeto debido por vuestro rango al mío.

—Me alegra aseguraros, —dijo el Capitán Blood—, que vuestro recordatorio es innecesario. Me precio de ser un caballero, aunque no lo parezca al presente, y no soy capaz de nada más que deferencia a quien la fortuna o la naturaleza coloca por encima de mí, o a los que colocados debajo de mí en rango puedan resentir su falta. Era claramente un reproche. M. de Rivarol se mordió el labio. El Capitán Blood siguió adelante sin darle tiempo a responder. —Estando eso claro, ¿pasamos al negocio?

Los duros ojos de M. De Rivarol lo observaron un momento.

—Tal vez sea lo mejor, —dijo. Tomó un papel—. Tengo acá una copia del contrato que hicisteis con M. de Cussy. Antes de seguir adelante, debo observar que M. de Cussy se ha excedido en sus instrucciones al admitir para vosotros un quinto de los botines tomados. Su autoridad no le permitía ofrecer más de un décimo.

—Eso es un tema entre vos y M. de Cussy, mi General. —Oh, no. Es un tema entre vos y yo.

—Con vuestro perdón, mi General. El contrato está firmado. En lo que nos concierne, el tema está cerrado. Además, por respeto a M. de Cussy, no deseamos ser testigos de los reproches que consideréis que merece.

—Lo que debo decir a M. de Cussy no os concierne. —Es lo que os estoy diciendo, mi General.

—Pero... ¡*Nom de Dieu!* —os concierne, supongo, que no podemos daros más que una décima parte. M. de Rivarol golpeó la mesa con exasperación. Este pirata era infernalmente hábil.

—¿Estáis totalmente seguro de eso, M. le Baron —de que no podéis?

—Estoy totalmente seguro de que no lo haré.

El Capitán Blood se encogió de hombros, y miró hacia abajo a su nariz.

—En ese caso, —dijo—, solo me resta presentar mi pequeña cuenta por nuestros desembolsos, y fijar una suma que nos compense nuestra pérdida de tiempo y molestias en venir aquí. Arreglado eso, podemos separarnos siendo amigos, M. le Baron. Ningún daño se ha hecho.

—¿Qué demonios queréis decir? —El Barón estaba de pie, inclinándose a través de la mesa.

—¿Es posible que no sea claro? MI francés, tal vez, no es de lo más puro, pero...

—Oh, vuestro francés es bastante fluido, demasiado fluido en ciertos momentos, si me puedo permitir la observación. Ahora, mirad, M. le filibustier, no soy un hombre con el que sea seguro hacerse el loco, como muy pronto descubriréis. Habéis aceptado el servicio del Rey de Francia —vos y vuestros hombres; tenéis el rango y recibís la paga de Capitaine de Vaisseau, y estos vuestros oficiales tienen el rango de lugartenientes. Estos rangos llevan obligaciones que haríais bien en estudiar, y penalidades por faltar en su cumplimiento, que deberíais estudiar al mismo tiempo. Son algo severas. La primera obligación para un oficial es la obediencia. Os llamo la atención sobre ello. No os debéis considerar, como aparentemente estáis haciendo, mis aliados en las empresas que tengo en vista, sino mis subordinados. En mí tenéis un comandante que os dirigirá, no un compañero ni un igual. Me comprendéis, espero.

—Oh, estad seguro que entiendo, —rio el Capitán Blood. Estaba recobrando su normalidad bajo el estímulo inspirador del conflicto. Lo único que ensombrecía su capacidad de disfrutarlo era la reflexión de que no se había afeitado—. No olvido nada, os lo aseguro, mi General. No olvido, por ejemplo, como aparentemente vos lo hacéis, que el contrato que hemos firmado representa las condiciones de nuestro servicio; y el contrato adjudica una quinta parte. Si nos negáis eso, canceláis el contrato; si canceláis el contrato, canceláis nuestros servicios con él. Desde ese momento cesamos en el honor de tener rangos en los navíos del Rey de Francia.

Hubo algo más que un murmullo de aprobación de sus tres capitanes.

Rivarol los miró, en jaque mate.

—En efecto... —M. de Cussy comenzaba tímidamente.

—En efecto, monsieur, esto es por vuestra causa, —el Barón le disparó, feliz de tener alguien en quien descargar su irritación—. Debéis ser consciente de ello. Colocáis el servicio del Rey en problemas; me forzáis a mí, el representante de Su Majestad, a una situación imposible.

—¿Es imposible darnos la quinta parte? —preguntó el Capitán Blood con suavidad de seda—. En ese caso, no hay necesidad de injurias a M. de Cussy. M. de Cussy sabe que no hubiéramos venido por menos. Nos vamos por vuestra aseveración de que no nos podéis asegurar más. Y las cosas están como hubieran estado si M. de Cussy se hubiera adherido rígidamente a sus instrucciones. He probado, creo, a vuestra entera satisfacción, M. le Baron, que si repudiáis el contrato no podéis exigir nuestros servicios ni detener nuestra partida —no actuando con honor.

—¿No actuando con honor, señor? ¡Al diablo con vuestra insolencia! ¿Suponéis

que cualquier curso que no fuera con honor sería posible para mí?

—No lo supongo, porque no sería posible, —dijo el Capitán Blood—. Estaríamos atentos a ello. Queda en vos, mi General, decir si el contrato es repudiado.

El Barón se sentó.

—Consideraré el tema, —dijo agriamente—. Se os informará lo que resuelva.

El Capitán Blood se puso de pie, sus oficiales se levantaron junto con él. El Capitán Blood se inclinó, saludando.

—¡M. le Baron! —dijo.

Luego él y sus bucaneros se retiraron de la augusta y airada presencia del General de los Ejércitos del Rey por Tierra y Mar en América.

Podéis suponer que siguió allí un muy mal cuarto de hora para M. de Cussy. M. de Cussy, de hecho, merece vuestra simpatía. Su autosuficiencia fue despedazada por el arrogante M. de Rivarol, como una hoja en el viento del otoño. El General de los Ejércitos del Rey lo insultó —a este hombre que era el Gobernador de Hispaniola— como si fuera un lacayo. M. de Cussy se defendió con el argumento que el Capitán Blood tan admirablemente le había ofrecido —que si los términos acordados con los bucaneros no se confirmaban no había daño hecho. M. de Rivarol lo amedrentó hasta hacerlo callar.

Habiendo agotado los insultos, el Barón prosiguió con indignidades. Dado que veía que M. de Cussy había demostrado no tener el mérito necesario para su cargo, M. de Rivarol se ocuparía de las responsabilidades del mismo mientras estuviera en Hispaniola, y para hacerlo efectivo comenzó por traer soldados de sus barcos, y poner su propia guardia en el castillo de M. de Cussy.

A partir de esto, los problemas siguieron rápidamente. Wolverstone llegó a la orilla la mañana siguiente con el pintoresco atuendo que normalmente llevaba, su cabeza envuelta en un colorido pañuelo, y fue objeto de burlas por un oficial de las tropas francesas recientemente desembarcadas. No acostumbrado a las mofas, Wolverstone respondió. El oficial pasó al insulto, y Wolverstone lo golpeó con tanta fuerza que lo hizo caer, y lo dejó con la mitad de sus escasos sentidos. Antes de una hora el incidente fue informado a M. de Rivarol, y antes del mediodía, por orden de M. de Rivarol, Wolverstone estaba bajo arresto en el castillo.

El Barón se había sentado recién al almorzar con M. de Cussy cuando el negro que los atendía anunció al Capitán Blood. Con malhumor, M. de Rivarol le ordenó que lo admitiera, y allí llegó a su presencia un pulido caballero, muy a la moda, vestido con cuidado y severa riqueza en negro y plata, su moreno rostro escrupulosamente afeitado, su largo cabello negro en rizos que caían a un cuello de fino encaje. En su mano derecha el caballero llevaba un ancho sombrero negro con una pluma roja, y en su mano izquierda un bastón de ébano. Sus medias eran de seda, un lazo de cintas ocultaban sus ligas, y las negras hebillas de sus zapatos estaban

finamente ribeteadas con oro.

Por un instante, M. de Rivarol no lo reconoció. Porque Blood parecía diez años más joven que ayer. Pero los vívidos ojos azules bajo las cejas negras no eran fáciles de olvidar, y lo proclamaban el mismo hombre que había sido anunciado antes incluso de hablar. Su orgullo resucitado le había exigido ponerse en pie de igualdad con el barón y establecer esa igualdad en su exterior.

—Vengo en un momento inoportuno, —cortésmente se exusó—. Mis disculpas. Mi asunto no podía esperar. Conciérne, M. de Cussy, al Capitán Wolverstone del *Lachesis*, a quien habéis colocado bajo arresto.

—Fui yo quien lo puso bajo arresto, —dijo M. de Rivarol.

—¡De verdad! Pero yo creía que M. de Cussy era el gobernador de Hispaniola. — Mientras yo esté aquí, *monsieur*, soy la suprema autoridad. Es bueno que lo entendáis así—. Perfectamente. Pero no es posible que no veáis el error que se ha cometido. — ¿Error, decís?

—Digo error. En vista de todo, es cortés mi uso de esa palabra. También es expeditivo. Ahorraré discusiones. Vuestros hombres han arrestado a la persona equivocada, M. de Rivarol. En lugar del oficial francés, que usó las provocaciones más groseras, arrestaron al Capitán Wolverstone. Es un tema que os ruego corrijaís sin demora.

El rostro aguileño de M. de Rivarol se puso escarlata. Sus oscuros ojos se salían de sus órbitas.

—Señor, ¡sois... sois insolente! ¡Pero de una insolencia intolerable! — Normalmente era un hombre de extremo auto control pero estaba tan rudamente escandalizado que hasta tartamudeaba.

—M. le Baron, desperdiciáis palabras. Este es el Nuevo Mundo. No es solamente nuevo; es desconocido para alguien tan aferrado a las supersticiones del Viejo. Esto tal vez no hayáis tenido tiempo de ver; así que voy a ignorar el ofensivo epíteto que habéis usado. Pero la justicia es la justicia en el Nuevo Mundo tanto como en el Viejo, y la injusticia es tan intolerable aquí como allá. Ahora, la justicia exige que se deje libre a mi oficial y se arreste y castigue al vuestro. Esta justicia es la que os invito, con toda obediencia, a que administréis.

—¿Con obediencia? —resopló el Barón con furiosa burla.

—Con la mayor obediencia, *monsieur*. Pero al mismo tiempo recordaré a M. le Baron que mis bucaneros suman ochocientos; vuestras tropas quinientos; y M. de Cussy os informará del interesante dato de que cualquier bucanero en acción iguaa a tres soldados de línea por lo menos. Soy perfectamente franco con vos, *monsieur*, para ahorrar tiempo y palabras duras. O el Capitán Wolverstone es inmediatamente puesto en libertad, o tomaremos medidas para ponerlo en libertad nosotros mismos. Las consecuencias pueden ser terribles. Pero será como queráis, M. le Baron. Sois la

suprema autoridad. Queda a vuestra decisión.

M. de Rivarol estaba blanco hasta en sus labios. En toda su vida nunca lo habían desafiado así. Pero se controló.

—Me haréis el favor de esperar en la antesala, M. le Capitaine. Quisiera tener unas palabras con M. de Cussy. Seréis oportunamente informado de mi decisión.

Cuando la puerta se cerró, el barón descargó su ira sobre la cabeza de M. de Cussy.

—Así que estos son los hombres que habéis enrolado en el servicio del Rey, los hombres que van a servir bajo mis órdenes —hombres que no sólo no sirven sino que dictan sus condiciones, ¡y esto aún antes de que la empresa que me trajo de Francia haya siquiera comenzado! ¿Qué explicaciones me podéis ofrecer, M. de Cussy? Os advierto que no estoy contento con vos. Estoy, de hecho, como podéis percibir, excesivamente enojado.

El Gobernador pareció sacudirse su inacción. Se sentó tiesamente erguido.

—Vuestro rango, *monsieur*, no os da el derecho a reprocharme; tampoco los hechos. He enrolado para vos los hombres que deseabais que enrolara. No es mi culpa que no sepáis como manejarlos. Como el Capitán Blood os ha dicho, éste es el Nuevo Mundo.

—¡Así que sí! —M. de Rivarol sonrió malignamente—. No solamente no ofrecéis explicación alguna, sino que os animáis a ponerme a mí en falta. Casi admiro vuestra temeridad. ¡Pero así es! —dejó el tema de lado con un gesto. Estaba superlativamente sardónico—. Me decís que es el Nuevo Mundo y nuevos mundos, nuevos métodos, supongo. Con tiempo adaptaré mis ideas a este nuevo mundo, o adaptaré este nuevo mundo a mis ideas. —Estaba amenazante—. Por el momento debo aceptar lo que encuentro. Queda en vos, *monsieur*, que tenéis experiencia en estos salvajes modales, aconsejarme por vuestra experiencia cómo debo actuar.

—M. le Baron, fue una locura haber arrestado al capitán bucanero. Lo sería aún más persistir. No tenemos la fuerza para enfrentarnos a la de ellos.

—En ese caso, *monsieur*, tal vez me diréis que haremos con respecto al futuro. ¿Debo rendirme en cada oportunidad a lo que dicta este hombre Blood? ¿Acaso la empresa en la que nos embarcamos va a ser dirigida por lo que él dicte? ¿Voy a estar yo, para resumir, el representante del Rey en América, a la merced de estos bandidos?

—Oh, en ningún caso. Estoy enrolando voluntarios aquí en Hispaniola, y estoy levantando un cuerpo de negros. Creo que cuando esto esté terminado tendremos una fuerza de mil hombres, sin contar con los bucaneros.

—Pero, en ese caso, ¿por qué no prescindir de ellos?

—Porque siempre serán el filo agudo de cualquier arma que forjemos. En el tipo de guerra que tenemos por delante tienen tanta habilidad que lo que el Capitán Blood acaba de decir no es una exageración. Un bucanero iguala a tres soldados de línea. Al

mismo tiempo, tendremos la suficiente fuerza como para mantenerlos bajo control. Por el resto, *monsieur*, tienen ciertas nociones del honor. Se atenderán al contrato, si jugamos lealmente con ellos, jugarán lealmente con nosotros, y no nos darán problemas. Tengo experiencia con ellos, y os doy mi palabra de esto.

M. de Rivarol aceptó ablandarse. Era necesario salvar su posición, y en cierto grado el Gobernador le dio los medios para hacerlo, así como una cierta garantía para el futuro con las fuerzas que estaba levantando.

—Muy bien, —dijo—. Sed tan amable y llamad a este Capitán Blood.

El Capitán entró, seguro y muy digno. M. de Rivarol lo encontró detestable; pero lo disimuló.

—M. le Capitaine, he tomado consejo con M. le Gouverneur. Por lo que me dice, es posible que se haya cometido un error. Seguramente se hará justicia. Para asegurarme de ello, yo mismo presidiré un consejo formado por dos de mis oficiales mayores, vos mismo y un oficial vuestro. Este consejo llevará a cabo una investigación imparcial en el asunto, y el ofensor, el culpable de la provocación, será castigado.

El Capitán Blood inclinó su cabeza. No era su deseo ser extremista.

—Perfectamente, M. le Baron. Y ahora, señor, habéis tenido la noche para reflexionar en la materia del contrato. ¿Debo entender que lo confirmáis o lo repudiáis?

Los ojos de M. de Rivarol se entornaron. Su mente estaba llena con lo que le había dicho M. de Cussy, que estos bucaneros eran el filo de cualquier arma que pudieran forjar. No podía dejarlos ir. Percibió que había cometido un error táctico al intentar reducir la parte acordada. Retirarse de una posición de ese tipo siempre lleva una pérdida de dignidad. Pero estaban esos voluntarios que M. de Cussy estaba enrolando para reforzar las manos del General del Rey. Su presencia podría dar motivo para reabrir esta cuestión. Mientras tanto debería retirarse con el mayor orden posible.

—He considerado eso también, —anunció—. Y aunque mi posición permanece inalterada, debo confesar que dado que M. de Cussy ha dado su palabra por nosotros, debemos cumplir lo que ha prometido. El contrato se confirma, señor.

El Capitán Blood se inclinó nuevamente. En vano M. de Rivarol buscó la menor indicación de una sonrisa de triunfo en esos labios. El rostro del bucanero permanecía extremadamente grave.

Wolverstone fue puesto en libertad esa tarde, y su atacante fue sentenciado a dos meses de detención. Así la armonía se restauró. Pero había sido un mal comienzo, y había más del mismo tipo de discordias para seguir pronto.

Blood y sus oficiales fueron citados una semana más tarde a un consejo para determinar las operaciones contra España. M. de Rivarol desplegó un proyecto de

invasión sobre la acaudalada ciudad española de Cartagena. El Capitán Blood demostró asombro. Agriamente invitado por M. de Rivarol a explicar sus motivos para ello, lo hizo con total franqueza.

—Si yo fuera General de los Ejércitos del Rey en América, —dijo—, no tendría dudas sobre el mejor camino para servir a mi real señor y a la nación francesa. Lo que pienso debe ser obvio para M. de Cussy, como lo es para mí, y es que debemos inmediatamente invadir la Hispaniola española y así poner toda esta espléndida y provechosa isla en posesión del Rey de Francia.

—Eso podrá ser más adelante, —dijo M. de Rivarol—. Es mi deseo comenzar con Cartagena.

—Queréis decir, señor, que navegaremos a través del Caribe en una arriesgada expedición, despreciando lo que tenemos aquí en nuestra propia puerta. En nuestra ausencia, es posible una invasión española sobre la Hispaniola francesa. Si comenzamos por reducir a los españoles aquí, esa posibilidad desaparece. Habremos añadido a la Corona francesa la más codiciada posesión de las Indias Occidentales. La empresa no ofrece ninguna dificultad en particular; puede ser llevada a cabo rápidamente, y una vez terminada, tendremos tiempo para mirar hacia delante. Ese sería el orden lógico para llevar adelante esta campaña.

Se calló, y se hizo un silencio. M. de Roivarol se echó hacia atrás en su silla, con una pluma entre sus dientes. Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Alguien más comparte la opinión del Capitán Blood?

Ninguno contestó. Sus propios oficiales estaban dominados por él; los seguidores de Blood naturalmente preferían Cartagena, porque tenía mucha mejor perspectiva en el botín. La lealtad a su jefe los mantuvo en silencio.

—Parece que estáis solo con vuestra opinión, —dijo el Barón con su avinagrada sonrisa.

El Capitán Blood rio prontamente. Había leído la mente del Barón. Sus aires y modales y arrogancia se habían impuesto tanto en Blood que recién ahora pudo ver a través de ellos, en el frívolo espíritu del sujeto. Así que rio; no había otra cosa que hacer. Pero su risa estaba cargada con más rabia incluso que desprecio. Se había estado convenciendo que había terminado con la piratería. La convicción de que este servicio a Francia estaba libre de cualquier mancha fue la única consideración que lo indujo a aceptarlo. Pero aquí estaba este arrogante, altanero caballero, que se presentaba como el General del los Ejércitos de Francia, proponiendo un pillaje, una invasión saqueadora, que despojada de su máscara de legítimo acto de guerra, se revelaba piratería de la más flagrante.

M. de Rivarol, intrigado por su jovialidad, lo miró con el ceño fruncido en desaprobación.

—¿Por qué reís, *monsieur*?

—Porque descubro aquí una ironía de lo más jocosa. Vos, M. le Baron, General de los Ejércitos del Rey por Tierra y Mar en América, proponéis una empresa de carácter puramente bucanero; mientras que yo, el bucanero, propongo una que concierne a mantener el honor de Francia. Podéis percibir lo jocosa que es.

M. de Rivarol no percibía nada de ese estilo. De hecho, M. de Rivarol estaba extremadamente enojado. Se puso de pie, y cada hombre en la habitación se levantó con él, salvo sólo M. de Cussy, quien permaneció sentado con una triste sonrisa en sus labios. Él también ahora leía los pensamientos del Barón como en un libro abierto, y leyéndolos, lo despreciaba.

—M. le filibustier, —gritó Rivarol con una voz gruesa—, me parece que debe nuevamente recordaros que soy vuestro oficial superior.

—¡Mi oficial superior! ¡Vos! ¡Señor del Mundo! ¡Si sois simplemente un pirata común! Pero oiréis la verdad de una vez por todas, y eso ante estos caballeros que tienen el honor de servir al Rey de Francia. Debo ser yo, un bucanero, un ladrón de los mares, el que se coloque aquí a deciros cuál es el interés del honor de Francia y de la Corona Francesa. Mientras que vos, el General delegado del Rey de Francia, ignorando esto, pensáis gastar los recursos del Rey contra una población que no cuenta, vertiendo sangre francesa tomando un lugar que no puede ser retenido, y sólo porque se os ha informado que hay mucho oro en Cartagena, y que su saqueo os enriquecerá. Esto concuerda con el sujeto que buscó regatear nuestra parte, y quitarnos nuestros derechos establecidos en un contrato ya firmado. Si estoy equivocado —que lo diga M. de Cussy. Si estoy equivocado, que me lo prueben, y os pediré perdón. Mientras tanto, *monsieur*, me retiro de este consejo. No tendré más parte en vuestras deliberaciones. Acepté el servicio del Rey de Francia con la intención de honrar ese servicio. No puedo honrar ese servicio aceptando un desperdicio de vidas y recursos en invasiones sobre poblaciones sin importancia, con el saqueo como su único objeto. La responsabilidad de esas decisiones queda en vosotros, y en vosotros solamente. Deseo que M. de Cussy reporte esto a los Ministros de Francia. Por lo demás, *monsieur*, sólo queda que me déis mis órdenes. Las espero abordo de mi barco— y cualquier otra cosa, de naturaleza personal, que sintáis que he provocado por los términos que me he sentido con la necesidad de usar en este consejo. M. le Baron, tengo el honor de desearos un buen día.

Se retiró con largas zancadas, y sus tres capitanes —aunque pensando que estaba loco— lo siguieron en leal silencio.

M. de Rivarol jadeaba como un pez en tierra. La verdad desnuda le había quitado el habla. Cuando se recobró, fue para agradecer al Cielo vigorosamente que el consejo se había liberado por propia decisión del Capitán Blood, de la ulterior participación de ese caballero en sus deliberaciones. En su interior, M. de Rivarol ardía con vergüenza y rabia. La máscara se le había caído, y había quedado expuesto

al desprecio, él, el General de los Ejércitos del Rey por Mar y Tierra en América.

A pesar de todo, fue a Cartagena que navegaron a mediados de marzo. Con voluntarios y negros las fuerzas bajo las órdenes directas de M. de Rivarol habían alcanzado alrededor de mil doscientas personas. Con éstas pensaba que podía mantener al contingente pirata en orden y sumisión.

Componían una flota imponente, con la nave insignia de M. de Rivarol, el *Victorieuse*, un poderoso navío de ochenta cañones, a la cabeza. Cada uno de los cuatro otros barcos franceses eran por lo menos tan fuertes como el *Arabella* de Blood, con sus cuarenta cañones. Seguían los navíos menores de los bucaneros, el *Elizabeth*, el *Lachesis*, y el *Atropos*, y una docena de fragatas cargadas de provisiones, además de canoas y pequeños botes.

Por poco no se encontraron con la flota de Jamaica con el Coronel Bishop, la que navegaba hacia el norte a Tortuga dos días después de que el Barón de Rivarol se dirigiera al sur.

Capítulo XXVII

Cartagena

Habiendo cruzado el Caribe con viento en contra, no fue sino en los primeros días de abril que la flota francesa tuvo a la vista Cartagena, y M. de Rivarol citó un consejo abordo de su buque insignia para determinar el método de asalto.

—Es importante, messieurs, —les dijo—, que tomemos la ciudad por sorpresa, no sólo antes de que se pueda preparar para defenderse; sino antes de que traslade sus tesoros tierra adentro. Propongo desembarcar una fuerza suficiente para lograr esto al norte de la ciudad mañana cuando caiga la noche. Y detalló con detalle el plan que su mente había elaborado.

Era escuchado con respeto y aprobación por sus oficiales, burlonamente por el Capitán Blood, e indiferentemente por los otros capitanes bucaneros presentes. Porque debe entenderse que la negativa de Blood de formar parte de los consejos se relacionaba solamente a los concernientes a determinar la naturaleza de la empresa que se llevaba adelante.

El Capitán Blood era el único entre ellos que sabía exactamente lo que los esperaba. Dos años atrás había considerado él mismo una invasión en ese lugar, y había hecho una investigación en circunstancias que en este momento iba a explicar.

La propuesta del *Barón* era la que se podría esperar de un comandante cuyo conocimiento de Cartagena era el que se podría obtener de mapas.

Geográfica y estratégicamente considerado, es un lugar curioso. Es casi un cuadrado, bordeado al norte y al este por colinas, y se puede decir que se orienta al sur sobre el más interno de dos puertos por los que normalmente se llega a ella. La entrada al puerto exterior, que en realidad es una laguna de unas tres millas de ancho, se encuentra en un cuello conocido como *Boca Chica*, defendido por un fuerte. Una larga lengua de tierra densamente boscosa hacia el oeste actúa aquí como un dique natural, y cuando se va llegando al puerto interior, otra lengua de tierra se atraviesa haciendo ángulo recto con la primera, hacia el continente por el este. Rápidamente termina, dejando un profundo pero estrecho canal, realmente un portón, que lleva al seguro y protegido puerto interior. Al este y al norte de Cartagena está el continente, que no debe ser considerado en un ataque. Pero al oeste y noroeste esta ciudad, tan bien guardada en los demás lados, está directamente abierta al mar. A su frente hay una playa de media milla, pero aparte de esto y las gruesas murallas del fuerte,

parecería que no tiene otras defensas. Pero esas apariencias son engañosas, y habían engañado totalmente a M. de Rivarol cuando diseñó su plan.

Fue el Capitán Blood quien tuvo que explicar las dificultades cuando M. de Rivarol le informó que el honor de abrir el asalto en la manera por él planeada se le otorgaba a los bucaneros.

El Capitán Blood sonrió sardónicamente al honor reservado para sus hombres. Era precisamente lo que hubiera esperado. Para los bucaneros los peligros; para M. de Rivarol el honor, gloria y provecho de la empresa.

—Es un honor que debo declinar, —dijo fríamente.

Wolverstone gruñó aprobando y Haghthorpe asintió. Yberville, quien como todos ellos resentía la altanería de su noble compatriota, nunca dudó en su lealtad al Capitán Blood. Los oficiales franceses —había seis de ellos presentes— miraron con arrogante sorpresa al jefe bucanero, mientras el *Barón* desafiantemente le disparó una pregunta.

—¿Cómo? ¿Declináis, señor? ¿Declináis obedecer órdenes, decís?

—Entendí, M. le Baron, que nos citásteis para deliberar sobre el camino a adoptar.

—Entonces entendísteis mal, M. le Capitaine. Estáis aquí para recibir mis órdenes. Ya he deliberado, y he decidido. Espero que comprendáis.

—Oh, yo entiendo, —rió Blood—. Pero me pregunto, ¿entendéis vos? —Y sin darle tiempo al *Barón* para la furiosa pregunta que le venía a los labios, siguió—. Habéis deliberado, decís, y habéis decidido. Pero si vuestra decisión no descansa en un deseo de destruir a mis bucaneros, la cambiaréis cuando os diga algo de lo que tengo conocimiento. Esta ciudad de Cartagena parece muy vulnerable por el norte, totalmente abierta al mar como aparentemente está. Preguntaos, M. le Baron, por qué los españoles que la construyeron allí se tomaron tanto trabajo para fortificar el sur, si el norte es tan fácil de invadir.

Esto hizo callarse a M. de Rivarol.

—Los españoles, —continuó Blood—, no son tan tontos como vos suponéis. Permitidme decirlos, messieurs, que hace dos años hice una investigación de Cartagena como estudio preliminar para invadirla. Vine aquí con unos comerciantes indios amigos, disfrazado yo mismo de indio, y de ese modo pasé una semana en la ciudad y estudié cuidadosamente cómo llegar a ella. Del lado del mar donde parece tan tentadoramente abierta para un asalto, el agua es muy llana por más de media milla hacia dentro —lo suficiente, os aseguro, para asegurarse que ningún barco pueda llegar a tiro de cañón. No es seguro aventurarse a menos de tres cuartos de milla.

—Pero nuestro desembarco será efectuado en canoas y piraguas y barcos abiertos, —gritó un oficial impacientemente.

—En la estación más calmada del año, el oleaje impediría esa operación. Y además debéis llevar en mente que si fuera posible llegar a tierra como sugerís, este desembarco no estaría cubierto por los cañones de los barcos. De hecho, las partidas de desembarco estarían en peligro de su propia artillería.

—Si el ataque se hace de noche, como propongo, no es necesario estar cubiertos. Estaríais en tierra antes de que los españoles se den cuenta del intento.

—Asumís que Cartagena es una ciudad de ciegos, que en este mismo momento no están divisando nuestras velas y preguntándose quiénes somos y qué pretendemos.

—Pero si se sienten seguros por el norte, como sugerís, —gritó el *Barón* impacientemente—, esa misma seguridad los adormecerá.

—Tal vez. Pero, entonces, están seguros. Cualquier intento de desembarcar en ese lado está condenado al fracaso en las manos de la Naturaleza.

—Así y todo, haremos el intento, —dijo el obstinado *Barón*, cuya arrogancia no le permitía darse por vencido ante sus oficiales.

—Si aún seguís pensando en hacerlo, después de los que os he dicho, sois, por supuesto, quien decide. Pero yo no llevo a mis hombres a un peligro inútil.

—Si yo os lo ordeno... —el *Barón* comenzaba. Pero Blood lo interrumpió sin ceremonia.

—M. le Baron, cuando M. de Cussy nos contrató en vuestro nombre, fue tanto por nuestro conocimiento y experiencia en esta clase de lucha como por nuestra fuerza. He puesto aquí mi propio conocimiento y experiencia en esta materia en particular a vuestra disposición. Agregaré que abandoné mi propio proyecto de invadir Cartagena, por no tener suficiente fuerza en ese momento como para forzar la entrada al puerto, que es la única vía de entrada a la ciudad. La fuerza que ahora comandáis es suficiente para ese propósito.

—Pero mientras hacemos eso, los españoles tendrán tiempo para llevarse gran parte de las riquezas que hay en la ciudad. Debemos tomarlos por sorpresa.

El Capitán Blood se encogió de hombros.

—Si esa fuera meramente una invasión pirata, ésa, por supuesto, es la primera consideración. Lo fue para mí. Pero si vuestra intención es abatir el orgullo de España y plantar las flores de lis de Francia en los fuertes de esta población, la pérdida de algunos tesoros no debería pesar demasiado.

M. de Rivarol se mordía los labios con disgusto. Sus ojos encapotados brillaban mientras analizaban a este bucanero tan seguro de sí mismo.

—¿Pero si os ordeno ir —hacer el intento?— preguntó. —Contestadme, *monsieur*, sepamos de una vez dónde estamos parados y quien comanda esta expedición.

—Positivamente, os encuentro cansador, —dijo el Capitán Blood y se dirigió a M. de Cussy, quien permanecía sentado mordiéndose sus labios, intensamente

incómodo—. Me dirijo a vos, *monsieur*, para que me justificéis ante el General.

M. de Cussy salió de su sombría abstracción. Se aclaró la garganta. Estaba extremadamente nervioso.

—En vista de lo que el Capitán Blood ha explicado...

—¡Oh, al diablo con eso! —espetó Rivarol—. Parece que estoy rodeado de cobardes. Mirad bien, M. le Capitane, dado que tenéis miedo de llevar a cabo esta operación, la tomaré a mi cargo. El tiempo está calmo, y cuento con hacer un buen desembarco. Si lo hago, probaré vuestro error, y tendré unas palabras que deciros mañana, que no os agradarán. Estoy siendo muy generoso con vos, señor. Movié su mano regiamente. —Tenéis permiso para retiraros.

Fue pura obstinación y hueco orgullo lo que lo motivó, y recibió la lección que merecía. La flota permaneció durante la tarde a una milla de la costa, y cubiertos por la oscuridad trescientos hombres, de los cuales doscientos era negros —el total del contingente negro había sido destinado a la empresa— se dirigieron a la costa en las canoas, piraguas y botes. El orgullo de Rivarol lo obligó, aunque le disgustaba mucho la aventura, a dirigirlos en persona.

Los primeros seis bargos fueron capturados por el oleaje, y convertidos en fragmentos antes de que sus ocupantes pudieran dejarlos. El trueno de las roturas y los gritos de los náufragos avisaron a los que seguía, y así los salvaron de seguir su misma suerte. Bajo las apremiantes órdenes del *Barón* volvieron a salir y rescataron a la mayor cantidad de sobrevivientes que pudieron. Cerca de cincuenta vidas se perdieron en la aventura, junto con media docena de botes cargados con municiones y armas livianas.

El *Barón* volvió a su buque insignia, un furioso hombre pero por cierto no más sabio. La sabiduría —ni siquiera la mortificante sabiduría que la experiencia nos lanza— no es para los del tipo de M. de Rivarol. Su rabia cubría todo, pero se concentraba especialmente sobre el Capitán Blood. En algún tortuoso proceso de razonamiento consideraba al bucanero el principal responsable de este desastre. Se fue a la cama considerando furiosamente lo que le diría al Capitán Blood en la mañana.

Lo despertó al amanecer un estruendo de cañones. Saliendo a la popa con gorro de dormir y zapatillas, tuvo una vista que aumentó su irracional furia. Los cuatro barcos bucaneros estaban pasando con una maniobra extraordinaria a media milla de Boca Chica y a poco más de media milla del resto de la flota, y de sus lados lanzaban fuego y humo cada vez que giraban al fuerte que guardaba la estrecha entrada. El fuerte devolvía el fuego vigorosamente. Pero los bucaneros programaban sus descargas con extraordinario juicio para captar el momento en que recargaban los cañones; luego se retiraban fuera de su alcance y presentando solamente un mínimo perfil cuando las mayores descargas llegaban del fuerte.

Regañando y maldiciendo, M. de Rivarol se quedó allí y miró esta acción, tan presuntuosamente llevada a cabo por Blood bajo su propia responsabilidad. Los oficiales del *Victorieuse* se arremolinaron a su alrededor, pero no fue hasta que M. de Cussy llegó a unirse al grupo que abrió las compuertas de su furia. Y M. de Cussy mismo provocó la tormenta que cayó sobre él. Había llegado restregándose sus manos y con una enorme satisfacción por la energía de los hombres que él había contratado.

—¡Aha, M. de Rivarol!, —rió—. Conoce su trabajo, eh, este Capitán Blood. Plantará las flores de lis de Francia en ese fuerte antes del desayuno.

El *Barón* giró sobre él gruñendo. —¿Conoce su trabajo, eh? Su trabajo, dejadme que os diga, M. de Cussy, es obedecer mis órdenes, y yo no he ordenado esto. ¡Par la Mordieu! Cuando esto termine trataré con él su condenada insubordinación—. Seguramente, M. le Baron, la habrá justificado si tiene éxito.

—¡Justificado! ¡Ah, *parbleu!* ¿Acaso puede de alguna forma un soldado justificar haber actuado sin órdenes? —Siguó furioso, apoyado por sus oficiales que también detestaban al Capitán Blood.

Mientras tanto, la lucha seguía alegremente. El fuerte estaba sufriendo mucho. Pero, a pesar de sus maniobras, los bucaneros tampoco escapaban al castigo. La borda de estribor del *Atropos* había sido reducida a astillas, y un disparo lo había tomado en la popa. El *Elizabeth* estaba muy destrozado alrededor del castillo de proa, y el palo mayor del *Arabella* había sido abatido, mientras que cerca del final del ataque el *Lachesis* salió de la lucha con el timón deshecho, zigzagueando.

Los absurdos ojos del *Barón* positivamente brillaban con satisfacción.

—¡Pido al Cielo que hundo todos sus infernales barcos! —gritó en su desenfreno.

Pero el Cielo no lo oyó. Apenas había hablado cuando hubo una terrible explosión, y la mitad del fuerte voló en fragmentos. Un disparo afortunado de los bucaneros había encontrado el polvorín. Posiblemente fue un par de horas más tarde, cuando el Capitán Blood, tan pulido y calmo como si volviera de la corte, puso pie en la cubierta del *Victorieuse*, para enfrentar a M. de Rivarol, aún en ropa y gorro de dormir.

—Debo reportar, M. le Baron, que estamos en posesión del fuerte de Boca Chica. El estandarte de Francia flamea de lo que queda de su torre, y el camino para el puerto exterior está abierto para vuestra flota.

M. de Rivarol debió tragarse su furia, aunque ésta lo ahogó. El júbilo entre sus oficiales era tal que le impedía seguir como había comenzado. Pero sus ojos eran malevolentes, su rostro pálido con rabia.

—Sois afortunado, M. Blood, de haber tenido éxito, —dijo—. Os habría ido muy mal de haber fracasado. Otra vez sed tan amable como apra esperar mis órdenes, no sea que después no tengáis la justificación que vuestra buena fortuna os ha procurado

esta mañana.

Blood sonrió con un relámpago de blancos dientes, e inclinó su cabeza.

—Estaré feliz de recibir vuestras órdenes ahora, General, para aprovechar nuestra ventaja. Percibís que la velocidad en atacar es esencial.

Rivarol quedó un instante sin habla. Absorto en su ridícula rabia, no había percibido nada. Pero se recuperó rápidamente.

—A mi cabina, si os place, —ordenó perentoriamente, y se disponía a mostrar el camino, cuando Blood lo detuvo.

—Con respeto, mi General, estaremos mejor acá. Podéis apreciar el escenario de nuestra próxima acción. Está como un mapa ante nosotros. Con su mano indicó la laguna, los bosques que la rodeaban y la considerable ciudad tras la playa. —Si no es presunción de mi parte ofrecer una sugerencia...— Se detuvo. M. de Rivarol lo miró agudamente, sospechando una ironía. Pero el rostro moreno era franco, los inteligentes ojos tranquilos.

—Oigamos vuestra sugerencia, —consintió.

Blood indicó el fuerte en el puerto interior, que era apenas visible sobre las palmeras de la lengua de tierra que se interponía. Anunció que su armamento era menor que el del fuerte exterior, que habían reducido; pero, por otro lado, el pasaje era mucho más angosto que Boca Chica, y antes de que pudieran llegar a él debían quebrar esas defensas. Propuso que los barcos franceses entraran al puerto exterior y procedieran inmediatamente al bombardeo. Mientras tanto, él desembarcaría trescientos bucaneros y alguna artillería en el lado este de la laguna, más allá de las fragantes islas densamente cargadas de árboles frutales, y procedería simultáneamente a atacar el fuerte por atrás. Así encerrados por ambos lados a la vez, y desmoralizados por la caída del fuerte exterior mucho más poderoso, no pensaba que los españoles ofrecieran mucha resistencia. Entonces sería M. de Rivarol quien tomaría el fuerte, mientras el Capitán Blood seguiría con sus hombres para tomar la iglesia de Nuestra Señora de la Poupa, bien visible en su colina inmediatamente al este de la ciudad. No sólo su altura les daba una ventaja estratégica invaluable, sino que guardaba el único camino que llevaba de Cartagena al interior, y una vez en su poder no habría oportunidad para que los españoles intentaran retirar los tesoros de la ciudad.

Para M. de Rivarol éste fue —como el Capitán Blood juzgó que lo sería— el argumento definitorio. Altanero hasta ese momento, y dispuesto por su propio orgullo a tratar la sugerencia del bucanero con crítica cortesía, la actitud de M. de Rivarol cambió de repente. Se volvió alerta y rápido, y fue tan lejos y tolerante como para alabar el plan del Capitán Blood, y dio órdenes de que la acción comenzara en el acto.

No es necesario seguir esta acción paso a paso. Errores de parte de los franceses

impidieron su limpia ejecución, y el manejo indiferente de sus barcos llevó al hundimiento de dos de ellos esa tarde, por los disparos del fuerte. Por el atardecer, debido básicamente a la furia irresistible con que los bucaneros hostigaron el lugar desde tierra, el fuerte se había rendido, y antes del anochecer Blood y sus hombres dominaban la ciudad desde las alturas de Nuestra Señora de la Poupa.

Al mediodía del día siguiente, sin defensas y amenazada con bombardeo, Cartagena envió ofertas de rendición a M. de Rivarol.

Hinchado de orgullo por una victoria de la que tomaba todo el crédito para sí, el *Barón* dictó sus términos. Exigió que todos los bienes públicos y cuentas oficiales le fueran llevadas; que los comerciantes entregaran todo el dinero y bienes que tenían; los habitantes podían elegir si permanecían en la ciudad o se iban, pero si se iban debían primero entregar sus propiedades, y los que se quedaban debían entregar la mitad, y convertirse en súbditos de Francia; se respetarían casas religiosas e iglesias, pero debían dar cuenta de todo el dinero y bienes en su posesión.

Cartagena aceptó, no teniendo otra opción, y el día siguiente, que era el 5 de abril, M. de Rivarol entró a la ciudad y la proclamó ahora una colonia francesa, designando a M. de Cussy como su gobernador. Luego fue a la catedral donde un apropiado *Te Deum* se cantó en honor de la conquista. Hecho esto, M. de Rivarol procedió a devorar la ciudad. El único detalle que distinguió la conquista francesa de Cartagena de una ordinaria invasión bucanera fue que bajo las más severas penas ningún soldado podía entrar en la casa de un habitante. Pero este aparente respeto hacia las personas y propiedad de los conquistados se basaba en realidad en la ansiedad de M. de Rivarol de que ni un doblón le fuera burlado de toda la riqueza que se llevaba el *Barón* en nombre del Rey de Francia. Una vez que la corriente de oro cesó, retiró todas las restricciones y la ciudad fue hecha presa por sus hombres, quienes procedieron al pillaje de la parte de la propiedad que los habitantes que se habían hecho súbditos franceses habían mantenido bajo la seguridad de que sería inviolable. El saqueo fue enorme. En el curso de cuatro días más de cien mulas fueron cargadas con oro y salieron de la ciudad hasta los botes esperando en la playa para llevar el tesoro a los barcos.

Capítulo XXVIII

El honor de M. de Rivarol

Durante la capitulación y por cierto tiempo, el Capitán Blood y la mayor parte de sus bucaneros habían estado en su puesto en las alturas de Nuestra Señora de la Poupa, totalmente en ignorancia de lo que estaba pasando. Blood, aunque principalmente, si bien no solamente, el hombre responsable por la rápida reducción de la ciudad, que probaba ser un verdadero cofre de tesoros, no recibió ni siquiera la consideración de ser llamado a un consejo de oficiales con el que M. de Rivarol determinó los términos de la capitulación.

Éste era un desprecio que en otros tiempos el Capitán Blood no hubiera soportado ni un momento. Pero al presente, en su curioso esquema mental, y su divorcio de la piratería, se limitaba a sonreír con desprecio al General francés. No así, sin embargo, sus capitanes, y mucho menos sus hombres. El resentimiento se generaba entre ellos y surgió violentamente al final de esa semana en Cartagena. Fue solamente con la promesa de llevar sus quejas al Barón que su capitán pudo por el momento pacificarlos. Hecho esto, fue inmediatamente a buscar a M. de Rivarol.

Lo encontró en las oficinas que el Barón había arreglado en la ciudad para él, con un grupo de empleados para registrar el tesoro recogido y para analizar los libros de cuentas, y así calcular las sumas que todavía le debían llevar. El Barón estaba allí sentado como un comerciante de la ciudad, verificando cifras para asegurarse que todo estaba correcto hasta el último peso. Una ocupación poco adecuada para el General de los Ejércitos del Rey por Mar y Tierra.

Levantó la vista irritado por la interrupción que ocasionaba el Capitán Blood.

—M. le Baron, —lo saludó este último—. Debo hablar francamente; y debéis soportarlo. Mis hombres están a punto de motín.

M. de Rivarol lo observó con un suave levantar de las cejas.

—Capitán Blood, yo, también, hablaré francamente; y vos, también, debéis soportarlo. Si hay un motín, vos y vuestros capitanes seréis responsables personalmente. Vuestro error es tomar conmigo el tono de un aliado, mientras desde el principio os he indicado claramente que estáis simplemente en la posición de haber aceptado servir bajo mis órdenes. Vuestra apropiada percepción de los hechos nos ahorraría una buena cantidad de palabras.

Blood se contuvo con dificultad. Un día de estos, sintió, por el bien de la

humanidad, debería bajarle los humos a este arrogante y presuntuoso gallito.

—Podéis definir nuestras posiciones como os plazca, —dijo—. Pero os recuerdo que la naturaleza de un hecho no se cambia por el nombre que se le dé. Me importan los hechos; principalmente el hecho de que entramos con un contrato con vos. Ese contrato prevé cierta distribución del botín. Mis hombres lo exigen. No están satisfechos.

—¿Con qué no están satisfechos? —preguntó el Barón.

—Con vuestra honestidad, M. de Rivarol.

Una bofetada difícilmente hubiera cogido más de improviso al francés. Se puso tenso, se levantó, sus ojos llameando, su rostro de una palidez cadavérica. Los empleados en las mesas dejaron sus plumas y esperaron la explosión con terror.

Por un largo momento hubo silencio. Luego el gran caballero se expresó con una voz de concentrada rabia.

—¿Realmente os atrevéis a tanto, vos y los sucios ladrones que os siguen? ¡Por la sangre de Dios! Me responderéis por esas palabras, aunque sea una peor deshonra enfrentarme con vos. ¡Faugh!

—Os recuerdo, —dijo Blood—, que no hablo por mí, sino por mis hombres. Son ellos los que no están satisfechos, ellos que amenazan que si no se les da satisfacción, y rápido, la tomarán.

—¿Tomarla?, —dijo M. de Rivarol, temblando de rabia—. Dejad que se atrevan, y...

—Vamos, no seáis imprudente. Mis hombres tienen su derecho, como sabéis. Quieren saber cuándo se les dará su parte del botín, cuándo van a recibir la quinta parte que les acuerda el contrato.

—¡Dios dame paciencia! ¿Cómo podemos compartir el botín antes de que haya sido completamente recogido?

—Mis hombres tienen motivos para creer que está recogido; y, de todos modos, ven con desconfianza que sea cargado en vuestros barcos, y quede en vuestro poder. Dicen que después no va a ser posible conocer el exacto monto a que asciende.

—Pero —¡en nombre del Cielo!— he llevado libros. Allí están para que todos los vean.

—No quieren ver libros de cuentas. Pocos de ellos saben leer. Quieren ver el tesoro. Saben —me obligáis a ser directo— que las cuentas se han falsificado. Vuestros libros dicen que el botín de Cartagena suma alrededor de diez millones de libras. Los hombres saben —y son muy habilidosos en estos cálculos— que excede el total de cuarenta millones. Insisten que el tesoro sea pesado en su presencia, como es costumbre entre la Hermandad de la Costa.

—No sé nada de las costumbres filibusteras. El caballero hablaba con desprecio.

—Pero aprendéis rápido.

—¿Qué queréis decir, bribón? Soy un jefe de ejércitos, no de ladrones.

—¡Oh, pero por supuesto! —La ironía de Blood reía en sus ojos—. Pero, seáis lo que seáis, os aviso que o aceptáis una demanda que considero justa, o podéis esperar problemas, y no me sorprendería que nunca podáis dejar Cartagena, ni llevar una sola pieza de oro a vuestro hogar en Francia.

—¡Ah, perdieu! ¿Debo entender que me estáis amenazando?

—¡Vamos, vamos, M. le Baron! Os estoy avisando sobre los problemas que un poco de prudencia pueden evitar. No sabéis sobre qué volcán estáis sentado. No conocéis las costumbres de los bucaneros. Si persistís, Cartagena se ahogará en sangre, y cualquiera sea el final, el Rey de Francia no habrá estado bien servido.

Eso llevó las bases del argumento a un terreno menos hostil. Continuó por un rato, para concluir finalmente con una aceptación poco amable de parte de M. de Rivarol de las demandas de los bucaneros. La dio de extremada mala gana, y sólo porque Blood le hizo ver finalmente que mantenerse en su posición sería peligroso. En una lucha, podría derrotar a los seguidores de Blood. Pero también podría que no. E incluso si tuviera éxito, el esfuerzo sería muy caro en hombres y tal vez no quedaría con fuerzas suficientes como para mantener el dominio de la ciudad tomada.

El final fue que hizo una promesa de tomar las medidas necesarias enseguida, y si el Capitán Blood y sus oficiales lo esperaban la mañana siguiente a bordo del *Victorieuse*, el tesoro se les mostraría, pesaría en su presencia, y su quinta parte se les entregaría para que ellos mismos la custodiaran.

Entre los bucaneros esa noche había hilaridad por el rápido abatimiento del monstruoso orgullo de M. de Rivarol. Pero cuando el día siguiente amaneció en Cartagena, tuvieron su explicación. Los únicos barcos que se veían en el puerto eran el *Arabella* y el *Elizabeth*, allí anclados, y el *Atropos* y el *Lachesis* en la playa para reparación del daño sufrido en el bombardeo. Los barcos franceses se habían ido. Habían salido despacio y en secreto del puerto, cubiertos por la noche, y tres velas, apenas visibles, en el horizonte hacia el oeste era todo lo que quedaba por verse de ellos. El prófugo M. de Rivarol se había ido con el tesoro, llevándose con él las tropas y marinos que había traído de Francia. Había dejado tras él en Cartagena no sólo a los bucaneros con las manos vacías, a quienes había estafado, sino también a M. de Cussy y a los voluntarios y negros de Hispaniola, a quienes no había estafado menos.

Las dos partes se fusionaron en su común furia, y ante su exhibición los habitantes de la desgraciada ciudad cayeron en un terror aún más profundo del que ya habían conocido desde la llegada de la expedición.

Sólo el Capitán Blood conservó su cabeza, dominando su profundo enfado. Se había prometido a sí mismo que antes de separarse de M. de Rivarol le haría pagar todos las pequeñas afrentas e insultos que este despreciable sujeto —ahora un ladrón comprobado— le había infligido.

—Debemos seguirlo, —declaró—. Seguirlo y castigarlo.

Al principio ése fue el grito general. Luego vino la consideración de que sólo dos de los barcos bucaneros podían salir al mar, e incluso éstos no estaban con su total fuerza, estando además poco provistos en ese momento para un largo viaje. Las tripulaciones del *Lachesis* y el *Atropos* y con ellas sus capitanes, Wolverstone e Yberville, renunciaron a la intención. Después de todo, había una buena parte del tesoro todavía escondido en Cartagena. Se quedarían a conseguirlo mientras arreglaban los barcos para salir al mar. Que Blood y Hagthorpe y los que navegaban con ellos hicieran lo que quisieran.

Sólo entonces Blood se dio cuenta de lo precipitado de su propuesta, e intentando retirarla casi causa una batalla entre las dos partes en que esa propuesta había dividido a los bucaneros. Y mientras tanto, esas velas francesas en el horizonte se perdían cada vez más. Blood estaba desesperado. Si se iba ahora, sólo el Cielo sabría que le pasaría a la ciudad, considerando el estado de ánimo de los que quedaban atrás en ella. Pero si se quedaba, simplemente su propia tripulación y la de Hagthorpe aumentarían lo horrendo de los eventos ahora inevitables. Incapaz de tomar una decisión, sus propios hombres y los de Hagthorpe tomaron el tema en sus manos, ansiosos de perseguir a Rivarol. No solamente era un engaño ruin que castigar sino también un enorme tesoro que se podía ganar tratando como enemigo a este comandante francés que, él mismo, había tan villanamente quebrado su alianza.

Cuando Blood, dividido como estaba entre consideraciones en conflicto, aún dudaba, lo llevaron casi por fuerza a bordo del *Arabella*.

En una hora, con la provisión por lo menos de agua y comida suficiente abordo, el *Arabella* y el *Elizabeth* salieron al mar en esa furiosa cacería.

—Cuando estábamos bien adentrados al mar, y el curso del *Arabella* estaba establecido, —escribe Pitt en su bitácora—, fui a ver al Capitán, sabiendo que estaba con un gran conflicto en su mente por estos eventos. Lo encontré sentado solo en su cabina, su cabeza en sus manos, tormento en los ojos que miraban fijamente hacia delante, sin ver nada.

—¿Qué pasa ahora, Peter?, —girtó el joven marino de Somerset—. Por Dios, hombre, ¿qué hay aquí que pueda inquietarte? ¡Seguramente no es por Rivarol!

—No, —dijo Blood espesamente. Y por una vez fue comunicativo. Probablemente fue porque o decía lo que lo oprimía o se volvería loco por ello. Y Pitt, después de todo, era su amigo y lo quería, y por lo tanto, un hombre adecuado para sus confidencias—. ¡Pero si ella lo supiera! ¡Si lo supiera! ¡Oh, Dios! Creí haber terminado con la piratería, creí haber terminado con ella para siempre. Y acá he cometido por ese tramposo la peor piratería de la que jamás he sido culpable. ¡Piensa en Cartagena! ¡Piensa en el infierno que esos demonios deben estar haciendo de ella ahora! ¡Y todo esto debo tenerlo sobre mi alma!

—No, Peter, no sobre tu alma sino sobre la de Rivarol. Fue ese sucio ladrón el que nos trajo a esto. ¿Qué hubieras podido hacer para evitarlo?

—Me hubiera quedado si se hubiera podido evitar.

—No se podía, y lo sabes. Así que, ¿por qué darle vueltas?

—Hay algo más en todo esto, —gimió Blood—. ¿Ahora qué? ¿Qué queda? Me hicieron imposible el servicio leal a los ingleses. El servicio leal a Francia nos ha traído a esto; y es igualmente imposible en el futuro. Para vivir limpio, creo que lo único que me queda es ira a ofrecer mi espada al Rey de España.

Pero algo quedaba —lo último que podría haber esperado— algo hacia lo que iban rápidamente navegando sobre el mar tropical iluminado por el sol. Todo esto contra lo que renegaba tan amargamente era sólo una etapa necesaria para darle forma a su extraño destino.

Poniendo rumbo a Hispaniola, dado que juzgaron que allí iría Rivarol a abastecerse antes de intentar cruzar a Francia, el *Arabella* y el *Elizabeth* marcharon rápidamente con un viento moderadamente favorable durante dos días y sus noches sin siquiera ver un atisbo de su presa. El amanecer del tercer día trajo con él una niebla que acortó su rango de visión a una distancia entre dos y tres millas, y profundizó su creciente irritación y su temor de que M. de Rivarol pudiera todavía escapar.

La posición entonces —según la bitácora de Pitt— era aproximadamente 75 grados 30' oeste de longitud por 17 grados 45' norte de latitud, así que tenían a Jamaica a unas treinta millas hacia el oeste, y, de hecho, lejos hacia el noroeste, apenas visible como un banco de nubes, aparecía la gran cadena de las Montañas Azules cuyos picos se recortaban en el aire límpido por sobre la niebla. El viento venía del oeste, y trajo a sus oídos un sonido de truenos que oídos menos experimentados podrían haber entendido como el de olas rompiendo en una orilla escarpada.

—¡Cañones! —dijo Pitt, de pie con Blood en la cubierta. Blood asintió, escuchando.

—A diez millas, tal vez quince en algún lugar cerca de Port Royal, diría yo, —añadió Pitt. Luego miró a su capitán—. ¿Nos concierne eso? —preguntó.

—Cañones cerca de Port Royal... eso parecería obra del Coronel Bishop. ¿Y contra quién estaría en acción si no fuera contra amigos nuestros? Creo que nos concierne. De todos modos, vamos a investigar. Ordena que se preparen.

Arrástrandose casi se dirigieron a sotavento, guiados por el sonido del combate, que crecía en volumen y definición a medida que se acercaban. Así pasó casi una hora. Luego cuando, con el telescopio en sus ojos, Blood logró despejar la niebla, esperando en cualquier momento divisar los navíos en batalla, los cañones cesaron abruptamente.

Mantuvieron su curso, a pesar de todo, a toda marcha, ansiosamente escudriñando el mar delante de ellos. Y de repente un objeto apareció a su vista, el que rápidamente se definió como un gran barco incendiado. Cuando el *Arabella* y el *Elizabeth* que lo seguía de cerca, se acercaron por su ruta del noroeste, el perfil del llameante barco se hizo más nítido. Sus mástiles se recortaban agudos y negros sobre el humo y las llamas, y por el telescopio Blood distinguió claramente el estandarte de St. George ondeando de su palo mayor.

—¡Un barco inglés! —gritó.

Escudriñó los mares buscando al conquistador de la batalla de cuya evidencia daba cuentas tanto este despojo como los ruidos que habían oído, y cuando finalmente, acercándose al navío condenado, vieron los fantasmales perfiles de tres altos barcos, a unas tres o cuatro millas de distancia, en camino a Port Royal, la primera y natural suposición fue que esos barcos debían pertenecer a la flota de Jamaica, y que el navío quemado era un bucanero derrotado, y por eso se apuraron a rescatar los tres botes que se alejaban del armarzón en llamas. Pero Pitt, que a través del telescopio examinaba al escuadrón que se retiraba, observó cosas visibles sólo para el ojo entrenado de un marino, e hizo el increíble anuncio de que el más grande de los tres navíos era el *Victorieuse* de Rivarol.

Desplegaron las velas e izaron a los botes que venían, cargados de supervivientes. Y había otros asidos a maderas y restos del naufragio que debían ser rescatados.

Capítulo XXIX

Las órdenes del Rey William

Uno de los botes golpeaba a lo largo del *Arabella*, y trepando la escala de llegada primero vino un pequeño y pulido caballero con una levita de satén morado y encaje de oro, cuyo marchito y amarillo rostro, más bien malhumorado, estaba enmarcado con una pesada peluca negra. Sus modales y costosa apariencia no habían sufrido con la aventura por la que había pasado, y se comportaba con la cómoda seguridad de un hombre de rango. Aquí, claramente, no había un bucanero. Muy de cerca lo seguía otro que en todos los términos, salvo la edad, era físicamente su contrario, fuerte y musculoso en su corpulencia, con un rostro lleno y redondo, curtido por la intemperie, con una boca que indicaba buen humor y ojos azules y chispeantes. Iba bien vestido sin frívolos adornos, y tenía un aire de vigorosa autoridad.

Mientras el pequeño hombre bajaba de la escala a la cubierta, donde el Capitán Blood los esperaba para recibirlos, sus agudos e inquisidores ojos echaron una ojeada a los rústicos componentes de la tripulación del *Arabella* allí reunida.

—¿Y dónde demonios puedo estar ahora? —preguntó irritado—. ¿Sois ingleses, o qué demonios sois?

—Por mi parte, tengo el honor de ser irlandés, señor. My nombre es Blood, Capitán Peter Blood, y este es mi barco el *Arabella*, todo a vuestro servicio.

—¡Blood! —chilló el pequeño hombre—. ¡Oh, Blood! ¡Un pirata! —giró hacia el coloso que lo seguía—. Un condenado pirata, van der Kuylen. Por mi vida, que vamos de mal en peor.

—¿Y qué? —dijo el otro con voz gutural, y nuevamente—, ¿y qué? —Luego el humor se apoderó de él, y se dejó llevar por la risa.

—¡Maldición! ¿Qué hay para reír, vos, marsopa? —le espetó la levita morada—. ¡Una linda historia para contar en casa! El Almirante van der Kuylen primero pierde su flota en la noche, luego un escuadrón francés le incendia su buque insignia con él abordo, y termina todo siendo capturado por un pirata. Me alegra que lo encontréis de risa. Dado que por mis pecados sucede que estoy con vos, que me condenen si yo lo encuentro así.

—Hay un error de interpretación, si puedo animarme a indicároslo, —dijo Blood calmadamente—. No estáis siendo capturados, caballeros; estáis siendo rescatados. Cuando os deis cuenta, tal vez, aceptéis la hospitalidad que os ofrezco. Puede ser

pobre, pero es lo mejor que os puedo ofrecer.

El feroz hombrecito lo miró. —¡Maldición! ¿Os permitís ser irónico?— dijo con desaprobación, y posiblemente para corregir esa tendencia, procedió a presentarse. — Soy Lor Willoughby, Gobernador General del Rey William de las Indias Occidentales, y éste es el Almirante van der Kuylen, comandante de la flota de las Indias Occidentales de Su Majestad, al presente perdida en alguna parte de este condenado Mar Caribe.

—¿El Rey William? —repitió Blood, y era consciente de que Pitt y Dyke, que estaban a su espalda, se acercaban compartiendo su propio asombro—. ¿Y quién puede ser el Rey William, y de qué país puede ser rey?

—¿Qué es eso? —Con un asombro mayor que el suyo, *lord* Willoughby le devolvía la mirada. Finalmente—: Me refiero a Su Majestad el Rey William III — William de Orange— quien, con la Reina Mary, ha estado gobernando Inglaterra por más de dos meses.

Hubo un momento de silencio, hasta que Blood logró entender lo que le estaban diciendo.

—¿Significa esto, señor, que se han levantado en nuestra patria, y han pateado para afuera al bandido de James y su banda de rufianes?

El Almirante van der Kuylen le dio un golpecito con el codo a su señoría, con un destello de risa en sus ojos azules.

—Sus políticas son muy sólidas, pienso, —gruñó, en su especial inglés.

La sonrisa de su señoría imprimió líneas como tajos en sus mejillas de cuero.

—¿Es la vida! ¿No lo habíais oído? ¿Dónde diablos habéis estado?

—Fuera de contacto con el mundo por los últimos tres meses, —dijo Blood.

—¿Que me condenen! Debe haber sido así. Y en esos tres meses el mundo ha tenido algunos cambios. Escuetamente agregó un resumen de ellos. El Rey James había huido a Francia, y vivía bajo la protección del Rey Luis, así que por esto, y otras razones, Inglaterra se había unido a la liga contra Francia y estaba ahora en guerra con ella. Por eso la nave insignia del Almirante holandés había sido atacada por la flota de M. de Rivarol esa mañana, de donde se podía suponer que en su viaje desde Cartagena el francés debía haberse encontrado con otro barco que le dio las noticias.

Luego de ello, nuevamente asegurado que abordó de su barco serían honorablemente tratados, el Capitán Blood llevó al Gobernador General y al Almirante a su cabina, mientras el trabajo de rescate seguía. Las noticias que había recibido habían provocado un tumulto en la mente de Blood. Si el Rey James había sido destronado y no estaba más, esto era el final a su situación fuera de la ley por su presumible parte en un intento anterior de sacar al tirano. Se hacía posible para él volver a su hogar y retomar su vida donde había sido tan desafortunadamente

interrumpida cuatro años atrás. Estaba encandilado por las posibilidades que abruptamente se le abrían, Esto llenó tanto su mente, lo conmovió tan profundamente, que debía expresarlo. Al hacerlo, reveló sus ideas más de lo que supo o pretendió al astuto pequeño caballero que lo observaba con tanta atención.

—Id a vuestro hogar, si queréis, —dijo su señoría, cuando Blood se detuvo—. Podéis estar seguro que nadie os perseguirá por vuestra piratería, considerando qué os llevó a ella. ¿Pero por qué el apuro? Hemos oído de vos, con toda seguridad, y sabemos de lo que sois capaz en los mares. Aquí hay una gran oportunidad para vos, ya que os declararéis enfermo de la piratería. Si elegís servir al Rey William durante esta guerra, vuestro conocimiento de las Indias Occidentales os convertirán en un elemento muy valioso para el gobierno de Su Majestad, a quien no encontraréis desagradecido. Debéis considerarlo. Maldición, señor, os repito: se os ofrece una grana oportunidad.

—Me la ofrece vuestra señoría, —corrigió Blood—, y estoy muy agradecido. Pero por el momento, confieso, no puedo considerar otra cosa que estas grandes noticias. Cambian la forma del mundo. Me debo acostumar a verlo como está ahora, antes de que pueda determinar mi lugar en él.

Pitt entró a informar que el trabajo de rescate estaba terminando y los hombres recogidos —unos cuarenta y cinco en total— estaban a salvo abordo de los dos barcos bucaneros. Preguntó por órdenes. Blood se puso de pie.

—Estoy siendo negligente en lo que concierne a su señoría por estar considerando mis problemas. Estaréis deseando que os desembarque en Port Royal.

—¿En Port Royal? —El hombrecillo se acomodó con rabia en su silla. Con rabia y con detalles informó a Blood que habían llegado a Port Royal la tarde anterior para encontrar al Gobernador delegado ausente—. Había ido en una loca cacería a Tortuga tras unos bucaneros, llevando toda la flota consigo.

Blood lo miró un momento sorprendido, luego comenzó a reír.

—¿Se fue, supongo, antes de que las noticias del cambio de gobierno y la guerra con Francia le llegaran?

—No fue así, —estalló Willoughby—. Estaba informado de ambas noticias, y también de mi llegada antes de irse.

—¡Oh, imposible!

—Lo mismo hubiera pensado yo. Pero tengo la información de un Mayor Mallard que encontré en Port Royal, aparentemente gobernando en la ausencia de este idiota.

—¿Pero está loco, dejar su puesto en semejante situación? —Blood estaba asombrado.

—Tomando toda la flota con él, os ruego recordéis, y dejando el lugar libre para un ataque francés. Este es el tipo de Gobernador delegado que el anterior gobierno pensó adecuado nombrar: el mejor ejemplo de su incompetencia, ¡maldición! Deja

Port Royal sin vigilancia salvo por un destartalado fuerte que puede ser reducido a escombros en una hora. ¡Que me condenen! ¡Es increíble!

La sonrisa que se paseaba por el rostro de Blood desapareció. —¿Rivarol sabe de esto?— preguntó rápidamente.

Fue el almirante holandés quien le contestó:

—¿Acaso iría allí si no lo supiera? M. de Rivarol, él tomó algunos de nuestros hombres prisioneros. Tal vez le dijeron. Tal vez hizo que se lo dijeran. Es una gran oportunidad.

Su señoría gruñó como un gato montés.

—Ese bribón de Bishop deberá dar cuentas de esto con su cabeza si algún daño sucede por su deserción. ¿Y si fuera deliberado, eh? ¿Y si es más listo que estúpido? ¿Y si es su manera de servir al Rey James, quien le dio su puesto?

El Capitán Blood fue generoso.

—Difícil que sea eso. Es simplemente venganza lo que lo mueve. Es a mí que está cazando en Tortuga, mi *lord*. Estoy pensando que mientras él anda por allí, mejor yo cuido Jamaica para el Rey William, —Rio, con más alegría de la que había tenido en los últimos dos meses.

—Pon curso a Port Royal, Jeremy, y a toda vela. Todavía nos podemos encontrar con M. de Rivarol, y borrar algunas de las cuentas que tenemos al mismo tiempo.

Tanto *lord* Willoughby como el Almirante se pusieron de pie.

—Pero no tenéis la misma fuerza, ¡maldición! —gritó su señoría—. Cualquiera de estos tres barcos franceses puede derrotar al vuestro, hombre.

—En cañones sí, —dijo Blood, y sonrió—. Pero importa algo más que cañones en estos temas. Si su señoría quiere ver una lucha en el mar como debe ser una lucha en el mar, es vuestra oportunidad.

Ambos lo miraban. —¡Pero su fuerza!— insistía su señoría.

—Es imposible, —dijo van del Kuylen, sacudiendo su gran cabeza—. La destreza es importante. Pero cañones son cañones. —Si no puedo derrotarlo, puedo hundir mis barcos en el canal, y bloquearlo hasta que Bishop regrese de su cacería con el escuadrón, o hasta que vuestra propia flota regrese.

—¿Y eso para qué servirá, por favor? —preguntó Willoughby.

—Os lo diré. Rivarol es un imbécil tomando un riesgo como este, considerando lo que tiene a bordo. Lleva en sus bodegas el tesoro del pillaje de Cartagena, que suma cuarenta millones de libras. Ambos saltaron a la mención de tan colosal suma. —Se ha metido en Port Royal con él. Me derrote o no, no sale de Port Royal con él nuevamente, y más tarde o más temprano ese tesoro hallará su camino hacia las arcas del Rey William, luego, por supuesto, de quitarle una quinta parte que será pagada a mis bucaneros. ¿Estamos de acuerdo, *lord* Willoughby?

Su señoría se puso de pie, y sacudiendo hacia atrás la nube de encaje de su

muñeca, extendió una mano blanca y delicada.

—Capitán Blood, descubro grandeza en vos, —dijo.

—Seguramente, es porque vuestra señoría tiene la agudeza necesaria para percibirla, —rio el Capitán.

—¡Sí, sí! ¿Pero cómo lo haréis? —gruñó van del Kuylen.

—Venid a cubierta, y os daré una demostración antes de que el día avance demasiado.

Capítulo XXX

La última batalla del *Arabella*

—¿Por qué esperías, mi amigo? —gruñó van del Kuylen.

—Sí ¡en nombre de Dios! —lanzó Willoughby.

Era la tarde de ese mismo día, y los dos barcos bucaneros se hamacaban gentilmente con perezosas velas al viento cerca de la larga lengua de tierra que forma el puerto natural del Port Royal y a menos de una milla del estrecho que lleva a él, que vigilaba el fuerte. Hacía más de dos horas que habían llegado allí, habiéndose arrastrado sin ser observados por la ciudad y por los barcos de M. de Rivarol, y todo el tiempo el aire había estado agitado por el rugido de los cañones de mar y tierra, anunciando que la batalla se había formalizado entre los franceses y los defensores de Port Royal. Durante todo ese tiempo, la espera inactiva estaba tensando los nervios de tanto *lord* Willoughby como de van der Kuylen.

—Nos dijísteis que nos mostraríais algunas cosas buenas. ¿Dónde están esas cosas buenas?

Blood los enfrentó, sonriendo confiadamente. Estaba armado para la batalla, con peto y espalda de negro acero.

—No estaré jugando con vuestra paciencia mucho más. Ciertamente, ya he notado una disminución del fuego. Pero el camino es éste, ahora: nada se gana con precipitarse, y mucho se gana con esperar, como os lo demostraré, espero.

Lord Willoughby lo analizó con sospechas.

—¿Pensáis que mientras tanto Bishop puede volver o puede aparecer la flota de van der Kuylen?

—Por supuesto que no estoy pensando en nada parecido. Lo que pienso es que en el encuentro con el fuerte, M. de Rivarol, que no es un sujeto hábil, como tengo motivos para saber, tendrá ciertos daños que harán nuestras diferencias un poco menores. Seguramente habrá tiempo más que suficiente cuando el fuerte haya acabado con sus municiones.

—¡Sí, sí! —La abrupta aprobación llegó como un estornudo del pequeño Gobernador General—. Veo vuestro punto y creo que estáis enteramente en lo cierto. Tenéis las cualidades de un gran comandante, Capitán Blood. Os pido disculpas por no haberos comprendido.

—Ah, eso es muy amable de vuestra parte, señoría. Como veis, tengo alguna

experiencia en este tipo de encuentros, y aunque tomaré todos los riesgos que deba, no tomaré ninguno que no sea necesario. Pero... —se detuvo a escuchar—. Sí, estaba en lo cierto. El fuego aminora. Significa el fin de la resistencia de Mallard en el fuerte. ¡Atención allí, Jeremy!

Se inclinó sobre la tallada barandilla y dio las órdenes rápidamente. El silbato del contra maestre chilló, y en un momento el barco que parecía dormitar allí, se despertó a la vida. Surgieron los pasos fuertes por la cubierta, el crujido de las maderas y el izado de las velas. El timón se movió fuertemente, y en un momento se estaban moviendo, con el *Elizabeth* siguiéndolos, siempre obedeciendo las señales del *Arabella*, mientras Ogle el cañonero, a quien había llamado, estaba recibiendo las instrucciones finales de Blood antes de volver a su lugar abajo en la cubierta de la artillería.

En un cuarto de hora habían rodeado la costa y se plantaban en la boca del puerto, casi a distancia de tiro de los tres barcos de Rivarol, a cuya vista abruptamente se mostraban ahora.

Donde había estado el fuerte ahora se veía una pila de escombros humeanes, y la victoriosa nave francesa con el estandarte de las flores de lis flotando desde su palo mayor, se dirigía hacia él para tomar el apreciado trofeo cuyas defensas había destrozado.

Blood analizó los barcos franceses y rio entre dientes. El *Victorieuse* y el *Medusa* aparentemente no tenían más que unas cicatrices; pero el tercer barco, el *Baleine*, se inclinaba pesadamente a babor para mantener el gran boquete de su estribor bien por encima del agua, por lo que estaba guera de combate.

—¡Ya veis! —le gritó a van der Kuylen, y sin esperar el gruñido de aprobación del holandés, gritó una orden—: ¡Timón, directo al puerto!

La vista del gran barco rojo con las aberturas de los cañones listas a cada lado debe haber agitado la alegría del triunfo de Rivarol. Pero antes de que se pudiera mover para dar una orden, antes de que pudiera resolver qué orden dar, un volcán de fuego y metal explotó sobre él de parte de los bucaneros, y sus cubiertas fueron barridas por la mortífera guadaña de la batería. El *Arabella* mantuvo su curso, dejando su lugar al *Elizabeth*, quien, siguiendo de cerca, ejecutó la misma maniobra. Y mientras los franceses estaban confundidos, golpeados por el pánico de un ataque que los tomó tan por sorpresa, el *Arabella* había girado y volvía sobre sus pasos, presentando ahora sus cañones de babor, y lanzando su segunda batería inmediatamente después de la primera. Y llegó aún otra descarga del *Elizabeth* y luego el trompeta del *Arabella* lanzó una llamada a través del agua, que Hagthorpe entendió perfectamente.

—¡Vamos ahora, Jeremy! —gritó Blood—. ¡Derecho hacia ellos antes de que se recuperen! ¡Quieto ahora, allí! ¡Preparar el abordaje! ¡Hayton, los arpeos! Y avisad al

cañonero en la proa que dispare tan rápido como pueda recargar.

Se sacó su emplumado sombrero, y se cubrió con un casco de acero que un joven negro le había traído. Tenía la intención de dirigir la partida de abordaje en persona. Rápidamente se explicó a sus dos huéspedes.

—Abordarlos es nuestra única oportunidad acá. Tienen muchos más cañones que nosotros.

De esto pronto siguió rápidamente una completa demostración. Los franceses se habían recuperado finalmente, y ambos barcos se concentraban en el *Arabella* por ser el más cercano y el mayor, y por tanto, el más inmediatamente peligroso de los dos oponentes, disparando juntos y casi al mismo momento.

A diferencia de los bucaneros, que habían disparado alto para herir a sus enemigos sobre las cubiertas, los franceses disparaban bajo para destrozar el armazón de su asaltante. El *Arabella* se hamacó y se sacudió bajo esa terrorífica descarga, aunque Pitt lo mantenía de frente a los franceses para que ofreciera el menor blanco posible. Por un momento el barco pareció dudar, luego se lanzó nuevamente hacia delante, su espolón en astillas, su castillo de proa destrozado, y un boquete justo sobre la línea de navegación. Ciertamente, para salvarlo de hace agua, Bloos ordenó rápidamente el retiro de los cañones delanteros, anclas, barriles de agua y todo lo que pudiera moverse.

Mientras tanto, los franceses girando, le daban una recepción similar al *Elizabeth*. El *Arabella*, empujado por el viento, se dirigía a engancharse para el abordaje. Pero antes de poder lograr su objeto, el *Victorieuse* había cargado sus cañones de estribor nuevamente, y envió a su enemigo una segunda batería a quemarropa. Entre el ruido de los cañones, la caída de maderas, y los gritos de los heridos, el *Arabella* giró y se ladeó en la nube de humo que escondía a su presa, y luego vino el grito de Hayton de que se hundía por la proa.

El corazón de Blood se detuvo. Y en ese mismo momento de su desesperanza, el flanco azul y dorado del *Victorieuse* apareció entre el humo. Pero incluso cuando captó esa visión esperanzadora, pericibió también, qué lento era ahora su propio avance, y cómo con cada segundo se hacía más lento. Se hundirían antes de llegar a su presa.

Y entonces, con un juramento, opinó el Almirante holandés, y de parte de *lord Willoughby* hubo una palabra de reproche sobre el buen oficio de Blood al haber ariesgado todo en una sola jugada de abordaje.

—¡No había otra oportunidad! —gritó Blood, con la angustia de su corazón partido—. Si decís que era desesperado y loco, bien, lo era; pero la ocasión y los medios no exigían menos. Pierdo a una partícula de la victoria.

Pero todavía no habían perdido completamente. El mismo Hayton, y una veintena de robustos rufianes que había reunido su silbato, se escondían entre las ruinas del

alcázar con arpeos en las manos. A siete u ocho yardas del *Victorieuse*, cuando casi se detenían, y su cubierta delantera estaba ya bajo el agua bajo la mirada de los felices y burlones franceses, esos hombres saltaron hacia arriba y adelante y revolearon los arpeos a través del agua. De los cuatro que largaron, dos llegaron a la cubierta de los franceses, y se prendieron allí. Tan rápida como el mismo pensamiento, fue la acción de estos robustos y experimentados bucaneros. Sin dudar, todos se lanzaron sobre la cadena de uno de esos arpeos, ignorando la otra, y tiraron de ella con todas sus fuerzas para traer a los barcos uno junto al otro. Blood, observando desde su mirador, lanzó su voz en un grito de clarín:

—¡Mosqueteros a la proa!

Los mosqueteros, desde su puesto en el centro, le obedecieron con la velocidad de los hombres que saben que en la obediencia está su única esperanza de vida. Cincuenta de ellos se lanzaron hacia delante al instante, y de las ruinas del castillo de proa brillaron sobre las cabezas de los hombres de Hayton, desconcertando a los soldados franceses que, incapaces de soltar los hierros, firmemente clavados en donde habían mordido profundamente las maderas del *Victorieuse*, se estaban preparando para disparar sobre la cuadrilla de los arpeos.

Estribor a estribor los dos barcos se balanceaban uno contra el otros con un chirrido. Pero entonces Blood estaba en el centro del barco, juzgando y actuando con la velocidad del huracán que la ocasión exigía. Las velas se habían arriado cortando las sogas que las mantenían. La avanzada de abordaje, de cien hombres, fue enviada a la popa, y los encargados de los arpeos se colocaron en su puesto, listos para obedecer sus instrucciones en el momento de impacto. Como resultado de esto, el *Arabella* se mantenía literalmente a flote por la media docena de arpeos que en ese instante lo mantenían firmemente asido al *Victorieuse*.

Willoughby y van der Kuylen en la popa habían observado con un asombro sin aliento la velocidad y precisión con que Blood y su desesperada tripulación se habían puesto a trabajar. Y ahora el Capitán venía corriendo hacia arriba, el trompeta tocando a carga, el mayor contingente de los bucaneros lo seguían, mientras la vanguardia, dirigida por el cañonero Ogle, que había dejado su puesto por la entrada de agua en el lugar, saltaba gritando a la proa del *Victorieuse*, a cuyo nivel la alta popa del *Arabella* cargado de agua, se había hundido. Dirigidos ahora por el mismo Blood, se lanzaron sobre los franceses como mastines. Tras ellos fueron otros, hasta que todos se habían ido y sólo Willoughby y el holandés se quedaron para ver la lucha del mirador del abandonado *Arabella*.

Por media hora completa la batalla rugió abordo del buque francés, comenzando en la popa, recorrió el castillo de proa hasta el centro, donde alcanzó el máximo de su furia. Los franceses se resistían testarudamente, y tenían la ventaja de su número para animarlos. Pero, a pesar de su testarudo valor, terminaron retrocediendo a través de

las cubiertas que estaban peligrosamente inclinadas a estribor por la fuerza del *Arabella*, lleno de agua. Los bucaneros lucharon con la desesperada furia de hombres que saben que la retirada es imposible, porque no había ningún barco al que retirarse, y aquí debían vencer y apoderarse del *Victorieuse* o perecer.

Y se apoderaron finalmente, al costo de casi la mitad de sus miembros. Replegados al mirador, los defensores sobrevivientes, presionados por el enfurecido Rivarol, mantuvieron un rato su desesperada resistencia. Pero al final, Rivarol cayó con una bala en su cabeza, y los franceses que quedaban, siendo apenas una veintena de hombres sanos, pidieron cuartel.

Pero aquí tampoco terminaron los problemas de los hombres de Blood. El *Elizabeth* y el *Medusa* estaban fuertemente encadenados, y los seguidores de Hagthorpe estaban siendo repelidos sobre su propio barco por segunda vez. Se tomaron urgentes medidas. Mientras Pitt y sus marinos tomaban su puesto con las velas, y Ogle bajaba con los artilleros, Blood ordenó que se soltaran enseguida los arpeos. *Lord Willoughby* y el *Almiente* ya estaban a bordo del *Victorieuse*. Mientras giraban para rescatar a Hagthorpe, Blood, desde el mirador del navío conquistado, miró por última vez al barco que le había servido tan bien, al barco que se había convertido en casi una parte de sí mismo. Por un momento se hamacó cuando lo dejaron libre, luego lenta y gradualmente se fue hundiendo, y el agua borbotando y haciendo remolinos alrededor de sus mástiles fue todo lo que quedó visible para marcar el lugar en donde había encontrado su muerte.

Mientras estaba allí, sobre los fantasmales restos en el *Victorieuse*, alguien le habló tras él.

—Creo, Capitán Blood, que es necesario que os ruegue me perdonéis por segunda vez. Nunca antes vi lo imposible hecho posible por mérito del valor, o la victoria tan gallardamente arrancada de la derrota.

Se dio vuelta, y le presentó a *lord Willoughby* un formidable espectáculo. Su casco había desaparecido, su coraza estaba abollada, su manga derecha estaba en jirones colgando desde su hombro sobre un brazo desnudo. Estaba salpicado desde la cabeza a los pies con sangre, y había sangre de una herida en su cabeza mezclada con su cabello y con los restos de pólvora en su rostro hasta dejarlo irreconocible.

Pero desde esa horrible máscara, dos vívidos ojos miraban siempre brillantes, y de esos dos ojos dos lágrimas habían cavado cada una un canal a través de la suciedad de sus mejillas.

Capítulo XXXI

Su Excelencia el Gobernador

Cuando el costo de esa victoria se pudo evaluar, se encontró que de los trescientos veinte bucaneros que habían dejado Cartagena con el Capitán Blood, apenas cien estaban sanos. El *Elizabeth* había sufrido daños tan severos que era dudoso que alguna vez pudiera salir al mar, y Hagthorpe, que tan valerosamente había comandado su última batalla, estaba muerto. Contra esto, del otro lado de la cuenta, estaban los hechos de que, con una fuerza muy inferior y solamente por habilidad y desesperado valor, los bucaneros de Blood habían salvado Jamaica del bombardeo y pillaje, y habían capturado la flota de M. de Rivarol y obtenido, en beneficio del Rey William, el espléndido tesoro que llevaba.

No fue hasta el atardecer del día siguiente que la flota de van der Kuylen con sus nueve barcos llegó a anclar al puerto de Port Royal, y sus oficiales, holandeses e ingleses, escucharon de su Almirante la opinión que tenía de su valía.

Seis barcos de esa flota fueron inmediatamente refaccionados para volver al mar. Había otros poblados de las Indias Occidentales que precisaban la visita de inspección del nuevo Gobernador General, y *lord Willoughby* estaba apurado para navegar hacia las Antillas.

—Y mientras, —se quejó a su Almirante—, estoy detenido acá por la ausencia de este imbécil del Gobernador Delegado.

—¿Y qué?, —dijo van del Kuylen—. ¿Por qué eso os detiene?

—Para quebrar al perro como se merece, y nombrar como su sucesor a un hombre con el sentido de dónde yace su deber, y con la habilidad de llevarlo a cabo.

—¡Aha! Pero no es necesario que os quedéis por eso. Y éste no necesitará instrucciones. Sabrá cómo tener seguro a Port Royal, mejor que vos o yo.

—¿Decís Blood?

—Por supuesto. ¿Podría otro hombre ser mejor? Habéis visto lo que puede hacer.

—¿Pensáis eso vos, también, eh? ¡Muy bien! Lo había pensado, y ¿por qué no? Es mejor hombre que Morgan, y Morgan fue nombrado gobernador.

Blood fue llamado. Llegó, nuevamente elegante y atildado, habiendo explotado los recursos de Port Royal para lograrlo. Quedó un poco deslumbrado por el honor que se le proponía, cuando *lord Willoughby* se lo hizo saber. Era mucho más de lo que nunca había soñado, y le asaltaron dudas de su capacidad para llevar a cabo tan

importante tarea.

—¡Maldición! —estalló Willoughby—. ¿Os lo ofrecería si no estuviera satisfecho de vuestra capacidad? Si es vuestra única objeción...

—No lo es, mi *lord*. Había contado con irme a casa, así lo había hecho. Estoy hambriento de las verdes laderas de Inglaterra. Suspiró. —Debe haber manzanos en flor en las huertas de Somerset.

—¡Manzanos en flor! —La voz de su señoría se disparó como un cohete, y se quebró en la palabra—. ¿Qué demonios...? ¡Manzanos en flor! —Miró a van del Kuylen.

El almirante levantó sus cejas y apretó sus gruesos labios. Sus ojos centelleaban humorísticamente en su gran rostro.

—¡Así es! —dijo—. ¡Muy poético!

Mi *lord* se dirigió fieramente al Capitán Blood. —¡Tenéis un pasado que limpiar, mi buen hombre!— lo amonestó. —Habéis hecho algo en ese sentido, debo confesar; y habéis mostrado vuestras cualidades al hacerlo. Es por eso que os ofrezco la gobernación de Jamaica, en nombre de Su Majestad— porque os considero el hombre más adecuado para ese puesto de los que he conocido.

Blood se inclinó humildemente.

—Su señoría es muy amable. Pero...

—¡Tchah! No hay —pero—. Si queréis que se olvide vuestro pasado, y se asegure vuestro futuro, ésta es vuestra oportunidad. Y no vais a tratarla ligeramente por manzanos en flor o cualquier otra maldita tontería sentimental. Vuestro deber está aquí, por lo menos mientras dure la guerra. Cuando termine la guerra, podréis volver a Somerset y su sidra o a vuestra Irlanda nativa y sus destilados; pero hasta entonces sacaréis lo mejor de Jamaica y el ron.

Van del Kuylen explotó en risa. Pero de Blood no hubo sonrisas. Estaba solemne hasta el punto de malhumor. Sus pensamientos estaban en la Srta. Bishop, que estaba en algún lugar en esta casa en la que se encontraban, pero a quien no había visto desde su llegada. Si ella le hubiera mostrado alguna compasión...

Y luego la aguda voz de Willoughby se impuso nuevamente, sacándolo de sus dudas, haciéndole notar su increíble estupidez de dudar frente a una oportunidad de oro como esta. Se puso tieso y se inclinó.

—Mi *lord*, estáis en lo cierto. Soy un tonto. Pero no me consideréis ingrato también. Si he dudado, es porque hay consideraciones con las que no quiero molestar a su señoría.

—Manzanos en flor, ¿supongo? —suspiró su señoría.

Esta vez Blood rio, pero aún quedaba una tristeza en sus ojos.

—Será como deseáis —estoy muy agradecido, permitidme que os lo asegure, su señoría. Sabré como ganar la aprobación de Su Majestad. Podéis contar con mi leal

servicio—. Si no fuera así, no os habría ofrecido la gobernación.

Y quedó resuelto. El nombramiento de Blood se hizo y selló en presencia de Mallard, el Comandante, y los otros oficiales de la guarnición, quienes miraban con asombro pero guardaron sus pensamientos para ellos.

—Ahora podemos seguir adelante, —dijo van der Kuylen—. Partimos mañana por la mañana, —anunció su señoría. Blood se alarmó.

—¿Y el Coronel Bishop? —preguntó.

—Pasa a ser vuestro problema. Sois ahora el Gobernador. Manejad el tema con él como consideréis adecuado cuando vuelva. Colgadlo de su propio palo mayo. Se lo merece.

—¿No sería un poco denigrante? —se preguntó Blood.

—Muy bien. Le dejaré una carta. Espero que le guste.

El Capitán Blood se hizo cargo de sus tareas en seguida. Había mucho que hacer para colocar a Port Royal en un adecuado estado de defensa, después de lo que había sucedido allí. Hizo una inspección del arruinado fuerte, y dio instrucciones para trabajar en él, lo que debía comenzar inmediatamente. Luego ordenó que se repararan los tres navíos franceses para que quedaran adecuados para navegar nuevamente. Finalmente, con la aprobación de *lord Willoughby*, reunió a sus bucaneros y les repartió la quinta parte del tesoro capturado, dejando a su elección si querían partir o enrolarse al servicio del Rey William.

Una veintena de ellos eligieron quedarse, y entre ellos estaban Jeremy Pitt, Ogle, y Dyke, cuya ilegalidad, como la de Blood, había terminado con la caída del Rey James. Eran —salvo el viejo Wolverstone que se había quedado atrás en Cartagena— los únicos sobrevivientes de la banda de rebeldes convictos que habían dejado Barbados más de tres años antes en el *Cinco Llagas*.

En la mañana siguiente, mientras la flota de van der Kuylen finalmente se preparaba para salir al mar, Blood se sentó en el espacioso salón blanqueado que era la oficina del gobernador, cuando el Mayor Mallard le informó que el escuadrón de Bishop estaba a la vista.

—Eso está muy bien, —dijo Blood—. Me alegra que llegue antes de la partida de *lord Willoughby*. Las órdenes, Mayor, son que lo pongáis bajo arresto al momento en que pise la costa. Luego me lo traéis. Un momento. Escribió una apurada nota. — Esto es para *lord Willoughby* a bordo de la nave insignia del Almirante van der Kuylen.

El Mayor Mallard saludó y partió. Peter Blood se recostó en su silla y miró al cielo, con el ceño fruncido. El tiempo pasaba. Se sintió un golpecito en la puerta, y un negro anciano se presentó. ¿Su excelencia recibiría a la Srta. Bishop?

Su excelencia cambió de color. Se enderezó en la silla, mirando al negro un momento, consciente de que su pulso tamborileaba de una forma totalmente insual en

él. Luego lentamente asintió.

Se puso de pie cuando ella entró, y si no estaba tan pálido como ella, era porque su bronceado lo disimulaba. Por un momento hubo silencio entre ellos, mientras se miraban uno al otro. Luego ella se adelantó, y comenzó finalmente a hablar, detenéndose, con una voz inestable, sorprendente en alguien usualmente tan calma y segura.

—Yo... yo... el Mayor Mallar me acaba de contar...

—El Mayor Mallard se ha excedido en sus deberes, —dijo Blood—, y por el esfuerzo que hizo para controlar su voz, ésta sonó dura y demasiado fuerte.

La vio asustarse, y frenar, e instantáneamente buscó arreglarlo.

—Os alarmáis sin motivo, Srta. Bishop. No importa lo que haya entre vuestro tío y yo, podéis estar segura que no voy a seguir el ejemplo que me ha dado. No abusaré de mi posición para perseguir una venganza personal. Por el contrario, abuararé de ella para protegerlo. La recomendación que me dio *lord* Willoughby fue que lo trate sin clemencia. Mi propia intención es mandarlo de nuevo a su plantación en Barbados.

Ella vino lentamente hacia adelante ahora.

—Estoy... estoy contenta que hagáis eso. Contenta, sobre todo, por vos mismo. Extendió una mano hacia él.

Blood la examinó críticamente. Luego se inclinó sobre ella.

—No tengo la presunción de tomarla en las manos de un ladrón y un pirata, —dijo amaragamente.

—No sois más eso, —dijo ella intentando sonreír.

—Y sin embargo no os debo las gracias por no serlo más, —respondió—. Creo que no hay nada más que decir, salvo agregar que os aseguro que *lord* Julian Wade tampoco tiene nada que temer de mí. Eso, sin duda, es la tranquilidad que vuestra paz de espíritu necesita.

—Por vos mismo —sí. Pero sólo por vos mismo. No quisiera que hagáis nada mezquino o deshonesto.

—¿Aunque sea ladrón y pirata?

Ella cerró su puño e hizo un pequeño gesto de desesperanza e impaciencia.

—¿Nunca me perdonaréis esas palabras?

—Lo encuentro un poco difícil, debo confesar. ¿Pero qué importa, cuando todo se ha dicho?

Sus claros ojos color almendra los miraron un momento con tristeza. Luego extendió su mano nuevamente.

—Me voy, Capitán Blood. Ya que sois tan generoso con mi tío, volveré a Barbados con él. Posiblemente no nos encontremos nuevamente —nunca. ¿Es imposible que nos separemos amigos? Una vez os agravié, lo sé. Y he dicho que me

arrepiento. ¿No me... no me diréis adiós?

Él pareció despertarse, y sacudir una capa de deliberada dureza. Tomó la mano que ella le ofrecía. Reteniéndola, habló, sus ojos sombríos, tristemente observándola.

—¿Volvéis a Barbados? —dijo lentamente—. ¿Irá con vos *lord* Julian?

—¿Por qué me preguntáis eso? —lo enfrentó sin miedo.

—Seguro, os dio mi mensaje, ¿o lo estropeó?

—No. No lo estropeó. Me lo dio con vuestras propias palabras. Me conmovió profundamente. Me hizo ver claramente mi error y mi injusticia. Debo deciros esto para subsanarlo. Os juzgué muy severamente cuando era presuntuoso siquiera juzgar.

Todavía retenía su mano. —¿Y *lord* Julian, entonces?— preguntó, sus ojos mirándola, brillantes como zafiros en ese rostro color cobre.

—Sin duda *lord* Julian volverá a Inglaterra. No tiene nada más que hacer acá.

—¿Pero no os pidió que fuerais con él?

—Lo hizo. Os perdono la impertinencia.

Una esperanza desatada saltó a la vida dentro de él.

—¿Y vos? Por Dios, ¿no me estaréis diciendo que rehusásteis convertirlos en mi lady, cuando...?

—¡Oh! ¡Sois insufrible! —Arrancó su mano y se retiró de él—. No debí haber venido. ¡Adiós! —Rápidamente se dirigía a la puerta.

Él saltó tras ella, y la apresó. Su rostro estaba encendido y sus ojos los atravesaban como dagas.

—¡Esos son modos de piratas, creo! ¡Soltadme!

—¡*Arabella!*, —gritó con una nota de súplica—. ¿Realmente lo queréis? ¿Os debo soltar? ¿Os debo dejar ir y nunca más poner mis ojos en vos? ¿U os quedaréis y haréis este exilio soportable hasta que nos podamos ir a casa juntos? ¡Och, estáis llorando ahora! ¿Qué he dicho para haceros llorar, mi querida?

—Yo... yo pensé que nunca lo dirías, —se burló de él a través de sus lágrimas—. Bien, ahora, ya ves, estaba *lord* Julian, una buena figura de... Nunca, nunca hubo otro más que tú, Peter.

Tenían, por supuesto, mucho para decirse, tanto que se sentaron para ello, mientras el tiempo pasaba, y el Gobernador Blood olvidó los deberes de su cargo. Había llegado finalmente a su hogar. Su odisea había terminado.

Y mientras tanto, la flota del Coronel Bishop llegaba al puerto, y el Coronel desembarcó en el muelle, un hombre disgustado, que se disgustaría aún más. Llegó a la costa acompañado por *lord* Julian Wade.

Un guardia fue a recibirlo, y allí estaba el Mayor Mallard y otros dos desconocidos para el Gobernador Delegado: uno delgado y elegante, el otro grande y corpulento.

El Mayor Mallard se adelantó.

—Coronel Bishop, tengo ódenes de deteneros. ¡Vuestra espada, señor!

—Por orden del Gobernador de Jamaica, —dijo el elegante hombrecillo detrás del Mayor Mallard. Bishop giró hacia él.

—¿El Gobernador? ¡Estáis loco! —Miró a uno y al otro—. Yo soy el Gobernador.

—Érais, —dijo el hombrecillo secamente—. Pero hemos cambiado eso en vuestra ausencia. Estáis detenido por abandonar vuestro puesto sin causa suficiente, y así poner en peligro la población que estaba a vuestro cargo. Es un tema serio, Coronel Bishop, como podéis ver. Considerando que habíais sido designado por el gobierno del Rey James, es incluso posible que haya un cargo de traición contra vos. Queda enteramente al criterio de vuestro sucesor si seréis ahorcado o no.

Bishop reprimió un juramento, y luego, sacudido por un súbito miedo: —¿Quién demonios sois vos?— preguntó.

—Soy *lord* Willoughby, Gobernador General de las colonias de Su Majestad en las Indias Occidentales. Fuisteis informado, creo, de mi venida.

Los restos de la rabia de Bishop cayeron como una capa. Se cubrió de un sudor de miedo. Tras él, *lord* Julian observaba, su apuesto rostro repentinamente blanco y tenso.

—Pero, mi *lord*... —comenzó el Coronel.

—Señor, no tengo interés en conocer vuestras razones, —su señoría lo interrumpió bruscamente—. Estoy a punto de salir navegando y no tengo tiempo. El Gobernador os escuchará, y no tengo dudas que resolverá con justicia en vuestra causa. Le hizo una seña al Mayor Mallard, y Bishop, un hombre encogido y quebrado, permitió que se lo llevaran.

A *lord* Julian, que fue con él, ya que nadie se lo impidió, Bishop le expresó cuando se había recuperado lo suficiente.

—Este es un punto más en la lista de ese bribón de Blood, —le dijo entre dientes—. ¡Mi Dios, qué ajuste de cuentas habrá cuando nos encontremos!

El Mayor Mallard ocultó su rostro para esconder su sonrisa, y sin más palabras llevó al prisionero a la casa del Gobernador, la casa que por tanto tiempo había sido la propia residencia del Coronel Bishop. Lo dejaron esperando con un guardia en el salón, mientras el Mayor Mallard se adelantó a anunciarlo.

La Srta. Bishop todavía estaba con Peter Blood cuando el Mayor Mallard entró. Su anuncio los trajo nuevamente a la realidad.

—Serás clemente con él. Le evitarás todo lo que puedas, por mí, Peter, —rogó—. Por supuesto que lo seré, —dijo Blood—. Pero creo que las circunstancias no lo serán. Ella se fue, escapando al jardín, y el Mayor Mallard fue a traer al Coronel. El Coronel Bishop entró arrastrando sus pies, y esperó de pie.

Sentado a la mesa estaba un hombre del que lo único visible era el tope de una cabeza oscura cuidadosamente enrulada. Luego esta cabeza se levantó, y un par de

ojos azules miraron solemnemente al prisionero. El Coronel Bishop hizo un ruido con su gargante, y, paralizado por su asombro, miró a la cara de su excelencia el Gobernador de Jamaica, que era la cara del hombre que había estado cazando en Tortuga últimamente.

La situación fue mejor definida por van der Kuylen a *lord* Willoughby mientras los dos subían a la nave del almirante.

—¡Es muy poético! —dijo, sus ojos azules chispeando—. El Capitán Blood adora la poesía —¿recordáis los manzanos en flor? ¿Sí? ¡Ha, ha!

FIN